

Pat Burden

EL GRITO DE LA CALAVERA

La investigación de un asesinato
permite descubrir un antiguo y olvidado crimen.



Lectulandia

«Por mucho que se jubile, un policía nunca deja de serlo», comentó Tod Arkwright cuando el exsuperintendente Harry Bassett se instaló en una pequeña granja de Herefordshire. El tranquilo Bassett, sin embargo, no tardó en aclimatarse y se dedicó con entusiasmo a la cría de cerdos y gallinas... hasta que un buen día sus vecinos le pidieron ayuda ante un extraño robo de ganado que terminó en asesinato. Un cuerpo momificado, las reformas de un viejo caserón —testigo tiempo atrás de un crimen—, un cadáver abandonado sobre una lápida del cementerio local: ¿qué relación existía entre todos estos hechos? El muerto, Derek Wilson, era un recién llegado a la localidad. No había tenido ningún problema hasta que se empeñó en demoler el caserón de Top Hill. ¿Por qué esta decisión le condujo a la muerte? Durante su investigación, Bassett deberá remontarse al pasado, a la última guerra mundial; también deberá analizar la relación que mantuvieron dos jóvenes y una muchacha un verano remoto. Con todo ello el detective podrá resolver por fin el complicado caso que le plantearon sus vecinos.

Lectulandia

Pat Burden

El grito de la calavera

ePub r1.0

Titivillus 28.09.2018

Título original: *Screaming Bones*

Pat Burden, 1994

Traducción: Antonio Padilla

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

CAPITULO UNO

ERA una brillante y soleada mañana de noviembre, perfecta para pasear, de manera que Helen Geeson aparcó su *jeep* Suzuki en la primera cuneta espaciosa que encontró junto a Long Lane y recorrió a pie el kilómetro que la separaba de Keeper's Cottage. El edificio principal se hallaba a un lado de la carretera; el garaje, los cobertizos y la pocilga restaurada en el otro. Helen llegó primero a la pocilga, atraída hacia esa parte por el sonido de una voz humana, unas risitas ahogadas y ciertos gruñidos, bufidos y chillidos de placer que no parecían tan humanos. Se dirigió directamente a la tapia, se puso de puntillas y echó un vistazo por encima. Tres rostros rechonchos le devolvieron la mirada.

—Oh... —exclamó ella con una sonrisa—. Estoy buscando al señor Bassett.

Uno de los rostros contestó:

—Yo soy Bassett; el que lleva sombrero.

La aclaración era pertinente, pues Bassett estaba a cuatro patas rodeado de sus cerdos. Se levantó y se enderezó el ajado sombrero de paja, no tan mugriento como el delantal caqui que cubría un grueso jersey de cuello abierto, pantalones de pana y botas de goma. Helen esbozó una media sonrisa y apartó la mirada.

—Vaya cerdos más sanotes... —principió ella en tono admirativo.

—¿Quiere que se los presente? —propuso Bassett mientras le daba un cachete afectuoso en el rosado trasero al animal que tenía más cerca—. Ésta es la *señora Piggy*. Se le parece, ¿no? —Tomó con gesto distraído el escobón que estaba apoyado contra la cancela: la *señora Piggy* reparó de inmediato en sus hebras y empezó a mordisquearlas. Él la apartó sin violencia—. Y éste es *Barrington-Smythe*. Tiene un ojo marrón, el otro azul y pestañas blancas, ¿ve? Me recuerda a un tipo que conocí una vez, un abogado que...

—¿Que tenía los ojos así?

—No. Pero el resto es clavado a él. —Le dedicó una sonrisita a Helen, que parecía divertida.

Aquel hombre le gustaba, le gustaba su ausencia de arrogancia, y comprendió por qué él y su mujer habían sido tan rápidamente aceptados entre sus vecinos.

Helen ya conocía a su esposa, Mary, pero ahora era la primera vez que lo veía a él. El exsuperintendente jefe Henry Bassett.

Mary lo había descrito con entusiasmo:

—No soporta que lo llamen Henry, es mejor llamarle Harry. Aunque, de hecho, prefiere que lo llamen Bassett, incluso yo misma. Por más que eso suene a perro faldero de orejas caídas, carita de santurrón y ojos lastimeros... a él le importa un comino.

Mary le había contado cómo ambos se enamoraron de los Cotswolds y los Malverns^[1] durante unas vacaciones, cómo habían «encontrado» ese pedazo de campo inmaculado en la confluencia de los condados de Worcestershire,

Herefordshire y Gloucestershire, y cuán afortunados se consideraban al haber adquirido Keeper's Cottage, su paradisiaco retiro. El nombre evocaba de por sí su ubicación en el seno de antiquísimos bosques, y con la mitad de la tierra que los rodeaba bajo la protección del Departamento de los Montes Malvern y la otra mitad en manos de un terrateniente de profundas convicciones ecologistas, no parecía probable que se vieran invadidos por autopistas y bloques de oficinas en todo lo que les quedaba de vida.

—Naturalmente, al ver lo poco que había cambiado todo esto durante décadas tuvimos nuestras dudas —había confesado Mary—. No a todo el mundo le gusta tener de vecino a un policía, esté jubilado o no.

Pero los Bassett eran gente de lo más amistosa. «Nada que reprochar» era la opinión generalizada que merecía Mary, y el expolicía (de quien Tod Arkwright, el tendero, siempre dispuesto a emitir juicios lapidarios sobre sus vecinos, había murmurado «dime con quién andas y te diré quién eres») recibía ahora el apelativo de «hombre cabal». Los Bassett no tardaron en sustituir las habas por tomates y las coles por lechugas, y recibieron consejos sobre cómo aumentar la producción de huevos al ochenta y cinco por ciento, y el señor Bassett acabó por adquirir la costumbre de acercarse a la valla de la entrada para interpretar su papel de paleta rural con retranca. Con aire juguetón, se encasquetaba su sombrero de paja, se colocaba una cerilla entre los labios y charlaba con todo aquel que acertara a pasar por allí. Algunos días no pasaba nadie; vivían tan aislados... Entonces, Bassett volvía a donde estuviera Mary trabajando, sacudía la cabeza y comentaba con sorna: «Esto es peor que Piccadilly Circus, hay un gentío de mil diantres...». Tras haberse pasado la vida trabajando en diversas localidades, nada les resultaba más agradable que la paz y quietud de aquel apartado rincón.

Un año de inmensa felicidad con todo el tiempo del mundo para dedicarse el uno al otro fue todo cuanto Bassett y Mary pudieron disfrutar: antes de que él tuviera ocasión de limpiar de ortigas su segunda cosecha veraniega, Mary enfermó gravemente y no tardó en fallecer.

—Siento lo de su mujer —acertó a decir Helen en aquel instante.

Bassett la examinó con interés. ¿Quién era? ¿Cómo lo sabía?

La propia Helen se apresuró a aclararlo:

—Me llamo Helen. Helen Geeson.

Bassett quedó inmóvil un instante, tras de lo cual agitó su mano enguantada en ademán de reconocimiento.

—¡La mujer de los perros labradores! Sí, hemos hablado por teléfono.

Helen asintió y sonrió con timidez.

—Yo misma, eso es.

Todavía en vida de Mary, el matrimonio Bassett decidió adoptar un perro. Su «pedido» acabó por ser cancelado cuando la salud de Mary empeoró.

—No tiene usted pinta de criadora de perros —comentó él de forma un tanto

impulsiva. La mayoría de los criadores con los que había tratado eran de aspecto más bien caballuno, o al menos no muy sobrados de juventud y belleza, mientras que ahora tenía ante sí a una dama de indiscutible atractivo. Cabello rubio y sedoso recogido en un moño, piel de aspecto saludable que no necesitaba maquillaje, un esponjoso jersey de color crema que brillaba bajo el sol y despedía un aroma dulce, limpio y fresco. Ceñido a la cintura con un cinturón, como las modelos; o eso pensó él.

—¡Pues usted no parece policía! —replicó ella riendo.

—¡Vaya! Lo cierto es que ya no lo soy. Ahora soy un hombre del campo. O eso intento. —Bassett le rascaba el lomo a la cerda con la pernera de sus pantalones—. Esta bicha es una malcriada. Se tumba de espaldas para que le rasque la tripa, igual que un perro. Pero no se pueden pasar las veladas junto al fuego con una cerda, ¿no le parece? ¡Por todos los santos! —De repente, Bassett cayó en la cuenta del motivo de la visita de Helen Geeson—. Esta mañana estoy un poco lento de reflejos. ¡Alguien le ha contado que he vuelto a pensar en hacerme con un chucho!

Helen asintió con la cabeza.

—Eso me ha comentado Jack Carter, sí.

—Y ha venido usted para investigar al respecto... si me permite la expresión.

—Bueno... —Helen no pudo evitar el esbozo de una sonrisa.

—¡Bien hecho! Tiene que asegurarse de que seré un buen amo. —Bassett dejó el escobón, se despidió alegremente de sus cerdos, salió de la pocilga, cerró la cancela tras de sí y dio la vuelta para reunirse con la visitante. Su intuición no le había fallado con respecto al jersey. La prenda estaba ceñida con un cinturón sobre las caderas, por encima de una ligera falda de *tweed* que se mecía al andar siguiendo los movimientos de su cuerpo—. ¿Qué zapatos lleva? —preguntó él mientras bajaba la vista para echarles un vistazo—. Muy sensatos. ¿Quiere acompañarme mientras preparo la comida a estos dos? Después haré un poco de café y le enseñaré mis credenciales.

Cruzaron la carretera para llegar a Keeper's Cottage. Él la siguió mientras atravesaban un pesado portón, que crujía bajo su propio peso al abrirse, a lo largo de un caminito cubierto de rosas trepadoras y escalones arriba hasta llegar al lugar donde una enorme marmita, igual que las que usaban las tatarabuelas para hervir la colada, descansaba en un extremo del, por otra parte, immaculado jardín. Bajo el recipiente crepitaba un fuego; nubes de vapor escapaban alrededor de la tapa y, de su interior, emanaban agradables olores.

—Patatas, cebada molida y maíz —comentó Bassett tímidamente—. Me han dicho que es la mejor manera de conseguir chicharrones a la antigua usanza. Pero no creo que llegue a comprobarlo. Comerse a un cerdo que responde por su nombre me parece cosa de caníbales.

—Especialmente si se llama *Barrington-Smythe*.

Bassett sonrió ante la divertida mirada de Helen.

—Me siento culpable cuando me zampo sus huevos —comentó señalando a *Gert*

y *Daisy*, dos gallinas ponedoras que andaban muy atareadas buscando algo que picar. Levantó la tapa de la marmita y probó su contenido—. Le faltan diez minutos. ¿Le importa que avive el fuego? Es el toque que necesita el mejunje.

A Helen Geeson no sólo no le importaba sino que, ante el asombro de Bassett, se arremangó el jersey y empezó a echar astillas al fuego mientras él las iba cortando.

—¿Nunca echa de menos su trabajo de detective? —quiso saber ella.

—A veces, sobre todo desde la muerte de Mary. Confieso que pensé en hacer las maletas y volver por donde había venido. Se me ocurrió que podría pasar el rato con los colegas. Ya sabe, dejarme caer por la comisaría para gastar alguna broma y juntarme con los amigos para beber unas cervezas. Y, claro está, para meter las narices en algún caso y ayudarlos a resolverlo. Afortunadamente, el sentido común acabó imponiéndose. La bienvenida habría durado poco. Los jubilados que nunca acaban de marcharse son una pesadilla... Por otra parte, los de la oficina son una buena panda, buena gente... demasiado buenos para perderlos. La verdad es que a veces me parece que vivo en otro planeta. Si no fuera por la prensa y la televisión podría pensar que el crimen no existe.

—Supongo que por aquí no sucede gran cosa —dijo Helen mientras recogía un puñado de astillas.

Bassett sonrió sin responder.

—Y, sin embargo, Sherlock Holmes solía decir que el crimen abunda más en el medio rural... —añadió ella.

Bassett dejó de cortar leña por un instante.

—Ciertamente, el medio favorece la ocultación del crimen.

—Sí, algo así decía Holmes...

—Si no recuerdo mal —comentó Bassett en tono desenfadado—, el ejemplo empleado por Holmes se refería a una persona secuestrada en la buhardilla de un caserón solitario.

—Sí... —Mientras avivaba el fuego, Helen levantó el rostro y sonrió—. Como Holmes preguntaba a Watson: ¿quién oiría los gritos del prisionero?

Unas cuantas astillas más acabaron siendo pasto de las llamas.

—De niño siempre tuve un perro —comentó Bassett cuando ambos bebían el café que Helen había preparado mientras él se aseaba y se ponía presentable—. Crecí rodeado de ellos. Eran como un miembro más de la familia. ¿Sabe?, cuando uno nacía ya estaban allí: padre, madre y un perro o dos... Tenía un *collie* cuando me casé con Mary. Se llamaba *Ruff*. Al morir, decidimos no tener otro. Las ciudades no son para los perros, al menos no para los perros grandes; y a mí me van los perrazos. Pero ahora... en plena campiña, con acres y acres de tierra sin acotar, uno puede caminar a sus anchas. Con un buen jardín en la casa, además... Aunque yo no soy de esos maniáticos de la jardinería.

Eso salta a la vista, pensó Helen mientras recordaba, divertida, la marmita que presidía el patio trasero.

Bassett, por su parte, sentía cierto pudor en confesar la ilusión que le producía disponer de un pequeño y cálido cuerpecillo al que arrimarse durante las frías noches de invierno, eso de estar eternamente acompañado y tener un amigo a quien querer y que le quiera a uno... En lugar de ello, optó por presentarse ante la criadora como un amo solvente para sus animales. Lo cierto es que Helen Geeson disfrutaba oyéndole hablar. La voz de Bassett poseía la confianza y la calidez que tan reconfortante resulta a los bebés llorones, que tanto calma a los animales inquietos y que logra restaurar el orden allí donde el desorden reina.

—¿Cree que pasaré el examen? —preguntó él finalmente.

—No lo dude. Ya tenía mi aprobación antes de hablar con usted. Confieso que tenía curiosidad por saber si iba usted a seguir viviendo en la comarca. De no ser así, quería advertirle que los labradores necesitan mucho espacio y grandes dosis de ejercicio... cosa que, obviamente, ya sabía usted. En realidad, he venido para comunicarle que ya tengo una nueva camada. Sólo tienen cuatro semanas, pero se mueren de ganas de conocerle. ¿Quiere venir conmigo y elegir uno de esos perrillos?

—¿O mejor dejar que uno de ellos me escoja a mí...? —propuso él arqueando una ceja.

—Usted sabe de perros —declaró Helen, reconfortada por la nueva luz reflejada en el rostro de Bassett—. Sólo hay un problema. Todos los machos tienen las orejas marcadas como perros de caza.

—Una hembra me irá de perlas. ¿Cuándo puedo pasar?

—¿Le va bien esta tarde?

Tras quedar citados a una hora adecuada para ambos, Helen Geeson se dispuso a marchar.

—Será mejor que me vaya. La comida de los cerdos...

—Oh, tengo que dejar que se enfríe, de todas maneras. Si está demasiado caliente, esos bichos siempre se quejan.

—Malcría usted a sus animales —musitó Helen con una sonrisa—. Por cierto, me alegra saber que es usted amigo de Jack Carter —comentó mientras Bassett la escoltaba al portón de la entrada—. Casi no le he visto el pelo desde que volvió.

—¿Desde qué volvió? —repitió Bassett con interés.

—Sí... —Helen miró de soslayo a Bassett, algo sorprendida por la pregunta.

—No sabía que Jack se hubiera marchado a ninguna parte —comentó él—. Tenía la impresión de que siempre había vivido por aquí, con la posible excepción de los años de la guerra.

—No, ni mucho menos. Vivió aquí de niño y cuando era un jovencito. Después llegó la guerra... y Jack se alistó en el momento en que le llegó la edad. Regresó para pasar un año, tal vez menos, y después volvió a marcharse. Para siempre, o eso decía todo el mundo... hasta que apareció de nuevo hace tres o cuatro años. —Helen

dedicó a Bassett una rápida mirada—. Parece usted sorprendido.

—Y lo estoy. Jack da la sensación de estar tan familiarizado con esta zona... Está tan bien informado que parece parte del paisaje. Llegué a pensar que su vida había estado consagrada al estudio de esta región.

Helen asintió con la cabeza.

—No andaba usted tan desencaminado. Durante su juventud, Jack llegó a conocer cada pulgada de estas colinas y estos bosques. Y no es que hayan cambiado mucho desde entonces, como bien sabrá usted. —Un gesto de su mano quiso abarcar el otoñal paisaje verde y oro que se extendía en torno suyo—. Algunos bosques son ahora más pequeños, algunos setos vivos han desaparecido, pero no se ven alteraciones mayores. No hay construcciones nuevas. No hay alumbrado público. La mitad de las casas no tienen agua corriente. Esta carretera... Aún me acuerdo de cuando no era más que una senda pedregosa. Incluso la gente sigue siendo básicamente la misma. Algunas familias, quiero decir. Jessie, Tod Arkwright, Charlie Allsop y su madre, por nombrar sólo cuatro, ya estaban aquí cuando Jack se fue. La única diferencia es que, como el propio Jack, ahora son más viejos.

Ambos sonrieron en silencio.

—Llegué a pensar que jamás volvería a verle —prosiguió Helen—. Yo suponía que si algún día regresaba lo haría con el único fin de enseñarle a todo el mundo lo asquerosamente rico que había llegado a ser, para demostrar a sus antiguos adversarios que él sí había triunfado en la vida. Mi padre siempre decía que el día de su regreso las ruedas de su Rolls-Royce nos salpicarían a todos de barro al pasar.

Otra sonrisa. Esta vez Bassett advirtió una sombra de hoyuelos en las mejillas de la mujer. Y, ahora, un leve sonrojo cuando ella se dio cuenta de que él la estaba mirando.

—Discúlpeme —apuntó él finalmente—, pero la guerra terminó hace cuarenta años. Usted no parece ni de lejos tan mayor como para...

—¿Para haber conocido a Jack en aquellos días? Yo sólo era una chiquilla, claro está. Pero mi madre ya me decía que era muy lista y muy entrometida para mi edad. Siempre me gustó enterarme de lo que sucedía a mi alrededor. —En este punto, la voz de Helen se convirtió en un susurro casi infantil—. Para serle sincera, siempre tuve una tremenda debilidad por Jack. Yo lo admiraba de un modo secreto. A pesar de lo que él representaba.

»Y ahora debo irme. Encantada de haberle conocido por fin...

CAPÍTULO DOS

LAS últimas palabras de Helen Geeson, su confesión de que «admiraba en secreto a Jack a pesar de lo que él representaba», sirvieron para despertar la curiosidad de Bassett. Por la simple razón de que Jack era amigo suyo y, como tal, se interesaba por él. Cuando aún estaba en ejercicio, a Bassett no le habría costado obtener una explicación a tales palabras con el simple concurso de un par de informadores. Pero ya no trabajaba en la policía y, con la jubilación, su natural tendencia a formular preguntas se había ido oxidando. Ahora incluso aceptaba a sus nuevos amigos de un modo puramente intuitivo. Una elección voluntaria, aunque a veces siguiera sintiendo curiosidad...

Mientras servía la pitanza a los cerdos no pudo reprimir un comentario, como hablando a los satisfechos animales:

—¿Quién podría informarme al respecto? ¿Helen Geeson, cuando la vea esta tarde? ¿Sally? ¿No sentirán reparos ante mi condición de antiguo poli?

Sally era su señora de la limpieza, una mujer oronda y alegre que rondaba los sesenta y que le había ofrecido sus martes y viernes y una buena reputación.

—Todos pueden decirle que soy una mujer limpia, señor Bassett: para criar a una prole como la mía, o se es limpia o se va una a pique. Soy de confianza. Y no soy chismosa. No me lo puedo permitir. Entro y salgo de tantas casas que no daría abasto.

Pero no parecía despreciar un buen chisme cuando se le presentaba la ocasión. Su «usted sabe que no soy chismosa, pero...» se había convertido en un chiste privado entre ella y Mary Bassett.

—Cotilleos inocentes —apuntó Bassett a sus cerdos—. Creo que Sally es la persona indicada, ¿no os parece?

Aunque era viernes, Sally no estaba allí: había advertido a Bassett que, por una vez en la vida, no llegaría a la hora acostumbrada.

—Tienen que venir a tomar muestras de agua —le había comentado. Bassett creyó entonces que la pobre señora tenía problemas de salud, pero el caso era que la junta comarcal quería comprobar la salubridad de su agua potable. Normas comunitarias, decían: había que comprobar regularmente el grado de pureza de todo suministro privado de agua. Sally obtenía la suya de un manantial.

—Vaya horas de venir —refunfuñó la señora de la limpieza mientras ponía manos a la obra un poco después de las once—. Analizar mi agua, dicen, como si no hubiera estado bebiendo de la misma fuente durante veinte años. Lo que no sé es qué piensan hacer si resulta que encuentran bichitos. La última vez que pregunté, la instalación de agua corriente me salía por ocho mil libras, y de eso hace diez años. —Estaba molesta y acalorada y, de repente, había perdido su saltarina vitalidad.

—Sally —explicó Bassett a modo de consuelo— el agua de manantial *se vende*. La embotellan, le ponen una bonita etiqueta y la venden a buen precio. Los que tienen que preocuparse son los que beben de los pozos. Venga a sentarse y tome una taza

conmigo. Hace siglos que no hablamos...

»Acabo de recibir una visita —observó Bassett mientras sorbían sendas tazas de té en la acogedora cocina—. Helen Geeson. Es la primera vez que la veo. No recuerdo haberme topado con su marido...

—Y mejor será que no le suceda. Helen es viuda.

—Oh... —exclamó él echando una rápida mirada a los picaros ojillos de Sally. Bien; al menos estaba recuperando el sentido del humor—. Helen me ha dicho que ya han vuelto a tener cachorros. He quedado en ir esta tarde a echarles un vistazo.

—También cría caballos. Tenga cuidado, no sea que le endilgue uno.

—Hace años que no monto —murmuró Bassett con una sonrisita—. Me habló de Jack... Jack Carter. Se ve que no hace mucho de su regreso por aquí.

—Es verdad. El terruño siempre tira.

—¿Nació por aquí, entonces? —interrogó Bassett con sutileza.

—Nació y se crió aquí. Y aquí se habría quedado de no ser por la guerra. La guerra le cambió la vida a mucha gente. A unos se la empeoró, otros salieron ganando. A Jack le hizo un favor. Salió de aquí como un don nadie y volvió hecho todo un oficial, elegante y distinguido. O eso dicen.

—¿Eso dicen? ¿Usted no lo conocía por entonces? Creía que usted y él eran de la misma quinta.

—A decir verdad, yo le saco unos cuantos años. Pero no, en aquellos tiempos yo no lo conocía aún. Vivíamos a cinco millas de distancia el uno del otro, y antes de la guerra, señor Bassett, cinco millas resultaban tan lejanas como cincuenta. En aquellos tiempos, sólo los ricos tenían coche y las bicicletas constituían todo un lujo... Pero claro que oí hablar de Jack, toda la comarca había oído hablar de él, creo yo. Las palabras vuelan allí donde la gente no llega. Y una o dos veces al año nos encontrábamos en las fiestas de un pueblo u otro. Para nosotros, esas fiestas eran todo un acontecimiento. Cuando aparecía por ellas, Jack siempre se llevaba algún premio... —Sally agitó la cabeza y sus ojos adquirieron un tenue brillo acuoso—. Pobre Jack. Muchas mozas le tenían echado el ojo. Y muchos mozos (y hasta hombres hechos y derechos) envidiaban su presencia y su fuerza física. Pero casi nadie *lo conocía*, no sé si entiende lo que quiero decir. Uno no se mezcla con gente como Jack a menos que quiera salir trasquilado.

—¿Era mala persona? —tanteó Bassett.

—Algunos decían que sí; otros que no —apuntó Sally—. Lo fuera o no, el caso es que la gente le culpaba de todo lo malo que acontecía. Muchos jovenzuelos se salieron con la suya a expensas de Jack. Robaban manzanas o ciruelas, o cazaban una liebre en vedado para zampársela el domingo, y siempre juraban y perjuraban que no habían sido ellos, sino Jack. Menos mal que el hombre tenía anchas espaldas. Aunque la verdad (y espero que a él no le importe que se lo diga a usted, pues hace tanto de todo esto que seguramente se ríe al recordarlo), de cada cien casos, en noventa y nueve el culpable *era él*. ¿De dónde, si no, cree usted que le viene el apodo: Jack *el*

Furtivo?

—¡Claro! —exclamó Bassett sintiéndose levemente avergonzado por su incompetencia—. De ahí le viene el apodo. *El Furtivo*. —La primera vez que oyó mencionar el mote de su amigo, a Bassett no se le ocurrió averiguar por qué lo llamaban así. Por aquel entonces no tenía cabeza más que para Mary.

—¿Y era un buen furtivo?

—El mejor, señor Bassett. Si se hubiera hecho un concurso, él habría salido en el *Libro Guinness de los Récords*.

—Y está claro que un campeón debe conocer su territorio palmo a palmo. —De ahí su conocimiento de la zona—. ¿Por qué se fue, Sally? La guerra, ¿no es así?

—Bueno, yo no creo que se fuera sólo por la guerra, no, señora —contestó ella con cierto misterio—. Yo creo que se marchó por causa de una mujer.

Una mujer cuyo nombre Sally no parecía dispuesta a divulgar. Por supuesto, ello habría entrado en el terreno del chismorreo.

Lo cual sugería, pensó Bassett, que la mujer en cuestión debía de continuar residiendo en la zona.

Una hora más tarde, al entrar en la casa con una cesta de huevos para Sally, ella le transmitió el mensaje.

—¿Señor Bassett? —gritó la sirvienta—. Casi se me olvida. Tod Arkwright ha dejado un mensaje para usted. Le he puesto una nota en la mesa de la cocina.

—Ya la tengo. —La leyó: «Le espero esta noche sin falta en El Faisán»—. ¿Qué significa todo esto? —se preguntó mientras entraba en la habitación que llamaba salón. Era su habitación favorita, que Mary había amueblado con colores claros para que en su interior se reflejara el verdor del campo que se extendía al otro lado de la ventana. La estancia despedía el agradable olor de la limpieza de Sally, olor a humo de manzano y cera abrillantadora—. Tod ya sabe que los viernes siempre me acerco a tomar una copa por El Faisán.

Sally sacudió el trapo del polvo.

—Tod parecía muy interesado en que no faltara usted esta noche, eso es todo lo que sé.

De manera que Bassett, aunque precisamente tenía pensado hacer novillos aquella noche en favor de un programa de televisión, archivó el mensaje en su cabeza y actuó en consecuencia.

Más tarde pudo alegrarse de su cambio de plan, pues aquella velada constituyó una especie de iniciación. Una iniciación para Bassett, quiere decirse: la historia o historias reales tenían su origen en el pasado.

—¡Justo el hombre que necesitamos para resolver el misterio! —gritó una voz

mientras Bassett se adentraba en el aire cargado y cálido de El Faisán Dorado.

Allí estaban todos, los leales, los incondicionales que sostenían el *pub* del pueblo cuando los turistas que recorrían los Malverns arrinconaban las botas y los mapas hasta la primavera siguiente. Y así, en las noches invernales de los viernes (día de pago y favorito de los pensionistas para hacer vida social), Archie Wood, el patrón, preparaba el fuego en el hogar al servicio de los clientes habituales y abría una barrica de *Special Bitter*, la mejor cerveza, para tenerlos a todos bien contentos.

—¡Venga, Harry! —Una bienvenida impecable. Bassett levantó ambas manos enguantadas para saludar a la alegre pandilla que se acurrucaba junto al fuego.

Ahora quien gritaba era Jessie, la única mujer presente:

—¡Acérquese por aquí, Bassett! Tod arde en deseos de hablar con usted.

—Maldita panda... —refunfuñó Archie jovialmente mientras servía la pinta de Bassett. Un instante más tarde, Bassett dejaba su jarra de peltre sobre la mesa y tomaba posesión del asiento que la maldita panda le tenía reservado.

En la mesa estaban Jan Podwojski, «expiloto polaco de la RAF reconvertido en ganadero», según su propia definición; Jessie, mujer de Jan y lechera local, aficionada a confeccionarse gorros de punto (esta noche llevaba uno de color rojo por encima de sus rizos grisáceos); Charlie Allsop, productor de huevos, aunque siempre aseguraba que era su anciana y ciega madre la que cortaba el bacalao en su granja; el reverendo William Brewerton, con el que Bassett se llevaba bien a pesar del alzacuello debido a que Willy no sermoneaba a la gente más que los domingos, cuando su diminuta congregación no sólo se lo permitía sino que lo animaba a ello, siendo el resto del tiempo una persona tan normal como cualquiera (según Tod gustaba siempre de subrayar); Tod Arkwright, un aparcerero retirado que ahora se presentaba un tanto grandilocuentemente como guarda de caza, aunque por allí nadie había pegado un tiro desde hacía décadas; y por último, aunque no menos importante, Jack Carter, también conocido como *el Furtivo*. Bassett reparó en Jack con renovado interés. Desde su primer encuentro, a Bassett le había gustado instintivamente aquel gigante barbudo de pelo gris. Ahora, después de sus charlas con Helen Geeson y Sally, sabía por qué.

—¿De qué se trata? —inquirió Bassett sin dirigirse a nadie en particular.

—Apariciones —repuso Charlie.

—¿Apariciones?

—Fantasmas —precisó Jan.

—¿Fantasmas?

—Eso. Fantasmas —atronó Tod Arkwright.

Parecía como si el pesimista Tod tuviera la obligación de ser el suministrador oficial de malas noticias. De noticias extrañas, cuando menos.

—Con ruedas. —Jessie tiró de la manga a Bassett al tiempo que asentía solemnemente con los ojos muy abiertos. Con ello quería decir que Tod estaba hablando en serio.

—Eso mismo, con ruedas —tronó Tod de nuevo—. Ruedas antiguas. Sin llantas que amortigüen el ruido. Como las de una carreta. Una carreta antigua. —Tomando su jarra de cerveza bebió un sorbo con fruición.

Bassett lo secundó con su propia jarra. Su mirada seguía fija en Tod, único hombre a quien conocía capaz de retorcerse de risa e ingeniárselas para seguir conservando un aspecto totalmente lúgubre.

—¿Quién más ha escuchado esos ruidos?

—Nadie.

Jessie frunció el entrecejo.

—¿Cuándo dices que se oye esa... digamos... carreta, Tod? ¿En mitad, de la noche?

—A medianoche, por algún camino. Lo del caballo no lo puedo jurar. No se escucha trote de caballo; tan sólo el chirriar de esas ruedas.

—Una puerta de gallinero agitada por la brisa —apuntó Jack elevando un centímetro sus enormes hombros—. O algo que se mueve en una de esas granjas medio ruinosas.

—Ruedas —repitió Tod tozudamente.

—Una rama al partirse —sugirió Charlie sin demasiada convicción.

—Una plancha de metal ondulado que se suelta y se agita. —El tumor de Jan.

—Una puerta de goznes oxidados —apuntó a media voz el reverendo Willy—. Nada más corriente que eso.

—Ruedas —insistió Tod.

—Los sonidos se propagan fácilmente y parecen otra cosa en el silencio de la noche, Tod... —tanteó Jessie.

—Cierto —secundó Bassett—. Yo mismo tengo un ratón en la buhardilla que parece pasearse con botas claveteadas.

—¡Ruedas! —bramó Tod perdiendo la paciencia—. Nada de ruidos que vuelan por el aire. ¡Como si no hubiera vivido en el campo toda mi vida! Yo he oído ruedas. Que chirrían por el bosque. El Bosque Alto, Harry... el que da a la parte trasera de tu casa.

—Vaya por Dios —murmuró Bassett—. Pues yo no he oído nada raro. Tan sólo zorros y búhos y los chillidos de los mil y un seres que viven y mueren en la noche. Claro que duermo en la parte frontal de mi casa.

Fred Ansen se unió al grupo. Fred era un hombre de unos cuarenta años, el más reciente vecino del pueblo y chófer de *Sir* Marcus Clarkson desde hacía unos meses. Fred debía de haber oído algo de la conversación desde el mostrador, pues no tardó en inquirir:

—¿Y de quién crees que es el fantasma, Tod?

La respuesta fue inmediata:

—Del viejo Gurney.

—Fue en mil seiscientos y algo, en los tiempos de la guerra civil, eso. Gloucester estaba en manos de los *Roundheads* del Parlamento bajo el mando del general Massey. Sus rivales, los caballeros nobles de Hereford y Worcester, se preparaban para atacar a las tropas de Massey... Bueno, algo se torció y la lucha empezó a destiempo en unos maizales en los que había gente trabajando. El viejo Gurney se vio envuelto en la batalla sin comerlo ni beberlo, como aquel que dice, pues no era hombre de armas. Y, bueno, antes de morir se levantó y echó una maldición...

Me están liando, pensó Bassett; Tod ha estado ensayando todo esto, y el muy ladino sabe darle sabor a la historia.

Tod se echó al gollete un buen trago de cerveza y, tras limpiarse los labios con la manga, prosiguió con su relato:

—Igual sacó la idea de la vieja leyenda del castillo de Bronsil...

—Una leyenda que data de los tiempos de Pedro el Ermitaño y las Cruzadas, cuatrocientos o quinientos años atrás —precisó Willy haciendo alarde de sus conocimientos históricos (aunque lo cierto era que no estaba completamente seguro de las fechas).

—Eso mismo —asintió Tod con toda solemnidad—. El señor de Bronsil, que era como se le llamaba entonces, decidió ir a Tierra Santa. Antes de partir escondió el tesoro familiar en un lugar secreto del foso. Pero no temáis, le dijo a su señora: si me matan, el tesoro se desenterrará cuando mis huesos sean traídos de vuelta para recibir cristiana sepultura. Bien, sus huesos, efectivamente, volvieron a casa... pero algo debió de perderse por el camino, pues se dice que el tesoro nunca fue hallado.

Bassett ya conocía la leyenda de Bronsil. La había leído en una guía turística.

—¿No había un cuervo amaestrado o algo así?

—El cuervo amaestrado de lord Bronsil, eso es —informó de nuevo el reverendo Willy—. Una ave cuya misión estribaba en proteger el tesoro.

—Y aún en nuestros días —continuó Tod en tono lúgubre— se dice que a la medianoche en punto puede oírse el graznido de un cuervo allí donde antes se abría el foso.

Todos en la mesa guardaron silencio.

—¿Y qué tiene eso que ver con Gurney? —preguntó finalmente Charlie Allsop—. El viejo no tenía un cuervo...

—Tampoco tenía un tesoro —atajó Tod con impaciencia—. Tan sólo una mísera paga que el muy cabrón no tuvo tiempo de cobrar... Le pido disculpas, Jessie. Pero el viejo Gurney no necesitaba tesoro alguno para echar su maldición a los desalmados que le habían atravesado con sus espadas. Los maldijo en voz alta y a conciencia, tras de lo cual añadió: ¡Llevad mis huesos a casa antes de que muera o de lo contrario...!

—¿Y qué pasó finalmente? —se interesó Bassett.

—Que se murió demasiado pronto. Aunque intentaron llevarlo a casa, por el camino estiró la pata. —Tod se detuvo con aire dramático y bebió un nuevo sorbo de su cerveza—. Lo abandonaron en el bosque, o eso se dice.

La gente recordó después el sonido de la carreta en el bosque, el repentino silencio y, más tarde, el chirriar de las ruedas de la carreta volviendo por donde habían venido como alma que lleva el diablo. —La mandíbula de Tod se desencajó y sus ojos se abrieron como platos—. Lo cierto es que el viejo Gurney nunca regresó a su cabaña.

Bassett optó por seguir la corriente a su interlocutor.

—¿Y dónde estaba la cabaña de Gurney? —Ésa debía de ser la gracia del asunto.

—En los bosques de Dickie Debbs —contestó Tod. Nadie se rió.

—¿Dónde queda eso?

—Cerca de la vieja mansión —informó Tod—. Se extiende precisamente junto a las tierras de usted, Keeper's Cottage. Es sabido que antaño toda esa zona estaba rodeada de bosques. De bosques impenetrables. Buena tierra para la caza... ¿Por dónde iba? Ah, sí, los bosques...

Bassett sonrió socarronamente.

—Los de detrás de mi casa.

—El que queda más cerca de sus tierras se llama el bosque de Bluebell. Si se sigue por su linde hasta la colina de detrás se llega a lo que llamamos el Bosque Alto. Allí también existe una casa encantada, pero no tiene nada que ver con Gurney, así que mejor será no tocar el tema... Se rodea ese bosque —Tod describía la ruta con un brazo levantado—, se anda campo a través hasta donde se cruzan el camino de la mansión y la carretera del Este... ¿Ha estado por allí? ¿A buscar moras o nueces? —Para buscar moras con Mary; no había vuelto desde entonces—. Eso es, eso mismo. —Tod bajó el brazo con un suspiro de satisfacción—. Entre esos zarzales se encontraba la cabaña de Gurney.

La tertulia hizo una pausa para afanarse con la bandeja de jarras de cerveza que Archie acababa de llevar a la mesa como respondiendo a una señal.

—Esa carreta... —principió Fred, el chófer.

—¡Son los huesos de Gurney que quieren volver a casa! —interrumpió Jessie.

—Pero la carretera del Este... los bosques de esa parte llevan justo hasta los establos...

—Correcto. Cuando construyeron el ayuntamiento talaron la mayor parte del bosque de Dickie Debbs. La mansión no tiene más de doscientos años y su historia no resulta particularmente interesante... Archie, póngale otra a Fred, por favor —invitó Tod.

—Fred la va a necesitar —comentó Jessie, divertida—. Tod está a punto de decirle que los establos casi con toda seguridad fueron construidos en el solar dejado por la antigua cabaña de Gurney... y su apartamento se halla encima de los establos.

Fred no tenía muy buen aspecto.

—Que sea media jarra —precisó, justo antes de que lo llamaran por teléfono—. El señor —explicó al volver a la mesa—. Mañana quiere ir de excursión a Cheltenham. Saldremos a primera hora, así que tengo que decirles buenas noches a

todos...

—El señor... ¡Y un cuerno! —musitó Jessie en cuanto el chófer se hubo marchado—. Más bien será la señora. La esposa de Fred. Creo que hoy es su noche libre. Ella trabaja en el nuevo asilo de Rosemead. Si quieren que les diga la verdad, esa mujer es su pesadilla. Siempre quejándose. Seguro que el pobre Fred se ha marchado con ella. Ya han visto su cara al volver del teléfono.

—En los viejos tiempos la habrían quemado por bruja —terció Charlie con una risotada. Ya iba por su tercera pinta de cerveza y se estaba poniendo ocurrente.

—En los viejos tiempos la podría haber vendido en el mercado —observó el reverendo Willy—. En 1802, un carnicero subastó a su esposa en el mercado de Hereford. Sacó una libra, cuatro chelines y un cuenco de ponche por ella.

—Pues a ésta no la querían ni regalada —gruñó Tod despectivamente.

—Por otra parte —intervino Jan a modo de sutil reprimenda—, quizá es que Fred quería una excusa para meterse en casa y atrancar la puerta antes de la hora de las brujas. Todo esto de los fantasmas... ¿No habéis notado que se estaba poniendo verde de papada para arriba? Parece habérselo tomado en serio.

—Haría bien en tomárselo en serio. Por cualquier camino le puede saltar la liebre... —Haciendo una pausa, Tod se volvió hacia Bassett—. Tenemos un trabajillo para usted, Harry, ya que es usted lo más parecido que tenemos a un alguacil.

—Y ya que es el que más cerca vive de donde descansa Gurney —añadió Jack maliciosamente.

Bassett denegó con la cabeza.

—Estoy jubilado, lo siento.

—También lo está Gurney, en cierto modo —apuntó Charlie—. Pero si Tod está en lo cierto, ha decidido olvidarse de su retiro.

—Eso. Y hoy es viernes. Era viernes cuando sacaron a Gurney del campo de batalla. Ya hace dos viernes que oigo esa carreta. Recuerden bien lo que les voy a decir: si vuelve a salir esta noche, eso puede significar que alguien morirá muy pronto. Recuérdenlo bien...

Aquello era meterse en terreno peligroso; los fantasmas eran una cosa más o menos inofensiva, pero decir algo así equivalía a prestar oído a supersticiones estúpidas y un tanto peligrosas, previno el reverendo Willy. Con la ayuda de otros clientes habituales la conversación derivó hacia los temas acostumbrados: los precios del mercado central de abastos, el Mercado Común, las granjas que se arruinaban y la pobreza del campo, el último vertido de residuos radiactivos y los torneos de dardos contra los *pubs* vecinos.

A pesar de todo, Tod se las apañó para decir la última palabra. Se lo dijo a Bassett de manera que sólo éste pudiera oírle y con un brillo especial en la mirada.

—Si es usted un buen sabueso, Henry Bassett, yo diría que la curiosidad acabará por vencerle. Me parece que no tardará usted en prestarle atención a este asunto.

CAPITULO TRES

BASSETT decidió tomar el atajo que atravesaba el bosque de Bluebell para volver a casa. Caminaba con desenfado mientras recorría el serpenteante sendero, dirigiendo hacia abajo el haz de su linterna para no asustar a las tímidas criaturas de la noche. Sobre él se cernía una helada que parecía agudizarse a cada minuto; el cielo que asomaba entre las copas de los árboles aparecía salpicado de estrellas. Una noche perfecta para caminar... Mary y él a menudo habían salido a pasear a medianoche cuando vivían en la ciudad. Las calles dormidas sugerían algo excitante y apacible a un tiempo. Y ellos paseaban, miraban escaparates, susurraban, reían y soñaban; y todos los sueños parecían posibles porque ellos eran los únicos habitantes del mundo... Dios, cuanto la echaba de menos.

De repente, le cegaron las lágrimas. Se detuvo para utilizar un pañuelo; después siguió su camino.

Pensó en la velada transcurrida junto a los amigos que habían sido su salvación tras la muerte de Mary. Recordó los rostros acariciados por el calor del fuego, el ambiente distendido, el aroma de la vieja madera, de la sidra y de la auténtica cerveza a la antigua. ¡Eres un hombre afortunado, Bassett!, se dijo para sus adentros.

Según ellos, existía un misterio que resolver; pero no le habían dicho qué querían que hiciera él. ¿Cazar un fantasma? Parecían hablar de ello medio en serio medio en broma, a excepción de Tod, que afrontaba la cuestión con total seriedad, aunque con Tod uno nunca sabía qué pensar... ¡Fantasmas!, recordó con una sonrisa. ¿O era que Tod había querido advertirle sobre el robo de ovejas? A pesar de no haber sido mencionado en la conversación, Bassett había oído los rumores que circulaban por el pueblo. A decir verdad, hasta ahora no les había prestado demasiada atención... ¿Ruedas de carreta en mitad de la noche? ¿Unos ladrones arrastrando una o dos ovejas? Por lo que había oído, esos robos se producían a pequeña escala: una por aquí, dos por allá; nada de latrocinios en masa.

¿Por qué no lo habían mencionado? ¿Es que sospechaban de alguno de los parroquianos de El Faisán? ¿De quién?

Sea como fuere... él había oído ruidos raros. Si de verdad se habían producido, otras personas debían haberlos oído. Y era lógico suponer que los dueños de las ovejas robadas debían de estar investigando lo sucedido.

Pensó en Fred Ansen: no era del todo sorprendente que al chófer se le hubieran aflojado las piernas dado el rumbo que había tomado la conversación. Para las personas acostumbradas a las luces y el bullicio de la gran ciudad, el campo podía resultar un tanto intimidatorio: a Mary le había pasado algunas veces, pero al menos le gustaban esos parajes; a juzgar por algunos pequeños detalles, a Fred y a su mujer les sucedía exactamente lo contrario. Eran del norte, de Newcastle al parecer, y la única razón por la que habían recalado allí estribaba en las ganas de escapar al desempleo.

La senda se estrechó, discurriendo ahora entre amasijos de ramas caídas y un follaje espeso. Bassett concentró su atención en dónde ponía los pies al andar. Un pájaro de gran tamaño, tal vez un faisán, levantó el vuelo repentinamente, sorprendiéndole por un instante.

—Perdón —susurró Bassett. Perdón por las molestias. Si es que era él el responsable de sus molestias. Se preguntó cuántos ojillos diminutos estarían atentos a sus pasos... Por no hablar del viejo Gurney, se dijo para sus adentros con una risita. Sus ojos se esforzaron en escudriñar a través de la oscuridad: no puedo seguirle la pista a un fantasma, ¿no os parece? Dadme un cuerpo y me pondréis a prueba.

Al menos esperaba que todo eso no interfiriera la adopción de la cachorrita que pensaba traerse a casa al cabo de una quincena. Había elegido una cría regordeta y cariñosa en extremo, a la que bautizaría con el nombre de *Belle*. *Belle* por hermosa. Pensaba llevarla consigo a todas partes, incluso a El Faisán: la llevaría al estilo marsupial, dentro de su chaqueta con cinturón, como había hecho cuando era un chaval y tenía un cachorrillo llamado Jo... El sendero se hizo más amplio y la creciente facilidad de su marcha lo animó a soñar despierto. Sus pies habían ganado en ligereza. Casi se podría decir que caminaba por el aire. Pero fue en ese mismo instante, mientras su mente andaba ocupada en las promesas de una nueva felicidad, cuando un grito desgarrador cortó el silencio y le heló la sangre en las venas.

¡Por todos los santos! ¿Qué había sido eso?

Era el grito de una raposa. Ya lo conocía. ¿Acaso no había olido antes la mustia esencia de una zorra? Aun así, y como lo había cogido por sorpresa, sentía que se le había erizado el vello del cogote. Un escalofrío terminaba de recorrer su espina dorsal mientras sus pies seguían clavados en el suelo. Tras aumentar la potencia de su linterna dirigió el haz en torno suyo, algo aprensivo ante la posibilidad de un descubrimiento inesperado. ¡Condenado Tod Arkwright y sus historias de fantasmas! Sus temores más ocultos parecían haber salido a la superficie. Muy a su pesar, se sorprendió auscultando el aire en busca del sonido de unas ruedas de carreta.

Se alegró al localizar el punto de luz que desprendía la lámpara de su porche.

Más tarde, mientras rodeaba con ambas manos una generosa copa de *brandy*, Bassett se preguntó acerca de los granjeros de las cercanías... Si habían oído los ruidos que Tod había descrito, ¿por qué no hacían nada al respecto? ¿Es que tenían *miedo*?

A la mañana siguiente, sábado, Jessie emprendió su ronda de reparto de leche un poco antes que de costumbre. A las 4.30 de la mañana, para ser exactos. Últimamente le costaba dormir, y algunas noches apenas si podía conciliar el sueño antes del amanecer. En esas noches de vigilia prolongada era habitual que el sueño la sorprendiera poco antes del alba, con lo que llegaba tarde al reparto. Así que cuando se despertó y vio que eran las tres optó por levantarse de la cama, prepararse una taza

de té y terminar de tejer el batín para el bebé que su hija estaba esperando. A las cuatro en punto oyó que los de la central lechera dejaban los contenedores junto a su puerta, de manera que, a pesar de no haber descansado lo suficiente, decidió ponerse manos a la obra.

Empezó su ronda. Jessie tenía asignado el reparto en dos pueblos: Oakleigh, localidad en la que residía, y Lymock, población situada a unas cinco millas de distancia, además de las granjas y casas de la zona. El tramo más sencillo de su ronda lo constituía la carretera principal que unía los dos pueblos, que estaba flanqueada por algunas casas, dos residencias de ancianos, una escuela, un bloque de seis viviendas de protección oficial y la vicaría, todo ello con intervalos razonables entre paradas. El resto del trayecto era un placer en verano, pero suponía una pesadilla en invierno... un laberinto de caminitos rurales donde los edificios se distribuían sin orden y frecuentemente eran sólo accesibles a través de pistas fangosas y en mal estado. Jessie tenía el hábito de comenzar el reparto por Lymock y sus alrededores para regresar luego a casa de modo gradual. Hoy, dada la hora y la espesa niebla que planeaba sobre el paisaje, optó por empezar la ruta en sentido inverso, familiarizada como estaba con los campos más cercanos, por los que hubiera podido circular con los ojos cerrados.

Primera parada: el extremo superior del camino junto al que vivía Bassett. Se trataba de un bonito rincón con cinco amplios caserones rurales y un gran prado. Un siglo antes, allí habían vivido un albañil, un herrero, un sepulturero, un alguacil y un molinero. Ahora dos de las casas eran residencias de verano y otras dos habían sido restauradas por matrimonios jubilados. La quinta había permanecido vacía y olvidada durante dos décadas. Pero también estaba ya en pleno proceso de reconstrucción. Su nombre: Wyndham Cottage.

La niebla, que hasta el momento era bastante irregular, acabó espesándose. A Jessie no le gustó eso ni un pelo. Algunas personas odian el viento; otras aborrecen la lluvia, la nieve o el hielo. Jessie odiaba la niebla y la bruma. Rara era la circunstancia que pudiese apartarla de su trabajo, y lo más que había llegado a permitirse era algún leve retraso ocasional, pero esa mañana, y por alguna razón inexplicable, se sentía remisa a abandonar su Land-Rover. ¿Por qué no se tomaba un respiro antes de comenzar la faena? Puesto que se había adelantado al horario previsto, optó por quedarse un rato más en el automóvil. Con gesto pausado, prendió un cigarrillo.

Pero no se puede permanecer mucho tiempo rodeado por la niebla e ignorar tal circunstancia, pues cuanto más gruesa es la bruma más deseos siente uno de atravesarla para ver qué se esconde en su interior. O al menos eso es lo que se siente si uno es como Jessie. ¿Y qué decir del fantasma de Gurney? Jessie no era en absoluto supersticiosa... Pero allí había *algo*. Algo intuido antes que visto.

Y entonces lo vio, o al menos creyó verlo. Un movimiento, un leve cambio en la dirección de las partículas que flotaban en el aire a pocos pasos a su izquierda.

Pasada la impresión inicial, el sentido práctico, tan propio de Jessie, terminó por

imponerse. Era un zorro. Un pájaro. Una oveja. ¿Era así como las robaban, al abrigo de la niebla? Un ladrón muy bien podría aprovechar la ocasión al cruzarse con un animal apartado en una carretera oscura o brumosa, escondiendo una oveja en su furgoneta para luego... No. Un solo animal, tal vez. Pero últimamente habían desaparecido demasiadas reses, tres o cuatro de golpe. Y en el último lote de cuatro se incluían ovejas preñadas.

¡Ovejas preñadas! La indignación superó al temor. Sea como fuere, cuanto antes repartiera la leche antes podría regresar a casa de su hija Christine.

Dos pintas de leche, media de crema y seis huevos para la finca «Los Abedules»... Nada para Los Cerezos, cuyos inquilinos se habían marchado de fin de semana... Próxima parada: Wyndham. Sí, sábado. El señor Wilson estaría allí. Con dos pintas tendrá suficiente. Todavía le debía las de la semana pasada. Y las de la anterior. Habrá que dejarle una factura; o hablar con Davey... Vaya caja de cerillas, parecía una casa de muñecas. Aunque el señor Wilson empezaba a reformar la vivienda. Bastaba con ver aquellos andamios... Y se decía que estaba excavando en la parte trasera. Seguramente trataría de alargar la planta baja, restaurar la fachada para contentar a los del Departamento de Obras Públicas y hacerse un huequecito para él en la parte trasera. Muy bonito...

Dado que el acceso a la puerta principal estaba bloqueado por montones de arena y grava y varias pilas de losas, Jessie decidió acercarse a la parte trasera con la ayuda de una linterna. Le pareció ver un halo de luz, un brillo entre la niebla... Eso quiere decir que el señor Wilson anda por aquí. Normalmente no llega hasta las diez y pico. Tal vez se ha decidido a pasar la noche ahora que ha arreglado el tejado. Perfecto, así podrá pagarme lo que me debe.

Mientras rodeaba un flanco de la casa vio que la luz no provenía de una ventana como había supuesto, sino de un candil que descansaba en el suelo junto a los andamios del ala nueva. Y... ¡Oh Dios mío!... ¡Señor Wilson! Tras abandonar la lechera en el quicio de la puerta de atrás, pasó tropezando sobre ladrillos, cemento y una plancha de madera hasta el lugar donde yacía el cuerpo:

—¿Se encuentra bien, señor Wilson? ¿Señor Wilson? —El cuerpo yacía inmóvil. Demasiado inmóvil—. ¿Señor Wilson? —repitió Jessie acercándose más. ¡Maldita niebla! Entonces se detuvo, alargó una mano para tocarle e iluminó su rostro con la linterna...

No se trataba del señor Wilson. No se trataba de una persona... Se trataba de unos dientes hundidos en una sonrisa loca, de un pellejo tensamente unido a unos pómulos prominentes, de unas órbitas rellenas de arcilla negruzca. Era... ¡Oh Dios!... Jessie sintió cómo sus pies rompían a correr antes de que el cerebro les diera la orden: era un rostro momificado.

Bassett observó cómo la mano de su invitada temblaba sobre el regazo. Jessie se

había presentado a media mañana con la leche y una historia que ansiaba relatar. Frente a una taza de café, la mujer acababa de contarle lo sucedido. Bassett hubiera preferido no verla tan pálida.

—Piensa usted que no digo más que tonterías, ¿no es cierto? —terminó ella con una risita nerviosa.

—Jessie... —Bassett estaba a punto de mostrar su desacuerdo pero la mujer empezó a negar con la cabeza.

—No le culpo —observó Jessie con un gesto tal vez demasiado animado—. Como tampoco puedo culpar a Jan —completó, encogiéndose de hombros.

—Se lo ha contado a Jan, claro está.

—Por supuesto. Volví a casa a toda prisa. Ya se lo puede imaginar.

Jan se había limitado a comentar que últimamente estaba demasiado cansada.

—Ya no somos unos críos, pero tú sigues llevando el mismo ritmo que si tuvieras dieciséis años —le decía él siempre—. Ven a sentarte junto a la estufa. Después, un buen desayuno y a la cama, pequeña. Yo acabaré la ronda.

Pero Jessie no estaba dispuesta a permitirlo. Ya se ocuparía ella misma de acabar la ronda, que él tenía trabajo. Aunque hoy podría hacerle un favor: ir con ella a Wyndham Cottage para ver si... Ya era de día cuando llegaron allí. Aunque el sol no había terminado de salir por completo, había suficiente luz para ver sin ayuda de una linterna.

No dieron con cuerpo alguno, ni momificado ni de ninguna clase. No había ningún candil. Todo lo que encontraron fue la lechera que Jessie había dejado. Para complacerla, Jan miró a través de las ventanas de la planta baja en busca de un abrigo o un candil. Ni rastro.

—Esto me hace pensar en la noche de ayer en El Faisán. Panda de canallas. No sé a quién se le habrá ocurrido una broma de este tipo. Finalmente terminamos por considerar que todo el asunto no había sido más que una broma de mal gusto, una broma ante la que Jan se mostró muy molesto. Hasta que recordó que yo vi la cosa esa a las cinco menos diez de la mañana. ¿A quién se le ocurriría gastar una broma a esas horas? —protestó ella con aire preocupado.

Bassett frunció los labios a modo de respuesta.

—Exactamente —prosiguió Jessie—. Le pedí a Jan que por favor no le dijera nada a nadie, o acabarán pensando que estoy mal de la chaveta, y él me ha prometido que no dirá ni pío. Ahora bien... —observó con una tímida inclinación de cabeza y una amarga sonrisa—, si llega a tener la más mínima sospecha de que alguien en particular se proponía asustarme... o sólo molestarme, se habría puesto hecho una fiera.

—¿Y usted?

—Al principio pensé que quizá Jan tuviera razón. No duermo bien. Estoy preocupada por el bebé... que es una tontería, ya lo sé. En mis tiempos esperábamos que los recién nacidos fueran perfectos y normalmente lo eran. Hoy en día las futuras

madres viven con el temor de dar a luz hijos imperfectos... con lo que todas nos pasamos nueve meses preocupadísimas. Pero bueno, la verdad es que pensé que quizá andaba realmente más agotada de lo que imaginaba.

—Pero no lo tiene claro.

—No, no del todo. Y por eso he esperado hasta ahora para hablar con usted. Resulta *difícil imaginar* un cuerpo *momificado* con ropa *moderna*, ¿no le parece? —Y, tras decir esto, buscó en los ojos de Bassett algún tipo de reacción; lo que vio en ellos debió de animarla de algún modo, ya que prosiguió—: Si hubieran sido *imaginaciones* mías, yo habría visto a Gurney... y sus restos estarían envueltos en ropas del siglo dieciséis, o algo así. Podría haberle visto con abrigo o con una capa, pero no con ropas de color *caqui*... ¿Se da cuenta?

Bassett empezaba a darse cuenta, sí.

—Un abrigo militar moderno...

—No sé si muy moderno —observó Jessie—. Pero me di cuenta de la clase de prenda que era. No podría imaginarme unos restos antiguos con un abrigo moderno. Ni tampoco me he dejado influir por los cuentos de Tod. Jan cree que sí, Dios le bendiga. Ya conoce a Jan... es un trozo de pan, y me acompañó sin rechistar a Wyndham, pero sé que en realidad no me ha creído.

Bassett evitó sonreír, recordando que él mismo había perdido los nervios en el bosque de Bluebell.

—¿A qué hora dice que sucedió, Jessie?

—Cuando vi esa cosa, debían de ser alrededor de las cinco menos diez. Eran ya las siete y media cuando Jan y yo volvimos juntos.

—Habían pasado casi tres horas.

—Jan no mostró demasiada prisa en investigar el asunto —explicó Jessie con gesto abatido—. Si le hubiera dicho que había un «cuerpo», un cuerpo real, usted ya me entiende, habría salido en pijama. Pero un esqueleto...

—Yo estaba pensando más bien en las condiciones climáticas —dijo Bassett—. Una densa niebla y noche cerrada...

—Había un candil —le recordó Jessie—. Y yo llevaba una linterna.

—¿Le alumbró la cara con ella? ¿Vio alguna otra parte del cuerpo? ¿Una mano, una pierna?

—No me paré a mirar. Parecía no estar... completo. No tenía carne, pero estaba allí. Con la forma y el tamaño de un hombre.

—Jessie —principió Bassett amablemente—, sus palabras me hacen pensar en algún tipo de muñeco... como un espantapájaros, o un monigote...

—¿O un disfraz de carnaval? —Jessie sacudió negativamente la cabeza con seguridad—. No.

—¿Una máscara tallada a cuchillo? ¿No le parece posible?

Jessie volvió a denegar con un gesto.

—Me acerqué a tocarlo. No lo habría hecho de no estar convencida de que era

humano.

Bassett advirtió el énfasis que ponía en la palabra *humano*. Eso le hizo pensar en algo, pero, como no estaba seguro de qué se trataba, lo dejó pasar.

—Por otra parte —prosiguió Jessie—, si era una broma, ¿por qué iban a colocarlo allí? Si lo hubieran puesto en el jardín de mi casa el efecto habría sido el mismo. Yo no creo que se trate de una broma, Bassett.

—Y si lo era no estaba dirigida a usted —observó él mientras se levantaba—. Vamos. Vamos a dar un vistazo. —Echándose una vieja chaqueta por los hombros, se calzó unas botas de goma, se encasquetó su sombrero de paja y salió con Jessie en dirección al Land-Rover.

Cuando llegaron por la carretera a la cima de la colina, allí donde se hacía visible el verdor de los campos salpicados de casitas, observaron la presencia de una ranchera Rover de color blanco que se alejaba de Wyndham Cottage en dirección opuesta.

CAPITULO CUATRO

—ÉSE es el coche de *sir* Marcus, ¿no? —apuntó Bassett.

—Al menos quien conduce es Fred Ansen. El mismo Fred Ansen al que suponíamos en camino hacia Cheltenham.

—Lo cierto es que está haciendo un buen trabajo... —reconoció Bassett con relación a Wyndham Cottage y su nuevo propietario.

—Sí. Calefacción central y toda la pesca —dijo Jessie—. Y ahora que ha limpiado bien la maleza del jardín, no vea cómo le da la luz. Es todo un solárium. — El sol brillaba ya de un modo esplendoroso, en tanto que la niebla apenas si lamía la cima de las colinas.

Unas semanas antes, Wyndham daba pena: las ventanas abiertas a los elementos, el ladrillo y la piedra cuarteados, el tejado levantado y un jardín que parecía estar a punto de tragárselo todo. Ahora tenía tejado y ventanas nuevas, una puerta sólida, la fachada principal había sido remozada con piedra, se habían levantado nuevos muros y toda la edificación se elevaba con orgullo sobre un terreno allanado y cubierto de grava para evitar el barro.

Mientras salían del Land-Rover, Jessie comentó lo evidente:

—Tendremos que acercarnos por el lado derecho de la casa; es el único camino que no está obstruido. Por ahí mismo pasé esta mañana... Cambia mucho a la luz del día.

Siguiendo el trazado de los andamios se detuvieron delante de la puerta trasera. Jessie señaló con un dedo.

—Aquí fue donde lo vi. En esa esquina. Estaba echado en diagonal. El candil se hallaba a su izquierda, justo al lado del andamio.

—Enséñeme el lugar preciso.

Jessie así lo hizo.

—Yo me encontraba aquí, junto a los escalones, cuando vi la luz... Me acerqué pasando por encima de unos cascotes... —indicó mientras echaba una mirada de sorpresa a su alrededor—. Qué raro. Ahora casi no hay ningún cascote. También había una plancha de madera...

—¿Ésta? —preguntó Bassett señalando con el pie. Se trataba de un palé de madera que bien pudo haber llegado junto con los ladrillos.

—Sí, podría ser... El cuerpo estaba allí.

Tierra dura, advirtió Bassett. Toda cubierta de hojas que brillaban bajo el sol, secándose poco a poco tras la helada de la noche anterior.

—Jessie, cierre los ojos y trate de describir todo cuanto vio esta madrugada. Esfuércese en recordar hasta los últimos detalles.

Ella cerró los ojos y los abrió casi de inmediato.

—¡Estaba tirado sobre una lona de plástico! —¿Negro? ¿Como el de las bolsas de basura?

—No, transparente...

—¿Material de construcción? —indicó Bassett señalando una pila de sacos de plástico vacíos que imaginaba se emplearían para cubrir el cemento fresco. La mayoría eran azules y de color butano, pero también había algunos transparentes. Sacó uno del montón—. ¿Cómo éste, por ejemplo?

—No se trataba de un saco —respondió Jessie—. No tengo esa impresión. —La mujer sacudió la cabeza con gesto pensativo—: ¿Sabe qué podría ser? Esa cosa que utilizan para proteger las hiladas nuevas de la humedad. Se compra en rollos de gran tamaño.

Bassett asintió con la cabeza.

—Entiendo lo que quiere decir. Y bien, ¿cómo estaba echado el cuerpo?

—De espaldas, con la cabeza ladeada.

—¿Está segura? ¿Cómo estaban colocados los brazos y las piernas?

—No me quedé el tiempo suficiente para... —Jessie se interrumpió y miró fijamente el lugar donde había yacido el cuerpo—. Sí, ya veo a qué se refiere. A si tenía un brazo doblado o una pierna torcida por debajo, o algo así. Pues no. La impresión que tengo es que estaba acostado de espaldas con los brazos y las piernas rectos sobre el suelo. —Jessie alzó su mirada hacia Bassett con una sonrisa de amargura—. Estoy segura de que me habría fijado si hubiese estado doblado o encogido. —La mujer cerró los ojos una vez más—. Sí. Estirado sobre su espalda... no estaba envuelto en el abrigo, lo llevaba puesto... y estoy segura de que tenía piernas... pies... botas... Oh Dios mío... —Sus párpados se abrieron de par en par—. Todo lo que recuerdo es el rostro que vi. No puedo concentrarme en otra cosa.

Terreno abonado para las pesadillas.

Bassett dirigió su atención al lugar donde ella decía haber visto el candil.

—Me habló usted de un candil, Jessie. ¿Cómo era? —preguntó mirando fijamente al suelo.

—Era un modelo Tilley.

—Entonces venga a ver esto. —Bassett se puso en cuclillas y empezó a examinar el suelo—. Mire —advirtió, mientras señalaba una leve marca circular sobre el firme arenoso—. El tamaño coincide. Y mire aquí... —Ayudándose con una piedra plana levantó un puñado de arena húmeda, que olisqueó cuidadosamente—. Parafina. Usted misma puede olería.

Al hacerlo, Jessie soltó una risita desprovista de humor.

—Eso prueba que no estoy loca del todo. ¿En qué está pensando, Bassett? ¿Se le ocurre alguna cosa?

Sí que se le ocurría algo, pero por ahora prefería no hablar de ello. Así que se apartó un par de pasos.

—Tenía usted razón en lo de la lámpara. Por lo demás... Quizá el señor Wilson nos pueda ofrecer alguna explicación.

—Pues hoy tarda bastante en llegar —apuntó Jessie—. Y Davey también.

—¿Davey?

—El chico de mi primo. Ha estado ayudando al señor Wilson.

—Me parece que el señor Wilson sólo viene los fines de semana, ¿no?

Jessie asintió con la cabeza.

—Casi siempre es así. Él se encarga de la parte más pesada del trabajo. Tiene buena mano para estas cosas, o eso dice Davey. Al parecer, tiene vínculos familiares con el ramo de la construcción. —Jessie miró su reloj—. Las once en punto. Ya deberían estar aquí. Fred también echa una mano cuando no le necesitan en el ayuntamiento. —Dicho esto, se encasquetó su gorro de lana (hoy era de color verde loro) y se lo ajustó sobre las orejas—. Será mejor que me vaya antes de que empiece a imaginar más cosas raras.

—¿Cómo qué? —preguntó Bassett con una sonrisa.

—Bueno, no sé. Es sólo que... Es extraño. Muy raro.

Fred aparece cuando debería estar en Cheltenham. Hace un día maravilloso, ideal para trabajar al aire libre, pero Derek Wilson no está por ninguna parte, ni tampoco Davey...

—¡Ya vale! Déjelo ahí, Jessie —propuso Bassett mientras le daba unas palmaditas en el hombro—. Tampoco hay que perder la cabeza, mujer. Quizá todo resulte más sencillo de lo que parece. Ciertamente hace un día precioso. Tal vez sea la última oportunidad de trabajar el cemento antes de que lleguen las heladas de verdad. —Con una mano señaló a donde se estaban levantando los nuevos cimientos—. A lo mejor es que se han ido a comprar cemento y arena. ¿Y Fred? Habrá dejado a *sir* Marcus en Cheltenham y habrá regresado en solitario. Quizá se haya encontrado una nota diciéndole «Vuelvo dentro de una hora» y, tras metérsela en el bolsillo, se haya ido a casa a ponerse sus ropas de trabajo... Una explicación lógica, ¿no cree?

—Lógica, aunque no explica nada... —Jessie se irguió y le miró con las cejas arqueadas—. Me siento mejor después de haberle consultado. Si se entera de algo que pueda explicar todo este lío me lo hará saber, ¿no? Y una cosa más... Le agradecería que no fuera contando todo esto por ahí —añadió, algo avergonzada.

Bassett rechazó su invitación para volver a casa en coche pero la acompañó hasta el Land-Rover, donde ella, finalmente, le soltó la pregunta a boca jarro:

—¿No será que han desenterrado a Gurney?

¿Desenterrado a Gurney? Bassett más bien pensaba que el viejo Gurney había sido ya arrancado de su letargo por obra de la mente de Tod. Aquello sonaba a ensayo general de cara a los turistas de la próxima temporada. Una manera como otra cualquiera de tomar unas cervezas gratis.

Bassett observó cómo el Land-Rover de Jessie desaparecía por el camino, tras de lo cual regresó al patio trasero de Wyndham. Todavía tenía que efectuar ciertas pesquisas.

Ya antes había notado que la tierra cercana al andamio desde donde Jessie vio lo que, para abreviar, iba a llamar esqueleto, había sido removida recientemente: las hojas estaban entremezcladas con una capa de lo que parecían escorias en vez de yacer sin más donde el viento las había llevado. Tampoco le había pasado inadvertido que en ese punto habían desaparecido las ligaduras que debieran asegurar el andamio. Pensó en un corrimiento. ¿Se habría movido el andamiaje? ¿Lo habrían dejado suelto mientras allanaban el terreno que lo sostenía? En pocas palabras: ¿habría estado trabajando el nuevo propietario a la luz de un candil... y se habría caído del andamio?

¿Sería acaso un Derek Wilson con el rostro desfigurado por los elementos la visión que había tenido Jessie?

Si no le había mencionado a la mujer tal posibilidad era por una simple cuestión de delicadeza, pues ella había salido disparada, dejando al hombre a merced de sus sufrimientos. ¿Quién lo habría encontrado después? Davey no, seguramente. La hora resultaba demasiado temprana para ello, pues el cuerpo había desaparecido antes de las siete y media de la mañana... ¿Se trataría quizá de alguien que paseaba a su perro? El perro quizá oliera a Wilson, lo que incitaría a su dueño a ponerse en contacto con la mansión, un impulso heredado de los días en que la familia de *sir* Marcus poseía el pueblo entero y demandaba que se la mantuviese informada de cualquier suceso. Ello acaso explicara la presencia del Rover: quizá Fred tuviese órdenes de recoger a Wilson.

Una comprobación más minuciosa confirmó que aquella parte del andamio estaba suelta; tras hundir su cortaplumas en la tierra y observar el resultado, Bassett se cercioró de que aquella franja del terreno había sido removida en profundidad recientemente. Advirtiendo la presencia de arcilla, propinó un pequeño golpe al andamio: éste se balanceó de modo instantáneo. ¿Acaso no haría lo mismo cualquier constructor que se preciara, profesional o aficionado, para comprobar la estabilidad del andamiaje antes de subirse a él? Y en cualquier caso, ¿no era de esperar que Wilson llevase consigo una luz? Nadie con dos dedos de frente se subiría a un andamio en plena oscuridad, ni siquiera a uno de un piso de altura. Si Wilson llevaba una luz consigo al caer del andamio, ésta también debía haber caído con él. Si no llevaba la luz en la mano, lo lógico hubiese sido que ésta reposara sobre alguna de las traviesas horizontales.

Aun así, cabía suponer por un instante que Wilson efectivamente, había subido al andamio. Para volver a tensar las ligaduras. Unas cuerdas que probablemente llevaría... ¿en el bolsillo? Ello explicaría por qué no había ni rastro de ellas: posiblemente se hallaban en el interior de algún bolsillo de su abrigo color caqui.

¿Pero por qué en los bolsillos? Wilson tuvo que aflojar el andamiaje para remover la tierra que lo sostenía. Tras desatar las ligaduras, lo más lógico hubiera sido dejarlas sobre una traviesa horizontal. Aunque la verdad es que no siempre hacemos lo más sensato. Así pues, Bassett se imaginó a Wilson metiéndose las cuerdas en el bolsillo, tras de lo cual debió de bajar del andamio para hacer lo que tuviera que hacer con la

tierra; a continuación volvió a subir para atar de nuevo las ligaduras (para lo que debió de dejar la lámpara en el suelo, cosa que no le proporcionaría más que unas sombras inútiles); y el andamio debió de balancearse en aquel instante originando la caída de Wilson, quien, malherido, seguía inconsciente cuando Jessie llegó al lugar...

Los razonamientos de Bassett se detuvieron en aquel punto. Las cosas podrían haber sucedido así, pero, con todo, no acababa de convencerse. La cuestión clave era la siguiente: ¿qué sentido tenía afanarse con andamios y andar removiendo tierra a aquellas horas de la noche? Y otra cosa: todo seguía demasiado tranquilo por allí. De haberse producido un accidente lo normal sería esperar la presencia de algún curioso atraído por la noticia. Además, ¿es que no había ambulancias? Si se hubiera originado un movimiento de ambulancias por la zona, Jessie forzosamente lo habría advertido en el transcurso de su reparto.

Que Derek Wilson hubiera sufrido un accidente y fuese confundido con un esqueleto parecía más que improbable.

Poco antes de llegar a casa, un nuevo pensamiento atravesó su cabeza: si realmente Wilson se había acercado por su parcela la noche anterior, ¿dónde diantres había aparcado el coche? Jessie no había mencionado la presencia de ningún automóvil... Quizá porque éste se encontraba aparcado en el prado. En su primera visita, Jessie no debió de apercibirse del auto por obra de la niebla.

La segunda vez, simplemente no debía de haber coche alguno en las cercanías.

—¿Sabéis por qué el coche no estaba allí? —preguntó Bassett a sus cerdos mientras les ofrecía las bellotas que había recogido por el camino—. Porque Wilson se había esfumado. ¿Os acordáis de cuando me desmayé en el huerto y Mary no me vio hasta que finalmente recobré el conocimiento y me puse en pie? Lo mismo pudo pasarle a Wilson, ¿no? Estaba tieso cuando Jessie llegó, pero más tarde recuperó el conocimiento y se fue tambaleando hasta su coche para sentarse y recuperar fuerzas. Luego decidió que estaba demasiado aturdido para continuar con su trabajo y telefoneó a Davey para decirle que no hacía falta que fuera a la casa. En cuanto a Fred, simplemente no dio con él... ¿Tú qué crees, *Barrington-Smythe*?

Barrington-Smythe miró a Bassett con su ojo azul y la *señora Piggy* se quedó boquiabierta antes de soltar un gruñido y ponerse a galopar frenéticamente por la pocilga.

—No es una teoría tan mala —se quejó Bassett—. A ver qué os parece esta otra. ¿Qué hacía Wilson tan atareado en mitad de la noche? Respuesta: el hombre del tiempo dice que hará bueno todo el fin de semana, cosa que anima a Wilson a acabar de una vez con los cimientos. Pero el andamio le llama la atención, pues es un trabajo que él mismo puede solucionar a la luz de un candil. Así que se pone a trabajar toda la noche para acabar lo del andamio y tener así todo un fin de semana por delante para ocuparse del cemento. El esfuerzo le hace sudar. Se saca el abrigo y lo deja en el

suelo, enrollado en una tira de plástico para que no coja humedad. Jessie llega mientras él está detrás de una esquina aliviando sus necesidades fisiológicas... Y, así, él oye a la mujer llamar a su abrigo por su nombre y preguntarle a su sombrero y su bufanda si se encuentran bien...

»¿Qué pasa? ¿De qué os reís? —exclamó con una risita gutural. Los cerdos estaban gruñendo sin descanso, una respuesta habitual al sonido de su voz—. Tiene sentido. Después de todo, eran las cinco de la mañana, había niebla y hacía frío, y Jessie no había dormido bien. Por no hablar de las ruedas de la carreta de Gurney y de las historias de muertos...

Aun así, una hora más tarde seguía especulando sobre lo sucedido con la típica cara del perro que ha escondido un hueso y no recuerda dónde. Algo exasperado, se esforzó en apartar de su mente las especulaciones más fantasiosas. Amigo Bassett, primero busca hechos y deja las explicaciones enrevesadas para después. El problema era que no podía evitar la sensación de que ya había encontrado bastantes hechos. Y también respuestas... Aunque se trataba de respuestas a preguntas que todavía no habían sido formuladas.

Por esa razón, y tras un frugal almuerzo, Bassett salió a dar una vuelta; y, por esa misma razón, cuando lo invitaron a una reunión de granjeros acabó por aceptar, desoyendo incluso los consejos de su buen juicio.

CAPITULO CINCO

CUANDO hacía buen tiempo, Bassett disfrutaba de un paseo a modo de prolongación de aquellas salidas diarias con Mary durante las que descubrían nuevos rincones de inusitada belleza y toda una colección de flores salvajes, pájaros y mariposas que no recordaban haber visto desde la infancia, incluyendo algunas especies, flores en especial, extremadamente insólitas. Recordó el encuentro con la mamá faisán seguida de cerca por sus polluelos. Noviembre no era tiempo de cría, claro está, pero le había vuelto a la cabeza el recuerdo de aquella escena porque hoy mismo llevaba, al menos espiritualmente, un cachorrillo consigo; un cachorro al que enseñaría a no meterse con la vida silvestre. ¡Dios, cómo iba a disfrutar con todo eso! Con el espacio abierto y la libertad de recorrer millas y millas sin más restricción que las señales que instan a los paseantes a no arrancar flores.

Pero Wyndham Cottage seguía estando presente en sus pensamientos.

Observó la casa desde la cima de una colina cercana, ideal por otra parte para el ocio canino, y no vio señal alguna de actividad: nada había cambiado desde su partida. Tampoco estaba presente ninguno de sus vecinos, así que no tenía excusa para acercarse a chismorrear un poco. Por ello, bajó la colina en otra dirección y decidió darse una vuelta por los caminitos rurales, en espera de toparse con el mayor número de personas posible. El leñador, un hombre de natural optimista, y el propietario de una huerta de fresones no dijeron esta boca es mía. La gente lo saludó desde campos y jardines. Pero nadie salió a su encuentro para darle noticias. Cuando visitó el colmado local no obtuvo ni un susurro.

Cruzó un riachuelo, bordeó una plantación de grosellas negras, saltó una cerca y muy pronto se halló en la senda que le llevaría a casa. Allí, Jack Carter y un hombre que Bassett sólo conocía de vista y que más tarde se presentó como John Stokes, modesto granjero, lo encontraron contemplando una rama caída que bloqueaba el paso.

—No se va a quitar de ahí sólo con mirarla —observó Jack sin hacer ademán de mover un dedo.

—Si me estás ofreciendo músculo —dijo Bassett con una sonrisa—, lo acepto. Es de fresno, ¿no? ¿Se quema seco o verde? —Tras decir esto se rascó la nariz tímidamente—. Es una pena desperdiciarlo...

Parecía como si estuviera mirando unos pasteles apetitosos con el estómago vacío. John Stokes se rió por lo bajo. Jack soltó una carcajada:

—¿Has salido a buscar leña?

—No... —Aunque la verdad era que no andaba muy sobrado de combustible—. De hecho, quería charlar un rato con el vecino de Wyndham para ver cómo le va...

—¿Wyndham? —preguntó el granjero John con gesto sorprendido.

—Wyndham Cottage, al final del camino de encima de mi casa. Un tal Wilson la compró...

—Antes era de los Bentley —comentó Jack al granjero, quien asintió con gesto ausente.

—Ah, sí —murmuró el hombre para, después, recordarlo de verdad y exclamar abriendo los ojos—: ¡La conozco! Claro que la conozco, sí. Dicen que está dejándola que da gloria verla.

—Es verdad —respondió Bassett con gesto inexpresivo—. Aunque las obras parecen un tanto estancadas. Pensé que con este tiempo me encontraría a Wilson en plena actividad y, sin embargo, no hay nadie en la casa.

—Sí, bueno, es que ahora no va a disponer de muchos sábados libres. —El granjero lo decía como si tuviera información de primera mano—. Es el encargado de ese supermercado nuevo, Mayberry's, ese que han abierto el martes pasado en Gleavebourne. Ahora sé de quién me habla... Es de Manchester. No me sonaba el nombre de la casa porque nunca la hemos llamado Wyndham. Lo mismo le pasará a la suya... Dentro de un tiempo ya nadie recordará su antiguo nombre y todo el mundo la llamará Bassett's. Bassett's Cottage. Pero sé de quién me habla. Mi mujer le está muy agradecida, pues le regaló media libra de salchichas.

—Se han pasado semanas arreglando esa tienda —apuntó Bassett—. Supongo que él se habrá encargado de todos los preparativos. ¿Saben si vive por aquí? —preguntó cómo quien no quiere la cosa.

—En una caravana —fue la respuesta—. En el Príncipe Guillermo de Gloucester Road. En el terreno que hay detrás del *pub*. Creo que es por eso por lo que se da tanta prisa con lo de la casa. Quiere mudarse cuanto antes. No le culpo. Un techo sólido y una chimenea es mil veces mejor que una caravana rodeada de nieve.

—En fin... —Jack *el Furtivo* escupió sobre las palmas de sus manos, las frotó una contra la otra y flexionó los hombros preparándose para recoger la rama caída—. Vamos a quitarnos esto de encima... Al fin y al cabo, veníamos a visitarte —añadió agarrando el gran pedazo de leña.

Cargaron con el tronco en fila india por el camino hasta llegar a la leñera de Bassett.

—¿Para qué queráis verme? —preguntó Bassett mientras los tres daban buena cuenta de unas cervezas a fin de compensar el sudor perdido.

—Robos de ganado —dijo Jack—. Esta noche hay una reunión de granjeros y pequeños ganaderos, como aquí el amigo John, en la sala de banquetes del Faisán. Para discutir el problema. Nos preguntábamos si te apetecería pasarte por allí. Mejor lo diré de otra manera: estás invitado a asistir.

—¿Qué esperáis sacar en claro de esa reunión?

—Prevención —respondió Jack mirando a Bassett a los ojos.

Bassett sopesó por un instante las implicaciones de la palabra.

—Muy bien —repuso finalmente—. Ponedme en la lista.

Aparentemente, las desapariciones de ovejas no eran nada nuevo: cada año se echaban en falta una o dos reses; sin embargo, el robo a mayor escala era muy esporádico, y parecía que ahora había empezado una epidemia.

—Hemos avisado a las granjas grandes —explicó Jack a Bassett—. Han tenido muchos problemas en el pasado. Sin embargo, los últimos robos parecen concentrarse en lugares aislados, con pocas casas, muy alejadas unas de otras, donde el tráfico es prácticamente inexistente.

John tomó el relevo del relato. Empezó a desgranar nombres de granjeros cuyas ovejas pastaban en los prados comunales.

—Todos ellos han sufrido pérdidas de dos o tres ovejas. Hace una semana, hartos de la situación, decidieron formar un retén de vigilancia. Sin embargo, parece que alguien dio el soplo a los ladrones y que éstos han decidido trasladarse a esta zona, a nuestros propios rebaños.

Tim Parker, un amigo del granjero, había perdido cuatro cabezas hacía una semana. Por las mismas fechas, su hermano Tony había sufrido el robo de cuatro más, tres de las cuales se encontraban preñadas.

Según los lugareños los ladrones aprovechaban los fines de semana, especialmente los viernes, aunque Tony no llegó a estar seguro de sus pérdidas hasta ahora. Tras haber hecho algunas consultas le hablaron de Tim, cosa que le llevó a atar cabos... Y, bien, había llegado el momento de dar una lección a aquellos cabrones...

—Hemos convocado la reunión para decidir qué debe hacerse a partir de ahora —explicó Jack.

—Ayer fue viernes. ¿Alguna novedad? —quiso saber Bassett.

No que ellos supieran.

—¿Ha dicho que ya hubo problemas en el pasado...?

—Sí —contestó el granjero—. Hace cosa de cinco o seis años. No se sacó nada en claro. Al final, bien o mal, culparon a unos *hippies*. Se encontró un par de pieles de oveja en unas ruinas cerca de Lymock... Bueno, eso fue doce meses después. Parecía que habían sacrificado y desollado a los animales allí mismo y que después se habían llevado la carne en algún vehículo.

—¿Han informado a la policía de las últimas desapariciones?

—¿Para qué? —dijeron— la comisaría local no disponía de hombres suficientes. Y lo extenso de la zona dificultaba enormemente las misiones de patrulla.

Bassett asintió.

—Aun así me parece que convendría añadir este punto al orden del día... ¿Qué vas a proponer en la reunión, Jack?

—Lo mismo que nuestros vecinos... Patrullas a pie con luces y perros. Para asustarlos un poco.

Así estaban las cosas. Bassett pudo apartar de su mente los temores a encontrarse con una turba dispuesta a linchar a alguien. Como Jack señaló en la asamblea, no habla forma humana de atrapar a los ladrones: lo mejor que podía hacerse para acabar

con los robos era dejarse ver.

Empezando esa misma noche.

Una vez hubo acabado la reunión, Bassett y sus compañeros tomaron asiento en la parte delantera del *pub*, donde Tod mantenía una acalorada discusión sobre la no comparecencia de Jan y Jessie Podwojski, Fred Ansen y el reverendo Brewerton. Se decía que Jan y Jessie habían ido a ver a su hija Christine; se aireó el rumor de que Fred había sido visto dándole al frasco en el Príncipe Guillermo; y se propuso que el reverendo Willy debía estar preparando el sermón de mañana domingo. Tod murmuró que el del alzacuello tenía toda la semana para redactar su sermón y que ésa no era manera de fastidiar una velada de sábado.

Y Bassett perdió la concentración. La había empezado a perder unos minutos antes, cuando hizo su aparición una pareja muy encopetada de mediana edad. No sonreían, no dieron más que las buenas tardes, y ahora estaban sentados muy tiesos y estirados, alejados del grueso de los parroquianos. Bassett hubiera dicho que se trataba de forasteros, a juzgar por la recepción que obtuvieron. Y sin embargo nadie les prestaba atención alguna, lo que era muy raro en ese local... En cierto modo, diríase que su presencia resultaba levemente molesta.

Se puso a pensar: hay personas que parecen moverse entre susurros y albergar ideas maliciosas; que parecen guardar un secreto, conspirar, y que con su sola presencia hacen que los demás se sientan incómodos. Apartó la mirada... y volvió a estudiarlos. Ahora lo veía claro: estaban escuchando. Escuchando y observando deliberadamente... mientras, al mismo tiempo, fingían desinterés por todo lo que sucedía a su alrededor.

Por el rabillo del ojo, Bassett vio que Jack se volvía y miraba en dirección a la pareja, vio que asentía y que, con movimientos muy lentos y cautelosos, el hombre le correspondía y la mujer le dedicaba una media sonrisa; y también creyó ver algo en la mirada de ella, que parecía fijarse excesivamente en *el Furtivo*. Un segundo más tarde Jack les daba la espalda de nuevo. Al volverse, miró a Bassett arqueando una ceja.

—Molly y yo fuimos juntos a la escuela —le informó con sencillez.

En ese momento llegó Willy Brewerton.

—¡Archie, una pinta para el reverendo! —Esas palabras precedieron la entrada de un grupo de jóvenes vestidos con ropas chillonas al estilo de los felices veinte. Resultaron ser Davey, el joven pariente de Jessie, y unos amigos que se dirigían a celebrar un cumpleaños en Tewkesbury.

—Nada de alcohol, muchachos aprevino Archie en tono jocoso.

—Es un poco tarde para empezar una fiesta —apuntó el granjero John mientras el grupo de recién llegados gravitaba hacia el extremo opuesto de la barra. Eran las nueve y cuarto.

—¿Ésos? —dijo Charlie Allsop con parsimonia—. ¿Así vestidos? ¡Ni hablar!

—Puede que sea eso mismo lo que quieren que creamos. Quién sabe adónde van esta noche...

—Davey no —murmuró Tod.

—¿Davey no qué?

—Davey no es un ladrón. Debajo de esas tonterías que lleva puestas, es un buen chico.

El Faisán se estaba abarrotando por momentos. Los compañeros de mesa de Bassett se enzarzaron en las conversaciones de los clientes vecinos. Si Bassett no hacía lo propio era porque estaba más acostumbrado a escuchar, incluso dos conversaciones a la vez. No lo hacía conscientemente ni con malicia: era sólo cuestión de costumbre. Hábitos de polizonte. Y esta noche le estaba dando resultado.

—¿Fuiste tú el que le gastó la broma a la lechera, Davey? —oyó entre el bullicio de las conversaciones.

No podía ver quién lo decía, y Davey estaba rodeado por toda una multitud, pero pudo oír, aunque vagamente, la respuesta del muchacho.

—¿Broma? ¿Qué broma? ¿Es que han molestado a mi tía Jess?

Después se oyeron voces empastadas, un titubeo o dos, y...

—¿El qué? ¡Un esqueleto!

Y lo demás quedó escondido tras una explosión de carcajadas y una voz que destacaba diciendo:

—¡Vaya, vaya...!

Bassett recorrió con la vista a sus compañeros de mesa. Todos estaban inmersos en conversaciones privadas. Todos excepto Tod, que atravesaba al grupo con la vista y preguntaba, sin dirigirse a nadie en particular:

—¿De qué va la cosa?

Sin motivo alguno excepto el posible temor a que Tod lo pillara observando, Bassett miró de nuevo en dirección a la pareja de mediana edad... Observándose el uno al otro, ambos musitaron con claridad:

—Es-que-le-to.

En ese instante Charlie se le acercó, tapándole la vista:

—Parece que alguien ya le ha sacado jugo a la historia de Tod y el tal Gurney.

Bassett asintió, sonrió y se abstuvo de hacer comentarios.

Los jóvenes empezaron a levantar la voz.

—¡Vamos, no dejes ni una gota! ¡Peter! ¿Fuiste tú? ¿Acaso has vuelto a echar mano a tu viejo disfraz de carnaval, el del esqueleto de pintura fosforescente...?

—Soy inocente, lo juro —repuso otra voz.

Después volvió a hablar Davey:

—¡Estáis locos! Acabo de ver a mi tía hace un par de horas y no me ha dicho nada de todo eso...

Las voces y las risas fueron aumentando de volumen; y acabaron por estallar

cuando les anunciaron que había llegado el transporte que esperaban. Bassett siguió a los jóvenes hasta una furgoneta ya repleta de juerguistas y vio con sus compañeros de mesa cómo el vehículo se alejaba bajo los compases de la música *heavy metal*. Allí no había ningún cuatrero.

Y la patrulla nocturna discurrió sin novedad. Bassett volvió a casa poco antes del amanecer. Dio de comer a los cerdos y a las gallinas, se tomó un baño y se fue a acostar, preparando el despertador para la una de la tarde. Era cerca del mediodía cuando el teléfono lo despertó...

Derek Wilson, el nuevo propietario de Wyndham Cottage, había aparecido. Estaba en el cementerio de la iglesia, sentado sobre una lápida.

Y estaba muerto.

CAPITULO SEIS

OAKLEIGH tenía una iglesia pequeña y hermosa. Era una edificación del siglo XII con un antiguo porche de roble, un campanario de madera con aguja también de roble y vidrieras vestigios de un priorato ya desaparecido, que destacaba de forma pintoresca entre las ricas tierras de labor que la rodeaban. Según Willy Brewerton, los registros parroquiales, cuyos ejemplares más antiguos databan de 1630, eran de lo más interesante, pues proporcionaban una descripción detallada de los modos de vida de tiempos pretéritos. Modos de vida aparentemente agradables, por cierto.

Había caído un chubasco casi primaveral durante las horas que Bassett estuvo durmiendo: cuando llegó a la iglesia, el sol brillaba, el cielo era azul y toda la campiña otoñal aparecía recién regada y cegadoramente limpia. A primera vista, la escena no parecía muy diferente de la de un domingo cualquiera. El reverendo Brewerton se estaba despidiendo de su congregación, una docena de fieles que ya empezaban a ocupar sus automóviles ofreciendo pasaje a aquellos que no tenían medio de transporte. Sólo los más avisados podían saber que las figuras que rondaban al fondo del jardín parroquial eran agentes de policía acompañados del fotógrafo de homicidios y no unos visitantes cualesquiera interesados en tumbas antiguas. El forense también había acudido; Bassett reconoció su chaqueta deportiva y su cabello entrecano. Habían aparcado sus coches fuera de la vista, detrás de la iglesia. Todo se estaba llevando a cabo con la mayor discreción.

Cuando se hubo marchado beatíficamente el último de los feligreses. William con el rostro aún más pálido que de costumbre, se acercó a Bassett.

—¿Se ha enterado ya? Qué gran desgracia —comentó con su voz de los domingos. Se dieron un apretón de manos, un gesto ya mecánico en el reverendo: Bassett era el feligrés número trece del día.

—¿Se trata de Derek Wilson?

—Eso me ha dicho Jack. Yo no lo conocí personalmente. ¿Ha sido él quien le ha avisado? Sé que ha efectuado una llamada telefónica desde aquí. Sus padres están enterrados en este lugar, ya sabe. Viene a visitar sus tumbas cada domingo... aunque no hay manera de que ponga un pie en la iglesia. Ya son dos con usted —apostilló William a modo de reprimenda.

—¿Ha sido Jack quien ha encontrado el cuerpo?

—No, los niños de Barnett. Su madre los dejó en la iglesia mientras hacía un recado. Antes de marcharse, y en vista de la intensidad de la lluvia, les dijo que no se movieran de sus bancos. Pero cuando salió el sol, y puesto que estaban solos, hicieron lo que cualquier niño habría hecho. Salieron a jugar. Al escondite, claro está...

—Y se toparon con el cuerpo.

—Así fue —asintió el clérigo con solemnidad—. No se dieron cuenta de que el hombre estaba muerto. Lo cierto es que se portaron como unos hombrecitos. Muy

serios, vinieron a buscarme y me dijeron: hay un hombre sentado en el cementerio, padre. Parece que no se encuentra bien. No le habían puesto la mano encima, ya sabe. Sólo lo miraron a distancia, le hablaron y no obtuvieron respuesta. Me enseñaron dónde estaba y le dije a Jack que me acompañara mientras mi gobernanta se quedaba a cargo de los niños...

—¿A qué hora sucedió todo eso, Willie?

—Serían las diez y media. Eran las once menos diez cuando llamé a la policía... Les dije que tenía misa a las once, aunque al final no empezó hasta las once y cuarto y me recomendaron que mantuviera el programa con toda normalidad. Dijeron que no sabían cuánto tardarían en reunir a su equipo. —El reverendo dirigió una mirada pensativa hacia el núcleo de la actividad policial—. Supongo que, al ser domingo, es un poco difícil avisar a la gente... —Y volviéndose de nuevo a Bassett—: No pensaba que fuera preciso armar lanío jaleo por una muerte natural.

—Hay que investigar cualquier muerte inesperada. Willie —explico Bassett para tranquilizarlo—. Por si acaso.

—Ya veo —dijo William con una amplia sonrisa—. Yo sólo sé lo que acabo de contarle. Finalmente los niños se quedaron con la gobernanta. Jack accedió a cuidar del cuerpo hasta que llegara la policía y yo celebré la misa. Estoy de acuerdo con la policía en que no convenía cancelar el servicio, ello sólo hubiera sido motivo de innecesaria curiosidad. Mejor tenerlos ocupados en la iglesia. Aun así me temo que se huelen algo. Estoy seguro de que a media tarde ya sabrán más que nosotros del asunto.

—No si nos adelantamos a ellos —dijo Bassett echando una mirada en dirección a la policía—. ¿Viene usted conmigo?

William caminó junto a él. Un policía de paisano paseaba por la parte nueva del cementerio; su figura solitaria destacaba sobre un fondo de crisantemos.

—¿Por qué? —susurró William.

—Para espantar a los moscones. ¿Por qué cree que le he pedido que me acompañara? Usted viste sotana.

El clérigo rió por lo bajo.

—No hacen falta tantas precauciones. Uno de los oficiales es amigo suyo. El inspector Greenaway. Los oí mencionar su nombre.

—Vaya vaya... Así que Bob anda por aquí.

Varios meses después de mudarse a Oakleigh. Bassett localizó la comisaría de policía más próxima, que estaba situada a unos nueve kilómetros, en Gleavebourne, un importante centro comercial. Había pasado por allí para echar un vistazo y para comprobar cómo era la dotación, pues hacía mucho que no veía un uniforme conocido. En la comisaria se encontró con un viejo amigo. Bob Greenaway, uno de sus sargentos en tiempos pretéritos, era ahora inspector de la zona.

La policía estaba a punto de abandonar el lugar. Bob Greenaway se separó de los demás y se acercó a la pareja de curiosos. Tras los preceptivos apretones de manos le

dijo a William:

—¿Fue usted quien llamó a la comisaría? Ya nos imaginamos que está muy ocupado en domingo, pero le agradeceríamos nos concediera unos cuantos minutos de su tiempo para prestar declaración a mi sargento. Pura rutina. Ya hemos hablado con los niños. Uno de mis hombres los ha acompañado a casa. —El inspector hizo una señal. Con gesto amigable, el sargento Miller se acercó apresuradamente.

—Sargento, le presento al reverendo Brewerton, quien nos avisó del hallazgo del cuerpo... ¿Le parece bien que lo deje en manos del sargento Miller, reverendo? Si tenemos algo más que pedirle, ya lo llamaremos mañana.

—¿Dónde quiere que vayamos, sargento? ¿Le apetece una taza de té? Mi gobernanta...

Mientras Willy y el sargento se perdían de vista, el inspector Greenaway se dirigió a Bassett.

—Se me ha ocurrido que quizá pudiera usted sernos de ayuda, Bassett... Cuando menos, vive usted por esta zona. ¿Qué es lo que sabe de él?

—¿A quién se refiere exactamente, Bob? Tan sólo conozco el caso de oídas...

—Vale, vale. ¿Quiere ver el cuerpo?

—Pensé que no me lo iba a preguntar nunca.

Edad: entre veinticinco y treinta años. Estatura mediana. Constitución saludable. Bien afeitado. Pelo oscuro bien cortado. Viste un jersey gris de cuello alto debajo de un anorak de tela de gabardina o similar, pantalones de pana gris oscuro y calzado deportivo tipo bambas.

Bassett anotaba mentalmente cuanto veía.

Hallado en posición de sentado sobre una tumba antigua, con la lápida a modo de respaldo. Piernas estiradas. Brazos sobre el regazo. Cabeza ligeramente inclinada hacia un lado. No hay señales aparentes de heridas ni violencia. Expresión serena en el rostro.

Greenaway leyó en voz alta sus propias notas:

—Derek James Wilson. Edad: veintinueve. Residente en Salford, Manchester, temporalmente alojado en una caravana, cervecería Príncipe Guillermo, Gloucester Road, Gleavebourne. —El inspector cerró su bloc de notas—. Hemos hallado esta información a partir del carnet de conducir y otros documentos que llevaba en su cartera. Suponiendo que realmente sea la suya.

Bassett asintió con la cabeza.

—Es él. Hablé con él un par de veces... —En silencio, observó el cuerpo con detenimiento. «Derek Wilson, el dueño de Wyndham Cottage... ha sido hallado muerto en el camposanto de la iglesia de Oakleigh; pensé que querías saberlo», fue el mensaje que le dio Jack al teléfono. Bassett relacionó instantáneamente la muerte de Wilson con lo que Jessie encontró en la parcela del difunto. De hecho, por ello

había venido: para ver si Wilson llevaba puesto un abrigo de color caqui.

—No tenemos gran cosa, ¿no? —masculló.

—No hay mucho que decir. —Jim McPherson, el forense, se unió a la pareja—. Hola, Bassett, me alegro de verle. Supongo que no esperaba tropezarse con nosotros al salir de la iglesia, ¿eh? —Bassett no se molestó en sacarle de su error. Jim acababa de realizar su examen preliminar del cadáver unos minutos antes, tras de lo cual se había pasado un rato charlando con el fotógrafo, pues ambos eran naturalistas aficionados—. ¿Conoce a nuestro amiguito?

—A duras penas —contestó Bassett—. Bob dice que parece una muerte natural.

—Eso parece, sí —dijo Jim—. Uno pensaría que el hombre se sintió indispuerto, se acercó hasta aquí para consultar con el Padre Eterno... y adiós. La autopsia nos lo dirá.

—¿Cuánto tiempo lleva muerto? —quiso saber Bassett.

—Como mínimo veinticuatro horas.

—¿Y estaba en esa posición cuando lo encontraron?

—Así lo encontraron los niños —afirmó el inspector Bob Greenaway—. Sentado sobre una tumba. ¿Qué sabe usted de él?

—No mucho. Nada que no sepa todo el mundo —explicó Bassett—. Es nuevo por aquí, como ya saben por su dirección. Tengo entendido que es el encargado del nuevo supermercado Mayberry's. Hace unas siete semanas que empezó a restaurar Wyndham Cottage. Él mismo hacía la mayor parte del trabajo.

—Quizá fue por exceso de faena —observó el doctor—. ¿Problemas de salud, Bassett? No, no, usted no puede saberlo.

—Ahí está el furgón —observó Greenaway. Una furgoneta de color azul se acercaba para llevarse el cuerpo. Los tres hombres se encaminaron hacia la puerta de la verja que rodeaba el cementerio—. Domingo. El supermercado estará cerrado. Iremos al Príncipe Guillermo... primera parada para conseguir una identificación formal.

—¿Les importa si los acompaño? —pidió Bassett.

—No sabría cómo disuadirle —respondió su antiguo sargento—. Pero usted paga la primera ronda.

Margaret Gulliver, la patrona del Príncipe Guillermo, era rubia, rolliza y de corazón generoso: el epítome de la camarera preferida por el bebedor habitual. La razón de que también fuera apreciada por la clientela femenina radicaba en su eterna sonrisa. Una sonrisa que hoy, sin embargo, escondía un secreto malhumor. El primer hombre que le había hecho tilín en años había prometido llevarla por ahí la noche anterior, su primer sábado libre en muchas semanas. Ella se había comprado un modelito nuevo y se había gastado una fortuna en la peluquería; todo ello para nada: al final, el muy canalla no había aparecido.

Estaba cortando lonchas de asado para los almuerzos, cada una de ellas de tamaño equivalente al cuello de Derek Wilson, cuando su hermano Ben, el propietario del establecimiento, apareció en la cocina.

—Hay unos tíos que preguntan por ti, nena. Policías.

Ben tenía esa clase de aspecto reluciente como una manzana que sugiere salud aunque su propietario se sienta al borde de la muerte. La verdad es que ahora se notaba algo mareado aunque no lo demostrase. Tan sólo su voz parecía algo más débil que de costumbre.

—¿Qué pasa? —Margaret dejó el cuchillo de trinchar sobre la mesa, se secó las manos y empezó a quitarse su ajado delantal de color rosa—. Vamos, Ben... ¿Qué sucede? —preguntó con ansiedad.

—Derek Wilson. Lo han encontrado muerto. En Oakleigh. En el cementerio.

Hermano y hermana se miraron a los ojos. Ella tardó unos segundos en digerir lo que había oído. Entonces exclamó:

—¡Oh, no! —Para después derrumbarse en una silla cercana—. ¿Cómo? ¿Qué diantre ha pasado?

Ben Gulliver se encogió de hombros con gesto lastimero.

—Dicen que por causas naturales. Parece ser que se metió en el cementerio, se sentó sobre una tumba... y se murió.

—Debe de haberle dado un ataque al corazón, o algo así... —murmuró Margaret—. Pobre Derek. Nunca me dijo que estuviera enfermo. Pero a veces uno mismo es el último en enterarse, ¿no? Acuérdate de Maisie. Un día estaba fresca como una rosa y al siguiente se murió en la bañera. Y sólo tenía veinticuatro años.

—Los policías te están esperando —dijo Ben con toda la amabilidad de que era capaz en aquel momento—. Quieren hablar contigo.

Margaret puso ojos como platos.

—¿Conmigo? ¿Para qué?

—Lo siento, yo tengo la culpa —se disculpó Ben—. Les dije que tú y él hacíais buenas migas.

—Pero no de esa manera —le reprochó ella.

—Sólo dije buenas migas. Quería decir que tú sabes más que yo sobre él. —Ben hablaba lentamente, con enfática paciencia—. Están arriba.

Arriba quería decir en el saloncito privado de los Gulliver. Eran tres.

—Entre, señorita Gulliver.

Las presentaciones fueron breves y amistosas. El inspector Greenaway, alto y delgado. Al sargento Miller, regordete y con cara de pillo, ya lo había visto antes en alguna parte. Y un hombre de aspecto extraño llamado Bassett, quien, después de ser presentado, se acercó a una ventana y se puso a contemplar el paisaje con gesto pensativo.

—Por favor, tome asiento —invitó Greenaway—. Le agradecemos que nos deje robarle un poco de su tiempo. No será mucho. ¿Le ha hablado su hermano del señor

Wilson? Bien... Es posible que él ya nos haya dicho todo cuanto necesitamos saber, pero si hay algo que usted pueda añadir..., Su hermano nos ha contado que el señor Wilson fue visto aquí por última vez hace un par de días... El viernes. Era la noche de inauguración del establecimiento del que el señor Wilson era encargado. Cerraron a las ocho y él llegó aquí media hora más tarde. Se tomó una cerveza en el bar y después se fue a su caravana para asearse y cambiarse de ropa... y volvió al bar para cenar algo. —El inspector consultó sus notas—. Pastel de carne con patatas, tarta de manzana con nata, café y otra cerveza. ¿Correcto?

—Sí. Le gustó la cena. ¿Pero por qué quiere usted saber lo que cenó Derek, inspector?

—Nos ayudará a establecer la hora de la muerte...

A su espalda, Bassett hizo una mueca ante las palabras del inspector. ¡Suavice el tono, Bob! Siempre el mismo bruto insensible.

—¿Cenó solo?

—Tenemos un salón aparte para servir las comidas calientes. No es un comedor, es más bien un simple bar con mesitas. Era el único cliente a esa hora... Pero estuve un rato con él. Para servirle la cena y para retirarle el plato.

—¿Puede recordar qué ropa llevaba?

—Sí. Un anorak negro, un jersey gris y pantalones grises.

—Es usted muy observadora.

—No crea —apuntó ella con un mohín de timidez.

—Ya veo. El señor Wilson cenó entre las nueve y las nueve y media y después se fue. ¿Sabe por casualidad a dónde?

Bassett cambió levemente de postura para poder ver la expresión del rostro de Margaret Gulliver... Ni una pista. Pura inocencia.

—Supongo que conocen ustedes su parcela. Creo que fue hacia allí.

—Y desde entonces no lo ha vuelto a ver. ¿Qué cree usted que le impulsó a entrar en el cementerio?

—No lo sé.

—¿Dijo en algún momento si estaba enfermo?

—No. Nunca.

—¿Sabe algo de su familia?

—Sus padres viven en Manchester. Y creo que tiene un hermano en Gloucester o en Hereford. Creo haber oído que fue su hermano quien primero le habló de la parcela, aunque no podría jurarlo. Me temo que no puedo darle su dirección.

—No se preocupe. Ya encontraremos algo en la caravana. Creo que ya no tendremos que molestarla más, señorita Gulliver. —Bassett captó la sonrisa de Greenaway; cuando aparecía es que había valido la pena esperar—. Sólo queda lo de la llave.

Por el rabillo del ojo, Bassett observó a Greenaway abrir el sobre que contenía los efectos personales del cadáver.

—¿Cuál de éstas es la llave de la caravana?

Margaret se inclinó hacia adelante para mirar y después señaló con un dedo.

—Ésa. —Una pausa precedió a la pregunta de la mujer—. ¿Es eso todo lo que han encontrado...? —Ante la perplejidad que revelaba la voz de Margaret, Bassett también se acercó a mirar. Una cartera, una navajita, varias llaves, pañuelo, monedas, medio tubo de pastillas de menta extrafuertes...—. Cuando salió de aquí el viernes por la noche llevaba un fajo de billetes. —Tras decir esto alzó los hombros para mantenerlos así un instante antes de volverlos a bajar con un suspiro—. Supongo que tendría que pagar alguno de esos materiales de construcción. Él compraba muchas cosas de segunda mano, y eso siempre se paga al contado, ¿no?

Greenaway asintió sin comprometerse.

—Ahora será mejor que echemos un vistazo a la caravana. Gracias por su cooperación, señorita Gulliver.

Bassett abrió la puerta para que la patrona pudiera pasar.

—Señorita Gulliver... —invitó con una sonrisa.

Qué amable, pensó ella. Un hombre amable y caballeroso. Y no es tan raro, en realidad. Es sólo el sombrero ése que lleva.

La caravana era un modelo casi nuevo de dos ejes que contenía todas las comodidades de una casa cualquiera; un estupendo refugio temporal para un hombre soltero. Muy limpio y ordenado, Wilson no era ningún patán. Y la gente ordenada suele ser cuidadosa; no es gente que, por decirlo así, se deje un andamio sin asegurar... En esta línea discurría el pensamiento de Bassett mientras Bob Greenaway revisaba cajones y alacenas en espera de que Andy Miller volviera del lavabo de caballeros. De manera automática, como por costumbre, Bassett abrió y cerró varias puertas: no había abrigo de ninguna clase, nada de lámparas de parafina.

—Aquí no hay ninguna dirección —dijo Greenaway. Acababa de encontrar varias cartas en un cajón de la mesita de noche, pero ninguna parecía llevar la dirección del remitente.

—Sólo una lleva una dirección en el encabezamiento... De su madre. —¿Y por qué iba una madre a escribir su dirección a su propio hijo?—. Mire en la repisa de las mantas...

Bassett abrió una puerta del armario, Greenaway la otra. Pronto dieron con un archivador de metal.

En su interior, y metódicamente clasificados, se encontraban los documentos personales de Wilson: multas de tráfico, pólizas de seguros, facturas, documentos de Wyndham, extractos del banco, etc. Y cartas. Entre ellas había una de sus padres; con la dirección del remitente. Greenaway dio por terminada su búsqueda.

—Próxima parada, el padre. Me llevaré todo el lote y empezaré la ronda.

Bassett le enseñó una carta que había estado leyendo.

—Parece que Wilson era el preferido de su abuela. Esa mujer le dejó varios miles de libras en su testamento, mientras su hermano y su hermana debieron contentarse con un magro pellizquito de quinientas libras para cada uno. Ahora ya sabemos de dónde sacó el dinero para comprarse la parcelita. Lo que no sabemos es qué pensaba de esto el resto de la familia.

Greenaway le dirigió una mirada de soslayo, dobló la carta en dos, la archivó bajo el índice apropiado y se quedó mirando a Bassett con gesto casi desafiante.

—Yo ya tengo lo que he venido a buscar. ¿Y usted?

Bassett extendió las palmas de las manos hacia adelante.

—Yo no soy más que un simple espectador. Venga, deme la llave, ya cierro yo.

Esperó hasta que Greenaway le dio la espalda para bajar los escalones, y con gesto rápido como un rayo atrapó la gran llave anticuada que colgaba de un alto gancho detrás de la puerta y se la metió en un bolsillo. Después salió de la caravana, la cerró y devolvió a Greenaway la llave de la caravana.

—Sé que algo le ronda por la cabeza —gruñó el inspector.

—Robos de ganado.

Su antiguo sargento parecía cualquier cosa menos sorprendido.

—¿Otra vez con ésas? —suspiró—. Muy bien, ¿tiene usted alguna idea?

—Le daré dos para que pueda ir tirando. Una: la iglesia de Oakleigh no está nunca cerrada con llave, Bob. Si yo me sintiera desfallecer y estuviese cerca de la iglesia, lo más lógico es que acudiera a su interior. Si no me viese con fuerzas para levantar la balda, que pesa lo suyo, me sentaría en el porche de la entrada o en el banco que han puesto en la parte nueva del cementerio. Lo que desde luego no haría es pasar de largo por allí y por la vicaría para despanzurrarme encima de una tumba decrepita con la hierba hasta las rodillas.

Pero usted da por sentado que Wilson iba por la parte que da a la carretera cuando se sintió enfermo —argumentó Greenaway con aspereza—. ¿Y qué pasa si iba por la parte de atrás?

—Entonces iría a la granja que linda con la iglesia, la segunda idea.

—De aquí a la iglesia hay casi tres millas, la misma distancia que a su parcela. ¿Dónde está su coche?

Greenaway se quedó unos instantes pensativo para después preguntar:

—¿Sugiere usted que quizá Wilson advirtió la presencia de los ladrones de ganado y que decidió seguirlos a pie?

—Ahora es usted quien presupone demasiadas cosas —replicó Bassett—. Un ejemplo: parece usted dar por sentado que Wilson murió en el transcurso de la noche. Pero lo cierto es que no sabemos cuándo murió. Todo lo que quiero decir, Bob, es que hay que encontrar el coche. El automóvil quizá pueda proporcionarle alguna pista que indique la actividad de Wilson desde el viernes. Y tampoco cabe descartar que le pueda ofrecer la huella de un crimen.

Greenaway le sonrió con amargura.

—Bassett, espero que por lo menos se dé usted cuenta de que acaba de fastidiarme el resto del domingo.

CAPITULO SIETE

EL hecho de que fuera domingo y la conjunción de no disponer ya de una Mary que le preparase la comida y del penetrante aroma a rosbif que escapaba de la cocina del Príncipe Guillermo animaron a Bassett a almorzar en el establecimiento.

—Señorita Gulliver... —Alzando la mano y enarcando una ceja de modo casi cómico, Bassett inquirió—: ¿Podría pedirle un favor? Nada me gustaría más que saborear ese delicioso rosbif que preparan aquí. Y permítame invitarle a compartir mi almuerzo con usted...

Margaret Gulliver enrojeció con tímido agrado.

—¿El almuerzo? Por supuesto, cómo no... Pero yo tengo que trabajar...

—Oh, estoy convencido de que su hermano y el resto del personal sabrán dispensarla durante media hora. —Con un gesto de la mano, Bassett señaló hacia la semidesierta barra del establecimiento, cuya sala de restaurante distaba mucho de estar atestada.

La mujer soltó una risita de complicidad.

—Bien, la verdad es que hoy no tenemos demasiada faena. Y sus amigos parecen haberse marchado ya... —En tono más serio, con un deje de curiosidad, la camarera añadió—: Usted no es de la policía, ¿verdad?

—No soy más que un vejete solitario que desea invitar a una joven a almorzar con él.

—No es usted tan viejo —repuso ella en tono juguetón—. Ahora mismo voy a ver cómo están las cosas por la cocina.

Finalmente la camarera optó por sentarse a su mesa a la hora del café.

—No le importa que no le acompañe, ¿verdad? —se excusó al servirle la comida—. La verdad es que no tengo por costumbre almorzar a esta hora. Y no hay nada peor que comer en silencio frente a alguien que no prueba bocado...

Bassett lo entendía perfectamente.

—Lo cierto es que me alegro de que esté usted aquí —comentó ella cuando finalmente se sentó a su mesa—. El inspector apenas si hizo algún comentario en relación con Derek. Me hubiera gustado hacerle algunas preguntas...

—¿Qué clase de preguntas?

—Cuándo se produjo la muerte de Derek, por ejemplo.

—Me temo que no lo sabremos hasta conocer los resultados de la autopsia.

—A juzgar por su tono, parece como si Derek hubiera fallecido ayer mismo.

—Es posible.

—¿O quizá el viernes por la noche? —indagó la camarera como tanteando el terreno.

—¿Por qué dice eso?

—Por las palabras del inspector. Cuando dijo que Derek no había sido visto desde el viernes por la noche.

Por supuesto, Bassett contaba con la ventaja de saber un poquitín más que Greenaway. Sabía, por ejemplo, que alguien, o algo, había estado presente en la casa de Wilson a primera hora del sábado.

Preocupación y curiosidad se mezclaban a partes iguales en el rostro de Margaret Gulliver.

—¿Por qué no me dice qué es lo que parece preocuparla? —invitó Bassett con amabilidad.

—Es que... me siento como una tonta. —La camarera encogió levemente los hombros—. Es que... —Su mirada se posó sobre la taza de café—. Justo antes de la llegada de ustedes estuve maldiciendo a ese hombre. Anoche debíamos haber salido juntos, pero él no se presentó a la cita... Si yo hubiera sabido que había desaparecido, que estaba enfermo... De haber acudido a él con anterioridad quizá habríamos logrado salvarle, ¿no cree?

—No —respondió Bassett en tono un tanto abrupto si bien atemperado por la sonrisa pintada en sus labios—. Aunque quizá resulte oportuno hablar del asunto. Hablar siempre ayuda, o eso dicen. Repasemos lo que sabemos acerca del viernes noche, por ejemplo. Decía usted que, al marcharse Derek, pensó que se dirigía a su casa. ¿Le hizo él algún comentario al respecto?

—No, pero sé que hasta que se produjo la apertura de Mayberry's, Derek pasaba allí la mayoría de las tardes y todos los sábados y domingos. Él estaba decidido a hacer habitable el lugar antes de la llegada del invierno. Por eso supuse esa noche que se iba a la casa. Por otra parte, casi cada mañana veía encendida la luz de su caravana antes de que se dirigiera a la tienda. Al no ver encendida la luz ayer, imaginé que se habría marchado antes de lo habitual. Al fin y al cabo, se trataba del primer sábado tras la apertura del supermercado, por lo que le esperaba una jornada más ajetreada de lo normal. Más tarde pensé que quizá hubiera pasado la noche trabajando en su casa. Según nos había comentado, estaba a punto de terminar el grueso de la obra. Recuerdo que añadió que no debíamos preocuparnos si alguna noche no regresaba a la caravana; ello sólo significaría que se había quedado a dormir en la casa.

—¿Dónde acostumbraba él a desayunar, señorita Gulliver?

—No lo hacía. No comía nada por las mañanas.

—En ese caso, entiendo que Derek no estaba alojado a media pensión ni se veía obligado a cancelar sus comidas en caso de ausentarse.

—No. La verdad es que no funcionamos como una casa de huéspedes. Ni tenemos por costumbre servir comidas a quienes se alojan en caravanas. De hecho, únicamente preparamos platos calientes durante el fin de semana. El resto de los días sólo servimos emparedados y algún aperitivo. Con Derek hacíamos una excepción. Yo... Bien, le preparábamos su cena al mismo tiempo que la nuestra.

—Ayer sábado, por la noche, ¿qué pensó cuando Derek no se presentó según lo convenido? ¿Cuál creyó que podía ser la razón de su ausencia?

—No sé... —Con repentina decisión, la camarera se corrigió—: Mentira. Sí que

lo sé. Pensé que la cosa tendría que ver con su amiguita.

—¿No era usted su amiga? —preguntó Bassett fingiendo una cierta sorpresa.

La mujer negó con la cabeza.

—No, no lo era.

Pero le hubiera gustado serlo, pensó Bassett.

—Nuestra relación era amistosa, pero no pasaba de ahí —continuó ella—. Derek se sentía muy solo; no era un hombre muy feliz. Estaba prometido a una chica que parecía estar cambiando de opinión acerca de él. «Quizá es que ella ha madurado y yo no», me comentó hace pocos días. —Margaret Gulliver sonrió con tristeza—. Si Derek compró la casa lo hizo por ella. Esa chica le había comentado que deseaba ser dueña de una casa de campo. Derek estaba tremendamente ilusionado con su compra, pensaba convertirla en un auténtico palacio para ella. Tenía la intención de reconstruirla por entero, sin decírselo, y convertirla en un regalo de bodas en plan sorpresa. Sin embargo, parece que la chica fue a ver la casa sin que él lo supiera... Y, bien, lo que vio no le gustó nada. Aquélla no era la casa que había estado soñando. Lo que realmente quería ella era un chalet de ejecutivo con cuatro dormitorios, uno o dos acres de jardín con hiedra en los muros y macizos de rosas junto a la puerta... Derek se quedó helado.

—¿Pensó él en romper el compromiso?

—Oh, nada de eso. Los hombres bonachones como Derek tardan mucho tiempo en aprender de la vida.

—¿Dónde vive esa amiga?

—En Manchester. Derek provenía de allí.

—Si no recuerdo mal, usted dijo que un hermano de él vivía en la zona. ¿Sabe usted a qué se dedica?

—Lo siento, pero me temo que Derek nunca lo mencionó.

—¿Y qué hay de sus amigos? Amigos de barra de bar, por ejemplo...

—Había uno en particular, un tal Fred. Ahora que recuerdo, Derek dejó para él un mensaje el viernes por la noche. Me pidió que si Fred llamaba o se acercaba al bar le dijera de su parte que ya estaba metido en el asunto que ambos conocían y que lo dejase todo a su cuidado.

Bassett observó en silencio a Margaret por un instante antes de preguntar:

—¿Tuvo usted ocasión de pasar el mensaje a Fred?

—No. Pero se lo di a su mujer. Llamó por teléfono. Al menos parecía que era su mujer. Ha estado aquí una vez o dos. Aunque le di el mensaje de Derek, creo que a ella sólo le interesaba hablar con Fred. Esa mujer es así, lo tiene atado en corto. Ya me entiende.

Una sonrisa apareció en el rostro de Bassett.

—Y para dar con Fred, nada mejor que seguir el rastro de Derek, ¿eh?

—Más o menos —respondió Margaret sonriendo a su vez.

—¿Recuerda si alguna vez vio vestir a Derek un abrigo caqui del ejército?

—¿Un abrigo caqui?

—Sí, un abrigo viejo, para trabajar. Ya me entiende. —Sin darse cuenta, Bassett imitaba el habla de su interlocutora.

—Ah, ya entiendo. —La camarera negó con la cabeza—. No, a la hora de trabajar siempre vestía una *trenka* y unos vaqueros gastados. Los guardaba en la casa y se los ponía nada más llegar allí. Así no se llenaba de polvo ni ensuciaba la caravana.

—O sea que, aunque fuera bien vestido el viernes por la noche cabe suponer que se dirigiese a trabajar en la casa. ¿Hizo mención a alguna faena especial, alguna reparación urgente...?

—Más bien al contrario. Me comentó que ahora que había terminado de impermeabilizar las paredes de la estructura original podía trabajar sin tantas prisas... Pero ¿por qué me hace todas estas preguntas? Si murió de un ataque cardíaco...

—Porque es posible..., tan sólo posible, que se cayera de un andamio, golpeándose en la cabeza y sufriendo una posterior conmoción —explicó Bassett—. Estas cosas suceden ocasionalmente. Un golpe en la cabeza al que no se da mucha importancia, y veinticuatro horas más tarde se encuentra uno en aprietos. Es una posibilidad. Por ello, aunque hubiera corrido usted en su busca, y aun suponiendo que lo hubiese encontrado, quizá le habría parecido que estaba tan fresco como una rosa.

—Es usted muy amable —repuso Margaret Gulliver—. Después de hablar con usted me siento mejor.

—Muy bien —respondió Bassett con aplomo.

—Y, ahora que lo pienso, ayer no telefoneó ningún empleado de Mayberry's. Por lo que supongo que Derek debió de acudir al supermercado.

¿De veras?, se preguntó Bassett al irse, unos minutos más tarde. Un establecimiento nuevo con nuevo personal... No resultaba demasiado lógico esperar que se dedicaran a perseguir a su encargado.

Sus pensamientos tomaron un nuevo curso. Finalmente se preguntó en voz alta:

—Fred. ¿Se tratará acaso de Fred Ansen?

Bassett condujo su coche hacia la mansión a través del camino principal, el mismo en el que se instalaba la feria en verano. Pero ahora no había ninguna banda de música. Ni juegos de bolos con un cerdo como premio (sustituido en los últimos tiempos por un par de botellas de *whisky* de malta). No se veía ninguna tómbola. Tampoco niños risueños ni ropas de gala. No había helados. Ni payasos. Ni marionetas. Tan sólo prados, árboles y las caducas hojas del otoño. Y una casa que mostraba signos de abandono. Bassett rodeó el lado del edificio y cruzó bajo un arco de ladrillo hasta penetrar en un patio trasero, donde se detuvo frente al viejo establo reconvertido en garaje. No se veía a nadie. Tras subir los escalones de madera que daban al piso superior golpeó con los nudillos en la puerta de color verde brillante. Un golpeteo débil en previsión de que la señora Ansen, trabajadora nocturna, estuviera durmiendo.

No lo estaba. Así se lo indicó una voz malhumorada y quejumbrosa.

—Dios, ¿quién será a estas horas?

La voz de Fred sonó de inmediato:

—No hace falta que te muevas. Yo abriré.

Fred en mangas de camisa, no se mostró demasiado feliz ante la visión del recién llegado. Bassett lo consideró como una reacción normal ante una visita inesperada en un domingo por la noche.

—¿Quién es, Fred? —inquirió la voz picajosa.

—¡Es el señor Bassett, Glenda! —Fred terminó de abrir la puerta de par en par en silencioso gesto de invitación a que pasara.

—Espero no molestarlos con mi visita, pero pasaba por aquí... —se disculpó Bassett al entrar en el vestíbulo enmoquetado.

A su izquierda se veía una percha de pared en la que llamaba la atención el enorme hueco existente entre los abrigos y chaquetas de Fred y los de su mujer. Un vacío deliberado que hablaba de la determinación de que las ajadas prendas de él no se mezclaran con los flamantes atavíos de ella. De no ser un tanto triste, la cosa hubiera podido pasar por divertida. Las ropas de ella olían a perfume y tenían un aspecto sofisticado: prendas mundanas con botones decorativos y adornos de piel... Una bolsa de la compra reposaba en el suelo; su interior, ocupado por unos poco congruentes zapatos planos.

—Por aquí. —Fred guió a Bassett hasta un comedor decorado con gusto. Mientras Glenda Ansen se levantaba de su sillón frente al televisor, Bassett recordó que la mujer le había sido descrita como «toda perfumes y emperifollos», a lo que alguien había añadido que «por nada del mundo querría ser vista envuelta en la clase de ropas que llevan las mujeres de por aquí». Sí, pensó él ahora, ciertamente parecía exhibir un aire más bien displicente. Aires de superioridad. Nada le impediría jamás seguir recorriendo aquellos caminos vecinales con sus incómodos tacones altos o los elegantes botines que filtraban el agua en vez de las bastas botas de goma acostumbradas; continuaría pasando frío con tal de no embutirse bufandas de lana y gruesos anoraks impermeables. En cierto sentido, su tenacidad resultaba admirable.

—Señor Bassett, es un placer. —Pero la cabeza se ladeaba a un costado y la sonrisa resultaba postiza; un leve chispazo de histeria se reflejaba en su mirada.

—Espero no causarles molestia alguna, señora Ansen. He venido porque pensé que el domingo sería el día más indicado para dar con Fred. Fred, quería preguntarle acerca de las sobras de cocina de la mansión. Se me ocurrió que a lo mejor podrían irme bien para los cerdos...

—Por supuesto, ya me encargaré de preguntarlo —repuso Fred con generosidad. Aunque no creía que hubiera mucho que aprovechar. En la mansión sólo vivían ya el viejo *sir* Marcus y el ama de llaves. Antes de la guerra, la mansión empleaba a diecisiete sirvientes y estaba siempre atestada de invitados... Aun así, el señor organizaba alguna fiesta ocasionalmente, y siempre se podrían aprovechar las sobras

de los huertos—. Déjelo de mi cuenta —concluyó Fred.

Tras agradecerles su buena disposición, Bassett comentó:

—Por cierto, ¿han oído ya lo de Derek Wilson?

—¿Derek? ¿Qué se cuenta de él? —La sonrisa pintada en el rostro de Fred le hizo parecer ligeramente tontorrón por un instante.

—Lo encontraron muerto en el cementerio.

¿Muerto? Conmoción en silencio por una fracción de segundo. Finalmente, Fred alzó la barbilla.

—¿Qué es lo que ha pasado?

—Se cree que ha sido un ataque cardíaco —expuso Bassett. Glenda Ansen se mordisqueó el labio inferior al desviar la mirada. Fred asintió en silencio mientras el color volvía levemente a su rostro.

—Se lo dije. Se lo dije mil veces. Que no valía la pena trabajar como un mulo las veinticuatro horas del día. Eso siempre termina por pasar factura. ¿Cuándo...?

—Lo han encontrado esta mañana.

—¿Esta mañana? —Glenda Ansen parecía a punto de perder el aliento.

—¿Están seguros de que se trata de Derek? —preguntó Fred.

—El joven de Wyndham Cottage —precisó Bassett.

—Es Derek —asintió Fred en tono sombrío.

—Él parecía encontrarse bien cuando lo vio usted el viernes, ¿no es así?

—¿El viernes?

—El viernes por la noche.

Fred denegó con la cabeza.

—No sería yo. No he visto a Derek en todo el fin de semana.

—Oh, debo de estar equivocado, entonces. He estado almorzando en el Príncipe Guillermo y alguien me dijo que él lo había estado esperando a usted allí.

Fred se encogió de hombros con descuido.

—Sí, es cierto que los viernes solíamos tomar una copa juntos. Pero no el viernes pasado.

—Tenías que poner el Rover a punto —terció su mujer—. Yo estaba en casa, ¿recuerdas? Era mi noche libre.

—Cierto —acordó Fred. De pronto, su mirada se cernió sobre Bassett con un brillo casi acusador—. Oiga, usted también estaba en el Faisán cuando el señor me telefoneó.

Bassett dejó que pasara un segundo; finalmente, con un ademán jovial de su puño, replicó:

—Correcto. Sí que estuve allí. —Sonriendo, dejó que su mirada vagase hacia la ventana—. Bien, será mejor que me vaya antes de que oscurezca. Mis cerdos y mis pollos deben de estar hambrientos.

—Ya preguntaré en la mansión lo de las sobras —prometió Fred mientras acompañaba a Bassett a la puerta.

—Se lo agradezco de veras, Fred.

La puerta se cerró tras él. Mientras bajaba los escalones, Bassett tuvo ocasión de escuchar los sarcásticos reproches de Glenda Ansen a su marido:

—¡Lo que nos faltaba! ¡Pienso para cerdos! ¡A ese nivel hemos llegado! Y, además, ¿quién te manda hablar de los sirvientes de la mansión? ¡Tú mismo te pones al nivel de ellos...!

Y, sin embargo, debía de existir algo de bondad en aquella mujer, se dijo Bassett. ¿Acaso su trabajo, el cuidado de los viejos e impedidos, no requería una naturaleza amable y comprensiva?

Decidido a valerse del mismo pretexto empleado con los Ansen, esto es, el deseo de obtener sobras para la alimentación de sus cerdos, Bassett se encaminó a Mayberry's el sábado por la mañana. Durante las últimas horas había estado meditando sobre la afirmación de Margaret Gulliver en el sentido de que ningún empleado del supermercado había indagado acerca de la ausencia de Wilson. Si ello suponía que Wilson había acudido al trabajo el sábado, más valía olvidar el pequeño misterio revelado por Jessie. Ahora que Wilson estaba muerto, la verdad respecto de lo presenciado por la mujer posiblemente nunca pudiera ser esclarecida. Con todo, si Wilson no se había presentado en el trabajo...

Bassett vestía sus ropas «porcinas» al volante del desvencijado 2CV de Mary para otorgar mayor verosimilitud a su petición. Un saco de pan duro y hojas verdes parecía más apropiado en el portaequipajes del vetusto utilitario que en el interior de su otro, más lujoso, Citroën. Tras aparcar frente a la puerta de carga y descarga del supermercado, entró en el almacén trasero. Allí, entre columnas de melocotón Del Monte y guisantes Batchelor's, no tardó en dar con una joven empleada que fumaba un cigarrillo a escondidas.

—Hola, ¿podría hablar un momento con el encargado...?

La muchacha lo miró con sorpresa por un instante; a continuación, rompió a llorar.

De vuelta a casa, Bassett meditó acerca de lo que acababa de oír de labios de la chica, cuyo nombre era Susan, quien no había tardado en recobrar la compostura por obra de la delicadeza de Bassett.

Según parecía, hasta su llegada a Gleavebourne siete semanas atrás, Derek Wilson había estado residiendo en casa de sus padres mientras trabajaba como encargado del pequeño establecimiento de Mayberry's existente en su barrio. Aun antes de trabajar en el nuevo supermercado, sus dos primeras semanas en Gleavebourne habían estado financiadas por Mayberry's a modo de compensación por las molestias del traslado, y él asumía ya sus funciones: ultimar los preparativos para la apertura del local,

entrevistar a posibles empleados, etc. Derek Wilson sabía desde hacía seis meses que el establecimiento de Gleavebourne estaría a su cargo; al parecer, Mayberry's tenía como política de empresa la promoción y el traslado de personal distinguido procedente de establecimientos más pequeños. Aquí también habían obrado según esa línea; así, Derek Wilson provenía de Manchester, el segundo encargado era originario de Nottingham, y la contable, una tal señorita Smith, había sido transferida desde Sheffield.

El segundo encargado formaba parte del llamado personal flotante. Su tarea consistía en ayudar a la nueva tienda a alzar el vuelo; después sería transferido allí donde la empresa lo necesitase para sustituir a compañeros enfermos o en vacaciones, etc... Según parecía, existía cierta rivalidad entre Wilson y el segundo encargado. Se creía que éste había solicitado la dirección de la tienda, responsabilidad finalmente otorgada a Wilson.

Razón por la cual, y aquí Bassett dio con la información que buscaba, el segundo encargado, un bicho de cuidado, telefoneó a la oficina central de la empresa nada más apercibirse de la ausencia de Wilson el sábado por la mañana.

Susan y el resto de los empleados juzgaban más razonable contactar con el Príncipe Guillermo por si el señor Wilson se hallaba indispuesto, pero no, el muy sabandija no estaba dispuesto a dejar escapar una ocasión como aquélla. La propia Susan le oyó hablar con la oficina central preguntando con fingida inocencia si había alguna razón que justificara la ausencia de Wilson y haciendo un par de comentarios malévolos sobre el tiempo que éste dedicaba a la reforma de su hogar en vez de atender el negocio... Todo esto pensando que Derek estaba enfermo; y, ahora, había muerto.

Tras llegar a casa, Bassett se vistió con su confortable traje de lana y reemprendió el camino de Wyndham Cottage. La llave agenciada en la caravana de Wilson abultaba en su bolsillo.

Como había supuesto, la llave abría la puerta trasera de Wyndham.

Bassett irrumpió en la vieja casa.

No consiguió dar con ningún abrigo caqui. Ni con ligaduras para andamios. Ni tampoco con ningún candil o recipiente con parafina. Por lo que se veía, Wilson había estado empleando un *camping-gas* a la espera de que instalaran el tendido eléctrico; así lo sugería la lámpara y el paquete abierto de recambios que estaban en el suelo de uno de los dormitorios.

Quedaba aún la cuestión del coche de Wilson.

Automóvil que no tardó en aparecer en un claro junto a un camino profusamente empleado por los aficionados a los paseos. El coche, de acuerdo con el argot policial, estaba limpio.

Aun así, la policía requisó el auto para el análisis forense; la muerte de Derek Wilson había cobrado ya la forma de una investigación por asesinato.

CAPÍTULO OCHO

—ASESINATO, HARRY. Una herida en el corazón cometida con un instrumento afilado del grosor de una aguja para la lana. Algo así como un punzón para el hielo más largo de lo normal, si es que tal cosa existe. Una muerte prácticamente instantánea. Yo diría que el fallecimiento se produjo entre dos y tres horas después de su cena en el Príncipe Guillermo, lo que situaría la muerte entre las once y media y las doce y media de la noche del viernes.

El doctor Jim McPherson hablaba por teléfono con Bassett.

—No se lo tome a mal, Jim, pero ¿cómo es que no se dio cuenta de la herida hasta que desnudó el cadáver?

—¿Tocó usted el cuerpo?

—¿En el cementerio? No.

—De haberlo hecho, quizá se hubiera apercebido de un pequeñísimo desgarrón en la parte trasera de su anorak. Pero, seguramente, no se habría dado cuenta de no limpiar antes la prenda de polvo. Ya le digo que se trata de una incisión diminuta. Una incisión que atravesó limpiamente anorak, jersey y camiseta. Cuando me he referido a una aguja de tejer, únicamente lo he hecho para dar una idea del diámetro de la herida. El arma empleada era sin duda mucho más afilada. Incidió en el cuerpo como si atravesara mantequilla. Espero poder darle pronto más detalles.

¿Existía algún otro tipo de contusiones? ¿Señales de lucha o resistencia al agresor? ¿Algo que indicara la posibilidad de que Wilson fue asesinado en otro lugar antes de ser transportado al cementerio y arrojado sobre una tumba?

Ningún indicio de esa clase, fue la respuesta del médico.

—Por lo que sé hasta ahora, yo diría que Wilson fue acuchillado en la espalda por sorpresa y que su asesino o asesinos sujetaron su cuerpo antes de desplomarse y lo depositaron sobre la lápida... Aun así, le repito que quizá pueda obtener datos adicionales tras un nuevo examen más detallado. ¿Le interesa que investigue algún detalle específico?

Bassett respondió negativamente al ofrecimiento.

—Pero le agradecería que me mantuviera informado, Jim —completó.

—No se preocupe. Ya le llamaré si me encuentro con algún problema.

La jocosa respuesta agradó a Bassett. Jim McPherson y él se habían conocido en la comisaría de policía de Glevetown la primavera anterior y no habían tardado en hacer buenas migas. En cierto modo eran dos almas gemelas porque ambos tenían como ocupación favorita la resolución de problemas: el médico tenía por costumbre examinar un cadáver en busca de respuestas igual que Bassett se había apasionado tratando de identificar a un asesino. Pero la carrera detectivesca de Bassett había oficialmente terminado, en tanto que el médico continuaba dedicado a los análisis forenses. Aquel verano habían pasado más de una velada en mutua compañía; el doctor aprovechaba los paseos por las colinas con su alegre perro pastor para

acercarse a casa de Bassett; allí solían compartir algún trago y conversar acerca de crímenes resueltos de modo casi exclusivo en el laboratorio.

Este caso, sin embargo, no iba a ser de éstos, pensó Bassett. Una cuchillada era una cuchillada. Lo único que podría resultar medianamente útil sería una descripción exacta del arma del crimen.

Bassett meditó acerca de la hora de la muerte de Wilson. La medianoche del viernes, media hora más o menos. Jessie vio algo —llamémosle un esqueleto— cinco horas más tarde en el exterior de la casa del muerto. Con los datos disponibles, y si el propio Wilson no era ese «esqueleto» —cosa que la información suministrada por Jim McPherson descartaba totalmente—, cabía que Wilson hubiera emplazado el esqueleto en ese lugar antes de la medianoche. Pero lo que resultaba del todo imposible era que lo hubiese retirado más tarde, antes de la vuelta de Jessie en compañía de Jan.

«Me acerqué para tocarlo —le había comentado Jessie—. No me hubiera atrevido de no ser por su aspecto humano». Bassett sopesó su presunción inicial de que en realidad Jessie no vio más que un abrigo en torno a unas piedras. La idea había dejado de convencerle. Jessie no parecía una mujer fácilmente impresionable.

Imaginemos que lo que Jessie vio fuera el asesino de Derek Wilson. El asesino advierte la llegada de la mujer y decide transformarse en una visión horripilante como medio de alejarla de allí. ¿Rocambolesco? No necesariamente. El asesino oye sus pasos que se acercan... se siente atrapado... su mente es un torbellino... está medio desquiciado... se emplasta la cara con cemento... ensaya una mueca siniestra, desajusta su dentadura postiza, se hace el muerto y deja que el resto lo hagan la lámpara y las brumas. ¿Posible? Improbable. Lo más sencillo sería apagar la luz del candil y agazaparse en la oscuridad hasta que Jessie se marchara.

Todo ello sugería, además, un nuevo interrogante: ¿qué estaría haciendo el asesino de Wilson en la casa de éste cinco horas después del crimen? ¿Acaso buscaba algo? ¿Durante *cinco horas*?

Hora de la muerte: la medianoche del viernes, poco más o menos. Viernes... Había algo extraño en la conversación sostenida con los Ansen, pensó Bassett. Cierto que fue él mismo quien había sacado el viernes a colación al preguntar a Fred si Wilson estaba bien cuando se encontraron. Pero... ¿acaso los Ansen no habían hecho excesivo hincapié en justificar los movimientos de Fred durante el viernes por la noche?

Bassett telefoneó a Archie Wood en El Faisán Dorado.

—Archie, quería preguntarle acerca de esa llamada telefónica para Fred Ansen del viernes por la noche...

La llamada procedía incuestionablemente de *sir* Marcus. Archie había reconocido bien su voz. Fred había dicho la verdad. Bassett optó por dejar las cosas en ese punto.

Con las ventanas abiertas de par en par por si sonaba el teléfono, Bassett se dedicó a rastrillar las hojas muertas de su jardín. Al cabo de un rato, mientras descansaba apoyado sobre su rastrillo observando los baños de polvo que las gallinas se regalaban entre sí, Helen Geeson apareció por el sendero del jardín caminando hacia él.

—¡Quédese donde está! —gritó la mujer—. No quiero interrumpir su trabajo. Ahora mismo me acerco...

—Mis gallinas constituyen una permanente fuente de sorpresas —comentó Bassett cuando la mujer estuvo a su lado—. En eso me recuerdan a los seres humanos.

—Imagino, además, que cada una debe de tener su nombre propio.

Bassett señaló en dirección a las aves.

—Esa de color castaño se llama *Thelma*. En honor de una pelirroja más bien oronda que se sentaba a mi lado en la escuela. Y ahí tiene a la larguirucha *Dorothea*, la de las patas escuálidas. Aquella otra tan amable y maternal se llama *Jessie*...

—Hablando de *Jessie* —interrumpió Helen con rostro serio he oído comentarios acerca de esa broma de mal gusto. ¡Pobre *Jessie*! Menudo susto debió de llevarse. Si ella también tuviera un corazón débil quizá ahora estaríamos lamentando otra desgracia.

—¿Se lo ha comentado la propia *Jessie*?

—No, oí hablar de ello en la tienda. También se comentaba lo sucedido a ese pobre hombre, Wilson. ¿Es cierto que fue Jack Carter quien descubrió su cuerpo?

—No exactamente —explicó Bassett—. Jack estaba en el cementerio cuando los hermanos Barnett encontraron a Wilson.

—¿Jack? ¿Jack en la iglesia? —profirió Helen con incredulidad, pero corrigió su tono al instante—. Perdóneme, no debería hablar en este tono.

—Yo mismo soy un poco herético —bromeó Bassett—. Según creo, Jack tiene por costumbre visitar la tumba de sus padres cada domingo.

—Sí, eso cuadra más con su carácter —declaró Helen Geeson tras una pequeña pausa—. Alguien me dijo que esas tumbas siempre estuvieron bien cuidadas durante todo el tiempo que estuvo lejos de aquí. Oakleigh no es mi parroquia, yo pertenezco a la de Hollybush... Pero hay personas que nunca cambian. Jack siempre ha tenido un gran corazón. Un hombre fuerte y duro pero también sentimental... —completó con una sonrisa.

Más tarde Bassett pensó que, a pesar de su brevedad, aquella sonrisa había sido una sonrisa de valentía. En aquel instante, sin embargo, el teléfono interrumpió la conversación.

—Me parece que lo llaman —comentó innecesariamente Helen—. Le dejo tranquilo, pero antes quedese con lo que he venido a traerle.

Un libro de la editorial Foyle sobre los perros labradores.

La llamada procedía de Bob Greenaway.

—El médico me ha dicho que tenemos un asesinato en las manos... —La voz del inspector sonaba extrañamente inquieta. Haciendo una pausa, añadió—: Por cierto, me han dicho que esta mañana lo han visto a usted salir furtivamente del almacén trasero de Mayberry's...

—Nada de «furtivamente». «Con el rabo entre las piernas» sería una expresión más oportuna. Expulsado por una tal señorita Smith. No le gustó que me acercara a pedirle desperdicios para mis cerdos...

—Ya veo... —La animación parecía haber regresado a la voz de Greenaway—. La verdad es que no acertábamos a explicarnos que se lanzara usted al asalto antes de que se hubiera establecido la existencia de un asesinato.

—Pura curiosidad —explicó Bassett—. Tenía curiosidad por saber si Wilson acudió a la tienda el sábado.

—Bien, ahora ya tiene su respuesta. Se me ha ocurrido que quizá la cosa tenga que ver con esos robos de ganado, pero me temo que el jefe no parece creérselo demasiado. En su opinión, probablemente se trata de una riña familiar. Entre los papeles de Wilson hemos encontrado una carta vagamente amenazante escrita por una cuñada a quien él negó un préstamo de dinero tiempo atrás. Al jefe le gusta la idea. Su teoría es que el hermano se presentó aquí el viernes por la noche para ajustar cuentas y probablemente se cargó a Wilson en el calor de la discusión. Tras de lo cual debió de enfilarse la autopista hacia Manchester como alma que lleva el diablo. Según el jefe, el único problema estriba en destruir la coartada del sujeto. Con todo un fin de semana para él, se habrá podido fabricar una coartada a prueba de bombas. En fin... Tengo que salir para Manchester. Andy se queda aquí por si las moscas. Y yo... bueno... —Bob Greenaway se mostraba ahora algo atorado.

Bassett completó la frase por él.

—¿Le importaría que echara una mano a Andy? De modo oficioso, por supuesto.

—Ni siquiera tanto como eso... Simplemente, quería pedirle que tuviera los ojos bien abiertos...

—Eso intento. Esta mañana en Mayberry's, por ejemplo —declaró Bassett—. Según parece, Wilson tenía sus más y sus menos con el segundo encargado del supermercado. —Bassett repitió lo que había sabido de labios de Susan—. A mi entender, si ese segundo encargado fuera realmente el asesino de Wilson, lo más lógico es que se hubiera portado de otro modo ante la ausencia de éste en la mañana del sábado. ¿Qué sentido tendría telefonar a la oficina central para criticar al muerto? No parece cuadrar demasiado, pero puede decirle a Andy que investigue la cosa. Por si acaso.

—Hum... Lo tengo —repuso Greenaway entre el sonido de papeles al ser

hojeados—. Su nombre es Peter Harvey. Su coartada parece blindada —añadió—. De todas formas hablaré con Andy. ¿Le importa si le comento su pequeña intervención en este asunto?

—No. Hágalo. Pero antes póngame al día, Bob. Necesito saber el terreno que piso.

Bob Greenaway correspondió a su petición:

—El arma del crimen sigue sin salir a la luz. Un par de hombres míos continúan cribando el lugar. Todo lo que han encontrado ha sido un cubo de plástico con un cepillo y un trapo; supongo que alguien lo dejó por ahí después de limpiar alguna tumba... Luego están esos dos hombres, Frederick Ansen y David Mellor, ¿los conoce? Ambos trabajaban a tiempo parcial en la casa de Wilson. Ansen estaba junto a su patrono, *sir* Marcus Clarkson, en el momento de la muerte de Wilson. Clarkson llamó a Ansen, quien se encontraba en el *pub* del pueblo. Aquí dice que usted también estaba en el establecimiento al producirse la llamada. Ansen se dirigió directamente a la mansión Clarkson y estuvo junto a *sir* Marcus hasta después de la medianoche. Confirmado por el ama de llaves... El muchacho, David Mellor, no tiene tanta suerte. ¿Qué sabe usted de él?

—No demasiado —respondió Bassett.

—Hum. Su madre murió cuando tenía seis años. El padre está en una silla de ruedas; esclerosis múltiple. Oficialmente, el muchacho está sin empleo. Él dice que es porque quiere, pues no acepta trabajar lejos de aquí. ¿Por qué? Tiene que cuidar de su padre. Hace alguna chapuza ocasional para sacar algo de dinero y estudia en su casa, por correspondencia. Estuvo junto a su padre a partir de las cinco de la tarde del viernes, pero únicamente cuenta con el testimonio de su propio padre para respaldar su coartada.

»Me he visto obligado a tomar declaración al chico esta mañana. Un tal señor Glass que vive en el bosque de los Cerezos, justo al lado de la casa de Wilson, mencionó sin querer que oyó cómo el muchacho y Wilson discutían el miércoles pasado; según él ese chico parecía estarle amenazando. El muchacho se ha explicado y lo hemos dejado marchar, pero creo que si no encontramos nada nuevo en Manchester tiene todos los números para convertirse en el principal sospechoso...

—¿Por qué dice que ese Glass «mencionó sin querer» todas esas cosas?

—Ese hombre habla por los codos. Si he de serle franco, me cayó tan bien como una patada en el trasero. En su afán por mostrarse obsequioso con nosotros, no dudo que le importaba un rábano quién pudiera salir perjudicado. Y eso que estuvo fuera todo el fin de semana y no estaba enterado de la muerte de Wilson. Ni siquiera se interesó por el motivo de nuestra investigación; todo lo que ansiaba era mostrar su propia importancia. Primero hundió al muchacho en el fango y luego se mostró pesaroso por ello, ya me entiende... Nunca confíe en ese tipo, Bassett; estaría usted cavando su propia fosa.

—Él se presenta libre de toda culpa, supongo.

—Por supuesto —acordó Greenaway— Su mujer y él salieron de excursión el viernes por la tarde y no volvieron hasta el domingo. Confirmado, por otra parte. Volviendo al viernes y el escenario del crimen: no podemos esperar ayuda de la vicaría. Tanto el vicario como su ama de llaves tienen el sueño muy profundo. En cuanto a la granja situada junto a los terrenos de la iglesia, ¿cómo se llama...?

—Stokes —ayudó Bassett.

—La granja de Stokes, eso es. Sus habitantes no vieron ni oyeron cosa alguna, lo que resulta normal dada la distancia existente entre el edificio y el recinto parroquial. De todas formas se me ocurrió pensar en sus sugerencias acerca de los robos de ganado. ¿Quizá Wilson sorprendió a los cuatreros y murió en mitad de una disputa? Dudoso, pues los rebaños de Stokes se hallan precisamente al otro extremo de sus lindes, entre las colinas y la propia granja. Además no existe huella alguna de lucha en el terreno. Y la muerte parece obra de una cuchillada ejecutada fría y cuidadosamente... —El sonido de papeles al ser revueltos—. Me temo que esto es todo. No contamos con nada más.

Bassett se disponía a salir cuando el teléfono volvió a sonar. Esta vez se trataba de Jessie.

—¡Oh, Bassett! Creo que tendrá que perdonarme... Se trata de Davey. La policía ha estado interrogándole toda la mañana en la comisaría. Parece que alguien declaró haber oído una discusión entre él y el señor Wilson la semana pasada. La policía piensa que Davey puede ser el asesino... Finalmente lo han soltado, aunque con la prohibición de abandonar la zona.

Como sabía todo aquello, Bassett pudo mostrarse un tanto esperanzados.

—Mire, si la policía sospecha de Davey es simplemente porque la investigación acaba de comenzar y no tienen a nadie más a mano. Así que deje de preocuparse. Y ahora dígame de qué tengo que perdonarle.

—La verdad es que no me paré a reflexionarlo —repuso ella nerviosamente—, pero no pude pensar en ninguna otra persona cuando supe que Davey estaba en apuros. Me temo que le dije que acudiera a visitarle, que quizá usted podría serle de ayuda.

—¿El muchacho está muy preocupado?

—Su padre lo está. El hecho de que Davey permaneciera con él todo el viernes por la noche no es buena coartada...

—Dudosa, cuando menos.

—Eso es. Como usted entiende de estas cosas, pensé que quizá pudiera explicar a Davey el modo de trabajar de la policía, ofrecerle algo de seguridad... Para animar a su padre, al menos...

—¿Y qué hay de malo en esa idea? Estaré encantado de hablar con el muchacho. ¿Jess?

—¿Sí?

—¿Le parece que Davey pudo cometer ese crimen?

—Nunca. Imposible por completo.

—Muy bien. Sin embargo, espero que entienda que no puedo serles de ayuda sin informarme antes un poco.

—Le entiendo, Bassett. Muchas gracias.

No me dé las gracias todavía, pensó él.

—¿Está enterado Davey de lo que usted descubrió en la madrugada del sábado?
—preguntó, aunque ya conocía la respuesta.

—No en detalle. Alguien le comentó que me había encontrado con un esqueleto. Yo me limité a decir que había sido una broma pesada.

—¿Se lo dijo a la policía?

—¿Le parece que debería haberlo hecho? Cuando pensé en ello, se me ocurrió que me tomarían por loca. O que pretendía desviar su atención de Davey...

—Jessie... —A pesar de que el doctor había dicho que Wilson murió en el lugar donde fue encontrado, Bassett tenía que decírselo; incluso los buenos médicos como Jim McPherson cometían errores ocasionalmente—. Jessie, ¿se le ha ocurrido que lo que vio usted esa mañana acaso fuera el cuerpo del señor Wilson?

—Fue lo primero que pensé cuando supe lo de su muerte. Le di mil vueltas al asunto, pero me veo incapaz de corregir lo que dije anteriormente. Sé lo que vi y sé que no se trataba del cuerpo de una persona. Y tampoco era una persona enferma...

Lo que pronunció a continuación hizo que Bassett sintiera como si el aire en torno suyo se hubiera petrificado.

—... Era como algo salido de una tumba.

Algo salido de una tumba. Las palabras resonaron en la mente de Bassett.

De estar Jessie a su lado hubiera advertido el instantáneo cambio de su expresión; la clase de alteración en la mirada que lo revela todo. Jessie, sin embargo, no estaba con él, y únicamente pudo escuchar el silencio al otro lado de la línea, que interpretó como el embarazo de su interlocutor ante lo que acababa de oír. Con una risa nerviosa, la mujer trató de quitar hierro al asunto.

—Supongo que la policía no tardará en presentarse a hacerme preguntas. Todo el mundo parece estar al corriente del caso...

—Por desgracia, Jessie... —Y, ahora, un brillo travieso anidaba en los ojos de Bassett— basta con decírselo a una sola persona para que un secreto deje de serlo. —Bassett aguardó a oír la respuesta de ella.

—Pero yo no se lo he dicho a nadie. A nadie excepto a Jan y a usted. Y Jan jura no habérselo revelado a nadie.

—Lo mismo que yo.

—Oh, estoy segura de ello. Pero es tan extraño... Sólo se me ocurre pensar en alguien más que pueda haber difundido la historia: la propia persona que depositó aquello allí.

—Muy extraño, Jessie. Un auténtico rompecabezas.

CAPÍTULO NUEVE

BASSETT fijó una nota en la puerta de su casa: «Davey, estoy en Wyndham Cottage», tras lo cual emprendió el camino a pie. No habría caminado ni cien metros cuando se encontró con Davey, que venía en dirección contraria. Bassett observó los andares firmes y erguidos del muchacho, así como su pulcro atuendo: pantalones de color claro y anorak, limpia camisa blanca y zapatos bien lustrados.

—¿Señor Bassett...?

—¿Davey Mellor? —Hasta entonces Bassett no había visto al muchacho de cerca, y lo cierto es que le gustaba lo que veía: el cuerpo fuerte y varonil, el bien peinado cabello entre rubio y arenoso, el rostro amistoso y abierto, sorprendentemente sin espinillas—. Me encamino hada Wyndham. ¿Por qué no pasear juntos?

Davey se puso a su lado. Echaron a andar.

—Háblame de la pelea que tuviste con Derek Wilson...

—No creo que se le pueda llamar pelea —precisó Davey—. Todo empezó porque dejé algo de cemento en la hormigonera. Él estaba furioso, me abroncó y me dijo que era un inútil y un perezoso. Ahí fue donde yo me giré. Yo no soy negligente. No se trataba de un descuido, sino de un error de cálculo. Yo creí que el cemento se soltaría por sí solo cuando estuviera seco.

—Como sucede con ciertos plásticos y masillas —asintió Bassett—. Entiendo. ¿Dejaste mucho cemento dentro de la hormigonera?

—Me temo que bastante, sí.

—Con lo que es natural que Wilson estuviera furioso. Sabía que le llevaría horas raspar ese cemento para liberar la hormigonera. Y además tú perdiste los nervios y te volviste contra él...

Davey negó con la cabeza.

—No perdí los nervios —declaró con tranquilidad—. Aunque así lo pinten ahora. Derek me dijo que no podía tolerar esa clase de errores y que no me molestara en volver más por allí. Como entre nosotros había confianza lo perseguí por el patio, implorándole en broma: «Por favor, no me hagas eso, necesito este trabajo...». En cualquier otra ocasión, Derek se habría vuelto hacia mí riendo a carcajadas; esta vez, sin embargo, optó por ignorarme y se metió en la casa dando un portazo. Entonces le grité: «Volveré por aquí, no lo dudes», o algo así. No se trataba de ninguna amenaza, sino de una broma.

—Te pitorreabas de él, en otras palabras.

—No exactamente —objetó Davey con deferencia.

—¿Cuántos años tienes, Davey?

—Dieciocho.

—¿Qué día tuvo lugar vuestro pequeño altercado?

—El miércoles —precisó Davey—. El miércoles es mi día de cobro del subsidio de desempleo. También es el día en que se celebran las subastas en Gleveland. Con

frecuencia aprovecho para visitar la sala de subastas. Más de una vez he adquirido algún objeto que, limpio y arreglado, puedo revender más tarde por algo más de dinero. Derek estaba allí ese día, comprando algunos muebles que luego trasladó a su casa a la hora de comer. Fui con él en el coche y le ayudé a meter los muebles en las habitaciones. Un poco más tarde se dio cuenta de lo sucedido con la hormigonera.

—Y eso fue el miércoles pasado —apostilló Bassett—, con lo que cuando le gritaste «volveré por aquí» te referías a que vendrías el fin de semana, como de costumbre. Trabajas en la casa sábados y domingos, ¿no es así?

—Trabajaba —corrigió Davey con calma.

—Entonces pensabas presentarte a trabajar el sábado pasado. —Una pausa—. ¿Lo hiciste?

—No. —El muchacho agitó la cabeza con vigor—. De ahí vienen los problemas con la policía. Dije a Derek que vendría el sábado, pero no lo hice. Los policías trataron de hacerme decir que si no me presenté era porque sabía que era inútil.

—Un muchacho despierto se hubiera presentado para desviar sospechas —observó Bassett. Y Davey era un muchacho indiscutiblemente despierto—. ¿Por qué no fuiste?

—Por lo de la fiesta.

—¿La fiesta de disfraces del sábado por la noche?

—Una fiesta hasta la salida del sol —declaró Davey con un deje de amargura—. Si me hubiera presentado al trabajo habría sido para marcharme a las cuatro de la tarde. Tenía que asegurarme de que a mi padre no le faltaría nada, además de bañarme y vestirme. No las tenía todas conmigo ante la idea de dejar a mi padre solo toda la noche, pero él insistió en que saliera a divertirme un poco, cosa que no tengo demasiadas ocasiones de hacer. La tía Jess se pasaría por la casa más tarde y también a la mañana siguiente, pero aun así quería asegurarme de que lo tenía todo bien dispuesto antes de salir... No quería hacer las cosas aprisa y corriendo, no quería que mi padre se sintiera como una carga para mí...

—Ya veo. —Bassett volvió el rostro con simpatía, pero Davey parecía ajeno a los posibles efectos causados por sus palabras. Con la vista clavada al frente, prosiguió con su relato:

—El domingo también se presentaba dificultoso. Tendría que depender de alguien para regresar a casa, y en una fiesta que dura toda la noche eso equivale a no saber cuándo se volverá. Tienes que esperar a que alguien haya descansado lo suficiente para emprender el regreso en coche. Las cosas estaban así: si yo me presentaba a trabajar el sábado por la mañana y le decía a Derek que ese día debía marcharme antes de hora y que no sabía si podría volver al siguiente, él muy bien podía reaccionar despidiéndome, y esta vez en serio. Se me ocurrió que si, por el contrario, me olvidaba por completo de este fin de semana y me presentaba al otro, para entonces era más probable que se le hubiera pasado el malhumor. —El muchacho fijó su mirada en Bassett por un segundo—. ¿Quién sabe? A lo mejor mi ausencia le

ocasionaría problemas de trabajo que harían doblemente bienvenido mi regreso al fin de semana siguiente.

—¡Muy posible! —comentó Bassett con jovialidad—. Me *dijiste*, sin embargo, que parte del problema estribaba en que tendrías que abandonar el trabajo a las cuatro de la tarde. ¿No es ésa una hora corriente para terminar la faena, ahora que anochece pronto?

—No, porque trabajábamos dentro de la casa.

—¿Qué clase de trabajo realizabais, si me permites la indiscreción?

—Yo trabajaba de peón; haciendo un poco de todo. Aunque estaba ansioso de empezar a pintar de una vez. No soy malo con el pincel en la mano. Y Derek me estaba enseñando a manejar la masilla. Formábamos un equipo de primera... —añadió con repentino entusiasmo—. Sin *olvidar a* Fred, que es un hacha como carpintero...

—¿Fred? —Bassett fingió ignorancia.

—Fred Ansen, el chófer de la mansión. Fred estudió un curso de carpintería cuando estuvo parado, y aunque nunca encontró trabajo en ese campo...

—¿Quién más trabaja allí? —se interesó Bassett.

—Nadie más —respondió Davey.

—Derek Wilson era el encargado de un supermercado —meditó Bassett en voz alta—. Una vez que Mayberry's se pusiera en funcionamiento le resultaría difícil seguir teniendo los sábados libres para trabajar en la casa. ¿Cuáles eran sus planes al respecto?

—Tenía pensado hablar con nosotros cada viernes por la noche para darnos instrucciones.

—¿Hablar con vosotros personalmente? ¿O por teléfono?

—Tendría que vernos. Por lo menos a uno de los dos, a Fred o a mí —contestó el muchacho en tono razonado—. Para hacemos entrega de la llave.

—¿Se puso en contacto contigo el viernes?

—No. Ésa es otra razón... —Davey bajó la voz al tiempo que su mirada se perdía en el suelo que pisaba.

—Dímelo —ordenó Bassett.

Davey alzó la mirada.

—Iba a decir que ésa era la otra razón por la que el sábado no me presenté a trabajar, pero no es verdad. Lo cierto es que me olvidé por completo del acuerdo de que él nos llamaría los viernes.

Bassett quedó pensativo por un instante.

—Muy bien —acordó—. Ahora háblame del viernes por la noche. ¿Dónde te encontrabas tú?

—En casa, con mi padre.

—¿Te vio alguien allí? ¿Hablaste con alguien por teléfono?

—No. Parece raro, ¿verdad? No me extraña que la policía sospeche de mí... La

noche del asesinato me la paso por entero en casa, jugando al dominó con mi padre. Hasta pasada la medianoche. Muy «conveniente», ¿no cree? Ni siquiera me voy a mi habitación a leer o estudiar porque no me gusta dejarlo solo demasiado tiempo. Y, en cambio, veinticuatro horas más tarde me voy de juerga la noche entera. Pero las cosas son así. Yo no planeé quedarme con mi padre toda la noche del viernes porque fuera conveniente. Lo hice, como lo hago siempre, porque es la única noche de la semana que no tiene ninguna visita. Pero ¿cómo convencer a la policía?

Un matiz presente en la voz de Davey inquietaba levemente a Bassett. Dieciocho años y sin trabajo ni un futuro claro. Sin madre y con la responsabilidad de cuidar de un padre enfermo. Un joven sin perspectivas, agotado por las obligaciones, quizá dividido entre el deseo de vivir su propia vida y la obligación de atender a su padre impedido. ¿Estaría ahí la respuesta? ¿Frustración? ¿Una amargura que el muchacho se ingeniaba para mantener bajo control la mayor parte del tiempo? ¿No habría estado realmente con Wilson el viernes por la noche? Quizá éste le dijera que sus palabras del miércoles iban en serio y que ya podía olvidarse del trabajo...

—David —repuso Bassett con calma—. Quiero decirte que la humanidad siempre ha pasado por momentos difíciles. Mi padre vivió dos guerras mundiales y una depresión económica. Yo mismo conocí el final de esa depresión y una guerra mundial. Y te digo que las cosas han mejorado. En general, las personas se comportan de un modo decente. Hasta que les cuesta dinero. La simpatía resulta cara... Y la frustración suele engendrar violencia.

Silencio. Los pasos de ambos se hicieron más lentos y cortos. A su izquierda, las lindes del bosque de Bluebell; a su derecha, una colina cubierta de helechos y un sinfín de tonalidades otoñales. Un conejo irrumpió en el camino y, tras detenerse un instante para echar una ojeada, corrió como un rayo hasta esconderse entre los arbustos.

—Yo no soy una persona violenta, señor Bassett. Yo no golpeé ni maté a Derek. No lo vi ese viernes.

Haciendo un alto en su marcha, se miraron frente a frente.

—Y, además, no tengo el coraje suficiente para meterme en líos. Ni siquiera hago trampas fiscales con el dinero de mi subsidio. Siempre he declarado hasta el último penique de mis ingresos. Bien, casi cada penique. —La franqueza del muchacho resultaba refrescante—. Quiero trabajar como policía, ésa es mi ambición. Me preparo para *ello; estudio en casa* y procuro mantenerme en forma... No, no podía decirles eso, no habría soportado que se burlasen de mí... Cuando cumpla veintiún años dispondré de algo de dinero. No se trata de ninguna fortuna, pero pienso emplearlo en mudarnos a la ciudad. Allí mi padre podrá convertirse en miembro de alguna asociación de impedidos y disfrutar de la vida un poco más que aquí; en cuanto a mí, allí también podré cuidar mejor de mi propio futuro. Es posible que las cosas no salgan tan bien como las tengo planeadas, pero creo que el intento vale la pena —añadió encogiéndose de hombros.

Bassett fijó su mirada en Davey durante un largo instante.

—Tienes ojos, oídos y sentido común, ¿no es así? —dijo en tono algo rudo—. Si tienes eso, saldrás adelante, muchacho. —Fue todo cuanto se le ocurrió decir.

—¿Y qué hay del famoso sexto sentido? —se burló Davey.

Ambos rompieron a reír.

—Cierto, se trata de algo esencial —respondió Bassett por fin—. Aunque te digan lo contrario, la intuición es importantísima. Pero ese sexto sentido nace siempre de la experiencia. Y la experiencia empieza el día que pones manos a la obra. Así que ya sabes: ojos, oídos y sentido común. Vámonos.

El paisaje pronto se tomó más suave, llano y cubierto de hierba. El pequeño núcleo de casas al que pertenecía la vivienda de Wilson no tardó en hacerse visible. Un jardín aparecía decorado con macizos púrpura y escarlata. Otro de ellos relucía con el vivo naranja de las caléndulas tardías. El aroma de la madera quemada mezclado con la fragancia de las hojas en llamas. En lo alto, un cernícalo planeaba con gracia. Paz. Y sin embargo... Aquellos ojos que brillaban en el cielo eran los de un depredador; sus víctimas no apreciarían belleza alguna: tan sólo el terror del momento.

Arena, grava y losas seguían bloqueando el acceso a la puerta delantera de Wyndham; el andamio desprovisto de ligaduras seguía medio suelto...

—¿Has visto eso, Davey? —Y el firme junto al andamio—. Alguien ha estado excavando por aquí.

—Sí... Eso parece. —Davey frunció el entrecejo—. Qué raro. En una obra se excavan zanjas, no agujeros de jardín.

—¿No lo habías visto antes?

—No...

—Entonces ¿no sabes cuánto tiempo lleva así ese andamio? Un tanto peligroso al estar suelto, ¿no crees?

—Muy peligroso. —Davey no lo entendía—. Derek tenía siempre mucho cuidado. Su empresa le había hecho seguir un cursillo acerca de las medidas de seguridad en el trabajo. Se pasaba el día sermoneándonos al respecto. Aunque, según Fred, ello se debía a que no estábamos asegurados.

Bassett asintió con la cabeza y optó por cambiar de tema.

—Una obra bastante ambiciosa, diría yo. Wilson llegó a excavar en la propia colina...

—Eso mismo pensé yo al principio —comentó Davey mientras continuaban caminando—. Sin embargo, se trata de una simple nivelación del terreno para construir un muro de contención.

—Para prevenir posibles corrimientos de tierra, ¿no es así?

Al acercarse, Bassett advirtió la presencia de unos toscos escalones excavados en

la ladera. ¿Adónde llevarían esos escalones...? A un prado situado más arriba... bosques... una chimenea de la que se desprendían jirones de humo.

Dos siluetas, un hombre y una mujer, emergieron del extremo más distante del bosque en compañía de dos perros terrier de la variedad Jack Russell. Bassett observó a la pareja durante unos minutos hasta reconocerla como el matrimonio solitario que estuviera en El Faisán el sábado por la noche. El instinto le decía que se encaminaban hacia aquella chimenea. Bassett intentó situar el emplazamiento exacto de la casa, que sin duda debía haber visto desde el camino, pero no tuvo éxito en su empeño.

Finalmente descendió por los escalones.

Anteriormente no se había aventurado tan lejos por temor a trastocar las marcas dejadas por Wilson en el terreno, pero eso era antes de enterarse de la muerte de Wilson, quien ahora ya no tendría ocasión de quejarse. Por ello, siempre acompañado por Davey, recorrió la parcela en el sentido que le indicaba su curiosidad. En silencio inspeccionaron la hormigonera con su residuo de cemento seco; tablones, baldosas y ladrillos; un trabajado hogar recuperado de una demolición; una pila de piedras similar a las empleadas hasta aquella fase, un montón de persianas. Un poco más allá, dieron con dos viejos portones emplazados sobre el terreno y fijados para mayor seguridad con algunos ladrillos estratégicamente situados.

—Un viejo pozo —explicó Davey—. Ahí es donde arrojábamos los escombros.

Tras apartar los ladrillos, abrieron uno de los portones... Escombros, sí. Y olores groseros.

También alguien, o algo, situado a sus espaldas en aquel instante; intuido antes que visto.

—No vuelvas la cabeza, —musitó Bassett entrecortadamente—, pero creo que nos están observando.

De espaldas a su espía, volvieron a cerrar el portón, acción que les permitió echar una mirada de reojo.

—El señor Glass, el vecino de al lado... —gruñó suavemente Davey—. No me extrañaría nada saber que fue él quien me vendió a la policía. La verdad es que no es un hombre con quien me guste demasiado hablar.

—¿Por qué no? ¿Acaso le tienes miedo? —masculló Bassett—. Haz lo mismo que yo, venga. Una, dos y tres. Adelante. —Poniéndose en pie, Bassett volvió el rostro de forma repentina y, tras fingir una leve sorpresa, agitó la mano con afabilidad de buen vecino—. ¿Qué tal? ¿Cómo va eso?

—El señor Bassett, ¿no es así? ¡Oh! Y eres tú, Davey... —Visiblemente desconcertado, el hombre se esforzó en aparentar también afabilidad—. ¡No te había reconocido con esas ropas!

Davey examinó las prendas que llevaba puestas.

—Puedo ser elegante en ocasiones, señor Glass. No siempre visto como un pordiosero.

—Siento lo sucedido esta mañana. No quería causarte problemas. Me di cuenta de

que había dicho algo que no debía al ver el modo de insistir los policías sobre la misma cuestión...

Davey cortó en seco las justificaciones del otro.

—Déjelo, señor Glass, no vale la pena. —Uniendo sus dos muñecas, añadió—: Ya lo ve, todavía no me han puesto las esposas. De todas formas, tengo entendido que la policía quería saber lo sucedido el viernes, la noche del crimen. El viernes, y no el miércoles. Y ahora, discúlpeme, por ahí viene Tod...

—Sí, claro... No pude ayudarlos en lo que respecta al viernes... —insistió el hombre a un Davey que se batía en retirada. Con expresión preocupada se volvió hacia Bassett—: Mi mujer y yo estuvimos de excursión todo el fin de semana. No sabíamos a qué venían todas esas preguntas de la policía...

—¿Había mucha gente enterada de que se iban fuera el fin de semana? —se interesó Bassett.

—Casi todo el mundo...

Naturalmente. Él mismo se habría ocupado de anunciarlo a los cuatro vientos.

Aun así, las cotorras podían ser útiles.

—Bonitas casas las de este rincón —comentó Bassett en tono casual—. Tengo entendido que antes eran propiedad de la nobleza del lugar, ¿no es así?

—Oh, sí. ¿Se refiere usted a la familia de *sir* Marcus...? Sí, hubo un tiempo en que dicha familia *era dueña* de todo cuanto existía por aquí. El pueblo entero, las granjas, las tiendas. Según creo, fue poco antes de la guerra cuando empezaron a vendérselo todo. Sin embargo, no sabría decirle por qué tardaron tanto en vender esta casa. Quizá porque estaba en tan mal estado...

—Entonces Wilson adquirió la casa directamente a la vieja propiedad, ¿estoy en lo cierto?

—Bien... —Un destello de duda apareció en los ojos del otro—. Sólo sé lo que Derek me contó. Al parecer, la casa estuvo siempre ocupada de modo temporal por sucesivas familias de aparceros empleados en la finca. Eso fue hasta el final de la guerra. Durante los años cincuenta vivieron aquí diversas familias, también de modo temporal, mientras aguardaban recibir alguna vivienda pública, amén de una última familia que terminó por emigrar. Luego, la casa estuvo desocupada durante, ¡vaya!, veinte años, a excepción de una temporada en la que un joven matrimonio la alquiló por poco dinero mientras ahorraban para pagarse la entrada de una vivienda en propiedad. Me acuerdo de ellos. Se dio la coincidencia de que se mudaron apenas una semana después de que mi mujer y yo nos trasladáramos aquí al lado. A Los Cerezos —señaló, volviendo apenas el rostro—. Ya llevamos diez años aquí. Por supuesto, compramos la casa a un particular. Hacía ya años que nuestra casa había dejado de pertenecer a la vieja propiedad. —Sus palabras daban a entender que una casa comprada a un particular ganaba en categoría.

Glass dirigió una mirada plena de ansiedad hacia Tod y Davey, quienes conversaban a cierta distancia de ellos.

—Me gustaría hablar un instante con el señor Arkwright. Tengo entendido que fabrica unas estupendas guirnaldas navideñas. Voy a pedirle que me confeccione algunas...

—Vayamos con él, pues. —Por Dios santo, ¿acaso este hombre necesita pedirme permiso?, pensó Bassett—. Por cierto, supongo que al estar ausente el fin de semana no se habrá enterado de lo sucedido a la lechera...

—¿La historia de los huesos...? —El rostro del hombre comenzó a iluminarse. Aquél sí que era un chisme al que pudiera sacársele jugo. De pronto, sin embargo, se contuvo.

—¿Quién le ha contado la historia, pues...? —inquirió Bassett.

—Mi mujer. Oh, quiere usted decir quién se lo dijo a ella. Me parece que ha sido el cartero, esta mañana. Vaya broma, ¿eh? Alguien ha sabido amortizar su disfraz de carnaval... ¡Tod! ¿Va a confeccionar guirnaldas este año?

—Tod. —Bassett se llevó dos dedos al ala del sombrero—. ¿Podría hablar un momento con usted cuando haya terminado con el señor Glass?

A solas con Davey, mientras los otros dos se dirigían a Los Cerezos, Bassett preguntó:

—Me dijiste que Derek Wilson adquirió algo de mobiliario en la subasta. ¿Qué clase de muebles eran?

—Una mesita de café, un baúl para las mantas y una silla victoriana de tocador. Cierto, todavía seguían en la casa.

—¿Eran muebles de valor?

—No lo creo.

—¿Había alguna cosa en el interior del baúl?

—Polvo, únicamente.

—¿Lo miraste? —preguntó Bassett con curiosidad.

Una ancha sonrisa se pintó en los labios de Davey.

—La tía Jess pagó una vez una libra esterlina por una cómoda que resultó tener un cajón lleno de mantelería bordada a mano.

—Eso es tener suerte. Sin embargo, según dices, Wilson no resultó tan afortunado. Por lo que no cabe pensar que, inadvertidamente, adquiriera un objeto que atrajese la atención de alguien que conociera su auténtico valor. Y, sin embargo, hay algo que Wilson sí que hizo, Davey. Algo que hizo, dijo o vio fue lo que le causó la muerte. ¿Se te ocurre alguna idea?

—Ninguna.

Bassett escudriñó el rostro de Davey sin descubrir en él la menor traza de engaño o reserva. Sin embargo, creyó detectar una sombra de algo que se asemejaba al miedo o la inquietud. Y quizá también un levísimo destello de súplica.

—Por supuesto, el modo más rápido de probar tu inocencia estriba en dar con el verdadero asesino —declaró por fin—. Una tarea que demanda tiempo y dedicación. Desgraciadamente, tengo que pensar también en mis cerdos y mis gallinas, unos

animales que exigen casi tantos cuidados como los humanos. Esos bichos precisan de cariño y atención para disfrutar de la vida, por muy corta que ésta sea. No hasta con alimentarlos, limpiarlos y encerrarlos bien por la noche. Hay que hablar con ellos, mostrarse atento, demostrarles que se les quiere...

Davey no pudo reprimir la risa ante su expresión un tanto avergonzada.

—O sea que le gustaría que cuidase de sus animales.

—Que me echases una mano, simplemente. Siempre que ello no vaya en detrimento de tu padre.

—¿Mañana mismo? No hay problema.

Tras citarse para el día siguiente, martes, Davey se marchó. Bassett paseó por el prado, a la espera de poder conversar con Tod Arkwright.

CAPÍTULO DIEZ

BASSETT no tuvo que aguardar demasiado.

—¿Se ha marchado ya Davey? —preguntó Tod.

Bassett respondió afirmativamente.

—Tod —musitó, tras una pausa—, ¿qué tal el padre de ese muchacho? ¿Es cierto que está incapacitado?

—Si se refiere a si puede llevar una vida normal, la respuesta es negativa. Ahora bien, con excepción de los días malos, más o menos puede cuidar de sí mismo. —Tod miró a Bassett de modo penetrante—. Pero Davey no está escudándose detrás de su padre, si es eso lo que quiere saber. Ese muchacho, además de trabajar duro, vigila constantemente a su padre pero con discreción.

—¿Sin que el padre tenga la sensación de que su hijo le hace de niñera?

—Ajá. ¿Es eso todo lo que quería preguntarme? —repuso Tod con cierto disgusto.

—No. —La mirada de Bassett repasó los viejos pantalones de pana y el gastado chaquetón de leñador antes de posarse sobre el rostro de Tod, rugoso y coloreado como una nuez—. Me he estado preguntando qué cosa sería la que Wilson hizo o vio capaz de llevar a alguien a cometer un asesinato.

—Ya. Yo mismo me he estado haciendo preguntas. Y también con respecto a Davey. La poli lo ha cogido...

—Tan sólo para hacerle unas preguntas.

—Correcto, pero piénselo bien. El muchacho trabajaba para Wilson los mismos fines de semana en que se produjeron los robos de ganado. La noche que los del pueblo formamos una patrulla de vigilancia coincidió con que no hubo robo alguno. Y también coincidió con que Davey se marchó a una fiesta que duraba hasta el amanecer. Piénselo... —Tod sacudió la cabeza de modo enfático—. El muchacho no podía asistir a la fiesta y arramblar con las reses a un tiempo, ¿no le parece?

—Yo pensaba que usted apreciaba a Davey —comentó Bassett con tranquilidad.

—Ésa es otra cuestión. Pero, dígame, ¿qué piensa usted de lo que acabo de decir?

—Pienso que Fred Ansen también trabajaba con Wilson durante los fines de semana —contestó Bassett pausadamente—. Y tampoco olvido que el motivo por el que los vecinos decidimos formar una patrulla el sábado fue porque el viernes no se había producido robo alguno. Pensemos en otra cosa, Tod. Supongamos por un momento que los ladrones intentaron efectuar un robo el viernes. No sabemos cómo ni dónde, pero supongamos también que Wilson los sorprendiera en su acción y tratase de correr a dar la alarma a la granja más cercana, la de John Stokes, por ejemplo. Ello explicaría la ausencia de robos durante el viernes y el sábado. Tras cometer un asesinato, no es de esperar que esos cuatreros se aventurasen a efectuar un nuevo robo.

—Ya veo. —Una repentina sonrisa se pintó en la faz de Tod—. No hace falta que

siga. Sabía que podía confiar en usted. Es de los buenos, ahora mismo acabo de verlo.

—¡Maldito viejo zorro! —juró Bassett—. Haciéndome de abogado del diablo y yo sin enterarme...

—Simplemente trataba de razonar en voz alta lo que tantos otros murmuran a escondidas. Pero continúe hablándome de Wilson...

—Dejando aparte la cuestión de los robos de ganado, estoy interesado en las reformas que estaba llevando a cabo en su casa. —Bassett señaló el pequeño edificio—. Esa piedra parece de la zona. ¿De dónde la debió sacar? ¿Lo sabe usted?

—De Smelly.

—¿Una cantera?

—Una casa en ruinas. En lo alto del bosque. En Top Hill.

—¿La casa que según usted está encantada? —repuso Bassett al instante.

—No encontrará a nadie de por aquí que se acerque a ese lugar. Y menos que se ponga a trastear con las piedras de sus muros. Wilson no tenía manías. Y el administrador no le puso ningún reparo, pues esa casa no tiene valor alguno. Y, sin embargo, alguien me dijo que *sir* Marcus no estaba muy contento con el arreglo.

—¿*Sir* Marcus?

—Ajá. La casa se encuentra en sus terrenos.

—¿De veras? Yo creía que todos esos bosques eran del Estado.

—No Top Hill. Forma parte de la finca de *sir* Marcus. Quien, por otra parte, parece empeñado en remover las cosas...

—¿Qué quiere decir con eso, Tod? ¿Acaso *sir* Marcus anda mal de dinero? Y, sin embargo, tiene su propio chófer...

—«Mal de dinero» es un concepto relativo. Cada uno tiene sus propios apuros económicos —dijo Tod en tono lúgubre—. Aunque usted y yo vivamos con menos de lo que ese hombre gasta en calefacción las cosas no son tan sencillas. Y si tiene a Fred consigo no es por cuestión de prestigio. *Sir* Marcus no tiene más remedio que emplear un chófer; le retiraron el permiso de conducir hace tiempo.

Bassett optó por guardar silencio.

—Existen otras casas encantadas en la zona —añadió Tod—, pero la de Top Hill es la más conocida porque es la más actual.

—La más actual. Quiere decir que lo que sucedió allí es más reciente.

—Ajá. Y no me refiero al viejo Gurney, sino a la época en que Smelly y su mujer vivían allí. Un buen día, a Smelly se le cruzaron los cables y mató a hachazos a su mujer, tras de lo cual desapareció sin dejar rastro. La mujer está enterrada en el cementerio de Oakleigh, no muy lejos de donde encontraron a Wilson. Nadie sabe qué fue de Smelly, aunque se dice que nunca llegó a abandonar la zona. Unos sostienen que los hermanos de su mujer se vengaron de él y que, tras descuartizarlo, arrojaron sus restos a los cerdos. Otros son de la opinión de que se escondió en una cueva y aún sigue allí, aventurándose al exterior alguna que otra noche. Muchas leyendas, y la mitad no son más que bromas de borrachos. Pero sólo a rastras podría

llevar a alguien hasta ese lugar. A Wilson no le importaban estas habladurías, y así acabó.

Bassett miró pensativamente al viejo guarda de caza durante unos instantes. Finalmente, Tod cruzó su mirada con la del antiguo policía.

—¿Cómo puedo llegar hasta allí? —preguntó Bassett.

Tod clavó sus ojos en él. Su expresión parecía decir que hablar con según qué personas constituía una pérdida de tiempo.

—Por el sendero del guardabosque, entre los pinares jóvenes —respondió por fin—. El mismo camino que usaba Wilson. Lo sé porque vi su coche y su caravana por allí.

Sus miradas se cruzaron de nuevo.

—¿Supongo que no vale la pena pedirle que venga conmigo...?

—Pedir no cuesta nada. Y sirve de menos aún.

Un cuerpo aparentemente momificado, la demolición de una casa entre cuyas paredes se había cometido un salvaje asesinato, un hombre muerto sentado sobre una tumba.

Bassett trató de poner orden en su mente mientras regresaba a su hogar. Un cuerpo momificado. «Como algo salido de una tumba», en expresión de Jessie. De una tumba. De acuerdo con Tod, el tal Smelly mató a su mujer y desapareció sin dejar rastro, aunque había quien decía que nunca abandonó la zona. ¿Quizá no abandonó ni su propia casa? ¿Asesinado por los hermanos de su esposa...? Pudiera ser que Wilson diese accidentalmente con su cadáver emparedado y lo trasladara hasta Wyndham camuflado en un camión cargado con piedra...

Pero ¿qué sentido tenía llevarse un cadáver? ¿Por qué no dejarlo donde estaba y telefonar a la policía...?

Bassett examinó el paisaje. El camino de Top Hill todavía no era visible.

Supongamos que Wilson tenía sus razones para obrar así. ¿Wilson y quién más? Porque la cuestión principal seguía sin respuesta: ¿quién retiró el cuerpo después de la visita de Jessie la madrugada del sábado? Wilson, no. Wilson estaba muerto, sentado sobre una lápida y aguardando a ser descubierto. ¿Quién, entonces? Alguien que se desembarazó de la cosa vista por Jessie, tras lo cual comenzó a esparcir el rumor de que la lechera había sido víctima de una broma de mal gusto con esqueletos de mentirijillas.

¿Existía alguna relación entre el cuerpo momificado y la tumba sobre la que fue encontrado Derek Wilson? Tendría que ir y echar un vistazo...

Bassett se esforzó en apartar toda urgencia de su cabeza. Tenía que cuidar de sus cerdos y de sus gallinas y el sol comenzaba a ponerse rápidamente. La verdad era que tampoco tenía demasiadas ganas de aventurarse por un cementerio en la oscuridad.

Pero ¿era posible que el cuerpo hubiera sido devuelto a Top Hill? Aunque el sendero continuaba oculto, ahora podía ver el bosque que se alzaba en la colina

enteramente envuelta en una neblina opaca.

Mañana se aventuraría por lo alto del bosque, hasta Top Hill.

Más tarde: ¿quién diantres aceptaría un nombre como *Smelly*^[2]?, preguntó a sus cerdos.

Davey llegó entrada la mañana siguiente. Se daba la coincidencia de que aquel día su padre se había ido de excursión por gentileza de una asociación caritativa, por lo que el muchacho estaba a disposición completa de Bassett el día entero, si era necesario. Durante las dos horas que pasaron trabajando hombro con hombro, Bassett no apartó la mirada de las nieblas que persistían en torno a las colinas; tras media hora de reposo bebiendo café junto a Sally, la señora de la limpieza, la niebla comenzó a escampar un tanto, momento que Davey aprovechó para armarse con una hoz y dirigirse a cortar algunos helechos para el gallinero nuevo. Bassett, por su parte, limpió el parabrisas de su 2CV y partió hacia Top Hill.

Tras conducir hasta la linde del bosque de pinos aparcó junto al Land-Rover del guardabosque, frente al primer cartel de «Propiedad privada» que había visto en mucho tiempo, y siguió las huellas del tractor. Huellas antiguas. El piso era duro, húmedo tan sólo superficialmente. A veces se hacían visibles unas huellas de neumáticos, que, finalmente, se desviaban hacia un claro junto al sendero. Las huellas del coche y la caravana de Wilson, adivinó Bassett. Los pinos no tardaron en ser relevados por árboles de hoja caduca. Bassett advirtió sin especial interés que esos árboles tendían a situarse en las laderas inferiores, mientras los pinos seguían ocupando los estratos superiores. Un dato más interesante lo constituyó la repentina aparición de grupos de ortigas, circunstancia que frecuentemente delataba población humana, presente o pasada, en el terreno. Sus ojos buscaron la casa de Smelly, pero todavía le llevó un rato descubrir las ruinas de un muro de piedra entre los árboles. De pronto, los árboles se abrieron; ahí estaba.

Bassett se detuvo para echar una mirada. Si bien pensaba encontrarse con una casa en mal estado, con parte de su estructura desvanecida por obra de Wilson, no esperaba toparse con aquella ruina total que hacía pensar en los efectos de un bombardeo. Dos de las paredes exteriores habían desaparecido por completo, al igual que el tejado; no se veían puertas ni ventanas. ¿Era ésta realmente la casa? ¿No habría otra más en las cercanías...?

Y, sin embargo, las huellas de Wilson llevaban directamente hasta allí. Y, sí... La mirada de Bassett descansó en una pila de piedras erigida no hacía mucho. Aquí era de donde Wilson obtenía su piedra. Cuando Tod se había referido a la actualidad del asesinato, Bassett pensó que el crimen debió de tener lugar en los últimos veinte o treinta años, y, sin embargo, esta edificación llevaba más del doble de ese tiempo pudriéndose. Un flagrante error de interpretación por su parte: Tod tenía casi ochenta años; para él los años veinte seguían siendo actuales.

Bassett continuó ascendiendo hasta llegar a la cima.

—Buen lugar para construirse una casa —murmuró para sí—. Unas vistas estupendas. Aunque solitario a más no poder...

Bassett pensó que no debía ser casual que aquel hombre se llamara Smelly.

Un examen de las ruinas le reveló que el firme estaba sembrado de restos del antiguo techo de paja, ladrillo y piedra derruida y madera carcomida. El suelo aparecía asimismo cubierto de arbustos y zarzales; no se veían signos de excavaciones recientes.

De pronto, Bassett se fijó en la presencia de un pequeño hueco en la pared; explorándolo de cerca comprobó que se trataba de un corto pasillo que daba a una segunda estancia cuyo único interés residía en los restos de papel pintado y masilla milagrosamente adheridos todavía a las paredes. Bassett rodeó la casa en ruinas; era mayor de lo que había supuesto y...

—¡Ah! Un anexo...

Un pequeño edificio contiguo que, sorprendentemente, y a diferencia de la edificación principal, conservaba todavía sus cuatro paredes y un techo de pizarra.

Más extraño aún: el anexo disponía de una puerta, carcomida en su parte inferior, pero una puerta al fin y al cabo. Con su candado y todo.

¿Un candado? Un candado que había sido forzado, advirtió Bassett; él disponía de un modelo similar en su propio cobertizo. Un instante más tarde comenzó a abrir la puerta. Un hedor dulzón le llegó de inmediato. De repente, una cosa alargada, peluda y veloz se escurrió entre sus piernas. Un estremecimiento atravesó la espalda de Bassett. No era más que una ardilla gris, pero aun así Bassett tuvo que hacer un esfuerzo para terminar de abrir la puerta... Desde el quicio, aguardó a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. Un anticuado candil de aceite reposaba sobre una caja de madera en una esquina. En el rincón opuesto se erguía un pequeño montón de tierra removida. Entre ambos, manchas marrón oscuro cubrían el viejo encalado de la pared. Manchas marrones como charcos... Bassett dirigió la mirada al suelo: tierra... una gran mancha húmeda en el centro de la estancia. Aquella tierra revuelta en una esquina... ¿por algún animal que tenía allí su madriguera? Bassett se adentró finalmente en la estancia, agachando la espalda y manteniéndose cerca de las paredes para no bloquear la luz de la puerta. No tardó en descubrir los restos de pisadas humanas... Los restos tan sólo, pues un examen más detenido le reveló que alguien se había esforzado en borrar las huellas. Con éxito casi total.

Bassett sintió cómo crecía su interés. Tras examinar las manchas de la pared y recoger pequeñas muestras de escombros se detuvo ante una cajita de madera. Levantó el candil y descubrió dos cerillas gastadas. Caminando pausadamente, no tardó en hallarse otra vez en el umbral, desde donde una vez más examinó el cuadro completo: suelo, techo, paredes...

Recordando las conversaciones sostenidas con Jack Carter y John Stokes acerca de los robos de ganado, Bassett sintió cómo una nueva certeza se adueñaba de él.

Mejor olvidarse de cadáveres momificados e historias de crímenes. Ciertamente, el anexo quizá hubiera sido escenario del asesinato de Smelly (de ahí la presencia del candado, posiblemente destinado a dificultar la visita de curiosos). Sin embargo, las manchas de sangre en la pared eran marrones y, por lo tanto, recientes. Unas manchas antiguas estarían completamente ennegrecidas. Y había algo de parafina en el candil. Junto con dos cerillas prendidas no hacía mucho tiempo. El examen de los escombros revelaba la presencia de lana de oveja. En cuanto a la tierra húmeda en el centro de la estancia, Bassett imaginaba que tenía su origen en sangre y otros fluidos animales. Aunque en aquel instante no tenía ganas de cerciorarse de ello, adivinaba que alguien había enterrado pellejos y entrañas bajo aquella húmeda superficie.

Se disponía a cerrar la puerta cuando se le ocurrió la pregunta. ¿Cuántos pellejos? Habían sido robadas demasiadas ovejas para que éste fuera el único depósito de los correspondientes pellejos y despojos. Por otra parte, los ladrones no se arriesgarían a enterrar los restos en un lugar descubierto; la acción de los animales del bosque terminaría probablemente por sacar a la luz la evidencia de sus delitos. ¿En qué otro lugar podrían enterrar esos restos?, se preguntó mientras cerraba el candado.

No se veía pozo alguno por allí; lo más probable era que Smelly y los anteriores inquilinos se hubieran valido de una simple toma de agua. De todas formas, lo importante no era *cómo* los ladrones se habían desembarazado de los restos animales. Lo importante era *quién*.

Bassett paseó por la cima de la colina, haciendo un alto ocasional para contemplar el paisaje que se extendía abajo. Allí estaba la iglesia. Más allá, la gran mansión Clarkson. Allí, allá y acullá: ovejas. Rebaños de ovejas por todas partes. ¿Qué dificultad habría en transportar las ovejas hasta aquí? Ninguna. Todo cuanto había que hacer era anudar una cuerda a una oveja y conducirla en esta dirección. El resto de las bestias seguirían sus pasos de modo inmediato; eso está en su carácter. Pacíficamente caminarían hasta el anexo, su improvisado matadero. ¿Cómo recorrer luego el camino de vuelta? Las reses abiertas en canal pesaban lo suyo. Reses y despojos... Bassett se acercó a la casa en ruinas e inspeccionó el terreno detenidamente. Finalmente encontró lo que buscaba: huellas que se cruzaban. La primera pista pertenecía al coche y la caravana de Wilson; ya las había visto antes. La segunda pista, sin embargo, resultaba reveladora. Huellas de carro. Anticuadas ruedas de madera con llanta de hierro.

El carro de Gurney. Pero los fantasmas no tenían nada que ver con todo esto.

El ángulo de las huellas revelaba que el carro había efectuado su viaje en dirección distinta a la seguida por la caravana de Wilson... Por desgracia, Bassett pronto tuvo que desistir de seguir la pista; el piso se hacía demasiado esponjoso para delatar el rastro del carro. Éste únicamente era visible en los trechos donde el suelo estaba embarrado.

Continuando con su paseo, su mirada recorrió los bosques descritos por Tod, que ocultaban la vista de su propia casa y de tantas otras edificaciones...

De pronto advirtió que el anexo quedaba directamente a sus espaldas. A pesar de que acababa de visitar la pequeña edificación y sabía que ésta no ocultaba elemento de peligro alguno, instintivamente echó una mirada de reojo y movió su cuerpo para que su espalda no quedara tan desprotegida... Por todos los santos, ¿quién sería capaz de venir aquí en mitad de la noche? ¿Quién se acercaría a este lugar sombrío y desolado iluminado tan sólo por la luna y las estrellas? Ciertamente no se trataría de hombres de ciudad. Bassett no podía imaginárselos abandonando la autopista para sacrificar unas reses rápidamente y regresar a la urbe con su botín. ¿Acaso cuadraba este lugar con gente acostumbrada a las aceras, el ruido y las luces de neón? Posiblemente sentirían mayor temor aún que la supersticiosa gente del campo. Y, sin embargo, Bassett pensó en las historias de Tod y en tantos otros que habrían oído algo y sin decir nada... Noche negra y cerrada, el chirrido de las ruedas en el aire...

Lo suficiente para poner la piel de gallina.

Pero quedaba la cuestión principal: ¿quién? No debían de ser forasteros. La obtención de tres o cuatro reses en cada golpe no bastaría para atraer a delincuentes de otra región; la cosa resultaba demasiado arriesgada para tan escaso botín. Tampoco se trataría de elementos autóctonos. La gente de por allí era demasiado honrada para andar robándose mutuamente. Era inevitable pensar en otra clase de individuo: alguien que proviniera de la ciudad, lo que le haría burlarse de la superstición, y que se hubiese trasladado a vivir allí. Alguien como Wilson.

Bassett emprendió el descenso hacia su automóvil. Sin duda Wilson había visto el interior de aquel anexo, razonó mientras caminaba. Era impensable que una persona acudiera cada fin de semana al lugar y no sintiese curiosidad por examinar qué había tras la puerta cerrada. Probablemente fue él quien forzó el candado. Pero, en ese caso, ¿por qué no dio aviso de su hallazgo a la policía? Bassett pensó en Wilson abriendo la puerta —quizá curioso ante la posibilidad de dar con mobiliario o antigüedades— y encontrándose frente a manchas de sangre y olores hediondos. Sin duda se puso blanco en un instante. ¡Oh Dios mío! ¡El lugar del asesinato! Wilson cerraría la puerta de golpe y...

¡Tonterías! Una reacción así no casaba para nada con un Wilson que no había tenido reparo alguno en trabajar en una casa encantada. Un hombre así no sería tan aprensivo.

Cabía pensar, sin embargo, que Wilson fuera vagamente supersticioso y no tuviese ningún interés en explorar el lugar. Quizá cada fin de semana acudía a la casa de Top Hill resuelto a hacerse con la piedra que necesitaba sin meterse en camisa de once varas. Pero acaso una vez su curiosidad fue más fuerte y le llevó a forzar el candado del anexo...

¿Sería ésa la razón por la que tenía que morir? ¿Porque se lo contó a alguien? ¿A la persona menos indicada? Una persona que recurrió al asesinato.

¿O acaso Wilson identificó las huellas de carro y se acordó de alguien que poseía uno de tipo similar...?

¿O...?

Bassett soltó un gruñido. Aquel hermano de Wilson...

Junto a la puerta de su 2CV, echó una última mirada a la colina que acababa de dejar a la espalda. Finalmente se metió en el auto y condujo de regreso a casa.

Cinco minutos después, una vez de nuevo en su hogar, se acercó al cobertizo, atraído por el sonido de madera al ser cortada.

CAPÍTULO ONCE

—VEO que he llegado en el momento preciso —comentó Bassett ante la visión de los leños recién apilados, el rostro y la barba sudorosos de Jack *el Furtivo* y el hacha que Davey sostenía en la mano. Su presencia fue saludada con amplias sonrisas.

—Ya lo ves, Davey y yo hemos estado haciendo astillas esa gran rama que trajimos de la colina —explicó Jack.

Bassett empujó su sombrero hacia atrás.

—¿Todo ese montón ha salido de una sola rama?

Davey soltó una risa.

—También ha venido el repartidor de leña. Hemos astillado toda su carga.

—Muy agradecido —musitó Bassett con una sonrisa al tiempo que se pasaba la mano por la barbilla para disimular lo conmovido que se sentía ante el gesto de sus amigos—. Me temo que aquí sólo os sirvo de estorbo, así que voy a preparar el té. ¿Te apetece algo de pastel, Jack?

—¡Justo lo que necesito! —Más sonrisas. El embarazo de Bassett comenzó a disiparse—. Ya casi hemos terminado. Por cierto, Sally se ha marchado a comprar.

Lo cual significaba que Bassett tendría que valerse por sí mismo para preparar el té. Así lo hizo, dándose bastante maña. Mientras hervía la infusión, extendió un mantel sobre la mesa de la cocina y sacó el pastel, los platos y los cubiertos.

Davey fue el primero en llegar, todavía acalorado por el esfuerzo y claramente feliz por la obra realizada. Mientras el muchacho se aseaba, Bassett comentó en tono casual:

—He estado de paseo por Top Hill. Quería ver el lugar de donde Derek Wilson sacaba la piedra.

—La casa de Smelly.

—Eso es. ¿Cómo rayos conocía Wilson la existencia de esa casa? Está totalmente apartada de los caminos usuales —completó mientras entregaba una toalla limpia a Davey—. Llevo dos años viviendo aquí y no me enteré de su existencia hasta ayer mismo. Wilson apenas llevaba unas semanas y parece haber sabido de ella casi desde el primer momento.

Algo perplejo, Davey agitó la cabeza.

—Quizá hizo indagaciones. O sabía que existía antes de su llegada...

—¿A través de su hermano? —aventuró Bassett—. Porque un hermano suyo vive en Hereford o Gloucester, según creo...

Sin resultado. Davey nada sabía de aquel hermano. Sus conocimientos acerca de la familia de Wilson se limitaban a saber que ésta se hallaba vagamente conectada con el gremio de la construcción, como así le había comentado alguna vez el propio Wilson. Por lo que creía saber, esos familiares residían en la región de Manchester.

—¿Le ayudaste a transportar toda esa piedra?

—Nada de eso —respondió Davey con un gesto que tenía tanto de

estremecimiento como de encogimiento de hombros.

—¿Te pidió que lo hicieras?

—Sí —respondió el chico con una sonrisa traviesa—. Le respondí que era una casa encantada.

—¿Qué dijo él? —preguntó Bassett, sonriendo a su vez.

—Lo que puede imaginar. Un montón de tonterías.

Bassett observó a Davey terminar con su aseo y poner la toalla a secar. El muchacho vestía hoy pantalones vaqueros y una elegante combinación de camisa y jersey. Probablemente su segundo mejor juego de ropas. ¿Se habría vestido con ellas por deferencia a Bassett?

—¿Nunca has visitado esa casa en ruinas, Davey? En mi niñez, la sola mención de una casa encantada nos habría llenado de curiosidad. —Al observar la expresión del muchacho, añadió—: Ajá. No es cosa de broma, ¿eh?

—Quizá no sea más que pura cuestión de costumbre —explicó Davey—. Simplemente, nadie va nunca a Top Hill. Ni hay motivo para ir. Y no es que exista algún tipo de restricción. *Sir* Marcus permite el acceso de los vecinos a su finca siempre que no se produzcan daños. Pero ¿Top Hill? Nadie se interesa en explorarlo. Quizá la leyenda tenga que ver con eso —confesó—. La leyenda... y las serpientes. Ese bosque está infestado de víboras —añadió con una sonrisa.

Con rostro más serio, el chico explicó:

—Cuando era niño solía ir a jugar a Top Hill, por supuesto que sí. Hasta el día en que uno de mis amigos fue mordido por una víbora. Él y su perro. Desde entonces dejamos de ir por allí. Había muchos otros lugares donde jugar.

—¿El perro se recuperó de la mordedura? —se interesó Bassett.

—Sí, aunque estuvo dos semanas enfermo. Era un perrillo duro de pelar. Claro que se le pasaron las ganas de volver a olisquear una víbora...

Bassett dio por supuesto que el amigo se recuperó también. La conversación pronto derivó al tema de los perros. Bassett habló del cachorrillo que iba a adquirir mientras Davey rememoraba perrillos con los que había jugado de niño.

Finalmente, Davey volvió sobre el asunto principal.

—Derek tenía permiso para llevarse esa piedra —explicó—. La verdad es que le hubiera acompañado, si hubiese insistido un poco más.

—¿Quién fue con él...?

Pero la atención de Davey acababa de ser atraída por un golpe en la puerta.

—¡Aquí llega! —saludó mientras la puerta se abría—. Límpiame un poco si quieres, Jack —invitó Bassett.

—Ya lo he hecho. En el grifo de fuera. —Jack mostró las palmas de sus manos como un niño sometido a inspección—. Y también me he limpiado el serrín de las botas —añadió, alzando una de ellas ante el regocijo de Davey. Tras dar un buen sorbo de la taza de té que Bassett acababa de poner en su mano, Jack comentó a Davey—: ¿Qué tal? ¿Te estás portando bien?

—Siempre me porto bien —rió el muchacho.

—Estábamos hablando de la piedra empleada por Derek Wilson para la rehabilitación de su casa —apuntó Bassett mientras cortaba unas generosas porciones de pastel.

—¡Ah, sí! —Davey alzó la mirada del pastel—. Me olvidé de responderle. Fue Fred Ansen quien le ayudó con la piedra.

—¿En la casa de Smelly? —incidió Jack.

—Sí. Tod dice que ese Smelly asesinó a su mujer a hachazos y luego desapareció, quizá ajusticiado por los propios hermanos de la víctima...

Jack asintió con la cabeza.

—La cosa parece haber sucedido más o menos así. Cuando yo era niño oí la historia de labios del viejo más sabio del pueblo. Aquel anciano era un narrador de primera clase. Según él, el tal Smelly fue todo un personaje: un hombre con estudios, poeta y viajero, conversador estupendo... pero, eso sí, loco como una cabra. Al parecer, el antiguo señor de la mansión lo conoció accidentalmente en Italia, donde Smelly había caído enfermo. El señor le tomó cariño y se lo trajo hasta este lugar, donde le regaló la casa de Top Hill para que pudiera escribir sus poemas con tranquilidad... Nuestro amigo se casó con una muchacha de la zona; la hija del médico, una tal Louise. Dieciocho meses después de la boda, Smelly la mató a hachazos. Alguien lo vio persiguiéndola hacha en ristre. Si bien el cuerpo de la muchacha pudo ser encontrado no sucedió lo mismo con el de Smelly.

Davey estaba extasiado.

—No sabía todo eso... ¿Es verdad que Smelly era poeta?

—Eso se cuenta. Los poetas tienden a buscar la soledad, cosa que él obtuvo en la casa de Top Hill. Anteriormente había sido la cabaña del guardabosques, o quizá del carbonero. Antes de que plantaran los pinos, cuando la colina tenía bosques de verdad.

—Dices que ya de niño oíste esa historia —intervino Bassett—. ¿Cuándo sucedió todo eso, pues? ¿Antes de la guerra?

—Mucho antes. A principios de siglo.

—Por lo que el señor de la mansión no podía ser *sir* Marcus. ¿Su padre, quizá?

—Su abuelo.

—Un crimen cometido hace setenta u ochenta años —musitó Bassett.

—¿Es que estás buscando una relación entre esa historia y la muerte de Derek Wilson? —interrogó Jack con llaneza.

—Lo estaba. Hasta que me has hablado de lo mucho que hace de todo eso... Yo tenía la teoría de que Wilson dio con los restos de Smelly. Y que quien acabó con Smelly decidió acabar con Wilson. Pero, sin duda, los implicados ya han muerto o son demasiado viejos para preocuparse.

—¿Y sus familiares? —terció Davey.

—¿Familiares ansiosos de venganza...? —consideró Bassett—. Improbable. Ha

pasado demasiado tiempo. A saber dónde están ahora esos familiares. Por cierto, ¿tenéis idea de si Wilson encontró un esqueleto?

Davey pegó un brinco en su silla.

—¡Ya lo tengo! ¿Cree que lo que vio mi tía Jess...?

—Es cierto que pensé en ello —admitió Bassett.

Jack repitió en voz alta lo que Bassett pensara anteriormente.

—Pero, de ser así, ¿por qué se molestaría Wilson en trasladar esos restos...?

—Exacto —dijo Bassett. Hizo una pausa y añadió—: Según he oído, *sir* Marcus no estaba muy contento con el permiso otorgado a Wilson para remover esas piedras. ¿Tenéis idea de la razón de su disgusto? ¿Acaso a él le contaron otra versión de la leyenda, Jack? ¿Una versión en la que el abuelito terminaba por cargarse a Smelly? ¿Cómo encajaría eso? ¿Orgullo familiar? ¿Temor de que los pecados del abuelito salieran a la luz? Un poco rocambolesco, ¿no os parece?

—Pero no imposible. Aunque, ¿quién podría demostrar ahora la culpabilidad del abuelo? ¿Y quién tendría interés en ello, a estas alturas?

Una objeción sensata, admitió Bassett.

—Según tengo entendido, la mujer de Smelly está enterrada en el cementerio de Oakleigh —indicó—. Pero... eso de «Smelly», sin duda tenía que ser un apodo. ¿Cuál demonios era su verdadero nombre?

—Ni idea. Por aquí siempre se han referido a él de ese modo —repuso Jack—. En cuanto a ella, lo único que encontrarás en su lápida es: «Louise, hija bien amada de Thomas y Jane Whitehead». —Anticipándose a la pregunta de Bassett, completó—: Esa lápida está más bien lejos del lugar donde fue encontrado Wilson.

—Ya veo —gruñó Bassett.

Sin razón particular alguna, Bassett observó el rostro de Jack con atención. De pronto, Jack se volvió hacia Davey y, con gesto jovial, le indicó:

—Muchacho, creo que todavía te queda trabajo por hacer...

Bassett advirtió en aquel instante la naturaleza del rasgo que había llamado su atención. Los ojos del *Furtivo* habían perdido mucho de su brillo habitual.

—¿Por qué has hecho marchar al chico? —preguntó Bassett cuando Davey hubo salido a «cavar un poco el terreno».

—Porque sabía que estabas a punto de preguntarme acerca de la historia de la casa de Wilson.

—¿Una historia de la que tú formas parte?

—En cierto modo así es.

—No estás obligado a decirme nada... —comenzó Bassett.

Jack sacudió la cabeza.

—He hecho marchar a Davey porque no me gusta hablar de mis asuntos en público. Si tienes preguntas que hacer, házmelas. ¿Qué es lo que quieres saber?

—Muy bien. ¿Tienes idea de por qué Wyndham ha estado deshabitada tanto tiempo mientras que las demás casas de ese prado se vendieron sin problemas?

La sonrisa de Jack no entrañaba humor alguno.

—Probablemente porque *sir* Marcus no quiso vender hasta que subieron los precios. Muchos terratenientes obran de este modo; venden sus propiedades, pero siempre se guardan alguna en la recámara para colocar en el momento preciso.

—¿La casa estuvo en alquiler antes de la guerra?

—Y durante ese tiempo también. El matrimonio Bentley vivía allí. Su hijo Tom era muy amigo mío. Incluso tratamos de enrolarnos juntos al principio de la guerra.

—¿Tratasteis?

Jack esbozó una sonrisa malévola.

—Éramos demasiado jóvenes aún. No nos dejaron vestir el uniforme hasta 1943... Por aquel entonces los padres de Tom seguían viviendo en Wyndham. Pero Tom se casó poco antes de ir a la guerra, sus padres se trasladaron a otra casa y Tom y su mujer pasaron a residir en Wyndham...

—¿Qué pasó después de la guerra?

—Tom no regresó. Al volver en el cuarenta y seis me enteré de que había desaparecido en combate; se le daba por muerto. Molly continuaba teniendo su residencia oficial en Wyndham, pero realmente se había mudado a casa de su madre...

¿Molly? Bassett había oído ese nombre con anterioridad. Ahora recordaba.

—Allí continuó viviendo con su nuevo marido, con quien se casó en el cuarenta y siete. La madre enfermó y falleció en mil novecientos cuarenta y nueve.

Haciendo una pausa, Jack suspiró levemente.

—Entonces yo ya no vivía aquí, pero me contaron que en el cincuenta o en el cincuenta y uno Molly y su marido se llevaron todos los muebles de Wyndham. Parece que la propiedad les vendía cualquiera de las dos casas, Wyndham o la de la madre de Molly. Finalmente escogieron quedarse con esta última... Desde entonces hasta los años sesenta pasaron por Wyndham sucesivos inquilinos. Siempre por breve tiempo, dadas las malas condiciones de la residencia... Parejas jóvenes, refugiados que decidieron quedarse en este rincón del mundo, antiguos prisioneros de guerra... Un contrato de corta duración y un alquiler barato hasta encontrar algo mejor. Más tarde, la casa se quedó vacía. Al parecer las nuevas leyes de alquiler tuvieron que ver con el asunto. La casa ya no cumplía las normativas y en la mansión pensaban que las reformas necesarias resultaban demasiado onerosas... Hace pocos años una pareja de adolescentes acampó por allí. Eso es todo. La verdad es que nunca he oído mencionar ningún escándalo relacionado con esa casa.

¿Escándalo? Bassett escudriñó el rostro de su amigo pensativamente. Sin saber bien por qué, tenía la sensación de que Jack se las había ingeniado para manipular la conversación... proporcionándole información que él no había pedido. Información acerca de su amigo Tom y la guerra. O acerca del matrimonio de Tom con Molly.

—¿La mujer de Tom...? —aventuró Bassett.

—Es la mujer a quien saludé en El Faisán la otra noche.

—Ya veo —repuso Bassett.

Lo veía. O lo empezaba a intuir.

—Bien, tengo que marcharme ya. —Sin ruido, con gracia impropia de sus años, Jack se levantó de la mesa, se puso su chaqueta y tras agradecer a Bassett el refrigerio se encaminó hacia la puerta.

—¿Jack...? —espetó Bassett. El otro se volvió hacia él—. ¿En qué cuerpo del ejército formasteis tú y Tom?

—Infantería —respondió Jack lacónicamente.

—¿Juntos?

—Tan sólo nos vimos en una ocasión después del alistamiento.

—Me dijiste que Tom fue muerto en combate...

Encaminándose otra vez hacia la puerta, Jack respondió por encima del hombro:

—Desaparecido en combate, dado por muerto. No es lo mismo, Bassett...

Tras cruzar el umbral, Jack alzó los hombros y respiró una profunda bocanada de aire fresco. Finalmente añadió:

—Acércate a Home Farm y habla con Winnie Allsop, Bassett. Ella era amiga de los Bentley. —Sus ojos se clavaron en los de Bassett—. Si hay algo que quieras saber, Winnie tiene la respuesta.

Bassett condujo en dirección a Home Farm, una granja emplazada entre Oakleigh y Gleavebourne, a través de la pintoresca ruta seguida por la carretera comarcal. Era aquél un camino tan carente de presencia humana y edificaciones en sus márgenes que Mary solía bromear al respecto cuando se acercaban por allí.

—¡Prepara los pasaportes, Harry! Debemos estar cerca de alguna frontera...

Home Farm no desentonaba con el lugar. Escondida tras un sendero, la granja era un viejo y torcido caserón marrón oscuro con grandes vigas pintadas de negro y ventanas pintorescas; en conjunto, tenía un aire medieval dotado de sumo encanto. El sendero estaba flanqueado de lujuriosos rododendros de tono verde oscuro. En primavera, el terreno debía de estar sin duda sembrado de narcisos. Bassett siguió las señales que proclamaban la venta de huevos frescos hasta llegar a la puerta del diminuto jardín. En verano, la puerta seguramente estaría entornada mostrando un triángulo de pulimentadas baldosas de ladrillo; las malvas florecerían, así como los guisantes de olor y las campanillas; sin duda habría rosas por todas partes... En noviembre, la puerta estaba cerrada. Tras golpear con los nudillos, Bassett pasó al interior.

En verano, la ciega Winnie estaría sentada en su mecedora tejiendo mantas para una asociación caritativa.

—Por aquí, querido —indicaría al comprador ocasional señalando el pequeño

almacén adyacente—. Sírvase usted mismo y deje el dinero en el jarrón.

Raramente la engañaban... Bassett examinó la vitrina, con los libros de contabilidad encuadernados en piel, y se fijó también en los vetustos sillones de cuero. El viejo despacho seguía tan impoluto como siempre. A pesar de ser ciega, Winnie era una auténtica entusiasta de la higiene, más aún que Sally. En el lugar ocupado en verano por la mecedora se alzaba ahora una mesa cuyo centro presidía un ramillete de escaramujos y una guirnalda realizada con las hojas doradas del otoño.

—¿Hay alguien en casa? —llamó Bassett.

—¡Aquí estoy!

El salón estaba al otro extremo, tras una puerta con el rótulo de «Privado». Un salón muy hermoso con pesadas cortinas de color oro viejo, crisantemos en una vasija de cobre, un gran fuego en el hogar y Winnie sentada en su mecedora y rodeada de ovillos de lana con todos los tonos del arcoíris. Antes de quedarse ciega, Winnie amaba el color. Charlie sostenía que aún lo distinguía, que aquella mujer era capaz de sentir el color de las cosas que la rodeaban por más que no pudiera contemplarlas con la mirada.

Cuando la nariz de la anciana se arrugó, Bassett recordó que en su primera visita a la granja el saludo de Winnie no pudo ser más efusivo: «Cría usted cerdos, ¿no es así?».

—¡Es usted, Harry Bassett! —dijo ella ahora. Bassett estuvo a punto de echarse a reír. Ciertamente, el oído de la anciana funcionaba a la perfección...

—¡Yo mismo! Pero ¿qué significa todo esto? ¡Fuego en la chimenea, chal, botas de piel! Aún falta mucho para el invierno... ¡Se está usted volviendo floja, Win!

Como tantas otras personas, Bassett tenía el hábito de variar el tono de su conversación de acuerdo con la compañía. Con Winnie, una endurecida mujer de campo a la que nada arredraba, podía permitirse el lujo de gastar ciertas bromas.

—Me gusta vivir bien... —repuso la anciana mientras recibía el beso de Bassett en la mejilla—. No estoy dispuesta a que el invierno se me lleve por delante. ¡Oh! Tiene usted la nariz muy fría... Siéntese y eche algo más de carbón al fuego, si es preciso.

No hacía falta.

—Tiene usted un aspecto estupendo, Winnie —declaró Bassett acomodándose en un sillón y quitándose el sombrero—. Acaba de pasar por la peluquería... —El pelo de la mujer, blanco como la nieve y recogido sobre la cabeza, era hermoso.

—Este maldito peinado hace que tenga frío en el cuello —se quejó la anciana—. Y ya sé que no ha venido aquí a decirme cumplidos... Aunque me gusta que lo haga, ¿para qué engañarle? —La anciana guiñó un ojo ciego en son de broma.

Repentinamente, la voz de Winnie se tomó seria.

—Sé que anda a la busca de algo. Algo relacionado con ese asesinato. Charlie me lo ha contado. Últimamente pasan cosas muy raras, más de lo que advierte la mirada.

—Es usted una mujer muy sagaz, Winnie.

—No conozco el significado de esa palabreja. Lo que sé es lo que salta a la vista: un extranjero (forastero, quería decir) viene a vivir aquí y comienza a remover piedras que nadie había tocado durante media vida, alguien más resucita a Gurney, es una forma de hablar, y pronto sucede otro asesinato... No debe de tratarse de simples coincidencias, ¿no cree?

—Yo no podría haberlo dicho mejor —aprobó Bassett. Había que leer entre líneas. Una anciana muy astuta—. He estado hablando con Jack...

—¿Jack Carter? ¿Jack *el Furtivo*? —La espalda de Winnie adquirió cierta rigidez.

—Sí. Me estuvo hablando de los antiguos inquilinos de la casa de Wyndham. Me quedé con la idea de que había algo que no se decidió a revelarme... En lugar de ello, optó por recomendarme que la visitara. Me dijo que era usted buena amiga de los Bentley.

—Sí, los Bentley... —La anciana frunció los labios y agitó su mecedora antes de añadir—: ¿Le contó Jack algo acerca de Tom?

—Me dijo que él y Tom eran amigos, que Tom se casó con una tal Molly antes de marchar a filas y que nunca volvió de la guerra, donde murió en combate.

—Se creía que murió en combate —corrigió Winnie—. Por lo menos eso dijeron ellas dos, la chica y su madre.

El rugoso dedo de la anciana señaló hacia un montón de lana situado junto a su sillón.

—Tengo que devanar ese naranja tostado.

Bassett examinó el ovillo de color entre naranja y marrón.

—Qué raro... Creía que la lana ya no venía en ovillos. Tomando la lana entre las manos, la mujer asintió.

—Sólo la muy barata viene así. Pero a mí ya me sirve. —Extrayendo unas tijeras del bolsillo, cortó el hilo que sujetaba el ovillo—. Usted sostenga la lana; yo la iré arrollando...

Sentados frente al fuego, con la lana entre ambos, Bassett se acordó de tantas veladas lluviosas cuando era niño. Se acordó de su madre... Y de Mary.

Esta vez, sin embargo, la conversación fue muy distinta.

CAPÍTULO DOCE

—LOS BENTLEY provenían del norte. Llegaron aquí buscando trabajo en los años de la gran depresión —comenzó Winnie—. El señor Bentley consiguió en la mansión un empleo de ayudante de jardinero (en aquellos tiempos tenían muchísimos empleados) y su esposa trabajaba en la casa. A pesar de ser personas de ciudad, se adaptaron perfectamente a la vida en el campo. Sólo tuvieron un hijo: Tom. Ambos deseaban que su hijo nunca tuviera que pasar por las penalidades que ellos habían conocido; por ello, no pudieron estar más contentos cuando la pequeña Molly apareció en el pueblo y los dos niños congeniaron con rapidez. Los padres de Molly eran maestros de escuela y querían que su hija fuese a la universidad. Los Bentley creían que el ejemplo de Molly quizá sirviera para que Tom se tomase los estudios más en serio y dejara de estar todo el día soñando despierto. Con esa expresión se referían, pura y simplemente, al tiempo que pasaba en compañía de Jack Carter.

»Los tres jóvenes eran inseparables —siguió la anciana—. Un trío cuya amistad se mantuvo mientras crecieron, y ello a pesar del origen social de Jack. En aquellos tiempos todos éramos muy pobres, pero Jack pertenecía a la familia más pobre del pueblo; era el típico golfillo que no gusta a las madres de otros niños.

Según explicó, el padre de Jack se había convertido en un sujeto de cuidado, bebedor y ladrón ocasional, perezoso y maleducado. De hecho, antes no había sido así.

Las raras veces que se le veía sobrio recordaba al hombre que fue años atrás. De familia respetable, mañoso e inteligente, en su juventud nunca anduvo corto de dinero.

No se sabía con certeza qué le había llevado a caer por la pendiente. Se rumoreaba que alguien lo engañó y le robo la patente de un invento revolucionario. Era muy posible que fuese verdad; Winnie recordaba el día que se marchó del pueblo con la mirada perdida en sueños y cómo volvió seis meses más tarde convertido en un fracasado.

—Fuese lo que fuese, aquello lo destruyó. Y eso que siempre tuvo el apoyo de su mujer; ella no dejó de amarlo en ningún instante. A la pobre se le rompía el corazón cuando veía cómo se hundía su marido. Sin embargo, sus intentos por hacerle cambiar resultaban siempre vanos. A veces, él desaparecía del pueblo durante largos períodos; cuando regresaba, lo hacía sobrio y con dinero en el bolsillo. Su mujer derrochaba entonces felicidad. —La voz de Winnie se elevaba o caía de acuerdo con la emoción del relato—. Durante días y días, la alegría reinaba en la familia; se los veía reír y cantar a todas horas, el pequeño Jack incluido... Sin embargo, un mal día el silencio se hacía en la casa y todos adivinábamos entonces que el marido se había vuelto a dar a la bebida. Finalmente los días buenos comenzaron a espaciarse más y más, mientras que los días malos terminaban por hacerse crónicos.

»Jack salvó a la familia de la inanición. De ahí le viene su apodo: *el Furtivo*.

Siendo aún un niño, cazaba todo lo que podía abatir: conejos, palomos, faisanes... Incluso revendía leña obtenida en los terrenos de la finca. No le quedaba otro remedio. Cuando conseguía algunas monedas más de lo corriente, las invertía en algún regalo para su madre: una pastilla de jabón perfumado, quizá. Y también trabajaba. Uno o dos hombres del pueblo aceptaban emplearle ocasionalmente; Jack estaba dispuesto a dejarse los riñones por unos pocos peniques. El chico espabiló muy rápido. Con quince años ya era un hombre. Un hombrecito que sabía lo que quería y no estaba dispuesto a dejarse engañar por nadie. Hay quien dice que habría hecho mejor en marcharse de aquí a aquella edad. Dicen que si no lo hizo fue por debilidad. Por el deseo de no abandonar a su madre. Yo a eso no le llamo debilidad, le llamo ser un hombre fuerte.

»Pero volvamos a su relación con Molly. La amistad de los tres jóvenes parecía indestructible... Si Jack lo ha animado a visitarme es porque quiere que yo le ponga al corriente de estas cosas. Como le iba diciendo, Tom y Molly se gustaban desde niños y Jack era el compañero de ambos, el muchacho que en secreto los guiaba a explorar los alrededores. No hay una pulgada de bosque, montaña o campo que esos chicos no recorrieran. En aquellos tiempos las cosas eran distintas: los niños desaparecían durante horas y nadie se preocupaba por ello; era lo normal. Aunque Joan, la madre de Tom, sí que se preocupaba; ella misma me lo dijo. Hasta el día que supo que el compañero de correrías de Tom y Molly no era otro que el pequeño Jack; desde ese instante dejó de preocuparse. La mujer sabía bien que si los muchachos sufrían algún percance en el transcurso de sus excursiones no podían estar en mejores manos que las del pequeño diablillo. No sé si me explico. Pillastre o no, Jack era alguien en quien se podía confiar.

De improviso, Winnie clavó sus ojos sin vida en el rostro de Bassett.

—Sin duda se preguntará usted a qué viene toda esta perorata. Ahora mismo se lo explico...

Dicho mientras ponían manos a la obra enrollando un segundo ovillo.

—Molly. Molly O'Neal. Pobre Molly. La vida raramente responde a lo que esperamos de ella. El propio padre de Jack me lo confesó en cierta ocasión. El padre de Molly murió cuando la muchacha tenía catorce años. La madre siguió trabajando de maestra en la escuela, pero poco a poco comenzó a volverse una mujer quejumbrosa e incordiante. La verdad es que a mí me resultaba insoportable; se comportaba como si fuera la única persona en el mundo que había perdido a un ser querido. Finalmente acabó recluida en su cama. Ello puso fin a los deseos de Molly de ir a la universidad; la muchacha debió abandonar la escuela y aprender a cocinar. Tom tampoco llegó muy lejos; finalmente encontró un trabajo de oficina en Gleavebourne. Jack, el más capaz de los tres, terminó trabajando para unos criadores de caballos llamados Knight. Una familia que nos dejó hace tiempo, los Knight.

»Al estallar la guerra, Tom y Jack parecieron perder la cabeza. Estaban ansiosos por alistarse. Parecían aterrados ante la posibilidad de que el conflicto terminara antes

de tener la oportunidad de mostrar la madera de que estaban hechos. Cuando les llegó la edad, se enrolaron con unas pocas semanas de diferencia entre ambos.

»Y Tom se casó con Molly. Una boda de fábula; no parecía que estuviéramos en guerra. Finalmente Tom se marchó a ganar su guerra y Molly entró a trabajar en la mansión, donde entonces albergaban a refugiados. Los Bentley, los padres de Tom, se mudaron a una granja, mientras que Molly se trasladó a Wyndham, que pensaba convertir en hogar para ella y su marido cuando éste volviese de la guerra... Nadie se sorprendió ante la boda de Tom y Molly, pero... Para mí, Jack fue siempre el mejor partido. Sin discusión. Y bien, Harry Bassett, pregúnteme lo que sin duda está pensando.

—¿Existió alguna vez algo entre Molly y Jack?

—Justamente. Mire, no soy chismosa y si se lo digo es porque todo esto es historia antigua. En mi opinión, la muchacha quería a Jack pero carecía del coraje para luchar por él. Era la madre quien quería que se casara con Tom, y Molly no se atrevió a contrariarla. La madre, qué mujer tan estúpida. «Ahora que mi Molly tiene su hombre, ya puedo morir tranquila» —remedó la anciana con sarcasmo—. Bah. ¿Tom? Jack valía mil veces más.

»La bruja consiguió lo que quería y, no crea, todavía tardó varios años en morir, como si quisiera burlarse de todos ellos... En fin, el caso es que Molly se casó con Tom, y Jack se tuvo que contentar con observar la boda desde la banqueta.

»No volví a ver a Jack hasta el fin de la guerra. Él vino a visitarme. Si bien se mostró parco en palabras al mencionar a Tom, lo encontré extremadamente dolido con Molly. Al parecer, Jack fue a ofrecerle el pésame y... bien, seamos sinceros... para ofrecerse a sí mismo también. Él siempre ha sido muy tímido, y por eso le creí (le sigo creyendo) cuando me dijo que no insistió demasiado. Y eso que en aquellos momentos las bodas se convenían en cualquier parir, la gente deseaba rehacer sus vidas, la mecedora se agitó con fuerza.

»Y bien ella no podía casarse con él. Eso le dijo en sus narices Molly y trató a Jack como un guiñapo; el pobre Jack se quedó roto.

La mecedora recuperó su cansino movimiento regular.

—Roto —repitió Winnie—. Y eso es decir poco. Al pensar en un hombre como Jack hay que imaginar que haría las maletas y se marcharía a probar suerte en otro lugar. Con los padres muertos, ya no tenía familia aquí. Y, sin embargo, se quedó durante casi un año. Por culpa mía. Yo hice que se quedara aquí. Sentía tanta piedad de él que le dije algo que nunca debiera haberle dicho.

»Me planté ante él y le dije: “Jack, querido, las cosas no son como parecen”. Y le conté lo que sospechaba. Aunque no tuviera prueba alguna al respecto. Que Molly no podía casarse con él porque Tom seguía vivo. Después de haber desertado del ejército.

Winnie alzó la barbilla.

—Henry Bassett, no parece usted muy sorprendido.

Bassett agitó la cabeza, olvidando por un instante que la anciana no podía verle.

—¿Podría decirme qué le llevó a pensar que Tom Bentley había desertado?

—Para empezar, el Ministerio de Guerra no envió telegrama alguno a la familia, contra lo que es usual en estos casos. Lo sé de primera mano. —Winnie pasó el segundo rollo a Bassett y escogió un nuevo ovillo—. Ante todo, quiero pedirle absoluta discreción sobre lo que estamos hablando. Aunque todo esto es agua pasada, no hay por qué removerla.

—Sólo lo haría en caso de necesidad imperiosa, Win.

—Muy bien, pues. —La anciana comenzó a arrollar el nuevo ovillo—. Como le decía, no se envió telegrama alguno. Y un buen día la policía militar se presentó en casa de la madre de Tom; yo misma los vi y estoy segura de que andaban buscando al hijo. En aquellos tiempos los vecinos no teníamos secretos entre nosotros. Los chismorreos estaban a la orden del día y para evitarlos solíamos confiar las cosas los unos a los otros. Y, sin embargo, Joan nunca me contó nada acerca de aquella visita.

—¿De veras?

—Y eso que éramos buenas amigas. Todo lo que hizo Joan fue pedirme que no le hiciera ninguna pregunta y que jamás volviera a mencionar el nombre de Tom delante de su padre.

—Si Tom hubiera desertado...

—Su padre lo habría matado. Perdón, no quería decir eso. Pero nunca se lo habría perdonado. No habría podido soportar la idea de que su hijo era un cobarde...

—¿Cree que lo habría entregado a la policía?

—Ciertamente le habría negado asilo y lo habría conminado a entregarse.

—¿Cuándo sucedió todo eso?

La anciana frunció los labios antes de responder.

—He estado tratando de acordarme. Desde el momento en que Charlie empezó a contarme los últimos sucesos.

Yo diría que estamos hablando del verano de 1944.

—¿Recuerda si entonces Jack estaba por aquí? De permiso, quiero decir.

—No, no estaba aquí —repuso ella con ligera brusquedad.

Bassett aguardó a que la lana terminase de temblar antes de efectuar su nueva pregunta:

—¿Dónde viven ahora los padres de Tom Bentley?

—Regresaron al norte nada más terminar la guerra. Joan y yo continuamos escribiéndonos durante un año o dos. Luego el padre de Tom murió y Joan se casó en segundas nupcias. Desde entonces perdimos el contacto; no recuerdo su última

dirección.

—¿Recuerda, sin embargo, en qué ciudad residía? ¿Se trataba de Manchester?

—Durham —respondió Winnie—. Ese hombre muerto proviene de Manchester, ¿no es así?

—Sí. Derek Wilson.

—Una gran ciudad. Un lugar donde resulta fácil perderse. He estado pensando en ello. —La cabeza de pelo blanco se agitó tenuemente—. Tom Bentley, el desertor, posiblemente cambió su nombre. O adoptó la identidad de algún compañero muerto. Es algo que se ha hecho otras veces. Yo nunca me he olvidado de Tom. ¿Qué pasaría si Tom pasó a llamarse Wilson y el Wilson que adquirió la casa de campo era hijo suyo? Quizá el hijo encontró una fotografía o algún papel oculto en algún rincón...

—La anciana estiró de la lana—. ¿Y bien?

—Es una posibilidad, Winnie. Por cierto, ya hemos terminado con los ovillos naranja tostado...

—No parece que le haya convencido lo que acabo de contarle.

—Yo no he dicho eso. Más bien estaba pensando en la mujer de Tom. Ella también se casó en segundas nupcias...

—Ajá. Tras dar calabazas a Jack se casó con otro hombre en mil novecientos cuarenta y siete. También he pensado en ello. Un matrimonio muy conveniente para acallar las habladurías. Si alguien del pueblo seguía teniendo dudas de que realmente Tom hubiera muerto en combate, el matrimonio serviría para terminar con las murmuraciones. ¿Entiende lo que quiero decir?

—Creo que sí, Winnie. Si Tom era un desertor y seguía con vida, Molly no podía casarse.

—No, a no ser que se divorciaran. En aquel tiempo, Molly habría tenido que esperar mucho hasta obtener el divorcio. Creo que la pena por deserción era de siete años... Aunque, en realidad, no estoy muy segura de que Molly se casara con su hombre en mil novecientos cuarenta y siete. Ahora, sin duda, están casados, pero yo diría que en el cuarenta y siete simplemente vivían juntos. Ninguna persona de por aquí fue invitada a la boda. Se marcharon por un tiempo y regresaron convertidos en marido y mujer: eso fue todo. Apenas si se conocían desde hacía seis meses. Parece que el hombre andaba de excursión cuando llamó a la puerta de la madre de Molly buscando algún sitio donde alojarse. La madre le permitió quedarse allí hasta que dos semanas más tarde encontró un trabajo en Tewkesbury. Pocos meses después, Molly llevaba un nuevo anillo de compromiso.

Como por ensalmo, el fino cabello blanco de Winnie pareció caerse y su rostro envejecer de golpe.

—¡Oh, Bassett! —gimió. La mano de la anciana buscó el contacto con la del hombre—. Sentada en esta silla, tengo mucho tiempo para pensar. Mucho tiempo... Mucho tiempo para recordar. No siempre he estado ciega... Hubo un tiempo en que podía ver y oír las cosas como todo el mundo. Y una cosa que aprendí sobre la rodilla

de mi padre fue que hay que controlar los propios impulsos...

¿Cuál era el mensaje oculto en aquellas palabras?

Bassett pensó de repente en la imagen ofrecida por Molly y su marido en El Faisán... La pareja no parecía encajar en el lugar... Con los ojos vigilantes, repitiendo en voz baja las palabras pronunciadas por Davey y sus amigos...

—¿Qué es lo que quiere decirme, Winnie?

—Tan sólo lo que pienso. —La anciana jugueteó con el carrete de lana que tenía en el regazo—. El hombre encontró un trabajo en Tewkesbury y Molly consiguió un nuevo anillo de matrimonio. Desde entonces han vivido solitarios y apartados de todos en la vieja casita que una vez fuera de la madre de Molly. ¿Por qué siguen allí? ¿Por qué se empeñan en vivir como dos ermitaños? La casa apenas si tiene valor... ¿Por qué no se han mudado a Tewkesbury o a otra parte? Sería lo más lógico, ya que no les interesa el contacto con nosotros. —Agitando la cabeza, Winnie suspiró ligeramente—. No sé... Hay veces que me canso de tanto pensar.

El extremo de la lana se escurrió entre los dedos de Bassett.

—Me parece que ya hemos terminado con el naranja tostado, Winnie. Voy a echar algo más de carbón al fuego.

Winnie se acunaba con suavidad en la mecedora, con las manos en el regazo. Cuando habló de nuevo, su tono había ganado en decisión.

—Charlie me contó lo sucedido a Jessie Podwojska la mañana del sábado. ¿No le parece digno de mención?

—La verdad es que se me había olvidado, Winnie...

—Charlie dice que fue una broma de mal gusto. ¿Es eso cierto?

—Algo por el estilo. —Sabedor de que la anciana tanteaba el terreno, Bassett prefirió responder en tono jovial.

—Según dice Charlie, alguien aplicó pintura fosforescente al viejo abrigo para que hiciera pensar en el fantasma de Gurney. Charlie cree que no fue más que una broma, pero ya sabe usted cómo es él. ¿Realmente se trató de una broma?

—Eso parece.

—No se vaya por las ramas. ¿Qué clase de abrigo era?

—Un abrigo del ejército, Winnie.

La mecedora se detuvo bruscamente. La anciana cerró los ojos. Bassett creyó percibir una lágrima...

—Vaya a hablar con Artie Anderson, Bassett. Su dirección está en el listín. Dígale que va de mi parte. Hasta su jubilación, Artie era el oficial de policía de Oakleigh.

Bassett asintió en silencio. Ya había pensado en ello.

Si realmente Tom Bentley desertó, la policía local debió recibir alguna notificación al respecto.

—Bien, ya puede marcharse. Pásame las agujas de tejer y vaya a investigar. Pero ¿Bassett...? Adivine la verdad antes de que otros lo hagan. No permita que las cosas se compliquen aún más ni que las mentiras empiecen a circular. Y cuide bien de Jack

Carter. Jack es un hombre estupendo.

La mecedora se puso en movimiento. Una sorda melodía salió de los viejos labios. Winnie musitaba una canción.

CAPITULO TRECE

ARTIE ANDERSON residía en Glevebourne, no lejos de las oficinas del periódico local, la *Glevebourne Gazette*, lo cual permitía a Bassett matar dos pájaros de un tiro. Antes de todo, sin embargo, estacionó su automóvil en el aparcamiento de la comisaría, pues quería hablar con el sargento Andy Miller.

Andy había salido. Bassett dejó una nota en su escritorio:

Por favor, investigue acerca de los padres de Wilson. El padre me interesa en particular, así como posibles conexiones con algún individuo apellidado Bentley.

La plaza de Saint Katherine estaba enclavada al extremo de la corta calle mayor de la localidad y se resumía en una serie de edificios blanquinegros, entre ellos el antiguo ayuntamiento, ahora mitad museo y mitad galería de arte, las casas del viejo asilo, reconvertidas en tiendas de artesanía, y un pequeño edificio que albergaba la redacción del periódico.

La redacción estaba cerrada, aunque la puerta exhibía un número de teléfono para emergencias. Tras anotar dicho número, Bassett volvió sobre sus pasos por la plaza adoquinada y atravesó por entre los viejos edificios de la calle de la Iglesia hasta llegar a la hilera de modernos *bungalows* para pensionistas construidos tras las casas del viejo asilo.

Los *bungalows* eran pequeños y coquetones, diseñados de modo práctico. La mayoría de las ventanas exhibían cortinas blancas, madera pulimentada y puerta sin pintar. Un viejo sabueso dormitaba en un escalón con la cabeza entre las patas y un gato rechoncho se burlaba de él, consciente de la protección ofrecida por el alféizar donde estaba subido. En respuesta al alegre saludo de Bassett, el sabueso meneó la cola con alegría. Bassett pensó que si bien el conjunto resultaba demasiado tranquilo no por ello dejaba de tener su encanto. Allí estaba el número seis, el *bungalow* de repisas cubiertas de geranios, el mismo que andaba buscando.

La puerta se abrió lentamente en respuesta al timbrado de Bassett. Una cabeza pálida con flequillo plateado y ojos reumáticos tras gafas de montura de acero asomó por el hueco.

—¿El señor Anderson...? —Con el sombrero en la mano.

—Sí... —Un hombre alto y delgado que vestía una camisa abotonada en la nuez bajo un jersey y un cárdigan.

—Vengo de parte de la señora Allsop. Winnie Allsop. Verá... Estoy indagando acerca de unos tales Bentley que residieron en Oakleigh durante la guerra. Winnie me dijo que quizá usted pudiera ayudarme... Antes era el policía del pueblo, ¿no es así?

El otro negó con la cabeza amablemente.

—Me parece que es con mi padre con quien quiere hablar.

¿El *padre* de aquel viejecillo? ¡Por todos los santos! ¿Cuántos años tendría ese padre?

—¿Quién es, Arthur?

Ahora había dos figuras idénticas: dos rostros pálidos con gafas y flequillo plateado lo examinaban desde la puerta. Podrían haber sido hermanos gemelos.

—Una persona que quiere hablar contigo, papá.

Bassett anotó mentalmente que el mayor de los Anderson era el que llevaba el bastón.

—Perdone las molestias, señor Anderson. Me llamo Bassett y, al igual que usted, soy policía jubilado...

Unas palabras mágicas.

—¡Adelante, adelante! Prepáranos un té, Arthur. ¿O acaso preferiría un traguito de ron? —Dicho en un susurro conspiratorio—. Acérquese al fuego. Y quítese la chaqueta y póngase cómodo...

Bassett se sentía abrumado ante tanta hospitalidad. El placer de la visita parecía rejuvenecer a la pareja por momentos. Una sonrisa permanente animaba sus rostros mientras sendos pares de manchas rojizas adornaban sus carrillos. Bassett pensó que se asemejaban a un par de enanos de jardín dotados de vida y mudados al interior de la casa para preservarse del invierno.

—¿Los Bentley, decía usted...? Sí, me acuerdo de ellos. ¡Arthur! Ésta es una conversación privada. ¡Ves a preparar ese té! —Dicho al tiempo que daba un golpe de bastón en el suelo.

—Creo que Winnie tiene razón —declaró Artie cuando Bassett le puso en antecedentes—. Ha pasado ya tanto tiempo que no creo que haya nada malo en hablar de esto. En aquel momento la cosa no llegó a comentarse abiertamente, aunque estoy seguro de que muchos adivinaron lo sucedido. Más de una vez trataron de tirarme de la lengua, pero nunca consiguieron que mordiera el anzuelo. Cuando insistían más de la cuenta les respondía con la consigna tan repetida en aquellos tiempos bélicos: «Silencio, el enemigo puede estar a la escucha».

—Entonces usted sabía que Tom Bentley había desertado.

—El saberlo formaba parte de mi trabajo —declaró Artie abombando ligeramente el pecho—. Tuve que hablar con su mujer y sus padres. El problema es que si bien el Gobierno nos informaba de la desaparición de un soldado, no nos suministraba mayores detalles. Así, era posible que un soldado hubiera sido hecho prisionero, que hubiese desertado o que efectivamente hubiera muerto. Aunque en el caso de Bentley nunca lo creí así.

—¿Por qué? —se interesó Bassett.

—Por una cuestión de olfato —repuso el anciano en tono reflexivo—. Tras el fin de la guerra, volvieron a casa hombres que habían pasado por trances particularmente duros: algunos habían sido prisioneros de los japoneses, otros participaron en batallas

especialmente cruentas, como la de Arnhem. Y, sin embargo, estos hombres no tenían ningún interés en relatar las experiencias vividas. Sí hablaban, por el contrario, y de modo constante, de sus compañeros que nunca regresaron. Con una excepción: Tom Bentley. Como si su nombre, por algún motivo, se hubiera convertido en tabú.

—Winnie me dijo que el padre de Tom se habría negado a acoger a un hijo desertor.

—Stan Bentley estaba muy orgulloso de su hijo en el ejército, sí. Pero, por otra parte... —Artie encogió sus frágiles hombros—. La familia no deja de ser la familia, ya me entiende usted.

Bassett asintió con un gesto.

—¿Recuerda las circunstancias del caso?

—Tom disponía de un permiso para visitar a Molly antes de embarcarse para su destino. Pero lo cierto es que nunca llegó aquí... Discúlpeme. ¿Dónde está ese muchacho?

¿Muchacho? Bassett observó con atónito silencio al viejo Artie mientras éste se ponía en pie y se acercaba a la puerta.

—¡Arthur! ¿Dónde está el té para nuestro joven visitante? —inquirió, saliendo de la sala.

Bassett reprimió una sonrisa por la discusión que le llegaba de la cocina. Su mente pasó a concentrarse en el permiso de Tom antes de su embarque. Un joven que era un hombre casado. Lo más lógico habría sido que fuese a estrechar una vez más los brazos de su mujer. Y sin embargo, nunca llegó. O, lo que es lo mismo, ninguno de los lugareños lo vio.

El viejo Artie regresó refunfuñando:

—Este niño, siempre medio dormido... —Bassett tuvo que hacer un esfuerzo para contener la risa—. ¿Por dónde lo habíamos dejado? Ah, sí. La desaparición de Tom...

—¿Estaban al corriente de que debía venir por aquí?

—No. No avisó a sus familiares.

—Imagino que se investigaría si Tom hizo uso de sus documentos de viaje, el billete especial que se entregaba a los reclutas y todo eso...

—Sí. En teoría el muchacho emprendió el viaje hacia aquí —respondió Artie.

—¿Cuál era el trayecto habitual por aquel entonces? ¿Quizá un tren a Hereford o Malvern?

—El tren llevaba hasta Malvern y allí se cogía un autobús. Había muchos autobuses...

—Aunque no a última hora de la noche, imagino.

—Cierto —reconoció Artie.

—¿Se acuerda del desastroso funcionamiento de los trenes en aquellos tiempos? —comentó Bassett, agradecido ante la oportunidad de liberar su sonrisa largamente reprimida—. Cuando había bombardeos, se pasaban horas y horas parados entre una

estación y la siguiente. Imaginemos por un instante que Tom llegó a Malvern con retraso, cuando el último autobús para Glevebourne había salido ya. ¿Qué habría hecho entonces? ¿Autostop en mitad de la noche? ¿O caminar ocho millas a través de las colinas que conocía tan bien? En el caso de Tom, lo normal era echarse a caminar, ¿no cree?

—Si, probablemente. Podía estar en casa antes del amanecer.

—Otra hipótesis. Si lo que quería era desaparecer del mapa, yo en su lugar tampoco habría vacilado: me hubiera dirigido a las colinas. Por ejemplo, a la casa abandonada que hay en Top Hill...

Artie sonrió mostrando todo el ancho de su dentadura postiza.

—La casa de Jack *el Destripador*...

—¿Eh? —repuso Bassett con sorpresa.

Con un destello malicioso en la mirada, Artie explicó:

—Jack *el Destripador* era como llamaban a un hombre llamado Somelli que mató a su mujer a hachazos...

Su conversación se vio interrumpida por el «niñato» Arthur que acudía con el té y unas copitas de ron. Mientras el anciano servía la infusión, Bassett aprovechó para inquirir:

—¿Cómo se escribe ese nombre que acaba de mencionar?

Artie sonrió de nuevo.

—Seguro que ya ha oído hablar del viejo Jack Smelly. En realidad, su verdadero nombre era Giacomo Somelli: había nacido en Italia. Somelli asesinó a su mujer a principios de siglo, cuando el recuerdo de los crímenes de Jack *el Destripador* seguía bien vivo, por lo que espontáneamente la gente le aplicó idéntico sobrenombre. En aquellos tiempos la gente tenía poca tolerancia con los extranjeros; por eso corrieron toda suerte de rumores acerca de este «Destripador». Se criticó mucho al señor de la mansión por habérselo traído de Italia... En fin, tampoco es que yo conozca todos los detalles del caso; mi padre habría podido informarle mejor, pues estas cosas sucedieron durante su época.

Las últimas palabras de Artie coincidieron con un pequeño ruido junto a la puerta. Al igual que sus interlocutores, Bassett volvió la cabeza en aquella dirección. Incapaz de contenerse por más tiempo, preguntó irrespetuosamente:

—No andará él por aquí, ¿verdad?

—Espero que no —bromeó el niñato Arthur—. Lleva treinta años muerto.

Al instante siguiente bailaba un improvisado fandango para evitar ser cazado por el bastón paterno; Bassett tuvo de nuevo problemas para contener la risa. Finalmente bebieron el té y las copas, tras de lo cual el joven Arthur se marchó a recoger el periódico del buzón. Bassett reemprendió la conversación allí donde la habían dejado.

—Volviendo a la casa de Top Hill... Imagino que la conocería usted cuando todavía no era una ruina. ¿Recuerda en qué estado se encontraba durante los años de la guerra?

El viejo policía le entendió al instante.

—Tom Bentley no se escondía allí. Ya me cuidé de comprobarlo más de una vez.

—Una casa encantada... —aventuró Bassett.

—Siempre hay tontos amigos de la superstición.

—Pero ¿a qué viene la larga duración de la leyenda? —insistió Bassett—. Puedo comprender que en un principio la gente sintiera aprensión; al fin y al cabo, Somelli nunca fue encontrado y era posible que todavía anduviese por allí. Pero lo lógico es que esos miedos se debilitaran con el paso del tiempo. ¿Qué fue lo que mantuvo viva la leyenda de Somelli?

—O póngalo de otro modo: ¿quién se encargó de hacerla revivir? Y eso no es todo. ¿No cabe pensar que, hacia el final de la guerra, el fantasma no fuera otro que el perfectamente vivo Tom Bentley?

Bassett examinó al viejo Artie con muda admiración.

—Imaginemos que Molly ayudó a su marido a desertar del ejército. Resulta lógico pensar que él se recluyera en la casa de Top Hill hasta que Molly considerase que el peligro había pasado, momento en el que ambos podrían abandonar la zona.

—No habría sido fácil para Molly —terció el joven Arthur bebiendo su té con una sonrisa traviesa—. Tenía demasiados seguidores.

—¿Seguidores?

Todo aquel que vistiera pantalones.

—Pero luego Molly cambió. —Artie clavó la mirada en su hijo.

—Cierto. Cuando encontró a su segundo marido su carácter se volvió distinto. Tan condescendiente como había sido para con tantos...

—La verdad es que ésa era la impresión que daba —admitió Artie—. Molly se volvió arisca incluso con Jack Carter. Y eso que los tres, Molly, Jack, Tom, hablan sido inseparables durante años. ¿Conoce usted a Jack? La semana pasada nos visitó; de hecho fue él quien trajo la botella de ron... Molly apreciaba mucho a Jack. Tom también lo quería mucho. Igual que yo. Lo conocía bien; sabía que era un buen muchacho, a pesar de las apariencias. Más de una vez hice la vista gorda ante los conejos que escondía en el zurrón o sus sacos llenos de zarzamoras. Pequeñas fechorías que hacía para alimentar a su madre. Su madre era una mujer estupenda. Y Jack era un buen hijo; él habría hecho a Molly muy feliz. Pero, así son las cosas, ella lo rechazó...

—¿No podría haber sido al revés? —intervino Arthur—. ¿No pudo haber sido él quien rechazara a Molly tras enterarse de una cosa o dos...?

Artie examinó a su hijo con dureza.

—¿De dónde sacas esas majaderías? Tendrías que haber visto a Jack. Jamás he contemplado a una persona tan deshecha. Su aspecto era de completa desolación... —recordó con voz apenas audible—. Después de todos estos años —añadió con la vista perdida en el vacío—, ahora recuerdo que el único lugar que no inspeccioné en busca de Tom fue la vieja casa de Jack. Pensé que estaba muy distante de la de Molly

y que resultaría demasiado arriesgado para ella acercarse por allí de modo regular. Pero quizá se escondiera precisamente en la casa de Jack...

Y si realmente Tom había conseguido llegar al pueblo sin ser visto, Jack sin duda podría haber hecho otro tanto. Y un hombre puede tener muchas razones para mostrarse desolado.

—¿Molly sigue viviendo por aquí? —se interesó Artie—. Nunca pensé que se quedaría. Tras la muerte de su madre, nada la ataba ya. Excepto la belleza del paisaje... ¿Quién sabe? Acaso fue eso lo que la retuvo. Eso y la ocasión de quedarse con la casa materna a un precio irrisorio —añadió en tono malicioso.

La conversación terminó por derivar hacia derroteros tales como la evolución del trabajo policial a través de los años, materia favorita de Artie, al parecer. Por cortesía y cierta deferencia por su interlocutor, Bassett permaneció en la casa más tiempo del que tenía previsto, intercambiando anécdotas relativas a sus respectivas carreras y a la del padre de Bassett, antiguo policía en la villa de Hampstead; finalmente, llegó, sin embargo, la hora de despedirse.

Los dos Anderson acompañaron a Bassett hasta la puerta.

—Aunque no me ha revelado el porqué de su interés en los Bentley, no se lo pregunto —aseveró allí el anciano—. Sin embargo, déjeme decirle que, pensándolo bien, dudo que Tom pudiera haberse escondido en la vieja casa de Jack. Ha pasado mucho tiempo, pero al volver la memoria cuarenta años atrás recuerdo que busqué al muchacho por todas partes. Si Tom hubiera estado oculto mucho tiempo en algún lugar habría terminado por encontrarlo. En cuanto a Molly, apenas si era una chiquilla por aquel entonces —añadió con indulgencia—. Mi mujer solía decir que la muchacha había tenido poca ocasión de disfrutar de la vida tras la muerte de su padre y la enfermedad de su madre; un buen día, sin embargo, descubrió que le gustaba ser amada, usted ya me entiende, y decidió que aquello era lo que quería en la vida. Probablemente no habría sucedido nada de particular si Tom hubiese estado junto a ella. Pero no estaba. Mientras que otros hombres sí que estaban...

Una idea expresada con elegancia, pensó Bassett.

—... Creo que Molly no lo pasaba demasiado bien. Pienso que si rechazó a Jack fue simplemente por sentimientos de culpa. Y ante la posibilidad de que Tom regresara.

—¿Eh? Pero eso no le impidió volverse a casar poco más tarde —musitó el joven Arthur—. En mil novecientos cuarenta y siete, para ser exactos.

Bassett emprendió el camino hacia la redacción de la *Gazette* sumido en profundas reflexiones. Tenía la intuición de que, hacia el final de la conversación, uno de los Anderson había comenzado a comprender.

La redacción del periódico continuaba cerrada. Tras volver a la comisaría, dejó una segunda nota sobre el escritorio del sargento Miller:

Andy, si tiene tiempo busque en los archivos de la Gazette algún dato referente a los Bentley de Oakleigh entre los años 1943 y 1947. Se casaron en el 43 o el 44. Unas fotografías no vendrían mal. Los padres del novio se marcharon de Oakleigh en el 45 o el 46. ¿Algún mensaje de despedida? Le telefonaré mañana.

Algo después estaba sentado al volante de su automóvil sin saber bien cuál sería el próximo paso. Tenía la mente confusa. El día había empezado con la casa de Top Hill y los robos de ganado. Luego habían aparecido Jack y Molly y Tom Bentley; y Winnie y la familia Bentley; los Anderson y Tom y Molly Bentley... Estaba claro que Molly debía constituir su próxima visita.

Pero... ¿Quién rayos había sido Derek Wilson?

Bassett decidió aprovecharse del cuidado que Davey dispensaba a sus cerdos y gallinas. Quería incidir en la relación entre Derek Wilson y Top Hill.

Un instante después su auto enfilaba la dirección de Mayberry's.

CAPÍTULO CATORCE

COMO no conseguía divisar a la ya conocida encargada del almacén, Bassett se acercó a la sección de tabacos y licores, donde adquirió sendas botellas de *whisky*; una para él mismo y otra para el padre de Davey. Quizá el señor Mellor no tuviera autorización médica para beber alcohol, pero, por lo menos, así podría invitar a una copa a las visitas.

—Me gustaría hablar un momento con Susan, la encargada del almacén —explicó al muchacho situado tras el mostrador—. ¿Sabe si anda por aquí?

Tras ser informado de que la llorosa muchacha que conociera en el almacén la mañana anterior no era la encargada, sino una simple aprendiz de contabilidad, Bassett consiguió que otra empleada fuera en su busca.

—Gracias, Debbie —agradeció Susan a la emisaria—. ¡Oh! Es usted el señor... —añadió, volviéndose a Bassett.

El señor en cuyo hombro lloró usted ayer, sí, respondió la sonrisa de Bassett.

—Me he acercado a ver qué tal se encuentra. Me pareció evidente que apreciaba usted mucho al señor Wilson.

La muchacha se encogió de hombros con timidez.

—Creo que ayer me porté como una niña. Pero lo cierto es que, ahora que no se encuentra trabajo a menos que se acepte cambiar de residencia, es natural que apreciase a la persona que me ofreció un empleo en mi propia comunidad. Aunque me da un poco de vergüenza decirlo, reconozco que mis pensamientos también eran un tanto egoístas. Derek me apreciaba, pero no sucede lo mismo con el segundo encargado. Aunque no sé... Ahora parece mostrarse algo más amable. Quizá haya hecho mal en preocuparme. La señorita Smith dice que mi puesto de trabajo no corre peligro.

—La temible señorita Smith.

—¿Ya se han conocido? —repuso Susan con los ojos muy abiertos.

—Brevemente. —Bassett enarcó una ceja. ¿Se acordaba?

—¡Claro! Ayer —exclamó la otra jovialmente. Haciendo una pausa, completó—: Gracias por volver otra vez. —La esplendorosa sonrisa hizo que Bassett quedara momentáneamente desarmado, a pesar de que no ignoraba que aquella felicidad se debía a la certeza de conservar la ocupación—. Lamento decirle que aún no he preguntado acerca de esos desechos para sus cerdos, señor...

—Bassett —la ayudó él—. Y usted es Susan, Sue para sus amigos. Susan, ¿o puedo llamarla Sue?, quisiera hablar un momento a solas con usted.

—¿A solas? —Susan pareció examinarlo con nuevos ojos. La muchacha era hermosa y se cuidaba bien, probablemente tendría un par de años más de los dieciséis que Bassett le echara ayer. Probablemente también, era lista—. Pensaba que era usted un simple criador de cerdos. —Susan ladeó la cabeza—. Pero no es así, ¿verdad? ¿Es usted policía?

Bassett esbozó una mueca jocosa.

—Ayer conoció a un policía que se hacía pasar por criador de cerdos. Aunque tampoco se trataba de una falsedad: es verdad que crío cerdos. Pero ya ve... Hoy se encuentra con un criador que se comporta como un policía.

Susan rió ante aquella salida.

—Estoy hecha un lío. Pero si realmente es usted policía...

—No lo soy —confesó Bassett—. Soy un oficial de policía jubilado. Mi interés en este caso es puramente personal.

—Como usted diga... —El brillo de sus ojos delataba la duda que cruzaba por su mente. Una duda que acabó resolviéndose en favor de Bassett—. ¿Por qué no volvemos al almacén? Desde allí puedo oír el teléfono. Hoy hay muchísimo trabajo y todavía no he tenido tiempo de comerme el bocadillo, así que aprovecharé para hacerlo ahora. Acérquese hasta allí por detrás del edificio. Nos encontraremos dentro de cinco minutos.

—La señorita Smith se ha marchado al banco —explicó Susan al reunirse con Bassett—. Si estuviera aquí, le pediría permiso para salir media hora y tomar una taza de té con usted.

—¿Trabaja con la señorita Smith?

Susan asintió con un gesto.

—Me enseña cómo funciona el trabajo. Cuando ella vuelva a la oficina central, yo me quedaré al cargo de todo el papeleo. Aunque es muy estricta, me llevo bien con ella. Por eso me alegra poder hablar con usted otra vez. Verá, estoy al corriente de algunas cosas que pueden ser de interés en la investigación... pero se trata de mi primer trabajo, un trabajo en el que quiero salir adelante... Si hablo de modo oficial con la policía, quizá se enteren y no les guste...

—Ya veo. Quiere decir que tal vez Mayberry's no aprecie que de usted ese paso sin consultar antes con sus jefes.

—Sí.

—¿No la ha interrogado ya la policía?

—No de una forma seria.

—Si dispone usted de pruebas...

—No estoy segura de que realmente lo sean. Pero la cosa es que Derek recibió aquella extraña llamada de teléfono... —Susan vaciló por un instante.

—¿Compartía el despacho con Derek Wilson?

—Sí. Y también con la señorita Smith, aunque ella suele estar fuera, de inspección en alguna otra sucursal.

—Entonces fue usted quien respondió a esa llamada concreta —se adelantó Bassett—. Explíqueme lo que sucedió.

—Fue el lunes o el martes pasado, no estoy segura... Derek no estaba en el

despacho, tuve que salir a buscarlo. Estaba en la tienda, tan tranquilo como siempre hasta el momento en que se puso al aparato. Tras escuchar un momento a su interlocutor, enrojeció vivamente y comenzó a soltar palabras gruesas. «¡De ésta me lo cargo!», le oí decir. Pero eso fue todo lo que pude escuchar, pues en ese momento entró el segundo encargado, que necesitaba de mí para comprobar una factura. Cuando se marchó, vi que Derek parecía haberse quedado anonadado. Le pregunté si había recibido malas noticias y me dijo que se trataba de un acuerdo que no marchaba bien. A continuación tomó el teléfono y marcó un número sin obtener respuesta; operación que repitió varias veces. Finalmente se calmó un poco y me ofrecí para seguir intentando efectuar esa llamada. Me dijo que no hacía falta, que ya probaría él algo más tarde. No sé si llegó a hacerlo o no, aunque... La cosa podría ser importante, ¿no cree?

—Muy posiblemente, Sue. ¿Tiene idea de la clase de acuerdo al que se refería?

—No, lo siento.

—¿Dio algún nombre la persona que telefoneó?

—Paul.

—¿Paul qué? ¿Un pariente? ¿Un amigo? ¿Un hermano, quizá?

La muchacha no lo sabía.

—¿Qué le dijo exactamente ese hombre al ponerse usted al aparato? «¿Podría hablar con Derek?». ¿O acaso se refirió a él como «el señor Wilson»?

—Me dijo: «Ponme con Derek, preciosa». «¿De parte de quién?», —pregunté—. «Dile que lo llama Paul» —respondió.

—¿Cómo reaccionó el señor Wilson al avisarle usted?

—Parecía contento de recibir la llamada. «Lo llaman al teléfono. Se trata de Paul», expliqué. «Ah, muy bien», dijo Derek.

—Y, más tarde, cuando profirió esa amenaza, «¡De ésta me lo cargo!», ¿le pareció que se lo decía a Paul haciendo referencia a un tercero?

Susan respondió afirmativamente.

—¿Le pareció que la amenaza iba en serio?

—La verdad, no. Aunque estaba muy enfadado no me pareció que hablase en serio.

—Ya veo. —Bassett recapacitó por un instante—. Si tuviéramos que resumir lo sucedido, ¿podríamos decir que el señor Wilson esperaba recibir buenas noticias, que éstas resultaron malas y que una tercera persona parecía ser responsable de ello?

—Sí, más o menos.

—¿No podría ser que el señor Wilson simplemente conversara con un distribuidor y que su enfado se debiera al retraso en una entrega de género para el supermercado?

—Dudo que se tratara de algo relacionado con el establecimiento —objetó Susan—. La oficina central se ocupa de las cuestiones principales. Además, de haber sido como usted dice, estoy segura de que Wilson me lo hubiera comentado al momento.

—Muy bien —concluyó Bassett—. Un consejo: si la policía vuelve a hablar con

usted, cuénteles todo esto. Hágalo con tacto, escoja el momento preciso...

¿Usted cree? De acuerdo, así lo haré. No me gustaría poner en peligro mi trabajo, pero supongo que habrá un modo discreto de obrar, tal como usted dice... —La muchacha fijó la mirada en el rostro de Bassett—. Gracias por escucharme. Aunque me parece que no le he dado ocasión de decir palabra. Al fin y al cabo, es usted quien quería hablar conmigo.

—Ajá —sonrió Bassett—. Cambiemos las tornas, pues. Dígame: ¿se ha llevado algo la policía?

—Tan sólo las cosas que Derek guardaba en su taquilla.

—¿Y qué hay de cuanto guardaba en el cajón de su escritorio? Notas, cuadernos... Sin duda tendría algún cuaderno donde apuntar notas y teléfonos.

—Sí, su dietario de sobremesa. Eso no se lo llevaron. Estaba encima de mi escritorio. Y aún sigue allí.

—No me importaría echar un vistazo a ese dietario. Nunca se sabe... Aunque esos dietarios suelen terminar como simples blocs de notas. Es la costumbre: el teléfono en una mano y el dietario en la otra para hacer anotaciones. Es lo que siempre hay más a mano. Siempre son reveladores, sin embargo. Yo podría escribir la biografía de mi mujer echando una mirada a los teléfonos anotados en sus sucesivas agendas. Además, el número o los números con que el señor Wilson trató de contactar tras la llamada de Paul muy bien pueden estar entre sus páginas. Quizá no siempre los recordaba de memoria.

—Sí, veo lo que quiere decir... —Susan vaciló un instante; parecía algo aprensiva.

—Si alguien advierte la ausencia del dietario, siempre puede decir que lo requisó la policial —comenzó Bassett.

—No es eso... Lo que sucede es que Derek era más bien desordenado y su letra es ilegible. Creo que necesitará de mi ayuda para descifrarla. Y ahora mismo no tengo tiempo. Quizá me lo podría llevar a casa y mirarlo con usted esta tarde —añadió—. Pero usted no vive en Gleavebourne, puesto que tiene una granja de cerdos... ¿Podría venir mañana temprano por aquí?

—¿A qué hora?

—¿A las ocho? Así dispondremos de veinte minutos, antes de que comience mi jornada.

—Aquí estaré.

Bassett tendría que esperar un poco.

Dado que la consulta del doctor McPherson también se hallaba en Gleavebourne, Bassett estuvo tentado de efectuar una visita. Pero no: ya comenzaba a atardecer y era imperioso que localizara a Molly. Cuando menos, quería conocer el lugar exacto donde vivía la mujer ahora que su mente comenzaba a hallar cierto sentido a todo lo

que había estado escuchando hasta el momento. Molly tenía prioridad.

Había muchas casas en la zona de Oakleigh que no guardaban significado alguno para Bassett. Aunque conocía más o menos bien a multitud de personas, no sabría decir dónde residían. Un ejemplo: Bassett ignoraba por completo dónde estaba la casa de Jack. ¿Molly...? Siguiendo su instinto, enfiló la carretera principal en dirección a la granja de Pepper y las chimeneas que divisara desde la altura. Por fin dio con el cartel que buscaba: «Acceso privado a Los Robles». ¿Sería realmente allí? Si era así, no resultaba extraño que no recordara la casa; ésta se hallaba completamente escondida de la carretera... ¿Y quién podría culpar a alguien de no abandonar un lugar como aquél, tan repleto de belleza?, pensó mientras conducía por el camino: la casa era preciosa, una edificación con techo de paja, perfectamente rehabilitada y con unos jardines diseñados con mano maestra. Tras aparcar el auto a la entrada del sendero, caminó por entre los bancales de rosas y primulas.

A su derecha se erguía un césped ondulado y flanqueado por grupos de arbustos... Más rosas otra vez, del tipo exótico ahora, al acercarse a la casa. ¿Qué más? Bassett se detuvo para admirar los bancales de flores exóticas y el suelo en el que crecían; finalmente, continuó ascendiendo por el sendero.

La mujer debía de haberlo visto llegar, pues la puerta se abrió al alcanzar él la casa; no obstante, si había observado el interés de Bassett por su colección de rosas no dio la menor muestra de ello.

—Buenas tardes, me llamo Bassett —se presentó él, sombrero en mano y con una sonrisa en los labios—. Somos vecinos —añadió señalando vagamente en dirección a su casa—. Y es terrible, pero no consigo acordarme de su nombre...

—Willoughby. Soy Molly Willoughby —respondió ella con suavidad y un leve deje aprensivo; Bassett comprendió que la mujer lo había reconocido.

—Entonces es usted la esposa de Julián...

—Mi marido se llama Graham. —La mujer no mostraba placer ni disgusto ante su visita; simplemente una especie de cautela. Si se borrara esa cautela de su expresión, quizá se asemejaría a un zombi. Lo cual, sin embargo, tampoco cuadraba con su hermosa piel, el sedoso cabello gris y las líneas risueñas junto a los ojos—. Creo haberlo visto a usted antes. Será mejor que pase.

Aunque no demasiado al interior. Previamente, Bassett frotó sus botas en el felpudo, tal como la mirada de ella indicaba procedente. Finalmente pasaron al recibidor, que era de tamaño considerable y estaba bien caldeado. Una mirada de reojo a las escaleras con balaustrada y a una habitación vecina cuya puerta entreabierta exhibía terciopelos y maderas pulimentadas reveló a Bassett que se encontraba en una de esas casas en las que da apuro trastocar un cojín. ¿Y dónde estarían los terriers del tipo Jack Russell?

—Graham no ha regresado todavía.

Bassett esbozó una sonrisa.

—En realidad quería hablar con usted. Me preguntaba si conocería usted a Derek

Wilson, el nuevo propietario de Wyndham.

—¿Conocerlo? No lo conocía en absoluto.

—Oh. —Bassett fingió sorprenderse—. No sé quién me lo dijo, pero tenía la idea de que ustedes le habían vendido la casa.

—No.

—Oh. —Bassett exhibía un gesto de contrariedad—. Tenía entendido que Wyndham había sido de usted. Imaginé que todavía sentiría algo de afecto por la vieja casona y que se interesaría por las reformas emprendidas por Derek. —Bassett mostró ahora una de sus radiantes sonrisas—. Porque antes vivía usted ahí, ¿no es cierto? —completó, en tono casual.

—Cuando vivía con mi primer marido. Él murió en la guerra.

—Lo siento... —comenzó Bassett. Molly Willoughby le cortó en el acto:

—No se preocupe. Ha pasado mucho tiempo desde entonces.

—Claro. Naturalmente. Por cierto, ¿sabe que Wilson ha sido asesinado? —Esta vez Bassett habló en un susurro y con una mirada de soslayo, al modo de quien espera una respuesta negativa para brindar todos los detalles morbosos. Por supuesto, Molly Willoughby contestó que estaba enterada de lo sucedido, como él aguardaba que dijese—. Me pregunto si Wilson encontró alguna cosa en el edificio, algo abandonado, perdido, oculto quizá... De haberlo hecho, supongo que se habría dirigido a usted.

—¿Por qué razón? —preguntó ella tras una mínima pausa—. Por Wyndham han pasado docenas de inquilinos. ¿Por qué iba a acudir a mí?

La atención de la mujer se vio atraída por el sonido de un automóvil que se acercaba.

—Debe de ser Graham. Siempre acudo a abrirle el garaje... —Un pie de Molly hizo ademán de dirigirse a la puerta. Bassett no dejó de advertir el movimiento.

—Señora Willoughby, llevo toda la tarde fuera de casa —pidió en tono falsamente tímido—. ¿Le importaría si me sirvo un instante del baño?

Por un segundo, Bassett pensó que la mujer se negaría. Pero no: ¿quién podría negarse? Molly lo observó mientras se quitaba los zapatos embarrados y, finalmente, declaró:

—Bien, si es preciso... Suba al piso de arriba. La segunda puerta a la izquierda.

Tras lo cual, la mujer salió al exterior con dignidad.

Arriba, Bassett se adentró en un cuarto de baño que era todo lujo y perfume. Echó un vistazo a través de la ventana.

Desde donde se encontraba podía divisar el patio trasero de Wyndham. No con plena claridad; pero con la ayuda de unos prismáticos y a plena luz del día...

El sonido del automóvil. Sin duda, el coche entraba en el garaje. Ah, los dos terriers ladraban alegremente; alguien estaba siendo objeto de una bienvenida principesca. Bassett aprovechó para ojear algunas habitaciones: luego, tiró de la cadena y se lavó las manos...

Abajo, aún tuvo tiempo de abrir un par de puertas y echar un vistazo. Lo que había supuesto. Una casa magnífica y lujosa; pero no para él. Excesivamente impoluta para sus gustos personales... Voces que se acercaban... Bassett llegó al recibidor y comenzó a ponerse los zapatos.

Cogidos por la cintura, los dueños de la casa entraron en ella. Bassett no las tenía todas consigo. El modo de caminar juntos hablaba de defensa del propio territorio frente a los extraños.

—Este señor, Graham. —Bassett pensó que el tono de la mujer escondía un matiz inculpatario.

Y, sin embargo, un instante después se vio obligado a revisar aquella opinión. El abrazo de Graham Willoughby en torno al talle de Molly parecía simplemente un gesto natural y afectuoso; en cuanto al color aparecido en las mejillas de la mujer, podía deberse tan sólo a la satisfacción de estar nuevamente con Graham, su marido, su protector. Los ojos de la pareja no traslucían animosidad alguna. Posiblemente, una levísima cautela y una nota de ansiedad; pero nada más.

—¡Hola! —saludó Graham Willoughby tendiendo una mano que estrechó con firmeza la de Bassett. Sin que su otro brazo se moviera del talle de Molly.

—Hola —correspondió Bassett. De pronto se le ocurrió que los Willoughby no eran un matrimonio de mediana edad, sino dos personas mayores. Como él, más o menos. Jubilados o a punto de estarlo. Y todavía parecían enamorados. Y bien, ¿por qué no? Dios santo, ¿por qué no? Eran felices juntos, no necesitaban de los demás... Bassett sintió un nudo en la garganta al recordarla Mary.

—Sentimos no poder ayudarle en relación con el señor Wilson —decía Graham Willoughby—. Apenas si hablamos con él en un par de ocasiones.

Bassett asintió en silencio, aclarándose la garganta.

—Eso me ha explicado su mujer.

—Sentimos mucho la muerte de ese joven.

Extrañamente, Bassett le creía.

Molly Willoughby musitó algo respecto del horno y dejó que los dos hombres platicaran unos minutos acerca de las incidencias climatológicas. Ni Wyndham ni Derek Wilson volvieron a surgir en la conversación.

De algo había servido la visita, sin embargo. Cuando Bassett abandonó Los Robles, el rostro de Willoughby se le había quedado grabado en la mente.

Ya era casi de noche. Bassett pensó con ansia en una cena junto al fuego del hogar.

Bassett se disponía a situar unas chuletas de cordero en el *grill* cuando el teléfono interrumpió su tarea. Se trataba del doctor McPherson.

—Harry, ¿vino usted a verme hoy?

—Quise hacerlo, pero al final no encontré el momento.

—Eso lo explica todo. Me pareció haberle visto por el pueblo y pensé que quizá vino a verme cuando no estaba.

—¿Tiene algo para mí?

—Le di la hora de la muerte...

—Ajá. Alrededor de la medianoche del viernes. Me dijo que el arma empleada por el asesino debió de ser similar a una aguja para la lema...

—Correcto. Ahora sabemos también que era de extremo plano, lo que nos hace pensar en un destornillador muy largo. Un golpe asestado hacia arriba. Si el arma del crimen hubiera sido de mayores dimensiones pensaría que el asesino era alguien que sabía bien dónde asestar el golpe: entre las costillas, allí donde sólo hay tejidos blandos. ¿Me explico? Ahora bien, con un arma larga y estrecha cualquiera pudo asestar el golpe. Un golpe afortunado. Desafortunado para Wilson, por supuesto... Ningún dato más, a excepción de unos rastros de sangre de oveja en las ropas del muerto.

—¿En qué prendas, exactamente? ¿Quizá en la ropa interior?

—No. En la chaqueta y los pantalones. ¿Por qué en la ropa interior?

—Una intuición, Jim. Eso es todo.

—Quizá rozó con algún objeto manchado de sangre. Las huellas son débiles pero están ahí. Sangre. Y grasa.

—¡Ello me recuerda que aún no he cenado! Y tengo un hambre de lobo... Pero gracias, Jim. Llámeme si descubre algo más.

Cuando terminó de cenar, mientras fumaba su pipa en compañía de una taza de café y un vaso de *whisky*, el teléfono volvió a sonar. Esta vez se trataba de Andy Miller.

—Andy. ¿Cómo va eso? ¿Qué tal por Manchester?

—No muy bien. En cuanto a esas notas que me dejó en el escritorio, he sabido algunas cosas. Aún no he mirado en los archivos del periódico, lo haré mañana, pero... ¿qué es lo que deseaba saber exactamente acerca del entorno de Wilson?

—Más de lo que escribí en la nota —expuso Bassett—. Me he roto la cabeza pensando en ello. Dígame: ¿Wilson compró realmente la casa de Wyndham? ¿No la heredaría, quizá? Y, otra cosa, ¿tiene idea de si de niño vivió con su abuela?

—¿Cómo ha adivinado que vivió con su abuela?

—Si no recuerdo mal, Wilson tenía dos hermanos y una hermana —explicó Bassett—. Y, sin embargo, la abuela le dejó casi todo su dinero en herencia. ¿Por qué? Porque era su favorito. ¿Por qué? Con frecuencia, cuando la madre no da abasto, un hijo va a vivir con la abuela; generalmente o el hermano mayor o bien el más joven. ¿Qué hermano era él?

—El mayor. Criado por la abuela a causa del motivo más viejo del mundo: su madre lo tuvo antes de estar casada.

—Entonces Wilson no era más que el hermanastro.

—No. La madre se casó con el padre cuando éste finalmente se divorció.

Bassett meditó un instante antes de añadir:

—¿Ha investigado el pasado del padre? Me interesaría conocer si existió algún

cambio de nombre o algún otro dato oscuro en su historial.

—No creo que encuentre nada por el estilo —explicó el sargento Miller—. El padre trabaja para el Ministerio del Interior, por lo cual su pasado debe de haber sido investigado a fondo. También estudié la sugerencia de su nota; no he hallado ninguna relación con alguien llamado Bentley.

Por lo que era mejor olvidarse de que el padre de Wilson fuese un Tom Bentley camuflado y que Derek Wilson fuera hijo de un desertor.

—En cuanto a la casa de Wyndham —prosiguió Andy Miller—. Wilson la compró. Pagando al contado. Todo el papeleo se encontraba en su caravana. Parece que el dinero de la abuela resultó justo el necesario para la adquisición.

Había que olvidarse también de que la abuela fuera Joan Bentley y de que Wilson hubiese heredado la casa a pesar de cuanto hubiera dicho al señor Glass. Hasta entonces Bassett había acariciado la idea de que quizá Joan Bentley compró la propiedad *in absentia* durante los años cincuenta.

—¿Le sirven de algo estos datos? —se interesó Andy.

—Me sirven para descartar algunas posibilidades —respondió Bassett—. Gracias por su ayuda, Andy —añadió colgando el aparato distraídamente.

De hecho, la información suministrada por Andy acababa de triturar las hipótesis que Bassett encontraba más sugestivas. Después de hablar con Winnie Allsop y los Anderson, pensó que acaso la explicación residiera en que Tom Bentley llegó sin avisar y se encontró a su esposa Molly en brazos de otro hombre. Quizá se produjo una lucha y el otro murió. Conocedor de la leyenda de Somelli que convertía en tabú la casa de Top Hill, posiblemente Tom enterró allí el cadáver, tras de lo cual escapó de la región. Con el tiempo quizá cambiara su identidad por el apellido Wilson para comenzar una nueva vida y acaso tuviese un hijo llamado Derek... Años más tarde, cuando Derek le comunica que se traslada aquí por motivos profesionales, probablemente el padre le confiesa su secreto. Derek se traslada entonces a Wyndham, bien porque hereda de su abuela Joan Bentley, bien porque, simplemente, la compra a la propiedad... Y decide que ha llegado el momento de exonerar a su padre de ese paso. La reutilización de piedras de la casa de Top Hill le proporciona la excusa perfecta para exhumar secretamente el cadáver. Tiene la intención de emparedarlo para siempre bajo los cimientos de su nueva residencia. Cuando se entera de que el matrimonio Glass se marcha de excursión durante el fin de semana, sabe que ha llegado el momento de poner su plan en práctica... Así no habrá testigos.

Una teoría muy bonita, pero que ahora debía desechar. Como tantas otras hipótesis que se había planteado en las últimas horas... Que los Willoughby hubieran visto a Derek transportar el cadáver, por ejemplo. Ahora sabía que tal visión no era posible desde Los Robles (y menos de noche). Tampoco creía ya que los Willoughby fueran responsables de la desaparición del esqueleto tras la marcha de Jessie...

¿Para qué seguir dándole vueltas? Todo aquello sería digno de consideración en el caso de que realmente Derek Wilson hubiera sido un Bentley. Pero no lo era. Había

que pensar en otros términos, gruñó Bassett para sus adentros.

El teléfono sonó de nuevo. Era Andy otra vez.

—¿Qué sucede en su zona, Bassett? ¿Será cierto que hay fantasmas?

—¿Qué quiere decir?

—Sus vecinos se pasan el día hablando de esqueletos y carromatos que atraviesan los bosques de noche. Supersticiones, pensaba yo. Hasta hace un instante, cuando hablaba con usted y la comunicación se cortó misteriosamente...

—Disculpe, Andy, le he colgado sin darme cuenta. Tal vez pensó que se trataba del viejo Gurney, ¿no es así?

—¿Gurney? No lo conozco...

—El que mataron a cuchilladas...

—¿Cuándo ha sucedido eso? —repuso Andy, algo alterado.

Bassett sonrió al auricular.

—Cálmese y déjeme explicarle...

En mitad de la leyenda, Andy le interrumpió:

—Vale, vale. Ya capto. A veces parezco tonto...

Ambos soltaron una carcajada.

—Y bien, Andy —dijo finalmente Bassett en tono más serio— creo que tengo algo que preguntarle. Se trata de los hermanos varones de Derek Wilson. ¿Tiene idea de sus ocupaciones? Me gustaría saber si acaso uno de ellos trabaja de carnicero.

—¿Cómo lo ha adivinado? Uno de ellos es maestro de escuela y vive en Chester. El otro, sin embargo, reside a menos de veinte millas de aquí. Y resulta que trabaja en una carnicería.

—Sin embargo, no aparece en el listín —objetó Bassett, quien había repasado la guía de teléfonos tras dejar a Susan: no existía ningún Wilson catalogado como granjero o carnicero.

Lógico, según Andy. El hermano era encargado en una carnicería perteneciente a la cadena B. D. Jones. Aquello no era lo mismo que ser carnicero.

¿Su nombre de pila? Se llamaba Paul.

—Muy interesante... —musitó Bassett. Tras relatar al sargento el grueso de su conversación con Susan, añadió—: Tengo la sospecha de que Derek Wilson y su hermano Paul estaban involucrados en esos robos de ganado. Y me parece que el repentino fin de esos robos se debe a que el último de ellos resultó un fiasco... Si no recuerdo mal, tres de los cuatro animales desaparecidos últimamente eran simples becerrillos. Prácticamente inprovechables por un carnicero y con un margen de beneficio escasísimo para los ladrones. Quizá pensaron que sus actividades eran demasiado arriesgadas para tan escaso botín. Aparte de que los granjeros ya estaban ojo avizor...

—Sí, una metedura de pata gigante... —murmuró Andy, quien afirmó ser partidario de interrogar a Paul Wilson cuanto antes. Aunque tenía una buena coartada en relación con el asesinato de Derek, quizá le pudieran echar el guante como

cuatrero.

—Mejor dejarlo tranquilo de momento —opuso Bassett—. ¿Qué cargos puede presentar en su contra?

—Las manchas de sangre en las ropas de Wilson...

—Siempre podrá alegar que su hermano se manchó en alguna visita a la carnicería.

—Un sospechoso exceso de carne en el almacén. Balances que no cuadran...

—Sin duda ya se ha cubierto las espaldas en ese sentido, Andy. Imagino que venderá la carne de modo ilegal a hoteles y restaurantes...

—¿Qué sugiere entonces? Parece tratarse de una buena pista...

—Lo que necesitamos, Andy, es dar con el tercer hombre. El responsable del error al seleccionar las reses...

—Lo dice usted como si supiera quién es esa persona.

—He estado pensando en ello. Aunque no tengo nada concreto —precisó Bassett—. Sin embargo, hágame un favor, Andy. Deje las cosas como están durante veinticuatro horas más. Entretanto le sugiero que hable con esa chica, Susan, acerca de la curiosa llamada telefónica recibida por Wilson. Para que conste en el *dossier*. Encontrará a Susan en Mayberry's a partir de las nueve. Pero sea diplomático, no ponga en peligro el trabajo de la muchacha, ¿le parece razonable?

—Me lo parece. ¿Todavía quiere que examine la *Gazette* en busca de información sobre esos tales Bentley? ¿Qué pintan ellos en este embrollo?

—En realidad, no creo que pinten nada. —Bassett se maldijo por no haber meditado su respuesta un instante—. Mi interés por ellos es más bien de naturaleza privada. —Cosa que no era mentira. Rápidamente, Bassett cambió de tema—: ¿Qué hay de esa coartada de Paul Wilson, Andy?

Al parecer, Paul Wilson había admitido su encuentro con Derek la noche del crimen. Los dos hermanos se encontraron en el exterior del Príncipe Guillermo cuando Derek llegó allí después de trabajar. Paul entregó a Derek cierta suma de dinero, probablemente el mismo fajo de billetes que la camarera viera más tarde en posesión de Derek. A continuación, Paul se había marchado en coche a Newent, a unas dieciséis millas de distancia, donde pasó la velada en una fiesta de caridad, en compañía de los veinte miembros de un equipo de *rugby* y sin marcharse hasta bastante después de la medianoche. Todo comprobado.

—Si se dice la verdad en todo, una pequeña mentira resulta más fácil de colar —observó Bassett—. Hum. Ese fajo de billetes podría ser el pago por la remesa de carne de la semana anterior. ¿Quién sabe?

Más tarde, mientras recalentaba su café —pues no lo soportaba frío— Bassett pensó en la identidad de aquel tercer hombre a quien Derek amenazara con un «¡De ésta me lo cargo!». Sólo podía tratarse de una persona. De modo algo perverso, dio un nombre a esa persona... para decirse después que acaso estuviera equivocado. También podía estar equivocado en relación con el esqueleto de Jessie. ¿Equivocado

en qué sentido? Si bien había dicho a Andy que los Bentley no tenían relación con la muerte de Wilson, Bassett pensaba que aún existía una remota posibilidad de que sí la tuvieran. ¿En qué quedábamos? Los informes de Andy parecían desmentir todo vínculo familiar entre Derek Wilson y los Bentley. Y sin embargo...

Café y pipa en mano, Bassett salió al porche y contempló las estrellas. Desde la pocilga le llegó un gruñido apagado. Bassett sonrió, imaginando una disputa conyugal entre el heno o acaso la temeraria visita de un ratón. No llegaba sonido alguno desde el gallinero. Sus inquilinas parecían perfectamente dormidas sobre sus perchas.

Y sin embargo... Wilson lo había iniciado todo. Un rincón del mundo apacible y solitario se trastocó con la llegada de Wilson. Algo que Wilson hizo, dijo o presencié fue lo que disparó la situación.

Un escalofrío recorrió los huesos de Bassett. Volviendo al interior, se aposentó en el destartado sillón (pero comodísimo por obra de veinte años de adaptación a su osamenta) que tenía junto a la chimenea. Agitando los pies en el interior de sus no menos vetustas zapatillas, trató de pensar en los Willoughby. Sin saber bien por qué, se le ocurrió que la casa del matrimonio parecía una réplica exacta de la que la novia de Wilson llevaba en la imaginación... Una idea pasajera, reemplazada por la risa de Mary al burlarse de su sillón y sus zapatillas: su «manta de seguridad», había dicho ella... Pero no, era la propia Mary quien constituía su seguridad. Bassett trató de apartar aquellos dolorosos recuerdos de su mente.

Era hora de pensar en Wilson y en lo que éste podía haber hecho; en los robos de ganado... y en de qué modo los ladrones habrían dispuesto de los despojos.

El pozo en el patio trasero de Wilson... Bassett rechazó la idea rápidamente. ¿Quién escondería el cuerpo del delito en su propio patio trasero? Y máxime cuando el crimen era de naturaleza continuada... Otra cosa sería cubrir la evidencia con cemento o estar encima de ella ojo avizor, pero Wilson no lo estaba.

Los ojos de Bassett se concentraron en las llamas del hogar. Esconder el cuerpo del delito en el propio patio trasero. Recordó las imágenes pintadas por Winnie: tres chiquillos felices. Dos niños y una niña y un verano permanente. Una chica que se hacía mujer con un muchacho en cada brazo. Dos compañeros de juego convertidos en apuestos pretendientes que se marcharon a la guerra.

¿Qué sucedió en realidad con el soldado desaparecido?

¿Cómo era ese soldado?

Bassett había pedido a Andy que buscara una fotografía de boda en los archivos del periódico. Su petición tenía como fin «ver» a Tom Bentley. Un nombre sin rostro era igual que un asesinato sin cadáver. Todo cuanto podía «ver» ahora era un niño. Y una masa amorfa embutida en un abrigo militar...

Un abrigo militar y un montón de huesos. Gritando en demanda de atención.

Bassett meditó en silencio. El fuego se apagó y tuvo que prenderlo de nuevo. En ese momento —cuando el fuego ardía otra vez— Bassett llegó a la conclusión de que estaba frente a un rompecabezas con demasiadas piezas. Era la misma situación que había conocido de niño frente a un *puzzle* excepcionalmente barroco. ¿Qué hacía un camión de bomberos en mitad de una escena del Lejano Oeste? La cosa no tenía sentido hasta que uno se daba cuenta de que su amiguito Jimmy Brown había mezclado las piezas de dos rompecabezas distintos en la misma caja; el muy tunante le había vendido un conjunto inservible a cambio de sus coches de juguete.

¿Qué hacía él de niño en un caso así? Como las piezas que pertenecían al cielo del paisaje eran demasiado complicadas comenzaba por juntar los colores básicos. Muy bien, olvidémonos de Smelly; lo suyo sucedió demasiado tiempo atrás. Descartemos a Gurney y su carreta fantasmagórica; no, mejor: dejémoslos en la reserva junto al bosque de Dickie Debbs.

Su tarea quizá habría resultado más sencilla de haber conocido a la víctima. Una comprensión cabal de la personalidad de la víctima siempre le había resultado útil en sus investigaciones. ¿Pero *qué víctima*? El esqueleto entrevisto por Jessie continuaba pareciéndole más interesante que el difunto Derek Wilson. Naturalmente, esto era algo que jamás se hubiera confesado a sí mismo cuando era policía. El hecho de estar retirado quizá le servía de ventaja al darle alas a su imaginación.

Tras largas consideraciones llegó a la conclusión de que estaba mezclando dos crímenes enteramente diferentes: de un lado existía un asesinato relacionado con robos de ganado; por otra parte, trataba con un misterio —posiblemente también un asesinato— sucedido cuarenta y tantos años atrás. Esos sucesos *no estaban relacionados*. El único vínculo entre ambos era la pequeña casa de Wyndham.

Bassett despertó tieso de frío. Se había quedado dormido en el sillón. No tenía idea del tiempo que llevaba durmiendo: todo cuanto sabía era que estaba demasiado cansado y hacía demasiado frío para arrastrarse hasta la cama; se sentía incluso demasiado entumecido para acercarse al hogar y tratar de extraer fuego de las cenizas. Cerró los ojos; dos minutos y haría el esfuerzo. El frío pareció intensificarse. Su cuerpo comenzó a tiritar. ¿Qué hora era? ¡Dios, las cuatro y media! Le había sucedido igual que a Jessie. Ahora era demasiado tarde para acostarse; si lo hacía, fatalmente dormiría demasiado y faltaría a su cita con la joven Sue. Abriendo los ojos de modo definitivo, se abotonó la chaqueta y se arrolló la bufanda. Poniéndose en pie, conectó la tetera eléctrica. Mientras el agua se calentaba, agitó los rescoldos del hogar, los cubrió de astillas, avivó el fuego con un fuelle y dispuso algunos leños sobre las llamas renacidas.

Tras dos vigorizantes tazas de té, encendió el fuego bajo el caldero de los cerdos y

preparó la pitanza para los animales. A las 6.45 terminó de limpiar la pocilga a la luz del candil mientras cerdos, pájaros y gallinas daban cuenta del desayuno con su voracidad habitual.

A las siete preparó la bañera y a continuación depositó una gruesa rebanada de pan con mantequilla para la primera pedigüeña del día: una ardilla gris que cada mañana llamaba a su ventana. Armado con un termo lleno de té, finalmente se dirigió al baño.

A las siete y media comenzaba a sentirse humano otra vez.

Poniéndose al volante de su Citroën, emprendió el camino de Gleavebourne. Tenía una cita en Mayberry's.

CAPÍTULO QUINCE

TAL y como había indicado Sue, el dietario de Derek Wilson constituía un auténtico embrollo. Wilson parecía haberse servido de él para efectuar las más variopintas anotaciones: retazos de conversaciones telefónicas, números de teléfonos, números de facturas, garabatos diversos, etc. Por fortuna, el dietario únicamente llevaba siete semanas en servicio, por lo que las primeras entradas se referían principalmente a teléfonos relacionados con el supermercado. Sue no tardó en descifrar el resto de los números a excepción de un 692 y un 705 que aparecían repetidos con cierta frecuencia, ocasionalmente acompañados por una «O» mayúscula garabateada o por un estilizado «Fred». «O» de Oakleigh, pensó Bassett; «Fred», ¿por Fred Ansen?

Hoy, miércoles, era el día en que Davey iba a cobrar el subsidio de paro. Bassett se había ofrecido a conducir al muchacho hasta Gleavebourne pero, según le explicó éste, su hora de presentación en la oficina de desempleo estaba fijada a las 11.15. En la oficina eran muy estrictos para estas cosas, por lo que de nada servía llegar antes de esa hora. Bassett, al regresar a casa, se sorprendió meditando acerca de la rigidez de la burocracia. Cansado y con la mente confusa, le resultaba difícil concentrarse en lo que de veras le importaba. Todavía le costaba poner en orden la maraña formada por elementos tan diferentes entre sí como Wilson y el esqueleto, los robos de ganado y lo sucedido al desertor Tom Bentley.

Si no lograba aclarar sus pensamientos, aquel día tenía todas las trazas de tomarse improductivo.

La verdad era que continuaba sintiendo mayor interés por el esqueleto visto por Jessie que por el asesinato de Wilson. Ello le hacía sentirse un tanto culpable.

En un día corriente, al oír el Land-Rover de Jessie, Bassett se habría acercado a la puerta para saludar a la recién llegada; en esta ocasión, sin embargo, tardó en reaccionar y guardó silencio... La propia Jessie, por otra parte, se mostraba tan silenciosa como en los dos días anteriores; Bassett pensó que acaso la mujer trataba de evitarle de modo deliberado. La lechera ya no lo saludaba ruidosamente como antes; el único signo de sus visitas lo constituían ahora unas rápidas pisadas por el sendero y el emplazamiento casi furtivo de las botellas en el porche... Apenas si se llegaba a oír un sonido.

Bassett meditó en silencio. ¿Quizá la mujer sentía vergüenza por su comportamiento de la otra mañana que ahora consideraba ridículo? ¿O acaso Jessie, una vez pasada la impresión causada por el cuerpo momificado, se había acordado de los viejos rumores concernientes a un soldado desaparecido? Jessie debía de ser una adolescente por aquel entonces. Bassett recordaba que en los años de su propia adolescencia su curiosidad no conocía límites. Todavía recordaba bien eventos sucedidos cuando era niño; sin duda sus padres se habrían horrorizado de saber los

chismes que había llegado a conocer. ¿Podría tratarse de algo así? ¿Era posible que Jessie tuviera miedo de la insistencia de Bassett? ¿Quizá temía reabrir viejas heridas...?

De modo impulsivo, Bassett corrió hacia la puerta. Demasiado tarde. El Land-Rover acababa de desaparecer por la curva.

La furgoneta de Correos se presentó poco después de la marcha de Jessie.

—Hoy hay poca cosa para usted, señor Bassett —anunció Sam, el cartero.

Bassett tomó el sobre con los seis números atrasados del *Reader's Digest*. El buen humor de Sam resultaba contagioso; la clase de tónico que precisaba Bassett en aquellos momentos. Con aire despreocupado el cartero aprovechó para comentar la inminencia de las Navidades y lo raramente bueno que estaba siendo el tiempo, dos acontecimientos de orden casi mágico a juzgar por el entusiasmo de sus palabras.

—Por cierto, ¿ha oído ya lo que le sucedió a la lechera? Parece que se topó con unos extraños huesos... —comentó finalmente Bassett tras unos minutos de charla.

—Sí, lo sé —comentó el otro, bajando la mirada—. Después de lo sucedido a Wilson, me arrepiento de haber hecho tantas bromas estúpidas al respecto. Aunque supongo que no hay conexión entre ambos hechos... —añadió en tono retórico.

—¿Dónde escuchó usted eso?

—Oh... En cualquier lado.

—Seguro que fue en la mansión —aventuró Bassett amigablemente—. Me han dicho que en ese lugar se pasan el día cotilleando. —Cosa que no era cierta.

Sam asintió con despreocupación.

—Siempre me paso por allí a las once. Todos los días menos los sábados —precisó—. Los sábados tengo que regresar antes al pueblo porque el último tren correo pasa a las once y media; si me retraso, las cartas se me acumulan para el lunes. —Los carteros rurales, como Bassett sabía, se encargaban tanto del reparto como del franqueo del correo—. Pero aguarde un momento, ahora que lo dice... Fue la señora Willoughby quien me lo contó. Ahora me acuerdo. La señora estaba en el jardín con los perros cuando me comentó: «¿Ha oído algo más acerca del esqueleto desaparecido?». «¿Qué esqueleto?», respondí. La señora Willoughby se echó a reír y me comentó que alguien había estado embromando a Jessie.

—¿Y eso fue el sábado? —comentó Bassett frunciendo el entrecejo.

—Tuvo que ser el sábado —repuso Sam en tono inocente—. Cualquier otro día de la semana puedo pararme a charlar con calma, como estoy haciendo ahora mismo. Los sábados, sin embargo, sólo tengo tiempo para cruzar cuatro frases a toda prisa. Si me retraso un poco, el estómago comienza a darme problemas otra vez.

—Conozco la sensación —corroboró Bassett con simpatía—. No hay cosa peor que saber que uno anda con retraso sobre el horario previsto.

—Tampoco es que fuera tan retrasado. De hecho, llegué a Los Robles a la hora

habitual, entre las nueve y las nueve y cuarto. El problema es que los sábados tengo que ser muy estricto con mi horario por causa del tren. Sí, estoy seguro de que se trataba del sábado, pues recuerdo que la señora Wuloughby me comentó lo de los huesos y me quedé con las ganas de conocer bien lo sucedido. Total, me podía haber quedado; al final me retrasé igualmente. Como tantas otras veces —añadió sin huella de remordimiento—. Y hablando de retrasos... —El cartero se volvió hacia la puerta de su furgoneta.

Entre las nueve y las nueve y cuarto, consideró Bassett mientras se despedía del cartero. Las piezas del rompecabezas comenzaban a adquirir sentido.

Y volvía a sentirse en forma.

Unos minutos después Bassett cambió sus ropas formales por unos arrugados pantalones y una chaqueta de lanilla, un vetusto sombrero flexible, bufanda y gruesas botas de cuero. Se metió una linterna en el bolillo y decidió completar su atuendo con un bastón de caminante.

Tras depositar una nota en la puerta para Andy Miller y charlar irnos instantes con *Barrington-Smythe* y la *señora Piggy*, se encaminó a su primera parada: la casa de Wilson.

Bassett se acercó directamente al pozo inutilizado. Después de apartar sus improvisadas cubiertas, enfocó la linterna hacia el interior. Los escombros se detenían a unos tres metros de su posición. Demasiada distancia. Bassett hubiera querido remover aquellos escombros para ver qué se escondía bajo su peso... Jessie había afirmado que tropezó con unos escombros durante su primera visita; en la segunda ocasión, los escombros habían desaparecido. ¿Arrojados al pozo? Bassett escudriñó con la linterna por cada recoveco de la negrura. ¿Esparcidos por el terreno? Esparcidos, decidió. ¿Acaso el tablón mencionado por Jessie no había aparecido trasladado a otro rincón?

Bassett volvió a cubrir la boca del pozo, se sacudió el polvo de las manos y echó a caminar por la obra. A unos dos metros de los escalones que Wilson tallara en la ladera sus ojos advirtieron la presencia de un botón insertado entre dos piedras del terreno. Agachándose, cogió el botón con la mano. Un botón marrón con un pequeño anillo de cobre en la parte trasera. Bassett contempló pensativamente el pequeño objeto. Su mirada recorrió el lugar hasta detenerse en la porción de terreno donde lo había encontrado. Finalmente ascendió por los escalones hasta llegar a High Meadow. Durante unos minutos permaneció en pie contemplando el paraje. A continuación echó a caminar hacia el linde boscoso y las chimeneas de Los Robles.

¿Le habría visto Molly Willoughby? ¿Estaría acaso observándolo desde la ventana superior? Bassett aceleró el paso cuando creyó reconocer su figura en la distancia. ¿Lo vería ahora, advertiría la dirección de la que provenía?

La mujer lo vio. Estaba paseando a los perros. Ataviada con botas de goma y un

pañuelo en la cabeza, caminaba hacia él. Bassett se preguntó si se detendría... ¿Respondería a la pregunta que él ansiaba hacerle?

—Otra vez nos encontramos —dijo ella al ponerse a su altura. A pesar del autocontrol exhibido por la voz, sus ojos mostraron un destello mezcla de alarma y curiosidad al cruzarse con los de Bassett. Aunque éste se detuvo para darle los buenos días con educación, la mujer continuó caminando mientras gritaba órdenes a sus perros.

Bassett lanzó un suspiro mirándola mientras se alejaba.

Tras media milla de caminata por la carretera en dirección al pueblo, un viejo Morris Minor hizo sonar la bocina y se puso a su altura. El reverendo William Brewerton asomó la cabeza por la ventanilla.

—¡Vaya! Nuestro misterioso amigo y sus misteriosos quehaceres... —bromeó el párroco—. Precisamente quería hablar con usted. ¿Qué tal si le llevo en coche?

—¿Hacia dónde se dirige? —inquirió Bassett tomando asiento junto al reverendo.

—¿Me creerá si le digo que a la iglesia?

Bassett sonrió ante el comentario.

—En tal caso déjeme junto a la oficina de Correos, si le parece. Me propongo efectuar una visita a la mansión.

—Qué asunto tan horrible —comentó Willy finalmente—. He estado enfermo durante dos días. Por ello no he sabido hasta ayer noche que ese pobre hombre, Wilson, fue asesinado. ¿Es eso cierto? ¿Realmente se trata de un asesinato?

—Sí.

—¿Es verdad también que se han producido robos de ganado? Lo pregunto porque uno no sabe qué pensar de tanta habladuría.

—También es verdad, sí.

—Entonces las demás cosas que he oído también deben de ser ciertas. Esos extraños sonidos en mitad de la noche... —El reverendo volvió su rostro hacia Bassett—. ¿Producidos por los ladrones al llevarse su botín en carromato?

—¿Quién le ha dicho eso? —Bassett pronunció el primero de los dos nombres que acudieron a su mente—: ¿Tod?

Willy encogió sus hombros cubiertos por la chaqueta deportiva a modo de afirmación.

—Estaba pensando en lo que dijo Tod el viernes pasado en El Faisán —explicó—. Fred parecía un tanto nervioso cuando se habló de un fantasma. —En tono vagamente triste y preocupado, el clérigo añadió—: Hablando de Fred, es una lástima que la señora Ansen se muestre tan amarga, tan escasamente dispuesta a aceptar su nueva situación.

Bassett guardó silencio.

—Resulta muy difícil tratar con ella... Y, sin embargo, he oído que está muy bien

considerada en Rosemead, el asilo donde trabaja.

—Sí...

—Los visité al poco de trasladarse a vivir a su nueva casa —explicó Willy—. Fred se mostró muy amable. Más tarde me confiaría en privado que estaba contento con su nueva forma de vida. Ya no tenía que pechar con el *stress* y las responsabilidades del pasado. Ni con los sentimientos de culpa por no poder seguir el ritmo de los demás. —El clérigo hizo una pausa—. Hubo un tiempo en que ese hombre era lo que llamaríamos un triunfador. De la nada ascendió hasta gozar de un puesto de responsabilidad en su trabajo. Él y Glenda disponían entonces de su propia casa, un coche nuevo... Ya sabe a lo que me refiero: dinero en el bolsillo, vacaciones con regularidad, ropas de calidad, buenas comidas... Todo eso que sus padres nunca pudieron disfrutar.

Willy dirigió una nueva mirada al rostro de Bassett.

—El padre de Fred trabajó toda su vida de un modo que ahora nos resulta difícil imaginar. Y todo para acabar igual que había empezado. Fred, sin embargo, llegó a saber lo que significa vivir bien. —Con un dedo, el párroco varió el ángulo del volante—. Fred tuvo éxito en la vida. No fue culpa suya que lo despidieran. De tener otra oportunidad, volvería a triunfar. Aunque ya supone que probablemente nunca la tendrá, acepta las cosas como han venido. Porque sabe que él no es un fracasado. El hecho de saberlo constituye su salvación.

—Un hombre sabio —repuso Bassett con cierta torpeza.

El sacerdote asintió en silencio, volviendo a encogerse de hombros.

—Yo diría que la señora Ansen lleva mucho peor esta nueva situación. —Willy parecía escoger ahora sus palabras de modo muy cuidadoso—. Esa mujer sigue sin olvidar todo lo que han perdido. Y no me refiero tanto a la casa y al antiguo nivel de vida como a una cuestión de prestigio. Hay que tratar de ponerse en su piel. Ella no puede apartar de su mente que tras media vida de trabajo duro y honrado no han conseguido más que el desempleo y el regreso a una vida modesta. El futuro planeado por ella y Fred se les ha escurrido entre los dedos.

El clérigo guardaba silencio cuando llegaron junto a la oficina de Correos. Bassett liberó su cinturón de seguridad, a pesar de lo cual continuó sentado en su asiento. Tenía la intuición de que había algo más que Willy deseaba decirle cuando encontrara las palabras apropiadas.

El sacerdote dio finalmente con ellas. Volviendo su mirada hacia Bassett, declaró en tono deliberado:

—Es una pena que Glenda Ansen haya terminado por obsesionarse por el dinero de un modo tan irracional.

Un nuevo silencio.

Fred —completó Bassett por fin— haría cualquier cosa por complacer a su mujer.

El reverendo Willy Brewerton desvió la mirada hacia el parabrisas sin añadir palabra.

Tras un largo silencio, Bassett llevó su mano hasta el brazo del clérigo.

—Gracias por el viaje, Willy sonrió mientras abría la puerta del auto.

Cuatro senderos conducían a la mansión. Siguiendo su costumbre, Bassett escogió el camino principal. La verdad era que le hubiese gustado tropezarse con *sir* Marcus; sin embargo, no dio con persona alguna.

Finalmente, descubrió a Fred en uno de los garajes. El chófer estaba atareado en la limpieza del Rover de *sir* Marcus.

—Vaya, no sabía que limpiase usted el coche cuando hace tan buen tiempo —comentó Bassett.

—Los coches de color blanco son siempre fastidiosos —contestó el otro—. En cuanto a las sobras para sus cerdos...

—Déjelo —cortó Bassett—. En realidad quería hablar con usted acerca de la casa de Wilson.

—¿Qué es lo que quiere saber?

—Por ejemplo, ¿quién será su dueño ahora?

Fred sacudió la cabeza.

—Su novia, quizá. Wilson tenía novia formal. —Tras escurrir la gamuza en un cubo de agua, Fred explicó—: Una faena liquidada. Media hora para secarse y luego le pasaré un poco de cera. —Después de limpiarse las manos con un trapo, el chófer sacó sus cigarrillos—. Quizá Wilson tenía algún acuerdo con la chica. La verdad es que no lo sé. No es la clase de cosa a comentar mientras se trabaja. ¿Fuma usted? —añadió ofreciendo la cajetilla.

—Sólo fumo en pipa, gracias. Por la noche —puntualizó Bassett con una sonrisa—. ¿Sabe si Wilson tenía algún familiar por esta zona?

—Lo cierto es que no sé mucho acerca de Wilson —explicó Fred prendiendo un pitillo—. Tampoco es que habláramos demasiado.

—¿Trabajaba con él los fines de semana...?

—Sí, siempre que lo pudiera compaginar con mi empleo en esta casa.

—¿*Sir* Marcus no le puso objeción alguna?

—¿Por qué iba a hacerlo? Soy dueño de mi tiempo libre.

—Trabajaba con ustedes Davey Mellor —precisó Bassett.

—Sí.

—¿Sabe que la policía ha interrogado a Davey?

—También me interrogaron a mí —respondió el otro entre una vaharada de humo.

Pero usted dispone de una buena coartada —objetó Bassett cuando el humo se hubo disipado—. Estaba aquí con *sir* Marcus en el momento del crimen. Su esposa y el ama de llaves también estaban aquí para corroborarlo. Davey no tiene tanta suerte. Sólo cuenta con el testimonio de su padre.

Tras observar fijamente a Bassett por un instante, Fred bajó los ojos.

—Volviendo al viernes —prosiguió Bassett—, Davey me dijo que Wilson había acordado hablar con ustedes para darles instrucciones referentes al trabajo del sábado. ¿A qué hora los llamó finalmente?

—¿Llamamos?

—Mayberry's acababa de abrir sus puertas. Wilson ya no tenía libres los sábados. Por ello tenía que hablar con ustedes para darles instrucciones...

—Sí, cierto...

¿Se había olvidado? Pacientemente, Bassett volvió a efectuar la pregunta:

—¿A qué hora los llamó?

—No lo hizo. No habló con nosotros.

Tomando el cubo de agua sucia, Fred se fue a vaciarlo en el desagüe situado junto a la puerta del garaje. ¿Un modo cortés de poner fin a la conversación? Bassett optó por aguardar con tranquilidad hasta la vuelta del chófer.

—Entonces, supongo que ya sabía dónde encontrar la llave. ¿No es así, Fred?

—¿Llave? —Fred alzó la mirada hacia él.

—La llave de la casa de Wilson.

—Oiga, ¿qué significa todo esto? —Una nota de irritación había aparecido en el tono del chófer—. Ya entiendo, me vio usted marchar el sábado por la mañana, ¿no es eso? Y me había oído comentar que tenía que llevar al señor a Cheltenham. Muy bien: si tanto le interesa, le diré lo que sucedió... —completó mientras depositaba ruidosamente el cubo en el suelo—. Como ya dije, tuve que llevar al señor a Cheltenham. El señor tenía previsto pasar el día entero allí, quizá la noche también, por lo que no tenía sentido que yo me quedara todo el día en ese sitio. De manera que decidí volver hacia aquí. A pesar de ir vestido con mi uniforme de chófer, me acerqué por la casa para ver si Derek había dejado alguna nota. Si daba con esa nota y Derek me decía que había trabajo para mí, tenía previsto cambiarme de ropa y poner manos a la obra. De lo contrario, seguiría con el uniforme y me dedicaría a mirar el partido en la tele hasta que el jefe me llamara. Eso es todo. —Fred se detuvo un instante—. Déjeme decirle además que no me sorprendió que todos esos acuerdos para recoger la llave quedaran en agua de borrajas. Como usted dice, Mayberry's acababa de abrir. Derek tenía que ocuparse de demasiadas cosas. Lo que pensé es que habría decidido olvidarse de las obras durante ese fin de semana. ¿Le parece creíble mi explicación? —concluyó en tono algo agresivo.

Bassett alzó las manos como queriendo decir que las explicaciones de Fred lo abrumaban.

—Muy bien, muy bien, le creo... —Echando a caminar hacia la puerta, Bassett volvió finalmente el rostro para añadir a modo de coletilla—: Por cierto, ¿ha oído hablar de esa broma que le gastaron a Jessie?

La lenta sonrisa de Fred parecía sincera a pesar de las permanentes sombras bajo sus ojos.

—Esa mujer es dura de pelar. Yo en su lugar me habría muerto del susto. ¿Se sabe ya quién lo hizo?

Bassett sonrió sin comprometerse. De nuevo, echó a caminar hacia la puerta.

—Bassett... —llamó el otro—. Siento haberme puesto un tanto nervioso.

Con un gesto, el antiguo policía le indicó que la cosa no tenía importancia.

Justo al salir del garaje, dirigió una última mirada a su espalda. Fred parecía un tanto inquieto. Reemprendiendo su camino, Bassett pensó en el dietario de Derek Wilson.

Davey había llegado ya. El muchacho tenía la espalda apoyada contra la pared de la pocilga cuando advirtió la aparición de Bassett. Con una amplia sonrisa en el rostro, se acercó a su encuentro.

—¡Estos bichos son estupendos! —afirmó señalando a los cerdos—. Casi parecen humanos. ¡Y están locos por jugar un rato!

—Por jugar y por hacerte pedazos, si te descuidas —bromeó Bassett—. ¿Cómo está tu padre?

—Bien. Le agradece la botella de *whisky*. Por cierto, dos señoras han estado buscándolo por aquí. Una tal Helen, muy amable, vino a preguntarle si le irían bien unas verduras para éstos —informó señalando de nuevo a los cerdos—. Aunque yo creo que, en realidad, lo que quería era charlar un rato con usted —completó mientras hacía un guiño travieso.

—Las cosas no son como piensas —rezongó Bassett—. ¿Quién era la segunda mujer?

—Esa tal señora Willoughby. Un poco rara, ¿no cree? La primera vez que me dirige la palabra. Me dijo que ya lo *visitaría* en otra ocasión, que no se trataba de algo importante. De *hecho*, me parece que yo mismo la informé de lo que quería saber. —Davey arrugó la nariz—. Me temo que acaba de enterarse de lo de Derek. O, por lo menos, del *momento* de su *muerte*. La pobre me pareció un tanto inquieta. «¿El *viernes* por la noche?», insistió. «¿Y lo encontraron el *domingo* por la mañana?», añadió. «Pobre hombre, sí que tardaron en dar con él», comentó al final.

Davey se preguntó a qué venía la extraña mirada de Bassett. El muchacho no podía saber que sus palabras acababan de prender una chispa, un recuerdo vago y presente en los más oscuros recovecos de su cerebro...

—¿Qué tal si comemos algo, Davey? He comprado pan recién hecho. Y queso *cheddar* fresco. Podríamos acompañarlo con unos pepinillos, cortesía de Sally. Y un trago de vino tinto, ¿no te parece?

—La cosa no suena mal...

Bassett había decidido conceder a Davey lo que el chico denominaba «paire del lío». Así se lo hizo saber en el transcurso de la comida.

—¿Es cierto que quieres ser policía, Davey?

—Sí.

—En ese caso, permíteme darte un par de consejos. El primero de ellos es que

hay que tener ética profesional. ¿Sabes a qué me refiero?

—Sí. A mantener siempre la boca cerrada.

—Correcto —asintió Bassett—. En segundo lugar tenemos la cuestión de la imparcialidad. Supongamos que un día te ves obligado a ponerle las esposas a un amigo o a un familiar. En ese momento, recuerda que, ante todo, eres un policía. La amistad pasa entonces a segundo término. Con ciertas reservas, en las que no entraremos por *ahora*. ¿Me he explicado bien?

—Sí.

—Excelente. Ahora escúchame con atención. —Bassett relató al muchacho su descubrimiento del dietario de Wilson—. Al examinar ese dietario, me interesaba dar con números de teléfono o simples cifras que pudieran ser números de teléfono. Pues bien, descubrí dos de esos números. Uno de ellos bajo el epígrafe «O», de Oakleigh, diría yo. Y otro bajo el nombre de «Fred». Quisiera que me ayudases a dar con ese Fred.

—¿Fred Ansen?

—Eso creo —asintió Bassett cortando una nueva loncha de *cheddar*—. Aunque no estoy completamente seguro.

Masticando pensativamente, Davey terminó por aventurar:

—¿Por qué no marcamos esos números para ver a quién pertenecen?

—Pertenecen a la mansión, ya lo he comprobado. La mansión dispone de cuatro líneas; una particular de *sir* Marcus y las tres restantes. ¿Tienes idea de los empleados que trabajan allí?

—El ama de llaves. Fred Ansen. Los dos jardineros. Y Polly, la muchacha que limpia por las mañanas.

Bassett enarcó una ceja.

—¿Eso es todo? ¿En una casa tan grande?

—Eso es todo. Lo sé porque yo mismo fui a pedir trabajo allí. La tía Jess me dijo que antes de la guerra la mansión empleaba a diecisiete sirvientes y otros tantos jardineros. Se ve que el jardín era una auténtica maravilla. Ahora, sin embargo, sólo cuentan con un par de jardineros y apenas un rincón del jardín está sometido a cultivo.

Los jardineros se llamaban Cyril y Danny. Aunque vivían en casas que pertenecían a la finca, disponían de líneas telefónicas a su nombre. En cuanto a Polly, vivía con su marido Frank en una casita junto a la entrada de la finca que carecía de instalación telefónica.

—Ya veo —musitó Bassett—. Ello nos daría cuatro números a nombre de la finca. Uno de ellos correspondería a *sir* Marcus, otro podría ser asignado a la casa de los Ansen y un tercero sería del ama de llaves. En cuanto a la cuarta línea... Sí, sería para los invitados. Entre los que podría haberse encontrado algún Frederick... O quizá el ama de llaves tiene un amigo que se llama Fred. Davey, me gustaría que más tarde me hicieras un favor —Bassett no olvidaba que la señora Ansen dormía por las

mañanas a causa de su trabajo nocturno—. Se trataría de efectuar unas comprobaciones disimuladas...

Terminado el almuerzo, justo cuando se disponían a ver el noticiario de la una, el timbre de la puerta sonó de improviso. Irrumpiendo en la casa, el reverendo William Brewerton declaró:

—Me gustaría que me acompañase un instante, Bassett. Creo que ha vuelto el carro de Gurney.

CAPÍTULO DIECISÉIS

POR segunda vez en el mismo día Bassett se anudó el cinturón de seguridad en el automóvil del reverendo Willy. Absortos en sus propios pensamientos, ambos guardaron silencio en el transcurso del viaje. Finalmente el coche se adentró en el sendero que conducía a la iglesia. Un bocinazo del reverendo provocó la aparición de Jack *él Furtivo* en la puerta de la casa parroquial. Cuando el coche se detuvo, Jack corrió al encuentro de sus dos ocupantes.

—Por aquí —indicó Willy señalando al frente—. Hay una puerta en el otro extremo de la iglesia. No es preciso que atravesemos por el camposanto. —Cuando, tras entrar en el templo, finalmente llegaron hasta dicha puerta, el reverendo explicó —: Esta entrada apenas si se utiliza ya. Se trata de un vestigio de los tiempos en que la iglesia estaba rodeada de campos y los fieles acudían de todas las direcciones.

Bassett examinó las oscuras paredes, las frías sombras, la hiedra gris y las piedras irregulares de edad indeterminada... Finalmente salieron a un caminillo flanqueado por setos y de piso entreverado de hierba. Viejas y enormes tumbas se adivinaban a su izquierda, entre los huecos dejados por los setos; a su derecha se alzaba la granja de John Stokes, flanqueada por varios cobertizos y unos montones de hierro retorcido, panorama invisible desde la carretera al quedar oculto por el frío y vetusto lado norte de la iglesia. Al final del caminillo se veía una cabaña de paredes desgastadas por los elementos.

—El cobertizo de los *boy-scouts* —sentenció Jack.

Al igual que en la casa de Top Hill, el candado había sido forzado. El interior de la cabaña, sorprendentemente libre de humedad, constituía un verdadero paraíso para un escultista: tiendas de campaña dobladas, cuerdas, palas, banderines con su mástil, marmitas de acero lo bastante grandes para bañarse en su interior; todo tipo de material de acampada, del tipo sólido y anticuado de entreguerras, sin un ápice de nylon o aluminio a la vista. Y cajas repletas de los objetos más variopintos que, en otro momento, habrían atraído la curiosidad de Bassett... Asimismo se veía media docena de mesillas de caballete, un par de docenas o más de sillas plegables apiladas unas encima de otras y, oculto bajo una lona, el objeto por el que se había hecho ir hasta allí a Bassett: un monstruoso artefacto con cuatro ruedas.

—¿No le trae recuerdos?

Carros como aquél habían sido frecuentes en la campiña inglesa muchos años atrás. Conducidos por algún individuo desaliñado con su sempiterna horda de pequeños atilas de pantalón corto y sombrero canadiense.

—Las patatas siempre poco fritas y las salchichas requemadas... No hacía falta lavarse ni que le reviraran a uno las orejas para pegarse un buen atracón. Y para beber, siempre los mismos tazones de chocolate caliente...

Por supuesto, el artefacto no era más que un carro como el que antes acompañaba siempre a los grupos de *boy-scouts*.

—Las fantasmales ruedas de Tod —comentó Jack alzando un extremo de la lona.

—Ciertamente se ajusta a la descripción hecha por él.

—¿Se refieren ustedes a las ruedas de hierro? —se interesó Willy—. Pero ¿quién querría valerse de un cacharro así?

—Resulta útil para el transporte de carne, Willy. Yo diría que los cuatrerros se valieron de este chisme. Probablemente sacrificaban las reses robadas en la casa de Top Hill, tras de lo cual bajaban carne y despojos por la colina valiéndose de este carro. —El vehículo aparecía vacío y prácticamente impoluto de no ser por alguna que otra mancha de sangre sobre el entablado—. Sin duda cubrían la madera con plásticos... Willy, ¿sabe si alguien ha reclamado el cubo y el cepillo encontrados por la policía?

—No, siguen en el porche.

Bassett puso su mano sobre el lateral del carromato.

—Alguien tenía previsto cepillar este carro a fondo. Cosa que no llegó a hacer. Tampoco es que importe demasiado. Las manchas hubieran sido igualmente visibles a la mirada de un experto. Mejor habría sido pegarle fuego al cacharro. Por cierto, ¿cuánta gente está al corriente de la existencia de esta cabaña?

Casi todo el mundo, al parecer. Aunque la cabaña sólo era abierta una vez, dos veces al año a lo sumo. La última fue en julio, con ocasión de la fiesta de la parroquia.

—Fiesta que tuvo lugar en los terrenos de la mansión Clarkson, imagino —indagó Bassett.

Así había sido, aunque lo inestable del tiempo por aquellas fechas llevara a *sir* Marcus a erigir una marquesina. Willy recordaba que *sir* Marcus hizo que trajeran algunas mesas y sillas plegables de la casa parroquial.

—¿Recuerda quién trajo esos muebles, Willie?

—Las personas enviadas por *sir* Marcus... Recuerdo que Fred se los llevó en la furgoneta —añadió sin excesivo entusiasmo.

—Bien. Por ahora no deje que nadie toque todo esto —recomendó Bassett mientras Jack devolvía la lona a su posición original.

—¿Cómo puedo evitarlo? Si vuelven otra vez por aquí...

—No lo harán —aseguró Bassett en tono amable.

—No, supongo que no —concedió el otro con un deje de tristeza.

Cuando abandonaron la cabaña, el clérigo se ofreció a acompañar a Bassett a casa. Bassett aceptó la oferta en primera instancia, aunque se retractó de ello al llegar frente al automóvil.

—Preferiría caminar un rato, William. Sólo conozco el camino principal de la mansión. ¿Cómo son las restantes vías de acceso?

—Probablemente hayas pasado alguna vez por ellas sin darte cuenta —explicó Jack—. Dos de esos senderos atraviesan el bosque.

—Hay un atajo —terció el reverendo Willy—. Es el que yo empleo cuando voy a

por los huevos y la leche.

—Yo mismo te lo mostraré —se ofreció Jack.

—¿A qué se refería William con eso de los huevos y la leche? —se interesó Bassett mientras caminaba junto a Jack.

—En la mansión tienen por costumbre donar a la parroquia leche de cabra y huevos de gallina un par de veces a la semana.

—Entiendo. —Un rebaño de vacas pastaba en silencio junto al sendero—. Dime una cosa, Jack. ¿Cómo es que Willy se ocupa únicamente de la parroquia de Oakleigh? Yo creía que hoy día los párrocos rurales se veían forzados a atender dos o tres parroquias a la vez.

Jack asintió en silencio.

—Así es, pero aquí la cosa llegó a un punto en el que apenas si se celebraba un servicio al mes. Hasta que la madre de *sir* Marcus entró en escena (y compró su pasaporte al cielo, según dicen algunos). —La barba de Jack se abrió en una amplia sonrisa—. La vieja señora llegó a un acuerdo con el obispo respecto a la situación de nuestro amigo William. Ella se comprometía a costear el mantenimiento de William en la parroquia, a cuyo objeto dispuso un fondo especial para el pago de gastos y salarios. La situación ha continuado así incluso desde la muerte de la señora. En realidad, William no es el titular de la parroquia sino un... ¿cómo lo llaman?

—Un coadjutor. Gracias, Jack.

—No quisiera ofender a tu inteligencia preguntándote si creías que Willy...

—Yo también me niego a insultar a la tuya con una respuesta.

Ambos intercambiaron una sonrisa; finalmente, Bassett repuso:

—¿Qué hay de ese atajo...?

—Se trata de un sendero usado por los sirvientes de la mansión —informó Jack mientras torcían por la carretera principal del pueblo—. Por cierto, quizá te interese saber que he estado paseando por Top Hill esta mañana.

—¿De veras...?

—Allí descubrí las mismas huellas que tú viste. Estoy de acuerdo en lo que respecta al carro. En principio, nada resulta más fácil que llevar los corderos hasta la casa de la colina. El problema estriba en bajar luego todo ese peso muerto. El ruido y las luces de un vehículo a motor llamarían demasiado la atención en ese camino desolado...

—Sin olvidamos del barro —completó Bassett—. Un carro resulta relativamente fácil de desatascar, pero una furgoneta atorada haría preciso valerse de un tractor o un camión-grúa.

—¿Te parece que esas reses fueron sacrificadas como simple medio de aliviar el hambre de alguna familia? —Una pregunta que sólo podía provenir de Jack.

—Lo dudo.

—Entonces descartemos a los parados de la zona.

—¿A quién se le ocurrió primero que podían estar valiéndose de un carro? ¿A ti o a Tod?

—No sabría decirte. Yo pensé en ello en Top Hill, pero cuando fui a ver a William me encontré con que Tod ya le había hecho algún comentario. Y eso que yo me tomé el trabajo de rastrear las huellas del vehículo...

—Viejo cazador, ¿eh? —sonrió Bassett.

—Tengo experiencia, sí —admitió Jack con modestia—. Aunque también hay algo más. Cuando se me ocurrió la idea estuve casi seguro de que las huellas conducirían a la cabaña de los excursionistas. Ello siempre ayuda. ¿Quién sabe? Quizá Wilson también rastreara esa pista...

—¿Tú que piensas?

—Si te he de ser sincero, creo que él era cómplice de esos robos.

Ambos caminaron en silencio por un instante. La barba de Jack pegó un respingo.

—Tiene sentido, ¿no te parece?

—Tiene sentido —concedió Bassett—. Me pregunto, sin embargo, qué hicieron con los despojos. Si encontramos ese lugar, daremos con el asesino. Tú conoces bien la región. Acuérdate de mí cuando des un paseo.

—Lo haré. —En aquel instante llegaron a un sendero particular—. Aquí está. El atajo del servicio.

—Un vestigio del viejo camino del norte, la ruta seguida por los proveedores de la mansión. Un atajo que debe tener media milla. Ésos son los bosquecillos que limitan con el bosque de Bluebell; allí está Top Mili. Sin embargo, iremos por aquí. —Jack condujo a Bassett a través de un hueco muy amplio abierto en un alto seto y flanqueado por sendos postes de metal entre los que se extendía una gruesa soga a modo de barrera. Jack desanudó uno de los cabos de la cuerda para facilitar el paso —. Este camino lleva directamente al patio de servicio de la mansión.

Bassett nunca había estado en un camino de servicio con anterioridad. Como le explicó Jack, el atajo era exactamente lo que su nombre sugería. En los viejos tiempos se suponía que la servidumbre había de ser poco menos que invisible. Aunque la comida debía prepararse, las camas tenían que hacerse y las habitaciones limpiarse igual que ahora, se demandaba a los sirvientes que ejecutaran estas tareas lejos de la vista de los señores y de los invitados; lo contrario estaba considerado de mal gusto. De ahí la existencia de un camino especial para el servicio.

La gruesa maleza que se extendía a ambos lados del sendero producía la sensación de estar caminando por un túnel. Bassett se apiadó de la pobre criada que regresara a la mansión después de disfrutar de su noche libre; en la oscuridad, un búho o un ratón podían resultar terroríficos en aquel camino. Ciertamente no se trataba de una ruta para personas aprensivas.

Tras un rato de marcha, Jack se detuvo repentinamente.

—Aquí hay algo raro... —musitó—. Todavía no he tenido que apartar de nuestro paso ninguna rama o arbusto. —*El Furtivo* estudió el terreno por unos instantes—. Yo pensaba que Willy Brewerton era el único que se aventuraba por aquí. Pero fíjate en esas ramitas astilladas y en esa hierba aplastada. Parece como si hubiera mucho tráfico por aquí últimamente.

Bassett no supo qué decir, siendo aquélla su primera incursión por el camino del servicio. Siempre había la posibilidad de que Willy emplease un machete al atravesar por allí... Las hojas muertas, por otra parte, impedían la existencia de huellas de pisadas.

A pesar de ello, Jack examinó con cuidado el terreno.

—Puedes seguir caminando. Estaré contigo enseguida. Siguiendo por el sendero llegarás a un pequeño montículo; rodéalo y te encontrarás junto a los establos de la mansión y la casa de Fred. Si continúas caminando, llegarás a unos escalones que conducen directamente al patio de servicio.

Bassett siguió las instrucciones. Al llegar cerca del montículo, el follaje comenzó a espesarse hasta dificultar seriamente su avance. En dos ocasiones tuvo que detenerse para apartar ramas de arbustos que bloqueaban el paso por entero. Las dos veces tuvo la sensación de ser observado; Bassett se maldijo por el escalofrío que recorrió su espina dorsal... Volviendo la mirada atrás no consiguió dar con Jack. Alzó sus ojos hacia la casa de los Ansen y creyó distinguir un movimiento en la ventana, pero, al no materializarse figura alguna supuso que debía de tratarse de una ilusión de la luz. Y, sin embargo, unos ojos lo observaban. Al rodear finalmente el montículo, Bassett se encontró con un Fred que lo contemplaba desde los escalones del patio.

—Me pareció que se trataba de usted —comentó el chófer cuando Bassett llegó a su lado—. ¿Cómo diantre se le ha ocurrido venir por ese camino?

—Sí, es como una pequeña selva —acordó Bassett en tono amistoso al tiempo que exhibía una manga plagada de arañazos. Con un gesto de su cabeza señaló hacia el pequeño promontorio a su espalda—. ¿Qué es eso? ¿Un viejo muladar? ¡Una montaña elaborada con los desperdicios caseros! —criticó ante la mirada de ignorancia del otro—. El método más usado antes de la invención del cubo de basura.

Fred abrió la boca para responder, la cerró de nuevo y echó una mirada cargada de significado a su reloj. El uniforme recién planchado y las mejillas acabadas de rasurar resultaban tan reveladores como el gesto de desconcierto pintado en su rostro.

—No voy a molestarle demasiado, Fred. Tan sólo quería preguntarle una cosa. ¿Quién le ayudó a transportar los muebles de la cabaña de los *boy-scouts*?

—¿La cabaña?

¿Por qué siempre tiene que repetir lo que le digo?, pensó Bassett con fastidio.

—Sí, la cabaña de dónde sacó las mesas y las sillas para la fiesta de julio. ¿Le acompañó alguien en la furgoneta? ¿Los jardineros, quizá?

—Sí, Cyril y Danny —respondió Fred con voz distante—. No sabía que se tratase

de una cabaña de *boy-scouts*. —De repente prestó atención a unas voces que llegaban desde el patio—. Mire, tengo que irme...

—¿Fred?

—¿Sí...?

¿Era miedo o arrepentimiento lo que traslucía la faz del chófer? De un modo u otro, parecía haber adelgazado en una mañana. Hay algo que conoce y no se atreve a revelar, pensó Bassett. Aunque le gustaría quedarse con la conciencia tranquila. Y, sin embargo, Bassett tenía una duda.

—Déjelo, no importa —dijo por fin.

Bassett se adentró de nuevo por el camino del servicio. Ni rastro de Jack Carter, *el Furtivo*. Y Bassett no había traído el coche. Tendría que pegarse una buena caminata para llegar a casa.

Davey estaba hablando por teléfono. Poniendo una mano sobre el auricular, el muchacho avisó:

—Hay un paquete para usted. En la mesa de la cocina. Bassett agradeció la indicación con un gesto y penetró en la cocina. El paquete no era más que un gran sobre manila en cuyo lomo aparecía garabateado el siguiente mensaje: «Espero que le sirvan. Me pondré en contacto con usted a las ocho».

El sobre contenía una decena de fotografías en blanco y negro: el retrato de boda de Molly O'Neal y Thomas Bentley, así como varias instantáneas efectuadas el día de la Victoria.

Bassett reconoció las facciones de Molly en un par de aquellas imágenes, aunque el retrato de boda era sin duda la pieza más apetitosa de la colección. Por fin tenía oportunidad de saber cómo era el auténtico Tom Bentley... Un muchacho muy apuesto, ciertamente. ¡Y qué guapa era Molly! ¿Aparecía algún joven Jack Carter en las fotografías? ¿Podría reconocerlo sin la barba? Ojalá hubiera una imagen de grupo de los tres jóvenes. Era su amor, ¿su crimen?, lo que...

Bassett quedó súbitamente rígido. Tenía una fotografía en cada mano y una tercera reposaba frente a él encima de la mesa. Sus ojos recorrieron las tres instantáneas alternativamente. Al fin, con ademán pensativo, devolvió las fotografías al interior del sobre.

Davey acudió a su lado unos instantes después.

—He estado probando esos números...

—¿De veras? —Demasiado pronto, pensó Bassett. Fred estaba fuera y la señora Ansen dormía aún. Con todo, el muchacho parecía ansioso por comunicarle algo.

Según explicó, acababa de llamar al 692 y el número correspondía a la residencia de *sir* Marcus Clarkson; la propia ama de llaves se puso al aparato. Al preguntar por Fred, la sirvienta le dijo que acababa de marcharse hacía unos segundos y que no volvería hasta las cinco. «Sólo hay un Fred en esa casa, ¿no es así? —insistió Davey

—. Verá, le llamo de Mayberry's, donde estoy confeccionando un listado de números de teléfono para el sucesor del señor Wilson. Me han dicho que ponga el nombre completo del abonado junto al número de teléfono...», prosiguió el chico. «Fred Ansen —respondió el ama de llaves con amabilidad—, es el único Fred que vive aquí».

—Ahora mismo acabo de llamar —completó Davey—. Me disponía a comprobar el segundo número y...

—¿Ahora mismo...? —Bassett dirigió una mirada al reloj de la cocina. Faltaban doce minutos para las tres.

—Si, ¿sucede algo raro...?

—No. Tan sólo que Fred estaba a punto de marcharse cuando llegué a la mansión, a eso de las dos. Con todo, es posible que el ama de llaves se despistara. El tiempo vuela, ya se sabe...

—¿Quiere que pruebe el otro número? —inquirió el joven—. Si es la señora Ansen...

—Si es la señora Ansen quien responde —cortó Bassett— va a estar contentísima contigo por arruinarle el sueño.

—Yo creo que ya estará despierta. Fred nos comentó que su mujer se acuesta nada más llegar del trabajo para poder así disfrutar de la tarde. Si no lo hiciera, apenas si verla el sol en todo el invierno...

Bassett examinó al muchacho con curiosidad.

—Ojos, oídos y sentido común —bromeó Davey—. He estado haciendo uso de mis oídos.

Bassett soltó un gruñido mientras acompañaba al muchacho al teléfono.

—Muy bien, veamos qué tal te arreglas con tu sentido común...

Davey marcó el 705. Una voz femenina respondió de inmediato a la llamada. Afectando un acento escocés, Davey inquirió:

—¿Podría hablar con John, por favor?

—Se equivoca. Aquí no vive ningún John. —La mujer colgó el teléfono con brusquedad.

El muchacho repitió la llamada.

—Perdóneme, pero John me dio este número. John Cox...

—¡Pues no es aquí! —La mujer volvió a colgar el aparato.

Davey lo intentó por tercera vez. Con su voz más obsequiosa explicó:

—Le ruego que perdone mi insistencia, pero es que el propio John anotó el número de teléfono. Usted tiene que ser la señora Cox, ¿quién, si no?

La otra amenazó con llamar a la policía.

Un cuarto intento. Davey estaba decidido a hacer que la mujer revelase su nombre. «Soy la señora Ansen». O Smith, o Brown, o lo que fuera. Quizá ahora lo hiciese para que la dejaran en paz de una vez.

La mujer, simplemente, no volvió a responder al teléfono. Davey esbozó una

mueca de frustración.

—Telefona otra vez al ama de llaves —sugirió Bassett—. Dile que tienes que hablar con Fred pero que no puedes llamarlo hasta después de las seis; quizá así consigas el teléfono de casa de Fred.

La cosa funcionó esta vez. El número era el 705.

—Fácil, pero hay que pensar en ello —comentó Bassett. El muchacho, sin embargo, no parecía tan animado como antes.

—¿Qué significa ese teléfono, Bassett? —preguntó con visible incomodidad.

—No significa nada, Davey. —Desde luego, no bastaba para demostrar que Wilson y Fred Ansen hubieran sido cómplices de algún delito—. Fred siempre podría alegar que Derek lo llamaba de cuando en cuando por razones de trabajo.

La mirada del muchacho quedó prendida en el vacío por un instante. Volviendo el rostro hacia Bassett, Davey musitó:

—No me gustaría estar en la piel de Fred.

—Hum. Lo sé —murmuró Bassett.

Las seis en punto. Davey se había ido a su casa. Helen Geeson había venido y se había marchado. Cerdos y gallinas habían comido ya. Bassett disponía de tiempo para recapitular. Tomando un pastel de carne del frigorífico lo introdujo en el homo y fijó la cocción en cuarenta y cinco minutos. Tres cuartos de hora para sentarse y fumar una pipa mientras reflexionaba.

Era preciso que encontrara las pieles... Ya había preguntado a Helen al respecto: «Dejando aparte las casas en ruinas, ¿se le ocurre algún lugar cercano donde se pudiera esconder despojos de modo regular? ¿Una cueva? ¿Un conducto subterráneo? ¿Algún rincón sin ratas y susceptible de ser camuflado tras cada nueva descarga?». Helen sólo había podido pensar en algún montón de estiércol.

Bassett sopesó por unos minutos la posibilidad de que el carnicero Paul se llevara los animales enteros para desembarazarse él mismo de los despojos. Del todo improbable. Paul jamás se arriesgaría a albergar animales enteros en su carnicería; ello sería tanto como una confesión de culpabilidad frente a cualquier posible visita policial o inspección sanitaria. Las mismas regulaciones sanitarias hacían extremadamente arriesgado el transporte de carne y despojos en un mismo vehículo, y eso a pesar de lo muy bien envueltos que pudieran estar los despojos... ¿Qué método habrían usado, entonces? Recapitulemos. Tras el sacrificio de las ovejas, pieles y carnes son envueltas en plástico por separado y bajadas en carro de la colina. Paul introduce luego la carne en su furgoneta mientras los otros dos —los ladrones— se quedan con los sacos de despojos.

¿En qué lugar se encuentran ellos cuando Paul se marcha en la furgoneta dejándolos con un carro cubierto de despojos?

Instintivamente, Bassett pensó en Tod. Tod, que parecía estar siempre dando

pistas de un modo indirecto... El carro de Gurney. Los bosques. Top Hill y el bosque de Dickie Debbs... ¿Por qué el bosque de Dickie Debbs?

Las piezas de un *puzzle*: el bosque de Dickie Debbs... el camino del servicio... Jack... la mansión Clarkson.

La mansión. Bassett comenzaba a intuir que las vagas pistas de Tod indicaban que éste sospechaba de alguien en relación con los robos de ganado. Quizá su condición de viejo empleado de la finca le impedía expresar abiertamente tales sospechas. Unas sospechas que quizá no se centraban tanto en una persona determinada como en un lugar...

De pronto, Bassett dio con la respuesta. Aquel jardín que tanto agradaba a Mary... Un gran jardín con setos del que ahora sólo se cultivaba una parte, a pesar de que antiguamente diera frutos durante todo el año. Un jardín que debía de tener un...

Al recibir la llamada de Andy a las ocho la voz de Bassett expresaba una recién ganada confianza.

—¡Andy! Quería hablar con usted del asunto de las coartadas. Me interesan en especial las alegaciones de Fred Ansen y Paul Wilson. Según me comentó usted, Paul afirma que la noche del viernes estuvo en una fiesta relacionada con su equipo de *rugby*. En Newent, a dieciséis millas de aquí. He estado pensando que, de noche, con las carreteras desiertas, dieciséis millas es una distancia bastante corta. Quizá Paul se marchó por un instante del festejo, asesinó a su hermano y regresó rápidamente sin que su ausencia fuera advertida por los demás.

—Plausible, pero no lo hizo —contestó el sargento—. Ya pensamos en ese posible truco. Lo comprobamos bien y está descartado.

—Ya. ¿Qué hay de Fred Ansen? *Sir* Marcus Clarkson y el ama de llaves certifican su coartada.

—Correcto. *Sir* Marcus, Ansen y el ama de llaves estuvieron juntos en la mansión desde las nueve cuarenta, más o menos, hasta bastante después de la medianoche, momento en el que Ansen se dirigió a su casa, al otro lado del patio.

—En otras palabras, cada uno ofrece una coartada al otro. ¿Qué sucede con la señora Ansen?

—Ha confirmado la declaración del marido.

—Quiero decir que dónde se encontraba ella.

—En su casa.

—Hum —musitó Bassett—. Alguien está mintiendo... ¿Cuánto tiempo puede tardar en llegar aquí, Andy? Quisiera que me ayudase a buscar una cosa. —Como el sargento remoloneaba, Bassett añadió—: ¿Qué tal si le entrego a un asesino? Un tanto así no cabe apuntárselo todos los días, ¿no le parece?

Había tiempo para una nueva pipa hasta la llegada de Andy. Y de una segunda mirada a las fotos... Un extraño brillo apareció en los ojos del antiguo policía.

Después de fumar, mientras limpiaba la cazoleta de su cachimba con aire ausente, el teléfono volvió a sonar. Unos minutos después, Bassett se embutía en ropa de abrigo. Tomando el sobre con las fotografías, metió en él el botón encontrado en la parcela de Derek Wilson y guardó el sobre en el bolsillo de su abrigo. A continuación recogió su pipa, el tabaco y una linterna.

Ya estaba en la puerta cuando llegó Andy.

—Un ligero cambio de planes, Andy. Acompañeme a la casa parroquial. Nuestro reverendo Brewerton ha desaparecido.

CAPITULO DIECISIETE

—¡QUÉ amables son al venir! No me atrevía a llamarlos a estas horas de la noche, pero *el Furtivo* insistió en que a ustedes no les importaría...

—Por supuesto que no nos importa —aseguró Bassett a la señora Blundell, ama de llaves del canónigo.

Mujer pálida, delgada y de aspecto severo, la señora Blundell ofrecía una imagen engañosa. Al tratarla por primera vez, muchos se sorprendían ante su extremada amabilidad y su fantástico sentido del humor. Ahora, sin embargo, severidad y humor estaban por igual ausentes de su rostro; su gesto solamente hablaba de una profunda preocupación.

—Estoy preocupada por él —confesó—. El reverendo jamás se ausentaría sin avisarme; un hombre tan cortés no permitiría que la comida se me estropease en la mesa.

—Y con motivo. Esta cena huele muy bien —repuso Bassett. Tomando a la mujer del brazo, entró en el salón—. Mejor charlar sentados, ¿no le parece?

—Hoy le había hecho su plato favorito, pastel de riñón —declaró la señora Blundell de modo mecánico. Con un gesto señaló a un par de zapatillas que se caldeaban junto al fuego.

Bassett reconoció los síntomas; la mujer estaba a punto de echarse a llorar.

—Por cierto, le presento al sargento Andy Miller...

Andy esbozó una ancha sonrisa.

—Siéntense, por favor. Me parece que estoy un tanto alterada...

—Nada de eso. Usted conoce mejor que nadie las costumbres de William —la confortó Bassett—. ¿Cuándo lo ha echado en falta por primera vez?

—Esta tarde. No sabría decirle la hora exacta. El reverendo estaba aquí cuando me marché de la casa, antes de las dos. Creo que eso era poco después de que él estuviera con usted y *el Furtivo*. Cuando volví, hacia las cuatro, se había marchado; y debía de llevar un buen rato fuera de la casa, puesto que el fuego de la chimenea había terminado por apagarse. Yo pensé que se habría ido a la mansión, cosa que me confirmó la desaparición de la cesta de los huevos y la jarra para la leche. El reverendo tiene dos jarras iguales; pueden ver la otra ahí, encima de la mesa. La saqué para mostrársela al *Furtivo*. —Una jarra de esmalte azul con tapadera—. El reverendo siempre va a la mansión a por leche... —La mujer agitó una mano—. Pero todo eso ya lo saben ustedes...

—¿Y qué hay de su coche?

—Está en el garaje.

—Entonces fue a pie, siguiendo su costumbre. Naturalmente, habrá hablado usted con la mansión.

—Allí no lo han visto. Cuando llamé a las cinco y media, el ama de llaves estaba a punto de telefonearme para saber si debía meter la leche y los huevos en la nevera

para el día siguiente.

—¿No habló con el propio *sir* Marcus?

—Sí, claro. *Sir* Marcus organizó una pequeña partida para rastrear la zona. Hablé con él poco antes de que *el Furtivo* me recomendara contactar con ustedes. Por el momento no parecen haber encontrado nada.

—¿Sabe si hay algún enfermo grave en los alrededores? Es posible que William haya visitado a ese enfermo y decidido quedarse a su lado toda la noche. —Bassett se arrepintió casi al momento de su inconsistente sugerencia—. Por supuesto habrá llamado usted a todas partes...

—A todo el mundo.

—¿Y si se trata de una persona sin teléfono? —apuntó Andy.

—Aun así me habría dado alguno. Siempre hay un vecino con teléfono. Y en una emergencia las noticias vuelan. Estoy segura de que ya lo sabría, de tratarse de una emergencia.

Cierto. A pesar de lo cual, Bassett retomó la posibilidad sugerida por Andy.

—Siempre podría tratarse de una sucesión de casualidades, una desafortunada combinación de incidencias. ¿Cuánto tiempo lleva desaparecido? ¿Seis, siete horas?

—Algo así... —La mujer parecía querer disculparse—. Sé que son pocas horas, pero me preocupa el hecho de que sea de noche y no llegara a la mansión.

—¿Ha mirado en la iglesia? ¿El patio? ¿La cabaña?

—*El Furtivo* lo ha examinado todo a conciencia.

El teléfono sonó en aquel momento. La señora Blundell corrió a responder; un segundo después anunció:

—*Sir* Marcus viene para aquí...

—¡Han encontrado a William!

—No, no han dado con él. Aunque, naturalmente, *sir* Marcus se siente un tanto responsable de su suerte... —La señora Blundell se detuvo en seco, quizá por miedo a revelar demasiado acerca de su patrón y la naturaleza de su relación con el aristócrata. Cambiando de materia, añadió—: Según me ha dicho *sir* Marcus, su chófer tiene que conducir a su esposa al trabajo (trabaja de enfermera nocturna), por lo que aprovechará para dejar aquí al propio *sir* Marcus.

Unos instantes después el sonido de una puerta de automóvil al cerrarse anunció la llegada de *sir* Marcus. La señora Blundell corrió a recibirlo, mientras Bassett y Andy se levantaban de sus asientos.

—¿Alguna novedad? —inquirió la voz de *sir* Marcus desde la puerta—. He visto los coches aparcados ahí fuera y... ¡Maldición! —exclamó al tiempo que un objeto se estrellaba con estrépito contra el suelo—. Le ruego que me perdone, señora Blundell. Los chaquetones como éste constituyen un engorro bajo techo. Siempre acabo por romper algo...

—No se preocupe, que no ha roto nada. Le presento al señor Bassett, policía retirado. Y aquí tiene al sargento Andy Miller...

El aristócrata era hombre corpulento incluso sin su zamarra de borrego. Un flequillo pelirrojo asomaba por debajo de su gorro ruso de piel, acompañado de una escarlata nariz de bebedor y una voz profunda y resonante.

—¿Cómo va eso? ¡Encantado de conocerle! No creo que nos hayamos visto antes —añadió en dirección a Bassett—, pero aquí son ustedes los expertos. —Su apretón era firme y sus ojos grises y un tanto protuberantes revelaban un carácter franco. Aunque quizá poco sofisticado y no particularmente inteligente, *sir* Marcus era una de esas personas que agradan de modo instintivo—. ¡Si hay algo que pueda hacer por ustedes, no vacilen en hacérmelo saber! —Con la zamarra al hombro, el aristócrata se aposentó en una silla de alto respaldo; los muebles parecían a salvo, por el momento.

—Según tengo entendido, sus empleados han estado rastreando la finca. Quisiera preguntarle si el rastreo ha incluido ese paraje desierto que circunda el antiguo camino del servicio.

—¿Perdón...?

—El reverendo Brewerton siempre se valía de ese viejo sendero, el mismo que desemboca frente al muladar...

—¿Muladar? Ah, ya entiendo. Se refiere usted al montículo de la vieja fábrica de hielo.

Bassett se permitió un leve suspiro de satisfacción. Sí, se refería a la fábrica de hielo.

—Nunca supe de la existencia de esas fábricas de hielo hasta verlas en televisión —confesó—. Creo que antiguamente las usaban para almacenar hielo en el invierno para su empleo durante el verano, ¿no es así? La fábrica que vi en televisión no era otra cosa que un largo túnel que daba a una gran cueva abovedada. ¿La suya es del mismo estilo?

—Nada de túneles, señor. Una simple compuerta y basta.

Animado por la ignorancia de su interlocutor, *sir* Marcos describió la fábrica de hielo de su mansión como una simple y enorme cámara de forma ovoide y subterránea en su mayor parte. En desuso desde hacía casi un siglo.

De hecho, el propio *sir* Marcus había sido el último en adentrarse en su interior en el transcurso de sus correrías infantiles en compañía de dos primos suyos.

—Me gané una buena bronca cuando el primo James cayó al interior de la cámara. La escalera por la que bajaba James se desintegró en mitad de su descenso. Tuvieron que subirle con una improvisada escalerilla de cuerda. La cámara era de paredes completamente lisas por las que la ascensión resultaba imposible... Solíamos emplear un ascensor rudimentario para bajar cosas, ascensor que ahora debe de ser completamente inservible... —Haciendo una pausa, *sir* Marcus añadió—: Es curioso que tomase usted la fábrica por un muladar. Mi chófer pensó lo mismo al principio. Incluso llegó a ofrecerse voluntario para nivelar el terreno...

—¿Cuándo fue eso? —se interesó Bassett al instante.

—¿Cuándo? —*Sir* Marcus parecía sorprendido por el repentino interés de su

interlocutor—. Poco después de empezar a trabajar para mí.

—¿Le explicó usted la verdadera naturaleza del promontorio?

—Por supuesto, y...

—Perdóneme, *sir* Marcus —le interrumpió Bassett ante la súbita aparición de Jack, llegado a través de la cocina. Andy y Bassett se dirigieron de inmediato a su encuentro mientras *sir* Marcus aseguraba a la señora Blundell que Brewerton no podía haberse caído accidentalmente en la fábrica de hielo, pues la compuerta estaba sólidamente fijada.

Unos instantes después, tras la marcha de Andy y Jack, Bassett retomó su conversación con *sir* Marcus.

—¿Podría describirme los movimientos efectuados por usted y su chófer durante el pasado fin de semana?

Sir Marcus pareció extrañarse ante la pregunta.

—Perdóneme, señor, pero no acabo de entender. Pensaba que había venido usted aquí por Willy Brewerton...

—Le he formulado esa pregunta porque puede servir para esclarecer el asesinato... —explicó Bassett a modo de disculpa.

—¡Dios mío! —Tras un segundo de silencio, la silla de *sir* Marcus crujió lastimeramente al echarse éste hacia atrás y cruzar sus piernas embutidas en pana—. ¡Maldita sea! ¡Ahora lo entiendo! Se refiere usted al asesinato de ese Wilson en el cementerio... —Su expresión adquirió nuevos matices de perplejidad—. Pero sigo sin entender... Espere un momento. Quiere usted saber lo que hice ese viernes. —Desconcierto e inocencia se mezclaban ahora en su rostro.

—Quizá no me he explicado bien —se disculpó Bassett—. En realidad le preguntaba acerca del viernes y el sábado. En concreto, quisiera saber los desplazamientos efectuados por su chófer. Según creo, Fred lo llevó a usted a Cheltenham.

—Si, el sábado por la mañana. Tenía previsto pasar allí el fin de semana. Una especie de reunión... —*Sir* Marcus hizo una pausa y, ante la actitud expectante de Bassett añadió—: Como sabía que Fred trabajaba con Wilson sugerí salir al amanecer para que así pudiera estar pronto de vuelta en la obra para completar una jornada entera de trabajo. Fred me recogería luego el sábado por la tarde.

Los ojos de Bassett se entrecerraron de interés.

—Un momento. ¿Quiere usted decir que ya tenía fijado ese plan para el fin de semana?

—Pues sí. Desde casi quince días antes.

—¿Podría preguntarle acerca de la relación profesional existente con su chófer? —Bassett sabía que tenía que darse prisa; Fred volvería de un momento a otro—. Si me permite la impertinencia, yo diría que se muestra usted inusualmente acomodaticio con él.

—Puedo explicarlo —respondió *sir* Marcus frunciendo levemente el entrecejo en

un gesto que suavizó ante la discreta retirada de la señora Blundell—. Mire, joven, la verdad es que yo no puedo permitirme disponer de un chófer así como así... —La voz tonante se redujo a un ronco murmullo—. De hecho, me cuesta Dios y ayuda pagar el salario de Fred. Pero no tengo otro remedio desde que me retiraron el permiso de conducir. Mi madre ya me decía que el alcohol me traería disgustos. Por eso llegué a este acuerdo con Fred. Ya que no podía pagarle un salario apreciable le permití quedarse en la casa sin pagar un penique y me comprometí a ajustarme a sus necesidades en caso de que le saliera algún trabajo a tiempo parcial; es lo mínimo que podía concederle. Cuando Wilson le ofreció trabajo, lo animé a que lo aceptara. Con un poco de suerte podría hacerse con contactos y una reputación que le valgan más adelante, cuando a mí me devuelvan el permiso de conducir. Y la cosa no marchaba mal.

—Por ello tenía la costumbre de avisar a Fred de cuándo necesitaría de sus servicios fuera de las horas acostumbradas.

—Sí, siempre que era posible.

—Cabe entonces repasar lo sucedido el viernes por la noche. *Sir* Marcus, ¿sería tan amable de empezar diciéndome por qué razón telefoneó a Fred al Faisán...?

Bassett podía haberse dirigido a la mansión por el camino principal, pero, deseoso de no cruzarse con algún miembro de la partida que buscaba al reverendo, optó por aparcar junto al camino del norte, cosa que asimismo aconsejó a Andy y Jack. El sendero del servicio le parecía más corto en su segunda visita. No tardó en distinguir el brillo de unas luces frente a él y unas siluetas que escudriñaban junto a la cima del montículo. La barba de Jack lo hacía reconocible al instante. Al acercarse descubrió que Jack estaba ahora boca abajo, hablando con una voz que llegaba desde las entrañas de la tierra. Apagando su linterna, Bassett se acercó a los rescatadores.

—Está vivo —anunció Andy.

Jack alzó la mirada al tiempo que una gran sonrisa se pintaba en sus facciones. Volviéndose hacia abajo, gritó:

—¡Llegan refuerzos, Willy! ¡Muy pronto te sacaremos de ahí! ¡Venga, entreténnos con un himno para matar la espera!

Increíblemente, una risa apagada respondió desde abajo.

—William no sabe subir por una cuerda —explicó Jack a Bassett—. Hemos probado de echarle un cabo para que se lo ate a la cintura y podamos izarlo, pero tampoco hay manera. —Volviéndose hacia el agujero, Jack gritó—: Le estoy contando a Bassett que no me extraña que el movimiento escultista fracasara por estos parajes. ¡Ni siquiera sabes hacer un nudo decente, Willy! ¡Será mejor que sigas cantando salmos! —A Bassett—: El pobre diablo ha pasado demasiado frío para hacer ningún esfuerzo. No siente los dedos. Uno de nosotros tendrá que bajar a buscarlo, a no ser que a *sir* Marcus se le ocurra algo mejor...

—Nos apañaremos sin él —afirmó Bassett—. Lo he dejado en la casa parroquial, encargado de entretener a Fred. Le dije que ya le avisaría en el momento en que pudieran irse. Es mejor así.

Finalmente Andy se ofreció a rescatarlo. Veinte minutos más tarde, el clérigo era devuelto al mundo de los vivos por obra de la maternal ama de llaves de *sir* Marcus mientras Jack y Andy disimulaban los desperfectos causados en el promontorio y Bassett hablaba por teléfono con la casa parroquial.

—¿*Sir* Marcus? Bassett al habla. Le pido la mayor discreción; el reverendo está ya sano y salvo. Pueden regresar cuando lo deseen. Pero es mejor que no haga comentario alguno referente a William ante Fred o la señora Blundell. Yo mismo avisaré a la buena mujer dentro de unos minutos. Y, por cierto, *sir* Marcus, le agradecería que no invitara a Fred a entrar en la mansión.

Pasaron tres minutos. Jack y Andy entraron en la casa para sorber, agradecidos, sendas tazas de té caliente en el interior de la acogedora cocina.

—¡La habitación más caldeada de la casa! —proclamó la amable ama de llaves. El reverendo William continuaba descongelándose cubierto de mantas en un sillón de respaldo reclinable.

A los cinco minutos, Bassett anunció:

—Voy a telefonar a la señora Blundell. ¿Les parece bien que le diga que William pasará aquí la noche?

—Me enfadaría con usted si no lo hiciera —repuso el ama de llaves con placidez—. La cama ya está preparada. —La mirada que dirigió al reverendo demostraba bien a las claras que toda discusión quedaba fuera de lugar.

—Por cierto, ¿hay alguien que continúe buscando a William?

—No —repuso la sirvienta—. Les dije a los que aún perseveraban que creía que el reverendo Brewerton había aparecido si bien no sabía los detalles concretos.

—Una excusa inventada por mí —explicó Jack—. Pensé que no te interesaría dar publicidad al rescate.

—Bien pensado —respondió Bassett marcando un número al teléfono—. ¿Señora Blundell? ¿Se ha marchado ya *sir* Marcus...? Bien. Tengo una excelente noticia que darle. Hemos encontrado a William. Sí, sano y salvo, aunque un tanto fatigado. Por ello, se quedará a pasar la noche en la mansión. Mañana se lo explicará todo... Sí, por supuesto. Una cosa más: a pesar de lo tardío de la hora es posible que alguien telefonee interesándose por la suerte del reverendo; en ese caso, le pido que ignore cualquier llamada. Sé que es un tanto extraño, pero preferiría que nadie estuviera al corriente de que William ha aparecido con vida. Tengo serios motivos para hacerle esta petición, le ruego que confíe en mí... Buenas noches, mi querida señora...

—Creo que esa buena mujer se ha quedado muy preocupada —comentó Andy.

—Toda precaución es poca —objetó Bassett—. Póngase en el lugar del sujeto en quien estoy pensando. Si usted hubiera enviado a William al encuentro de una muerte lenta, ¿no estaría ansioso por enterarse de los progresos efectuados en su búsqueda?

Ahora las cosas están así: en caso de preguntar a los componentes de esa partida de rastreo le responderán que Willy ha aparecido pero que no se conocen más detalles. Nuestro hombre no sabrá qué pensar; aparecido, sí, pero ¿vivo o muerto? Y si decide contactar con la casa parroquial, nada más inquietante que un teléfono que no responde... Veremos qué cara pone nuestro amigo por la mañana.

Bassett hablaba para beneficio de todos los presentes, pero no olvidaba que Andy Miller estaba aún menos informado que el propio Jack. Era preciso que hablara a solas con el sargento en cuanto pudiese.

En aquel instante, *sir* Marcus apareció en la puerta de la cocina.

—¡William! ¡Dichosos los ojos...! —*Sir* Marcus aferró los hombros del religioso—. ¡Qué bueno verle otra vez sano y salvo! —Su tono era ahora susurrante y como lleno de preguntas. William se contentó con murmurar unas palabras relativas a su estancia por un día en el infierno.

—Menos mal que las llamas terminaron por extinguirse —bromeó. Ambos hombres rieron de buena gana. La escena, empero, no dejaba de resultar emocionante.

Volviéndose hacia el ama de llaves, *sir* Marcus inquirió:

—¿Ha preparado ya una cama...? Veo que ya han conocido ustedes a mi mujer favorita —añadió dirigiéndose a los demás—. ¿Qué tal si sacamos la botella de *brandy*, Dimple?

—Si es con fines medicinales, de acuerdo...

Sir Marcus esbozó un cómico gesto de incredulidad.

—Ya lo ven, ¡no ha olvidado que antiguamente fue mi niñera! Me sigue tratando a escobazos... —El aristócrata echó una mirada en torno suyo mientras la sirvienta le servía una copa—. ¿No cree que podríamos pasar a un cuarto algo más acogedor, Dimple?

Pero ¿qué estancia podía ser más acogedora que aquella gran cocina impregnada de aroma de frutas, especias, café y pan recién horneado? Este comentario de Bassett fue acogido calurosamente por todos. E idéntico regocijo provocó al dirigirse a la sirvienta por el nombre de señorita Dimple.

—En realidad me llamo Dalrymple —repuso la mujer entre risas—. Por mucho que el señorito Marc me haya llamado Dimple desde que tuvo uso de razón. Siempre fue un niño muy travieso^[3]...

—Ya ven ustedes el respeto que me tienen en mi propia casa... —se lamentó en broma *sir* Marcus—. Y bien, concretamente, ¿qué clase de embrollo hay aquí?

—Se trata de una historia más bien larga, *sir* Marcus —respondió Bassett—. Si William se encuentra ya mejor quizá valga la pena enterarnos antes de lo que le ha sucedido. ¿William...?

William había salido a las dos y media para efectuar su acostumbrado paseo hasta la

mansión por el camino del servicio. Al final del sendero, cuando llegó frente al montículo, se tropezó con Fred Ansen.

—Fred parecía ocupado en diseminar unas zarzas sobre la cima del montículo. He dicho diseminar, no cortar o recoger... Supongo que los extraños acontecimientos de los últimos tiempos me hicieron prestar más atención de lo normal... Confieso que me quedé parado, observándolo mientras proseguía con su extraña labor... Cuando me disponía a revelar mi presencia, un grito resonó en el patio y Fred salió disparado para allí. Al poco, un vehículo se puso en marcha...

—El señorito Marc se iba al pueblo —adivinó el ama de llaves.

—Luego hablaremos de eso —interrumpió Bassett—. Continúe, William, por favor.

—Cuando llegué al pie del montículo tuve curiosidad por descubrir a qué se había estado dedicando Fred. Tras una pequeña exploración di con una especie de compuerta en el suelo y adiviné que el chófer había estado intentando camuflarla... Apartando las zarzas me agaché y tiré de la argolla que vi en la compuerta. Ésta era muy pesada y me costó abrirla. Finalmente conseguí moverla lo justo para echar una buena mirada al interior. En eso estaba cuando alguien me empujó con fuerza, haciéndome caer al vacío... Una experiencia aterradora, créanme. Por fortuna caí sobre una superficie blanda que amortiguó mi caída.

—¿Pudo ver algo de la persona que lo empujó? Aunque fuera un simple zapato...

—No; todo sucedió de modo extremadamente rápido. La compuerta se cerró pesadamente al caer yo. Aunque dos o tres minutos más tarde pensé que alguien acudía a rescatarme; parecían estar tratando de abrir otra vez la compuerta. Sin embargo, no vi a mi agresor en absoluto. Apenas si podía percibir unas rendijas de luz y la sombra de unos pies al moverse.

—¿Cuántos pies?

—Yo diría que sólo dos.

—Al ser empujado, ¿advirtió algún olor especial?

—No...

Bassett pasó a examinar los utensilios empleados por Jack y Andy para el rescate, herramientas depositadas junto a la puerta de la cocina. Al cabo de un instante regresó con una palanca en la mano.

—¿Es esto tuyo, Jack?

—Lo cogí yo del garaje de la casa —intervino Andy Miller.

—¿Les ha sido de utilidad?

—No, no ha hecho falta —dijo Jack.

—Y, sin embargo, hay rastros de tierra y hojas húmedas en el extremo de esta palanca. Muéstrenme el lugar donde la encontraron.

Manchas de tierra y hojas húmedas en el suelo del garaje.

—Ustedes no usaron la palanca —comentó Bassett a Andy y Jack—. William tampoco se sirvió de ella. Pero otra persona sí lo hizo.

De nuevo en el interior de la casa, Bassett se volvió al reverendo.

—Tengo una pregunta crucial que hacerle, Willy. ¿A qué hora sucedió todo eso?

—¿Cuándo me empujaron? Debían de ser cerca de las tres. Yo salí de la casa parroquial a las dos y media...

—Eso había entendido, sí.

—Y el paseo me lleva normalmente una media hora escasa...

—Entonces fue casi a las tres cuando oyó el automóvil que se alejaba. Se lo pregunto porque yo estuve en el mismo lugar una media hora antes y la escena se repitió de modo casi idéntico. Una llamada desde el patio, Fred que se aleja a toda prisa... Yo pensé que se marchaba en aquel momento. —Bassett dirigió su mirada al ama de llaves.

—Yo puedo explicarlo —anunció la mujer—. El señorito aquí presente tiene la mala costumbre de no marcharse nunca. Siempre recuerda que se olvidaba de algo en el último minuto. Es peor que una mujer. Eso es lo que sucedió: un retraso de los suyos.

—Cierto —confesó *sir* Marcus con ingenuidad.

—Entonces, Willy, no es preciso que insista acerca de la identidad de la persona a quien vio.

—Ciertamente se trataba de Fred. ¿Pero y si él...? —El clérigo se detuvo en seco, sumiéndose en un profundo silencio.

Bassett se dirigió a Jack.

—¿Qué pasó contigo? No llegaste a reunirme conmigo...

—No.

Jack explicó que, mientras rastreaba el sendero en busca de huellas tras la partida de Bassett, se acordó de la historia de Gurney referida por Tod y de la aprensión mostrada por Fred, circunstancias que le llevaron a ampliar el terreno de su búsqueda en un intento de dar con las pieles y los despojos. ¿La fábrica de hielo? No sabía de su existencia.

Tras efectuar un par de cuestiones más, Bassett se volvió hacia *sir* Marcus y el ama de llaves.

—¿A qué hora de la mañana termina de trabajar la señora Ansen?

—A las seis.

—¿Y Fred va siempre a recogerla?

—Así es.

—Gracias. Creo que poco a poco vamos desenredando el hilo de esta madeja, *sir* Marcus. Pero antes de todo me gustaría conversar en privado con el sargento Miller... ¿Te quedarás un rato, Jack? Quisiera que me prestases tu ayuda durante la mañana.

El reverendo Brewerton también optó por retrasar el momento de irse a la cama. Tras veinte minutos de charla con Andy y otra conversación en privado con Jack, Bassett se reunió con todos en torno a la gran mesa repleta de platos de sopa y

emparedados. En el transcurso de la improvisada cena aprovechó para referir la historia de los robos de ganado.

—¿Y dice usted que las pieles se encuentran en la fábrica de hielo? ¿Envueltas en bolsas de plástico? ¡Maldita sea! Aun así, no termino de entender, señor. ¿Para qué necesita nuestra ayuda?

—No es lo mismo saber algo que disponer de pruebas al respecto, *sir* Marcus —explicó Bassett—. Tan sólo tenemos pruebas circunstanciales por el momento y lo que necesitamos es una evidencia irrefutable. O una confesión. En ocasiones, los culpables están ansiosos de confesar su crimen como medio de descargar la conciencia. Otras veces es un inocente quien confiesa. Y otras veces... —Bassett se detuvo—. Espero, esperamos —se corrigió por deferencia a Andy—, que nuestro sospechoso responda como supongo al ser preguntado. Eso sería lo mejor para todos.

»Por ello quiero preparar la táctica que emplearemos mañana. Jack, William, *sir* Marcus, señorita Dalrymple, todo cuanto les pido es que ignoren las posibles inexactitudes que Andy o yo digamos al hablar; en cuanto a ustedes, son libres de decir la verdad.

CAPITULO DIECIOCHO

DURANTE sus años en el cuerpo de policía Bassett se había ganado la reputación de ser un hombre bueno. Era ésta una descripción sostenida tanto por policías como por delincuentes y que se ajustaba perfectamente a su carácter, pues Bassett parecía haber nacido con la capacidad de comprensión de las debilidades humanas que a tantas personas les lleva una vida conseguir, si es que finalmente llegan a obtenerla alguna vez. Entraba en su naturaleza el apiadarse de aquéllos a quienes tenía que entregar a la justicia. Lo cual no quiere decir que fuese enemigo del castigo; Bassett sabía que quien se lleva una vida por delante o comete algún crimen tiene que pagar por ello. Pero la venganza, el encarnizamiento o la simple humillación jamás entraban en sus propósitos. Por eso, Bassett declinó ahora las invitaciones a acostarse de Dimple y *sir* Marcus. Ahora no podía permitirse el lujo de dormir. Todavía tenía que limar muchas asperezas de su plan para el día siguiente si quería que éste diera frutos de modo inmediato y sin causar heridas adicionales a las partes implicadas.

Andy Miller se marchó a su casa tras convenir su regreso para la mañana siguiente.

—Permítame una pregunta, Dimple —indagó Bassett—. ¿Es ésta la mejor habitación para oír si Fred saca el coche por la mañana? —La cocina se encontraba aproximadamente entre el patio de servicio y el garaje.

—Aquí estará mejor... —Dimple abrió la antigua despensa del mayordomo reconvertida ahora en un saloncito para el uso particular del ama de llaves—. La ventana da justamente encima del camino. Ahora le enciendo una estufa. Aunque me temo que sólo podrá disponer de dos sillones...

Dos sillones iban de perlas. Allí fue donde Bassett y Jack dejaron transcurrir el resto de la noche mientras los otros dormían. Los dos hombres conversaron durante largo rato en voz baja antes de que se hiciera el silencio. Finalmente, Jack terminó por dormirse. Bassett prendió una cerilla. El aromático humo del tabaco de pipa se extendió hasta la cocina. Una pipa para la meditación, como Mary decía. Una pipa al servicio de un cerebro que trabajaba incansablemente.

Pasaron las horas. Jack terminó por desperezarse. Bassett aprovechó para preguntarle:

—¿Recuerdas si la cesta y la jarra de Willy estaban junto a él en el fondo de la cámara?

—No sé... No nos fijamos demasiado. Willy tampoco dijo que hubieran caído con él.

—Hum. En el montículo no estaban, pues nos hubiéramos fijado en ellas. ¿Dónde se encontrarán entonces? ¿Qué te parece si salimos un momento a respirar aire fresco?

Al abrir la puerta de la cocina, una gélida ráfaga de aire nocturno estremeció sus cuerpos. Un vistazo al reloj les indicó la hora. Las cuatro menos diez. Una hora en la

que sólo los fantasmas se aventuraban en la oscuridad, como Tod habría comentado.

Pero una hora que se reveló productiva. Pronto descubrieron la jarra y la cesta en un cubo de basura de la mansión. Ambos utensilios se encontraban ocultos bajo un montón de revistas atrasadas y un paquete que Bassett abrió de inmediato... No se veía luz en la casa de los Ansen, aunque creyeron oír la apagada música de un aparato de radio. Por un instante, Bassett tuvo la tentación de encararse con Fred en aquel momento, ahora que estaba solo...

A las cinco de la mañana, cuando una Dimple en bata de encaje servía las primeras tazas de té del día, Bassett tomó una decisión en firme al respecto. Era preferible visitar a los Ansen cuando ambos estuvieran en la casa. Quizá todo dependiese de su manera de reaccionar.

Alguien preguntó en voz alta: ¿qué pasaría si decidieran fugarse en el último minuto? Bassett pensaba que ello era improbable, pero, a modo de precaución, convino con *sir* Marcus, quien siempre se despertaba muy temprano, que se quedase por los alrededores hasta el momento en que Fred saliera a buscar a su mujer; si llevaba equipaje, Fred sería detenido de inmediato.

Algo después, *sir* Marcus salió de la casa. Jack hizo otro tanto, esforzándose en pasar inadvertido. Cuando regresó, acompañado de Andy Miller, fue para anunciar que el Rover se había puesto en camino.

—Muy bien —aprobó Bassett—. Vayan a buscar a William.

Las seis y veinte.

—Ya conocen al señor Jack Carter. Y, ejem, éste es el señor Bassett. Y aquí está el sargento Miller... presentó *sir* Marcus con su voz tonante mientras hacía pasar a Glenda y Fred Ansen a la cocina.

Bassett se preguntó de nuevo si no habría sido mejor ver a Fred a solas.

Sin embargo, no cabía inquietarse. Tras dejar escapar algunas miradas nerviosas, Fred mostraba un aspecto resignado, casi fatalista.

No era ése el caso de Glenda, cuyos ojos hinchados y el rímel corrido parecían simple producto de la larga jornada nocturna. Encogiendo los hombros y alzando el cuello de su abrigo de piel sintética, la mujer protestó con voz irritada:

—Lo siento, pero si creen que me voy a poner a buscar a ese cura después de haber trabajado toda la noche, están muy equivocados.

Una suposición bastante lógica, por otra parte. La cocina atestada y sucia tenía todas las trazas de ser el cuartel general para el rescate de William. Y, sin embargo, Fred no parecía dejarse engañar.

—Siéntate, Glenda —invitó con voz tranquila.

El sargento Miller le ofreció una silla. Echando una furiosa mirada a su marido, la mujer tomó asiento con descuido, cruzando las piernas ostensiblemente y mostrando el borde de sus enaguas rosadas. *Sir* Marcus aprovechó para servir dos tazas de té.

—Espero que no me hagan perder demasiado el tiempo —se quejó Glenda.

—¿Fred? —Bassett señaló una silla situada al otro lado de la mesa.

El chófer tomó asiento y, tras agradecer su té con voz poco firme, declaró en dirección a Bassett:

—Esta especie de reunión no tiene nada que ver con el reverendo Brewerton, ¿no es así?

Bassett optó por mostrarse directo.

—Así es, Fred. No estamos aquí por eso.

—Estamos aquí para hablar de robos de ganado, señor Ansen —terció Andy Miller sin más preámbulos—. ¿A quién se le ocurrió la idea de emplear las ruinas de Top Hill cómo matadero?

Glenda se volvió de inmediato hacia el policía.

—¿Con que se trata de eso, eh? ¡Pues bien, búsquense a otro pardillo! Fred ya tiene bastantes problemas sin su ayuda. En cuanto a usted, Bassett, ¿qué demonios tiene que ver en esto? ¿Acaso no lo jubilaron ya? Ocúpese de sus propios asuntos...

—Lo saben, Glen.

—¿Qué? —Boquiabierta, Glenda se dirigió a su marido.

—Lo saben.

—No saben nada.

—Mucho me temo que sí —intervino Bassett—. Estamos enterados de la casa-matadero, el carro de los excursionistas, el hermano carnicero de Derek Wilson...

—¿Cómo empezó todo? —preguntó Andy a Fred—. ¿Acaso algún muro se desplomó sobre una oveja vagabunda? Quizá usted pensó en abandonar el animal en la carretera como supuesta víctima de un atropello y entonces Derek tuvo una idea mejor al acordarse de su hermano el carnicero... Una idea brillante; no sólo los saca de un pequeño apuro, sino que acaban ganando dinero con la carne del animal. Y en estos parajes abundan las ovejas...

—No fue así...

—¿Lo ves? —intervino Glenda—. Se están marcando un farol.

—¿Cómo sucedió, Fred? —insistió Bassett—. Cuéntenoslo.

—Lo saben, Glen —Fred ya no intentaba convencer a su esposa; se limitaba a constatar un hecho. Sus ojos buscaron el rostro de Bassett—. ¿Es preciso que Glenda se quede?

—Me temo que sí.

Fred asintió en silencio y bebió un sorbo de té sin alzar la mirada.

—Hasta hace poco nunca estuve en esa ruina, la vieja casa de Smelly... —comenzó finalmente.

—Estúpido... —siseó la mujer.

—Un mal día, sin embargo, Derek le preguntó al guardabosque si sabía de algún lugar donde pudiéramos encontrar piedra para la obra. El guardabosque explicó que

en la cima de Top Hill existía una casa de piedra en ruinas y que todo cuanto había que hacer para desmantelar la piedra era obtener el permiso del administrador.

»Pusimos manos a la obra y nos llevamos varios camiones cargados de piedra. Un día, Derek me llamó para mostrarme lo que había descubierto en el cobertizo exterior de la casa: un par de pieles de oveja resacas, huesos y calaveras.

»Derek me comentó que ocasionalmente desaparecía alguna oveja de los prados comunales. Cuando le pregunté si pensaba comunicar su hallazgo a la policía me dijo que no, que esos restos llevaban allí meses, años quizá, añadiendo que sin duda debieron apestar enormemente en un tiempo, a pesar de lo cual nadie los había encontrado antes. Cosa que parecía probar algo que ya habíamos oído: que ni una alma se aventuraba en las cercanías de aquella casa... Y ya que ambos andábamos un tanto escasos de fondos, quizá valiera la pena echarle el guante a alguna que otra oveja por nuestra cuenta. Derek me dijo que sabía a quién vender la carne. Todo lo que yo tenía que hacer era atraer las ovejas a la casa en ruinas.

Fred pasó a relatar cómo desecharon el uso de medios de transporte convencionales para la carne, optando finalmente por el viejo carro que viera durante el festival.

—El carro era perfecto; podíamos arrastrarlo campo a través sin luces y sin hacer apenas ruido...

El éxito de su primer robo los llevó a repetir el delito de modo continuado. El carro no hacía ruido más que al tropezar con alguna piedra...

Bassett pensó que eso era una referencia indirecta a Tod y que Fred parecía algo sorprendido por el hecho de que Tod hubiera sido capaz de detectar el sonido del carro.

—Comenzamos por echar mano a varias ovejas de los prados comunales. Sin embargo, un viernes nos dimos cuenta de que varios hombres patrullaban la zona con perros y escopetas, así que decidimos dedicarnos a robar animales de las granjas vecinas. Imaginamos que pasarían semanas antes de que las ovejas fueran echadas en falta; ello nos permitiría hacernos con algo de dinero para Navidad y luego podríamos dejarlo. —Fred detuvo su narración por un instante ante la furibunda mirada de su mujer.

—Al parecer metieron la pata con los últimos cuatro animales robados —intervino Andy Miller echando un vistazo a las notas elaboradas por él y Bassett—. Tres de esos cuatro animales eran hembras preñadas. Un error fatal.

Fred guardó silencio.

—No tardaron en comprender que los granjeros pronto advertirían la ausencia de esas tres reses. Imagino que Derek Wilson debió de ponerse furioso.

—No estaba muy contento —admitió Fred—. Como usted ha dicho, aquello era el final. No podíamos arriesgarnos a efectuar otro robo estando alertados los granjeros de la zona. Derek dijo que nos exponíamos a un linchamiento.

—¿Cuándo le informó Derek de estas malas noticias?

—El lunes por la noche. Me llamó por teléfono...

Glenda le dirigió una mirada asesina; aunque parecía estar a punto de intervenir, finalmente optó por guardar silencio.

—Wilson lo llamó el lunes por la noche —dedujo Andy— le explicó lo sucedido y se citó con usted para el viernes en el lugar de costumbre: la cabaña de los excursionistas. Con un objetivo diferente al acostumbrado, sin embargo: limpiar a fondo el carro para borrar toda huella de sus fechorías. ¿Correcto?

—Más o menos...

—El viernes, además, iban a cobrar el producto de los robos de la semana anterior. Al descubrir que su parte era una fracción de lo acordado, usted comenzó a discutir con Wilson. Wilson le dijo que lo tomara o lo dejara y le volvió la espalda. Fue entonces cuando, enfurecido, corrió tras él y lo apuñaló por detrás.

—No vi a Derek en todo el viernes —objetó Fred—. Ya lo he repetido otras veces. No lo vi. Admito que tenía previsto encontrarme con él y que lo más lógico hubiera sido que me pasara por el Príncipe Guillermo o le telefonease para quedar a una hora concreta, pero lo cierto es que no lo hice. Bassett lo sabe bien. Él también estaba en El Faisán cuando recibí la llamada de *sir* Marcus. El propio *sir* Marcus puede atestiguar que regresé aquí de inmediato.

—Y sin embargo... —persistió Andy.

—Y sin embargo, nada. Confieso haber robado esas ovejas, pero no intenten acusarme del asesinato de Derek. Ni hablar. Yo no tuve nada que ver con eso.

Tras pasear alrededor de la habitación, Bassett se detuvo frente a Fred.

—En relación con esas pieles que encontró Derek, no por fuerza tenían que apestar. Si fueron depositadas en el anexo en invierno, es muy posible que las partes percederas fuesen devoradas por los animalillos del bosque antes de que llegaran a pudrirse... Dos pieles, me ha dicho usted. Sin embargo, usted y Wilson dispusieron de diez veces ese número y tenían previsto hacerse con muchas más. ¿Dónde escondieron esas pieles, Fred? ¿En qué lugar...?

—¡Las enterraron, por supuesto! —exclamó Glenda.

—Ajá. —Bassett volvió su rostro hacia ella—. Parece estar usted informada al respecto, señora Ansen. Pues bien, ¿dónde están enterradas esas pieles?

Los labios de la mujer se cerraron con fuerza. Su cuerpo comenzó a temblar ligeramente. Bassett se volvió hacia el marido.

—¿Fred?

Glenda Ansen alzó la voz.

—¡No, Fred! ¡No digas nada! —La orden conminatoria se trocó en algo similar a una súplica—. No lo hagas, Fred. Están echándose un farol. No pueden probar nada... Fred...

Y cuando una mujer suplica a su marido...

Fred cerró la boca que acababa de abrir. Sacudiendo la cabeza dirigió una mirada de reojo a su esposa que terminó por posarse en la vacía taza de té que tenía delante.

—La verdad es que no enterró esas pieles, ¿verdad, Fred? No cavó un agujero con una pala, a eso me refiero. Ya disponía del agujero que necesitaba. La vieja fábrica de hielo, un escondrijo que parecía hecho a medida. Todo cuanto tenía que hacer era envolver los despojos en bolsas de plástico y arrojarlos por la compuerta. Ayer me interesé por ese promontorio que usted se ofreció a nivelar tiempo atrás. Si bien mi interés era tan casual como inocente, no por ello dejó de preocuparle. La cosa le preocupó lo suficiente como para que esta mañana adivinara por qué lo hemos hecho venir aquí. Ayer no podía descansar hasta terminar de camuflar la compuerta de la cámara. Quería asegurarse de que nada delatara el uso que había estado haciendo de esa fábrica de hielo... El reverendo Brewerton lo sorprendió atareado de esa manera. Picado de curiosidad, William se acercó poco después, dio con la compuerta, consiguió abrirla y asomó la cabeza para mirar por el agujero...

Fred alzó la cabeza de modo repentino y fijó la mirada en Bassett. Apretó la mandíbula y tragó saliva con fuerza. Bassett comprendió que el chófer acababa de adivinar la frase que vendría a continuación:

—... En ese momento se acercó usted y lo empujó por detrás.

¡No! Los labios de Fred esbozaron la negación en silencio. Todavía seguía con los ojos clavados en Bassett cuando Glenda interrumpió con un deje de preocupación en la voz:

—Entonces... ¿Ya han encontrado al cura? ¿En la fábrica de hielo, dicen?

—Lo hemos encontrado —confirmó Andy Miller. En ese momento Bassett hizo una silenciosa seña a *sir* Marcus, quien golpeó levemente con los nudillos sobre la puerta de Dimple. Bassett se apartó para mejor observar al matrimonio Ansen en aquel momento crucial. La puerta, al abrirse, descubrió las figuras de Dimple y el reverendo William.

Bassett no apartó la mirada de los Ansen. Si bien el rostro de Fred se iluminó levemente, las facciones de Glenda parecieron desplomarse.

A pesar de lo cual, la mujer no tardó en recobrar el ánimo.

—Veo que se encuentra bien, señor cura.

Incluso llegó a ensayar una media sonrisa. Pero Bassett tenía ya lo que buscaba. Con un leve suspiro, evitando las miradas de los demás, extrajo su pipa y aguardó a que Dimple y Willy tomaran asiento.

—Fred no pudo empujar al reverendo Brewerton al interior de la fábrica de hielo —afirmó Bassett sacudiendo la pipa contra un cenicero de metal—. Porque se hallaba junto a *sir* Marcus en el momento crítico. Ciertamente, Fred. Cuando William fue empujado usted se encontraba a poca distancia, es decir: no estaba en el lugar de los hechos. Tú, sin embargo, sí tuviste la oportunidad de hacerlo. —Bassett apuntó con su pipa al rostro de Jack *el Furtivo*—. Sí, tú, Jack. Tú recorriste conmigo parte del camino del servicio. Aunque luego te quedaste atrás...

—Ya te dije por qué. Estaba buscando huellas.

Bassett asintió en silencio.

—¿Encontraste algo?

—Nada de importancia.

—Cosa que ya imaginaba. Y te diré por qué. Porque no te proponías descubrir pruebas, sino ocultarlas. Ahora sabemos que el camino del servicio era la ruta empleada por el carro para transportar su carga de pieles. Junto al camino del norte, como tú mismo resaltaste. ¿Por qué? Porque querías desviar mi atención de esa ruta, distinta a la señalada por Tod como itinerario del carro «fantasma»: el camino del este y el bosque de Dickie Debbs. Desde la casa de Tod, el sonido, efectivamente, puede parecer que llegue del bosque de Dickie Debbs... Por ello trataste de evitar que me acercara al camino del servicio, aunque cuando William mencionó dicho atajo ya no te quedó otro remedio que mostrármelo. Más tarde, cuando ya me había ido, viste que William se mostraba demasiado interesado en la fábrica de hielo. Entonces, Jack, empujaste al reverendo...

—¿Para rescatarlo unas horas después...? —se mofó Jack.

—Si lo hiciste, nuevamente fue porque no te quedó otra opción al oírme hablar con *sir* Marcus de la vieja fábrica de hielo. El rescate puede considerarse un accidente. Lo que en realidad te proponías era rematar a Willy. Cuando lo arrojaste a la cámara pensaste que, si no moría del golpe, el frío acabaría en un día con él. Pero al acelerarse la búsqueda la cosa ya no estaba tan clara...

—¿Y la cuerda? —retó Jack con sarcasmo.

—No la llevaste para subir a Willy, sino para descender tú a la cámara. Armado con esa palanca que afirmaste no haber usado. Una palanca que te serviría para asestar el golpe mortal.

—No, Harry. Muy bien, me las arreglé para abrir la compuerta sin ayuda de la palanca, pero eso es algo que no supe hasta que lo intenté. Yo no estaba por allí cuando Willy fue empujado...

—¡Mentira! ¡Sí que lo estaba! —interrumpió Glenda Ansen con repentina vehemencia—. Yo misma lo vi entre los árboles.

—¿Dónde se encontraba usted, señora Ansen? —inquirió Bassett.

—En mi ventana.

—¿Su casa dispone de vistas al camino del servicio?

—Sí. —Con convicción.

—Entonces también debe de divisar esa zona boscosa, el bosque de Dickie Debbs...

—Sí. Todo eso. El camino del norte, el sendero del servicio, el bosque de Dickie Debbs... —A cada nombre, la mujer hizo sonar su puño contra la madera de la mesa. Uno, dos, tres.

—¿Dónde estaba el señor Carter?

—Entre los árboles.

—¿A qué hora?

—Hacia las tres menos veinte. Y luego reapareció a eso de las tres.

—Lo vio en dos ocasiones. ¿En el mismo lugar?

—En dos puntos diferentes del arbolado.

—¿Qué estaba haciendo?

—Arrodillarse y volverse a poner en pie.

—¿Cómo es que recuerda las horas con tal precisión?

—Estaba cocinando unas galletas en el homo. Una receta que exige quince minutos de cocción. Recuerdo que miré por la ventana justo después de ponerlas al homo y que volví a mirar al sacarlas una vez hechas. El reloj de mi homo está estropeado, por lo que tengo que ser muy cuidadosa con los tiempos de cocción...

—Ya. Puso usted las galletas en el homo y se pasó los quince minutos de cocción sin hacer nada... —Una sonrisa traviesa se pintó en la faz de Bassett—. Entiendo que no le guste decirlo, pues no quiere que la tomen por una cotilla, pero yo diría que la primera vez que vio al señor Carter depositó las galletas en el homo y volvió a la habitación para vigilar sus movimientos sin que él lo advirtiera. ¿Me equivoco?

—Bien, está en lo cierto. Estaba un tanto intrigada por su actitud. Aunque tampoco me pasé el rato mirándolo, pues tuve que atender unas llamadas de teléfono.

—Y, sin embargo, vio al señor Carter al menos dos veces entre las dos cuarenta y las tres, ¿es así?

—Sí. Lo debí ver en tres o cuatro ocasiones.

—Unas llamadas telefónicas muy breves, ¿no le parece?

—Oh, sí. Cuestión de segundos. Personas que se equivocaban de número.

—¿Vio si el señor Carter se acercaba al montículo?

—No, pero muy bien pudo haberlo hecho. No volví a la ventana hasta que las galletas terminaron de hornearse.

—¿Puede ver el montículo desde su ventana?

—Oh, sí.

Bassett se volvió hacia William Brewerton.

—Willy, le pido que conteste a mi pregunta con la mayor precisión posible. ¿A qué hora lo empujaron al interior de la cámara?

—A las tres, minuto más o menos.

—¿Está dispuesto a jurarlo?

—Lo estoy.

Un silencio. Roto por Bassett.

—Señora Ansen, ¿cómo es que conocía usted el momento de la caída del reverendo?

La pregunta, obviamente, no agradó a la mujer, quien, a pesar de todo, consiguió recuperarse.

—No lo sabía. Todo lo que he dicho es que a esa hora vi a Jack Carter por los alrededores.

—Cierto, eso me ha dicho. ¿Señorita Dalrymple?

Dimple abrió sus manos.

—Sí, quería decir que Jack no pudo ser el hombre que vio a las tres en punto. Él llevaba conmigo desde las tres menos diez, más o menos...

—¿Señor Carter? —intervino Andy Miller.

Jack se encogió de hombros:

—No mentí al decirle que estaba buscando huellas. El follaje a ambos lados del sendero mostraba unas marcas que podían corresponder al carro que habíamos visto. Mandé adelante al señor Bassett porque me resulta más fácil concentrarme en una tarea si estoy solo. Cuando se marchó, examiné el triángulo boscoso entre los caminos del este y del norte y luego regresé por el jardín de *sir* Marcus hasta llegar al patio de servicio...

—Cuando lo vi —terció Dimple— le pedí que me ayudara a llenar una caja con fruta para las Navidades. Y luego lo invité a tomar una copita de jerez.

Jack se volvió hacia Bassett.

—Cuando vi que el Rover se marchaba adiviné que tu conversación con Fred había terminado ya y pensé que habrías vuelto a tu casa, motivo por el que me dejé convencer por Dimple. Estuve aquí hasta eso de las tres y media.

—¿Señorita Dalrymple?

—Todo cuanto ha dicho este hombre es cierto.

—Gracias.

Bassett paseó su mirada en derredor como si contara el número de cabezas presentes. Andy Miller, cuaderno en ristre. *Sir* Marcus, apoyado contra el frigorífico. Jack. Dimple. William. Fred y Glenda. Todos en silencio, inmóviles, suspendidos en el tiempo por unos instantes.

CAPÍTULO DIECINUEVE

—SEÑORA ANSEN —dijo por fin Bassett, aún con la pipa en su mano—. Tengo que decirle que se equivocó usted. La persona que vio no era el señor Carter.

—Yo lo vi. —Sin el menor asomo de vacilación.

—Es posible la primera vez —concedió Jack.

Bassett hizo caso omiso al comentario de su amigo.

—Usted trabaja por las noches, señora Ansen. Imagino que dormirá durante el día.

—Siempre me acuesto a las siete. Siempre que no suceda algo raro. —La mujer acentuó sus últimas palabras para recordar a todos lo excepcional de la ocasión—. Con seis o siete horas de sueño tengo bastante. En mis noches libres aprovecho para dormir un poco más.

—Aun así me atrevería a decir que ayer a las tres estaba usted en la cama durmiendo, que no vio nada y que es usted una fabuladora de mucho cuidado.

—¿Qué dice? —rugió la mujer—. En ese caso, ¿cómo es que sabía que él estaba en el bosque? —añadió refiriéndose a Jack.

—Porque acabo de explicar a todos los aquí presentes cómo Jack y yo anduvimos por el camino del servicio, etcétera. De hecho, ni siquiera creo que pueda usted ver desde su ventana el sendero del servicio o el montículo de la fábrica de hielo.

—¡Le digo que sí que puedo! —Los ojos de Glenda Ansen echaban chispas de odio y sus dientes rechinaban de rabia. Agitándose en su asiento como una posesa gritó—: Si no me cree, ¡compruébelo por sí mismo!

Bassett terminó por rendirse.

—Muy bien. La creo. —Cerrando los ojos pensó: es usted una loca—. ¿Por qué no nos enseña esas galletas que preparó en el homo?

Glenda vaciló un instante antes de responder en tono imperturbable:

—Me las he comido. Arrojé las sobras a los pájaros —añadió—. ¿Qué importancia tiene eso ahora?

Pero sus pies comenzaban a trazar círculos de nerviosismo. Su confianza comenzaba a decrecer.

—¡No me mires de ese modo! —chilló a Fred—. ¡Están mintiendo! Tratan de enredarnos, ¿no te das cuenta? No tienen prueba alguna pero te han pillado con lo de las ovejas y te quieren colgar todos los crímenes que puedan. Pretenden hacer de ti una cabeza de turco. Y tú eres tan tonto que no te das cuenta... ¡No son más que un puñado de mentirosos!

—Y los mentirosos siempre acaban por ser cogidos en falso, señora Ansen —terminó Bassett—. ¡Jack! —llamó—. ¿De dónde sacaste la palanca?

—Del garaje de la mansión.

—¿Cómo sabías que estaba en el garaje?

—Porque la he visto muchas veces bajo la banqueta de las herramientas.

—¿Dónde estaba cuando la cogiste la noche pasada?

—Yo fui quien la cogió —intervino Andy Miller—. La palanca estaba apoyada en una de las paredes del garaje.

Fred clavó la vista en el rostro de su mujer. Aunque al instante desvió la mirada ya era demasiado tarde; todos los ojos presentes en la estancia se volvieron hacia Glenda Ansen. Ésta terminó por sentir el peso de la muda acusación.

—¿Por qué me miran de esa forma? ¡Yo no la puse ahí!

Cosa que era cierta. Y, sin embargo, el gesto de Fred alteraba sus nervios aún más. La grieta abierta en su propia confianza parecía ensancharse por momentos... Bassett habría querido poder apiadarse de ella; pero no, no todavía. Era más bien la expresión de Fred —o, mejor dicho, su falta de expresión— lo que atraía sus simpatías.

¿En qué pensaba Fred? ¿Quizá aguardaba con fatalismo la pregunta temida e inevitable? Bassett decidió efectuar ya esa pregunta:

—Señora Ansen, ¿dónde se encontraba el reverendo Brewerton cuando usted lo vio?

—Yo... El... —farfulló la mujer.

—¿Vio usted al señor Brewerton?

Glenda sacudió la cabeza con rabia.

—No sé. Yo... Sí... no... No lo sé. No lo recuerdo. Posiblemente lo vi, sí. Aunque no me acuerdo... No me acuerdo bien del lugar...

—Extraño —murmuró Bassett haciendo un gesto al sargento Miller, quien abrió una puerta del aparador y sacó una caja de cartón que depositó sobre la mesa. Abriendo la caja, Bassett procedió a enumerar su contenido.

—La jarra para leche del señor Brewerton... Su cesta para los huevos... Y un paquete con galletas requemadas —completó extrayendo los objetos, uno a uno, de la caja.

—En cada mentira hay un elemento de verdad, señora Ansen. Es cierto que vio usted al señor Carter a las dos cuarenta. Es cierto que estaba usted preparando unas galletas. Es cierto que miró por la ventana varias veces mientras las galletas se horneaban. Usted misma ha admitido (mejor dicho, ha insistido en ello) que puede ver el camino del servicio y el montículo de la vieja fábrica de hielo desde su ventana. Pero en ningún momento ha mencionado haber visto al reverendo Brewerton. Aunque lo lógico es que sí que lo viera, pues el camino del servicio es bastante largo.

»¿Alguna objeción? ¿No? Muy bien... Si omitió haber visto a William es por una pura y simple cuestión de supervivencia. Cuando sugerí que el señor Carter podía ser culpable, de inmediato saltó en favor de tal tesis. “¡Sí! ¡Eso es, fue *el Furtivo*. Yo lo vi por allí...!”. Usted misma se convenció de ello: él fue quien lo hizo. ¿Y qué es lo que hizo, señora Ansen? Empujar a un hombre a la muerte, cosa segura de no ser por el impensado rescate final. Pero ¿por qué? ¿Qué móvil tenía Jack para empujar al

reverendo a la muerte? Es cierto que el señor Brewerton estaba a punto de dar con los pellejos de oveja, pero ¿por qué razón debía inquietar eso al *Furtivo*? Él no tenía nada que ver con los robos de ganado. ¿Qué razón tenía entonces para acabar con William?

»Es usted una mujer demasiado alocada, señora Ansen. Al tratar de incriminar a Jack Carter para salvar su propia piel no ha hecho sino hundirse más aún en el fango... Y ello por una razón muy simple: porque si realmente vio a Jack a las tres en punto, tal y como asegura, forzosamente tuvo que ver también al señor Brewerton. Más le habría valido quedarse callada.

»Yo le explicaré lo realmente sucedido. Después de ver a Jack a las tres menos veinte, su atención se vio atraída por la presencia del señor Brewerton. Desde la ventana podía ver a su marido atareado en camuflar la cima del montículo y al reverendo que lo observaba desde el bosque. Un poco después vio cómo su marido era llamado y se marchaba. En ese momento la llamaron al teléfono en varias ocasiones, tal y como nos ha dicho. Cada vez que regresaba a la ventana no era sino para comprobar con espanto que el reverendo se dirigía directamente al montículo... Al poco ya estaba allí. Cuando lo vio luchar con la compuerta, tratando de abrirla, fue usted presa del pánico y salió de la casa a toda prisa. Rodeando los garajes, corrió para sorprenderlo por la espalda... Atareado con la compuerta, el reverendo no la oyó llegar... Su empujón lo pilló completamente de sorpresa... Rápidamente, con la fuerza de la desesperación, cerró la compuerta. Pero, por desgracia, ¡maldita sea!, la compuerta no terminaba de encajar en su abertura.

»¿Qué hacer? No podía dejarla mal cerrada, arriesgándose a que un segundo y mayor crimen quedara expuesto a los ojos del primer observador atento. De nuevo fue presa del pánico. Ya había visto lo mucho que le costó a William alzar esa compuerta. Una mujer sola como usted no podía ni soñar con ajustarla otra vez sin la ayuda de alguna herramienta. ¡Ah, la solución! Una palanca. Cogiendo la palanca del garaje se las arregló para sellar bien la compuerta.

»Sin embargo, la emoción del triunfo resultó breve. El reverendo había dejado abandonadas en el sendero su jarra y su cesta. Rápidamente las llevó a un cubo de basura (no el de su casa) con la intención de esconderlas entre los desperdicios. Sin embargo, no había desperdicios, pues los cubos habían sido recién vaciados. El pánico otra vez. ¡Ya lo tenía! ¡Revistas viejas! Sin perder un segundo regresó a su casa para volver con un montón de revistas atrasadas, entre las que escondió la jarra y la cesta... Hecho. Qué alivio. A continuación devolvió la palanca a su lugar bajo la banqueta del garaje...

—¡Mentiroso! —chilló Glenda Ansen a Andy Miller—. ¡Sabía que no la había dejado apoyada en la pared!

—Y, sin embargo, dejó rastros de tierra y follaje en esa herramienta. —Bassett alzó levemente el tono—. En cuanto a las galletas, se había olvidado de ellas por completo, por lo que terminaron por carbonizarse en el horno. Algo que no habría sucedido de quedarse usted en la casa...

—¡Muy bien! —exclamó la mujer llevándose los dedos índice a las sienes—. No hace falta que continúe. Es verdad que lo hice. Lo empujé, señor reverendo. Lo siento. No pensé en las consecuencias de mi acto...

Bassett reprimió un suspiro de alivio. Comenzaba a estar cansado del sonido de su propia voz.

—Lo hice por él. Por Fred. Para protegerlo. Lo hice por Fred.

—No, señora Ansen. Lo hizo para protegerse a sí misma. Estaba aterrada ante la perspectiva de que el hallazgo de los pellejos redoblara las investigaciones. Su coartada en relación con el asesinato podía terminar siendo cuestionada... Porque no fue Fred quien acabó con Derek Wilson, sino usted, señora Ansen.

—Dios mío —musitó Dimple. Una mirada de compasión destacó en el rostro de William Brewerton. Una expresión calculadora en las facciones de *sir* Marcus. Un gemido en los labios de Fred.

—¿Qué quiere usted decir? Glenda no pudo...

—Lo siento —cortó Bassett—, pero su esposa fue vista.

Derek Wilson estuvo en el Príncipe Guillermo el viernes por la noche. Antes de marchar, dejó un mensaje a los Gulliver: «Díganle a Fred que voy a llevar a cabo la tarea que ambos sabemos». Algo por el estilo. Usted no llegó a ir al Príncipe Guillermo, por lo que finalmente no recibió el recado. Su mujer, sin embargo, sí que lo recibió, pues telefoneó al *pub*, donde le dijeron que Wilson se había ido tras dejar ese mensaje para Fred... Usted, señora Ansen, comprendió de inmediato el significado de las palabras de Wilson. A continuación cogió la furgoneta de la finca y condujo hasta una oscura plazuela, donde aparcó el vehículo. Luego llegó al cementerio y esperó en la oscuridad a que Derek Wilson hiciera acto de presencia...

—¡Yo no hice nada de eso! —chilló Glenda con angustia.

—Yo creo que sí que lo hizo —contestó Bassett sin forzar el tono—. ¿Acaso no es cierto, señora Ansen, que, a pesar de saber desde el lunes que los robos de ganado habían terminado, su marido no la informó de ello hasta el mismo viernes, poco antes de marcharse? ¿Me equivoco también al creer que se enrabió usted al saber el escaso dinero que había obtenido Fred del último robo...? Tras marcharse Fred, pensó que lo habían engañado miserablemente y la idea la fue enfureciendo hasta hacerle perder la cabeza... Con los resultados que conocemos.

»Posiblemente le dijo usted luego a Fred que había discutido con Derek; quizá añadió que había existido violencia y que lo apuñaló, no lo sé. Ello explicaría, sin embargo, por qué cuando Fred acudió a Wyndham y no vio a Derek ni encontró ningunas instrucciones no hizo el menor intento por contactar con Davey y luego mintió sobre sus arreglos con *sir* Marcus para el fin de semana. Es posible que Fred aguardara realmente una llamada de teléfono, pero no de *sir* Marcus, sino de Derek o de alguien que conociese su estado tras la discusión con Glenda. Lo más plausible es que Fred quisiera creer que Derek tan sólo había resultado herido, pero al no recibir llamada alguna el sábado ni el domingo...

»Recordará mi visita del domingo por la tarde. Cuando le comuniqué que Derek había sido encontrado aquella mañana se mostró usted muy sorprendida. ¿Esta mañana, preguntó usted? No me fijé en el énfasis de sus palabras hasta más tarde. Total, en aquel momento nadie sabía que Derek había sido asesinado el viernes. ¿Señora Ansen...?

Glenda Ansen sollozaba en silencio.

—Estoy tratando de ayudarla. Le ruego que me crea. ¿Se llevó el destornillador con usted de modo deliberado?

Tras un largo instante, la mujer respondió:

—No. No fui con la intención de matarlo... Yo... Yo pensé que Fred acudiría a la cita. Fui para ofrecerle mi respaldo si tenía que discutir con Derek, pues Fred es de carácter débil... No quería ensuciar mis ropas con el barro, así que me puse un viejo chaquetón de Fred... El destornillador estaba en uno de los bolsillos... —La mujer rió entre lágrimas, con una sombra de histerismo—. Tampoco tenía botas de goma, y las de Fred eran demasiado grandes... No me importó destrozar mis zapatos planos... —Con el rostro surcado de lágrimas, Glenda se «volvió hacia su marido—. Estaba tan harta, Fred... Nuestra vida hecha trizas y, encima, te veía haciéndole reverencias a un tipo como él. Es todo tan injusto...

»A ese hombre le retiraron la licencia por conducir borracho —añadió la mujer entre sollozos—. Mi pobre Fred, en cambio, llegó a este lugar y no disponía de un simple amigo con quien compartir una cerveza. Y cuando encontró ese amigo fue para ser traicionado una vez más. Y Fred pensaba dejarlo marchar en paz, así como así... Yo no. Estaba harta de que siempre nos pisotearan... Lo hice, sí. Yo maté a Derek en un arranque de rabia. Nunca me hubiera creído capaz de ello... Nunca pensé en hacer algo así...

Tras un instante de silencio, Bassett apartó su mano del hombro de Fred.

—Vaya junto a su mujer, Fred.

Sir Marcus acompañó a Bassett al exterior.

—Quisiera darle las gracias, amigo. Me ha ahorrado un trance difícil ahí dentro...

—No es preciso que me dé las gracias, *sir* Marcus. Pensé que bastaría con constatar el hecho de que Glenda Ansen había sido vista. —Bassett llenó su pipa con gesto pausado. Su rostro revelaba profundas huellas de cansancio a la fría luz de la mañana—. Eso sirvió para hacerlo todo más rápido.

—¿Cree que debo prestar declaración ante la policía? —*Sir* Marcus aparecía un tanto angustiado por tal posibilidad. Según terminó por confesar, temía ser acusado de ocultación de pruebas.

—Nadie podría acusarle de algo así —le tranquilizó Bassett—. La policía siempre creyó encontrarse frente a un crimen cometido por un hombre. Yo mismo era de esa opinión. La declaración que le tomaron el lunes fue puramente rutinaria. Fred

trabajaba para Wilson, así que la policía estaba lógicamente interesada en conocer las andanzas de Fred la noche del viernes. Fred tenía una buena coartada, pues estuvo aquí con usted y la señorita Dalrymple. ¿La mujer de Fred? El propio Fred les explicó que trabajaba por las noches y que en esos momentos estaba durmiendo. ¿Trabajaba ella el viernes por la noche? No, Glenda estaba aquí, respondió Fred. Una respuesta ambigua y malinterpretada por los policías, quienes creyeron que Glenda se encontraba en la mansión y que, al igual que Fred, contaba con dos testigos para certificar su coartada. Por ello no vieron necesidad de interrogarla personalmente o investigar sus movimientos (de momento, cuando menos).

—Y, sin embargo, usted se dio cuenta...

—Porque contaba con uno o dos factores de ventaja, *sir* Marcus.

—Es usted demasiado modesto. Creo que lo ha hecho estupendamente. Por cierto... En cuanto a esa declaración...

Bassett esbozó una sonrisa.

—Dudo que la policía esté interesada en ella. A no ser que la señora Ansen se retracte de su confesión, lo cual me extrañaría.

—Ya. —Una infantil sonrisa de alivio se posó en las facciones del aristócrata—. No me gustaría que esa mujer pensara que soy un chivato. Bien, será mejor que le deje. Tengo que llamar a un abogado amiguete mío para que les eche una mano a esos dos...

Bassett prendió su pipa mientras *sir* Marcus se alejaba. «No me gustaría que pensara que soy un chivato». Como un niño grande. Y eso después de que ella lo hubiera insultado. Bassett sonrió para sus adentros.

Una gélida ráfaga de aire lo tentó a regresar a la caldeada cocina. La razón, sin embargo, le indicó que tenía otras cosas que hacer. Caminando por el patio de servicio se detuvo ante el arco que antaño viera pasar coches de caballos y contempló el paisaje que se extendía más allá: frondosos castaños y verdes prados, horizontes lejanos y neblinosos. Qué pena que Glenda Ansen no hubiera sido capaz de apreciar toda aquella belleza que la rodeaba...

«Creo que lo ha hecho estupendamente», acababa de comentar *sir* Marcus. No tanto como eso. «Me ha ahorrado un trance difícil...». Más bien se lo había ahorrado a aquella mujer. ¿Qué sentido tenía prolongar su agonía delante de otras personas? ¿Para qué recalcar que había sido ella la primera en animar a Fred a mezclarse en los robos de ganado? ¿Para qué hacer públicas las razones que finalmente le llevaron a pensar que una mujer como aquélla era perfectamente capaz de asestar el golpe asesino? ¿De qué servía repetir lo que *sir* Marcus le respondió al ser preguntado acerca del motivo que lo llevó a telefonar al Faisán en busca de Fred?

En las propias palabras de *sir* Marcus:

—La verdad es que al atardecer oí voces airadas; una discusión como la copa de un pino tenía lugar en la casa de los Ansen, amigo. Cuando Fred se largó en mitad de la discusión pensé que igual se iba a ahogar sus penas en alcohol. Lo cual me dejó un

tanto preocupado. Con los problemas que tengo con la ley, lo último que me faltaba era que Fred condujera mi auto en plena resaca a primera hora de la mañana. Al cabo de unos diez minutos decidí acercarme a hablar con Glenda. Pensé que se sentiría triste, lo cual me proporcionaría la excusa para animarla invitándola a reunimos con Fred en el *pub*. Así podríamos controlar que Fred no empinara el codo en exceso. Como sabía que a Fred no le gustaba trabajar de noche, me propuse pedir permiso a Glenda para hablar con algunos amigos míos; quizá alguno de ellos le pudiera ofrecer un empleo un poco mejor... La verdad es que no llegué a traspasar la puerta. Hecha un basilisco, Glenda parecía estar haciendo pedazos los muebles de la casa... Al cabo de un rato oí el rugido de la furgoneta que se alejaba a toda marcha. ¡Pobre Fred!, me apiadé: Glenda va a buscarlo para terminar de ajustarle las cuentas... Entonces fue cuando le telefoneé y le hice venir a toda prisa. Al llegar aquí, hablamos de su futuro y le prometí hacer lo posible para encontrarle un empleo más ajustado a su capacidad. Me esforcé en animarlo un poco y ofrecerles un poco de esperanza... La furgoneta regresó algo después de la medianoche. Pensé que se avecinaba otra tormenta, pero nada de eso. La última vez que los vi caminaban juntos, cogidos de la cintura...

Y, por supuesto, Glenda vestía uno de los chaquetones de Fred. ¿Pudo oír el motivo de la discusión anterior? «Dinero, amigo, qué otra cosa iba a ser... El dinero siempre es el problema. O, mejor dicho, la falta de dinero...».

Una discusión centrada en el dinero. La cosa encajaba a la perfección con lo que Bassett imaginaba. Todo debía de tener su origen en el fiasco de la semana anterior. Paul el carnicero recibió sin duda los cuerpos de las reses a las pocas horas de haber sido robadas. Irritado por lo defectuoso de las piezas, pronto llamó a Derek para comunicarle dos cosas: su enfado y que no estaba dispuesto a pagar más que una pequeña suma a cambio de aquellas reses poco menos que inservibles. Esa llamada debió de producirse el lunes o el martes a lo más tardar. Derek, sin duda, tampoco aguardó al viernes para transmitir la mala noticia a Fred. Lo más probable era que las llamadas fallidas presenciadas por Susan constituyesen un primer intento de contactar con su socio. Éste, sin embargo, trataría de esconder lo sucedido hasta el último minuto por temor a la ira de su esposa...

Fred tampoco era la clase de individuo al que un enfado le dura de lunes a viernes. De hecho, a Bassett le costaba imaginarse a un Fred enfadado... Justo lo contrario que la señora Ansen. Lo más probable era que Fred no comunicase a Glenda la reducción de sus beneficios hasta el mismo viernes por la noche. Glenda, a no dudarlo, se puso furiosa; su rabia debió de hacerse mayor por momentos... «¡Le voy a dar una lección a ese tipo! ¡Quizá tú seas lo bastante estúpido para dejarte engañar otra vez, Fred, pero yo no!».

Así debió de suceder. En un arranque de furia, Glenda acabó con la vida de Derek. Cometido un asesinato, nada más fácil que matar otra vez. Para encubrir su primer crimen no dudó en intentar un segundo homicidio.

Jack apareció en aquel momento.

—Bien hecho —dijo con sencillez—. El misterio ha sido resuelto.

—Un misterio ha sido resuelto, Jack. —Bassett aspiró de la pipa sin advertir que estaba apagada; tras fijar su mirada disgustada en la cazoleta prendió de nuevo el tabaco mientras examinaba el rostro del *Furtivo* por entre un hilillo de humo—. Todavía queda por resolver el misterio del esqueleto visto por Jessie. Es hora de que un fantasma descanse para siempre.

CAPITULO VEINTE

—TU automóvil está en el camino del norte, ¿no es así? —gruñó Bassett al tiempo que, dando su pipa por perdida, vaciaba la cazoleta contra un muro—. Creo que vamos en la misma dirección.

Tras caminar unos minutos en silencio, Bassett inquirió por sorpresa:

—¿Te parece que tu amigo Tom Bentley desertó del ejército, Jack?

—Dejé fuera de combate al primer hombre que me hizo esa pregunta.

—¿Eso fue antes o después de hablar con Winnie?

—Tom no tenía madera de desertor. De hecho estaba aún más impaciente que yo por vestir el uniforme.

—Y, sin embargo, desapareció de modo un tanto sospechoso. ¿Quizá le entró miedo de repente?

—No. Tom no era así. —Jack fijó su mirada en Bassett—. Dime lo que tengas que decirme, Harry.

—No es fácil para mí.

—Déjame adivinarlo. La aparición que Jessie vio aquella mañana en la casa de Wilson vestía un uniforme militar.

Bassett detuvo sus pasos y sacó de su bolsillo el sobre con las fotografías. Su palma abierta exhibió el botón.

—Encontré esto en el patio trasero de Wilson. Un botón de aleación. Como los empleados en el último año de la guerra, si mal no recuerdo.

—Quieres decir que Jessie vio el cuerpo de Tom Bentley.

—Eso pienso. Y también pienso que estás en lo cierto y que Tom nunca desertó.

—Por el uniforme.

—Exacto. Por el uniforme. Lo primero que hace un desertor es deshacerse de su uniforme. Yo diría que Tom justo acababa de llegar o bien estaba a punto de marcharse en el momento en que le sorprendió la muerte.

—Continúa —pidió Jack.

—Se supone que Tom nunca regresó a casa. Eso declaró su mujer y han sostenido siempre amigos y familiares. Pues bien, yo creo que sí que regresó. Lo hizo campo a través, por las colinas de Malvern que tan bien conocía y sin avisar a nadie de su llegada. Tenía la intención de dar una sorpresa a su reciente esposa.

La voz de Bassett se tomó un murmullo. Jack tomó de nuevo la iniciativa ante las vacilaciones del otro:

—Cuando llegó a casa sorprendió a su mujer en brazos de otro hombre. ¿Es eso lo que tan difícil te resulta decir, Harry?

Lo había sido hasta ahora.

—La sorprendió con otro hombre —repitió Bassett—. Los dos hombres entablaron una lucha. Tom cayó muerto y los adúlteros enterraron su cuerpo.

De nuevo echaron a andar.

—Continúa —urgió Jack.

—El amante abandonó la zona a toda prisa no sin antes llegar a un acuerdo con Molly: seguirían juntos hasta el fin de sus días. Hay que decir en favor de ese hombre que supo mantener su palabra. En la confusión de la posguerra, nada le hubiera sido más fácil que escurrir el bulto. Cosa que no hizo en absoluto.

—Sigue —insistió Jack.

—Molly Bentley se trasladó a vivir con su madre, en la casa conocida ahora como Los Robles. Sin embargo, continuó manteniendo la titularidad de Wyndham como el hogar al que se mudaría de producirse el teórico regreso de Tom. A pesar de que Tom había sido oficialmente dado por desertor, los del pueblo preferían considerarlo como desaparecido en combate, tal y como Molly difundía a los cuatro vientos. Cosa normal, por otra parte. En aquellos años, miles de mujeres pensaban que sus maridos desaparecidos en la lucha volverían algún día a casa.

»La guerra terminó y la vida volvió a la normalidad. En mil novecientos cuarenta y siete, un hombre joven llamó a la casa de Molly y su madre. Según dijo, buscaba una habitación donde albergarse temporalmente. Él y Molly se enamoraron, casándose seis meses después.

Apercibido de que la llovizna había cesado por fin, Bassett extrajo las fotografías de la *Gazette*.

—A pesar de sus afirmaciones, ese hombre había estado aquí antes. Fíjate en esta imagen del día de la Victoria.

Una fotografía en la que Molly y varios jóvenes más bailaban en el parque del pueblo.

—¿A quién te recuerda el hombre uniformado que observa a Molly desde la mesa del extremo?

—Willoughby...

—Sí. Willoughby. A quien dos años más tarde, en mil novecientos cuarenta y siete, se tomaba por un desconocido forastero. Es cierto que se podría argumentar que un hombre varía mucho según vista uniforme o ropas de paisano y que, simplemente, Willoughby, no fue reconocido al regresar en la posguerra. Pero hay un detalle más... Fíjate.

Bassett entregó una segunda fotografía a Jack.

—Observa el bolso de Molly. Un diseño característico, ¿eh? Floreado y reluciente... Ahora fíjate otra vez en la primera instantánea. Hay un bolso encima de la mesa del soldado. El mismo bolso. Lo menos que cabe deducir es que ese día Molly compartía mesa con el soldado.

—¿Crees que el amante era él?

—¿No lo ves tú así?

—Continúa hablando —apremió Jack.

—Podría sostenerse que al regresar Willoughby Molly reconociera al soldado que encontró dos años atrás y que, simplemente, reemprendieran su amistad, con el

resultado por todos conocido. Pero, en ese caso, ¿a qué venía tanto secreto? ¿Qué sentido tenía no contárselo a nadie? A Winnie, por ejemplo: «Mira quién ha venido. Lo conocí en el pueblo el día de la Victoria». Yo creo que él era el amante. El día de la Victoria tuvieron ocasión de mezclarse anónimamente entre la multitud; sus otros encuentros forzosamente revistieron carácter secreto. Hasta que nuestro hombre fue desmovilizado. Entonces tuvo ocasión de hacerse el contradizo y fingir un rápido romance con Molly y una boda no menos veloz. Sobre ruedas.

Jack devolvió las fotografías al interior del sobre.

—«Sobre ruedas» tal vez no sea la expresión apropiada —continuó Bassett—. El miedo a imágenes como ésta hizo probablemente que la pareja se recluyera en su hogar. Sin duda no dejaron de pensar que alguien debía de guardar imágenes del día de la Victoria. Unas imágenes muy comprometedoras, de salir a la luz. Por ello, no les convenía que sus rostros se hicieran demasiado familiares en la vecindad.

—Dijiste que enterraron a Tom. ¿Dónde?

—Yo diría que en Wyndham. En el jardín trasero, no lejos de los peldaños.

—Por eso se quedaron...

Bassett asintió con un gesto.

—Suele decirse que los criminales siempre vuelven al lugar del crimen. Los Willoughby, simplemente, no se atreven a abandonarlo. Imagino que Molly, en un principio, se mudó de casa tanto para estar con su madre enferma —como para escapar del escenario del crimen. A pesar de lo cual siguió manteniendo la titularidad de Wyndham. Hasta que surgió la oportunidad de comprar una de las dos casas; lógicamente optó por Los Robles.

»A pesar de quedarse en Los Robles nunca perdieron de vista lo que acontecía en Wyndham. Tuvieron mucha suerte, pues la casa fue habitada por una sucesión de inquilinos de paso cuya única reforma estribaba en adecentar un poco el jardín. Cosa que, por otra parte, los Willoughby muy bien pudieron haber previsto. O quizá tenían pensado exhumar a Tom algún día... ¿Por qué no abandonaron la región tras la muerte de la madre de Molly? Yo creo que porque no se atrevieron. Tenían miedo de que algún día, en algún lugar, la policía terminase por llamar a su puerta. Resulta paradójico pero se sentían psicológicamente más seguros viviendo cerca de Wyndham, siempre al acecho de lo que pudiera suceder con el cadáver de Tom... —Bassett esbozó un ambiguo gesto de disculpa—. Todo esto no son más que especulaciones, Jack; muy bien puedo estar equivocado.

Jack estaba muy pálido detrás de su barba.

—No lo creo, Bassett. Continúa.

—Todo cambió con la entrada en escena de Wilson. Tras adquirir Wyndham, el recién llegado comenzó a ejecutar una serie de concienzudas reformas. Cuyos progresos observaban con aprensión los Willoughby desde su ventana...

—Una aprensión que debió de transformarse en horror al recordar que Tom estaba enterrado en arcilla, material susceptible de conservar parcialmente el cadáver

—intervino Jack.

—Es posible, arcillas o no. Lo cierto es que fueron presa del pánico. Cuando comprendieron que las reformas de Wilson constituían un auténtico peligro decidieron que no tenían más remedio que retirar los restos de Tom. Normalmente no se hubieran arriesgado a efectuar semejante trabajo durante el fin de semana. Sin embargo, cambiaron de idea al enterarse de que los Glass, los únicos vecinos inmediatos a la casa de Wilson, se iban de excursión ese fin de semana. Probablemente se aseguraron bien de qué Wilson no pasaba la noche en la casa y, cuando ya era bien tarde, pusieron manos a la obra...

—Momento en el que Jess estuvo en un tris de sorprenderlos.

—Así es. Supongo que, absortos en su labor, no oyeron el ruido del Land-Rover que se aproximaba. O quizá no esperaban que Jess se acercase por la puerta trasera. El caso es que apenas si tuvieron tiempo de ocultarse en la oscuridad, sin ni siquiera apagar el candil. Debían de estar tan aterrados como lo estuvo la lechera. Tras marcharse ésta, limpiaron el lugar a toda prisa y arrojaron al pozo todos los escombros (entre los cuales, de modo inadvertido, incluyeron las ligaduras del andamio). Confieso que fue el andamio lo primero en llamarme la atención.

¿Por qué estaba suelto? ¿Por qué al pie del andamio aparecía removida la tierra? Más tarde comprendí que los Willoughby se vieron forzados a mover el andamio por la simple razón de que Tom estaba enterrado bajo aquel lugar —Bassett hizo una pausa—. Otro aspecto intrigante lo constituían los rumores acerca de una broma de mal gusto efectuada con un esqueleto de plástico. Jess sólo había hablado de su descubrimiento a dos personas: su marido Jan y yo mismo. Molly Willoughby se encargó de propalar los rumores relativos a una broma en un intento de evitar que Jess fuera tomada en serio.

»Lo más curioso es que, probablemente, hubieran salido adelante en su empeño de no ser por su descuido al dejar el andamio desanudado. Y de no ser por la muerte de Derek Wilson.

Ambos se detuvieron por un instante.

—¿Pensaste alguna vez que fui yo el amante secreto de Molly? —preguntó Jack.

—Así lo creí al principio. —La mirada de Bassett se cruzó con la de Jack—. Sé que tú la apreciabas mucho.

—Winnie te lo dijo.

—Winnie me habló de tres chiquillos; dos niños y una niña...

—Winnie es una romántica.

—¿Acaso no lo somos todos un poco?

La mirada de Jack se posó en un punto lejano.

—¿Qué es lo que termina sucediendo con los niños, Harry? —inquirió finalmente.

—Lo que dice el cliché. Que se convierten en hombres.

Tras intercambiar una sonrisa melancólica continuaron con su paseo.

—Me has aclarado algunas cosas que con los años me llegaron a parecer carentes de sentido —reconoció Jack, retomando la conversación—. Por qué Molly continuó viviendo aquí a pesar de no relacionarse apenas con sus vecinos, por ejemplo. En un principio pensé que quizá fuera por no alejarse del lugar donde estaban enterrados sus padres... Más tarde, simplemente dejé de pensar en ello.

—¿Nunca sospechaste...?

—Tal como lo veo ahora es posible que tuviera unas vagas sospechas. Muy vagas. Algunos somos muy ingenuos de jóvenes. Cuando regresé a casa tras el fin de la guerra asumí que Molly era viuda. Para ser sincero añadiré que siempre supe que yo era su preferido, a pesar de que fue con Tom con quien se casó. Y bien, en tres palabras le dije lo que sentía por ella. Nada más que eso. Yo me encontraba muy afectado por lo sucedido a Tom, casi tanto como creía que lo estaba Molly... Cuando ella me rechazó me sentí herido en lo más hondo, no me importa admitirlo. Poco después, Winnie me contó que era posible que Tom hubiese desertado y, bien, entonces creí entenderlo todo. Molly sabía que yo no haría el menor movimiento mientras existiera un anillo de compromiso de por medio. Ahora parece cosa de risa, pero entonces... —Jack se encogió de hombros, sonriendo con tristeza—. De todas formas me seguí sintiendo triste porque Molly no me hubiera explicado abiertamente lo que sucedía; finalmente terminé por pensar que había obrado así para ahorrarme la vergüenza de saber que mi mejor amigo había desertado. Todo se reducía a lo mismo: si me decían que Tom seguía vivo, sabían que yo obraría del único modo honorable que conocía. Por eso Molly había callado, cosa que despertó mi admiración. Por supuesto traté de hablar con ella alguna otra vez, pero cuando te has dado con la puerta en las narices eso no resulta empresa fácil. —Jack volvió a encogerse de hombros—. Más tarde tuve ocasión de seguir admirándola y de pensar en mí como en un estúpido de ideas anticuadas. Me refiero a cuando pasó a vivir con Willoughby. Yo sabía que, a pesar de lo que aseguraban, no podían estar casados.

—No entonces, desde luego.

—Me preguntabas si tuve alguna sospecha... —En la voz de Jack había ahora un fondo de amargura—. Pues sí, lo confieso. Enseguida oí (más tarde me vi forzado a aceptarlo como cierto) que Molly había estado engatando a Tom desde el primer momento. Si te he de ser franco, eso (y no su rechazo verbal) fue lo que me hizo desistir de cortejarla. ¿Sabes por qué? —El barbado rostro de Jack se alzó en un gesto que encubría tanto orgullo como timidez—. Por el recuerdo de mis padres. Sí. Mi madre pasó años muy malos en compañía de mi padre. Y, sin embargo, le fue fiel hasta el día de su muerte; tan fiel como él lo fue con ella. Ésos son los principios en los que me educaron; los tan denostados conceptos de amor y fidelidad.

—Unos principios que no se han perdido, Jack —murmuró Bassett.

—No lo dudo ni por un instante. —Cambiando de tono—: Por otra parte, quizá te referías a si llegué a sospechar de un asesinato... No, esa idea nunca cruzó por mi mente. Más de una vez pensé, sin embargo, que si Tom de veras desertó no fue por

cobardía sino por el simple deseo de volver junto a Molly. Sí... Eso pensé. Confieso que no me habría extrañado ver a Tom de vuelta por el pueblo. Eso en los primeros días, por supuesto... En fin, gracias por revelarme lo que en realidad sucedió...

—No me lo agradezcas todavía —objetó Bassett—. Quiero que me ayudes a tomar una decisión muy difícil. Tenía pensado hablar con los Willoughby y revelarles todo cuanto he descubierto, pero ahora pienso que es mejor dejarlos en paz. Esos amantes se han pasado cuarenta años aislados en una prisión creada por ellos mismos; una prisión muy hermosa pero no por eso menos real. Ahora ya son viejos, sólo disponen de sí mismos y de su hogar... Su amor es un tanto extraño... pero también me parece verdadero. Yo diría que comparten su soledad. Jack, ¿tengo yo derecho a juzgarlos? ¿Lo tiene alguien?

Ambos guardaron silencio por unos segundos.

—¡Dios! ¡El pozo de la casa de Wilson! —gimió Jack repentinamente. Su rostro se contrajo de angustia—. Encontraste el botón por allí, ¿no es cierto...?

—No, Jack. Nada de eso. Tu amigo no está enterrado en un pozo...

—¿Dónde está Tom, entonces?

—Yo diría que... —comenzó Bassett. Sí, tenía que ser allí—. Me fijé en que el jardín de los Willoughby tiene un macizo de rosas recién plantadas, Jack. Y me fijé también en el pequeño rótulo que hay en el macizo; tiene escrita la palabra Paz...

Los automóviles aparecieron a la vista. Los dos hombres caminaron en silencio sobre la grava. De pronto, ambos hablaron a la vez:

—¡Fíjate! ¡El sol empieza a salir!

—¡Excelente!

—¿Por qué no te acercas a mi casa el domingo? —invitó Jack—. Podríamos almorzar juntos.

—Será un placer.

—¿A la una?

—Muy bien. Sólo hay un pequeño problema —apuntó Bassett frotándose la nariz—. No sé dónde vives.

—¿Cómo? —bromeó Jack—. ¿Qué clase de policía eres tú?

—Jubilado —respondió Bassett enarcando una ceja con aire travieso.

—Bien. Vivo en la casa del Secadero —confesó Jack con una sonrisa no menos traviesa.

—¿Cómo? ¿La casa junto al lago? ¿La del refugio para pájaros? ¡Buena casa!

—¡Tendrías que verte la cara! —se burló Jack—. Sin duda suponías que un tipo como yo debía vivir en alguna guarida maloliente, no muy distinta del caserón de Smelly...

—Como nunca hablas de tu casa...

—Ni tú de la tuya. Lo normal en un policía. Lo normal en los Servicios de

Inteligencia. Que ése fue mi empleo durante muchos años... —Los dos amigos cruzaron sendas sonrisas—. Hay otra razón... Hace tiempo que me llaman *el Furtivo*. Y últimamente ese nombre me sirve para añadir algo de confitura al pan de mi jubilación. Ajá. Se trata de mi nombre de pluma. Ahora me dedico a escribir libros sobre la naturaleza. Pero no se lo digas a nadie. Si mis amigos de la comarca se enterasen verías lo poco que tardarían en dejar de mostrarse naturales en mi presencia. Nuestras conversaciones pronto perderían toda espontaneidad y mis historias campestres acabarían por, eh... perder su inocencia.

Bassett estaba boquiabierto.

—¿Nadie se ha dado cuenta de ello?

—Hasta ahora no... Sé puntual el domingo —recomendó finalmente al abrir la puerta de su auto.

—¿Jack...? ¿Estás casado? Lo pregunto porque me gustaría llevarle un ramo de flores a tu mujer...

Jack respondió con un guiño.

—¿Quién sabe? Quizá pronto me decida a probar eso del matrimonio. Con Helen Geeson, ya la conoces. Si es que quiere unirse a un tipo como yo.

—Oh, no lo dudes...

Bassett miró cómo se alejaba el coche de Jack hasta que desapareció en la distancia. Así que no era él quien interesaba a Helen... Todas aquellas visitas... Eran por Jack. Más exactamente quizá: para saber qué había descubierto él acerca de Jack.

Pero no estaba resentido por ello: siempre le había halagado recibir visitas femeninas. Alzando los ojos al cielo susurró:

—Pequeñas vanidades sin importancia, Mary...

Si Mary podía oírle, seguro que reiría de buena gana al recordar la secreta broma que tanto habían compartido.



PAT BURDEN nació en Birmingham y tras estudiar en la Escuela Superior Femenina de Stafford, trabajó como enfermera, secretaria, relaciones públicas y para la compañía británica de ferrocarriles. Viajera impenitente, en los años sesenta, en compañía de su marido, recorrió toda Australia, donde se ganó la vida desbrozando terreno selvático a golpes de machete y trabajando en una lavandería emplazada en la región subtropical de Queensland.

Notas

[1] Los Cotswolds y los Malverns son dos pequeñas cordilleras de suaves colinas semiarboladas que se extienden por la zona descrita en el texto, habiendo prestado a su vez su nombre a dos variedades de ganado porcino por ser éstas típicas de los valles y pastos de los citados macizos. (*N. del t.*) <<

[2] *Smelly*: «pestilente» en inglés. (*N. del t.*) <<

[3] *Dimple*: hoyuelo facial. (*N. del t.*) <<